Class.....

Book.....

IN MEMORIAM
Acosta y Calvo
Baldorioty de Castro
Tapia y Rivera

Romancero

DE

ROMANCES DOCTRINALES,

AMATORIOS, FESTIVOS, JOCOSOS, SATÍRICOS Y BURLESCOS:

SACADOS

de varias colecciones generales,

y de las Obras

DE DIVERSOS POETAS DE LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII.

Por Don Agustin Duran.

MADRID:
Imprenta de D. L. Amarita. Año 1829.

Se hallará con el Romancero de Romances Moriscos en la librería de Cuesta, frente á San Felipe el Real.

M

PQ6196
.D8
copy 2

Gift. Alice B. Gould. Dec. 1. 1911

ADVERTENCIA.

Despues de la buena acogida que ha dado el público al *Romancero de Romances Moriscos*, hemos creido poder continuar, segun prometimos, la empresa de ir publicando las riquezas de nuestra literatura esencialmente nacional.

El Romancero que ahora damos á luz, está lleno de buenas composiciones, y aunque hay bastantes que no llegan á medianas, hemos creido no obstante deber publicarlas; porque sirven para la historia del arte, y marcan los progresos y retrocesos que ha tenido.

Gran parte de los Romances de este volumen no han sido reimpresos desde el siglo XVII, y se han entresacado de obras en estremo raras, tomando no obstante algunos de ellos de la escelente coleccion, que con título de *Floresta de rimas antiguas castellanas*, ha publicado el Señor D. Juan Nicolas Bohl de Faber, impresa en Hamburgo.

Los Cancioneros y Romanceros generales, los de varios autores particulares, las novelas pastoriles de diversos poetas antiguos españoles, y las obras de algunos de los mis-

mos, han sido las fuentes de donde se ha sacado todo lo que contiene esta Coleccion.

Si á veces el agua no es tan cristalina y pura como debe apetecerse, no se eche en olvido que corrió bastante tiempo por medio del fango de un gusto depravado, y que segun nuestro plan es preciso dar muestras de lo que fue nuestra poesía, y de las alternativas que esperimentó antes de llegar el siglo XVIII. A pesar de todo nos lisonjeamos de que habrá en este libro pocas composiciones en que no se descubra algo de la gracia y la agudeza del ingenio español, y de que hay infinitas donde predomina el talento, la originalidad, la riqueza y la buena invencion.

ROMANCES DOCTRINALES.

1. *(Es de Cristobal de Castillejo.)*

Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar de aquí,
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir,
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro que sí.
Ya no puedo estar en pie,
Ni al Rey mi Señor servir:
Tengo vergüenza de aquellos
Que en juventud conocí,
Viéndolos ricos y sanos,
Y ellos lo contrario en mí.
Tiempo es ya de retirar
Lo que resta de vivir,
Pues se me aleja esperanza
Cuanto se acerca el morir,
Y el medrar que nunca vino
No hay ya para que venir.
¡Adios, adios, vanidades!
Que no os quiero mas seguir:
Dadme licencia, el buen Rey,
Porque me es fuerza el partir.

2. *(Del Romancero general.)*

Si te durmieres, morena,
Ten aviso que es el sueño
La mitad de nuestra vida
Que se nos pasa corriendo.
Y que es tan veloz volando,
Como ligera durmiendo,
Tan breve en la juventud,
Como cuando somos viejos;
Porque el desengaño triste
De nuestro curso ligero
Cuando quiere despertarnos,
Llega tarde y sin provecho.
Tu juventud y hermosura
No es mas que un mercader nuevo,
Que de rico queda pobre
Con el discurso del tiempo.
Es una gloria del mundo,
Y de los ojos un velo,
Y un grillo para los pies,
Y esposas para los dedos:
Una ocasion de peligros,
Y de la envidia un terrero:
Un verdugo de los hombres,
Famoso ladron del tiempo.
Cuando la muerte baraja

A los hermosos y feos,
En la estrecha sepultura
No se conocen los huesos.
Y aunque el cipres sea mas alto,
Y mas hermoso sea el cedro,
No por eso su carbon
Es mas blanco que el del fresno;
Que en esta mísera vida
Nos viene el placer á sueños;
Y el disgusto y los pesares
Cuando estamos mas despiertos.
La flor de su nuevo abril
La quema el otoño seco:
Que en marfil blanco y mal quisto
Convierte el ébano negro.

3. *(Del Romancero general.)*

Funestos y altos cipreses,
Frondosas y verdes hayas
Cercan un campo cubierto
De abrojos y yerba larga.
En medio estaba un sepulcro
Al pie de una palma ingrata,
Que como da el fruto tarde
Con la muerte se compara.
La noche estaba en su filo
Medrosa, fria y helada,
Y la siniestra corneja
Hecha centinela y guarda:
Cuando al rayo de la luna
Que bajaba entre las ramas,
Vide cuatro bultos negros
Que alumbraban unas andas.
Al uno llaman temor,
Al otro desconfianza,
Los otros dos se decian
El engaño y la mudanza.
Entrados que fueron dentro
Al pie del sepulcro paran,
Dando de los firmes hombros
Al suelo la inutil carga.
Y con manos liberales
De las funerales andas
Sacaron un muerto vivo
Que gemia y suspiraba.
Ceñido está de cadenas,
Y en la boca una mordaza:
Que quien muere de su mal,
Por su honra muere y calla.
Metiéronle en el sepulcro
Donde otros muertos le aguardan,
Que en son triste al huesped nuevo
Con gemidos saludaban.
Confuso yo y codicioso
De saber á quien llevaban,
Alleguéme hácia el sepulcro
Que solo y desierto estaba:
Ví unas letras que decian
En el tronco de la palma:
Aquí se entierran los muertos
De perdidas esperanzas.
Entre estos yace Menalio:
Enterráronle sin causa
Los celos, muerte de vivos,
Que esta es su propia morada.

4. *(Del Romancero general.)*

Tan noble es un desengaño
En proceder y linage,
Que en los discursos de amor
No hay ninguno que le iguale.
Es tesoro de discretos,
Y es tan discreto, que sabe
Huir de quien le aborrece,
Y á quien le busca buscarle.
Es principio de alegria,
Y fin de todos pesares,
Comun para todo el vulgo,
Y entre necios es muy grave.
Descubre dorados hierros,
Es de todas ciencias llave,
Y es mas claro á todos gustos
Que las corrientes del Gange.
Da tasa á los deslenguados,
Y á los mudos hace que hablen,
Y á los que amor tiene ciegos
Muy facil los ojos abre.
No hay toque de entendimiento
Que descubra sus quilates:
Ni hay Rey que con su poder
Cualquier favor suyo pague.
Sacóme muy facilmente
De un tan peligroso trance,
Que lo menos que habia en él
Era yo desesperarme.
Puso treguas á una guerra
Que por momentos helarme
Hacia en mí el temor de ausencia
Por darme tormentos graves.
Dió bonanza á la tormenta
De tantas adversidades,
Como el mar de amor y celos
Levanta en cualquier amante.
Rompió las hinchadas velas
De mi desdichada nave,
Donde andaban mis suspiros
Convirtiendo el fuego en aire.
Al fin me hizo conocer
La ganancia de mis males,
Y mis penas invisibles
Mostró en engaños palpables.
Desde aquí te doy mil gracias
Y adoro tus santidades;
Pues ya no hay quien sea sin tí,
Y contigo no hay quien se halle.

5. *(Del Romancero general.)*

Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que lo sufra?
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Por una parte paredes,
Por otra rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras;
Y dura la condicion
Que las cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
El verano en las estufas,

Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda.
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna.
Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que lo sufra?
A los discretos nos niegan,
Y cuando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna:
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Aquesto cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas, labrando
Pechos de camisa.
Cerrólas su madre,
Fuese por la villa
A dar parabienes,
Y á consolar viudas.
¿Qué ha visto en el tiempo,
Dijo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quién canta de noche?
¿Quién habla de dia?
¿Quién hay que nos lea?
¿Quién que nos escriba?
Estrechura tanta
¡Plegue á Dios! no sirva
De que el sufrimiento
Desespere aprisa.
En corrillos andan
Todas las vecinas,
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acíbar,
La soltura en carcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caida
Que ha dado el honor
Ligera y altiva.
Madre, la mi madre,
Miedo guarda viña;
Mas hace quien ruega,
Que no quien castiga.
Si la planta nace
De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas baldías,
Que en la iglesia pasan
Cuentas y mentiras,
Y sobre nosotras
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy Teatina,
Medrosa de engaños
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

6. *(Del Romancero general.)*

Con un pequeñuelo infante,
Sencillo mas que un cordero,
Que apenas del tierno labio
Destetaba el blanco pecho;
De la malicia agraviado,
De la inocencia contento,
Por dar vado á sus pasiones
Asi razonaba Celio:
Niño manso, de las niñas
De mis ojos solo objeto,
Huye, amigo, de los hombres,
Si acaso vienes á sello.
Todo el mal que ahora no sabes,
Y el que sabrás con el tiempo,
Advierte que ellos le enseñan;
De esperiencia te aconsejo.
Los mas fieros animales
Huyen de su aspecto fiero,
Que encubren grandes maldades
Las arrugas de sus gestos.
Algo menos son criados,
Que los Angeles del cielo,
Y algo mas vienen á ser,
Que los malos del infierno.
Dudosos son sus motivos,
Difíciles sus intentos,
Pues sobre todo animal
Sin duda es el mas artero.
En forma de hombre el demonio
Tentó á Cristo en el desierto,
Y hombre, al fin, fue el transgresor
Del primitivo precepto.
En Babilonia los hombres
Con el cielo compitieron,
Y aun con Dios, hasta ponelle
Enclavado en un madero.
Sus dañadas intenciones
Hasta aquí llegar pudieron,
Que fue á lo mas que ser pudo
Y de su malicia estremo.
Mucho pensó que avisaba
Quien aconsejó á Gayferos,
Ser las mugeres las malas,
Dando á los hombres por buenos.
Mas no advirtió que natura
Los formó de rostros feos,
Y á ellas al contrario hermosas,
No sin notable misterio.
Guarda la fe Melisendra
Su francés estando lejos,
Y Olympa sola, y burlada
Llora su falso Vireno.
Destruyó á Roma Tarquino,
Páris puso á Troya fuego,
Forzada Lucrecia casta,
Robada Elena primero.
Salió Thamar deshonrada
Del fraternal aposento,
Y del Palacio de un Rey
Huyó la Cava gimiendo.
Y los como tú inocentes
La sangre y leche vertieron
En la malicia de un hombre,
Afilados mil aceros.

Mientras no crecieres, niño,
Poco sentirás de aquesto,
Que son sinrazones de hombres,
Para tí de poco peso.
¡Ay! como tu infancia amada
Tan sin dobleces contemplo,
Envidioso de tu ser,
Rabioso del que poseo,
Mudára de buena gana
La forma de hombre que tengo,
Para que de mí no huyera
Cuando me miro al espejo.
Solo me agradas, ¡oh niño!
Tu mansedumbre apetezco,
Y tu inocencia en amar
Solo adoro y reverencio.
Por tí me pierdo de amores,
A los hombres aborrezco;
Págame tus condiciones,
Llégate á mí, no hayas miedo.
Que aunque en la forma espantosa
A los hombres me parezco,
A tu medida cortada
Traigo el alma en lo de dentro.
A nadie agravia tu trato,
A ninguno pones ceño;
No murmuras del ausente,
Ni al presente halagas menos:
Tan presto como te enojas,
Te desenojas tan presto,
Y por un fácil juguete
Acállanse tus ojuelos.
En tu sola madre el gusto
Abres al dulce sustento,
Que en tu padre, por ser hombre,
Apenas hallas consuelo.
A tí solamente, niño,
De mis agravios me quejo,
Acojido á tu sagrado
Donde seguro voceo.
Pida pues con tu inocencia
Venganza á Dios mi deseo,
Que la razon en mis quejas
De Abel contra Cain siento.
A tus brazos ya me acojo,
Que en fe de que eres egemplo
De la sencillez que busco,
Ya por tus brazos me muero.
Tu simple niñez graciosa,
Tu virginal rostro bello,
Me convidan á quererte
Y á pensar que bien apruebo.
Por reliquia contra el hombre
(De quien solo daño temo)
Traeré la imagen de un niño
A tu semejanza hecho.
Por solo amigo te escojo
Entre los hombres del suelo:
Angel serás de mi guarda
A quien de hoy mas me encomiendo.
Quien contigo me escuchare
Me tendrá por indiscreto,
Pensando ser mengua de hombre
Hablar con un niño en seso.
Respóndele tú por mí,
Que te escogí por maestro,

Para olvidar la malicia
Con la inocencia que aprendo.
Al fin, niño de mi alma,
Tu compañía mas precio,
Que la de los hombres todos,
De quien mil veces reniego.
Que quien como tú no fuere,
Sabe, amigo, por muy cierto,
Que no podrá tener parte
En los celestiales reinos.
Dulcísimo niño mio,
Mas que á los hombres te debo,
Pues con ellos me apasiono
Y contigo me consuelo.
Asi acabó con sus quejas,
Y dijo dándole un beso:
Vete á jugar con los niños,
Pues vengado de hombres
quedo.

7. *(Es de Lope de Vega.)*

En una peña sentado,
Que el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua
Y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas
Como la playa les hurta
A las que vienen la plata,
Y á las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas,
El olvido en las que mueren,
Y el amor en las que duran.
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
Las deidades importunan,
Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme,
Que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras,
Pero cuando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dijo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.

8. *(Es de id.)*

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el Aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir mas lejos.

Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Facilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en otro tiempo,
O tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad
A donde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del Juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fue la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,
La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios, que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,

Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Estan diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hizo,
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones ni pleitos.
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño:
Nunca como yo firmaron
Parabien, ni pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

9. *(Es de Lope de Vega.)*

Pobre Barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola.
¿A dónde vas perdida?
¿A dónde, dí, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas,
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas,
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
A donde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estima la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
Con el favor en popa,

Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, Barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué járcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra?
¿En qué gabia descubres,
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva
Del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heróica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales
Salado cesped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que járcias de oro adornan
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El Céfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros uracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo, ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la aurora,
Mas peces te llenaban
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:

¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡Oh dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que á donde estás, me lleve,
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue,
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡Mas ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra.

10. *(Es de Lope de Vega.)*

Para que no te vayas,
Pobre Barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
¿Pero tan grave peso
Cómo podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas
No fuera tan dificil:
Del viento fueron todas
Para que no te fies,
De grandes Oceanos
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles.
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos
Porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo
No hay monte que se empine
Al cielo mas gigante
A donde tantos gimen.
Traidoras son las aguas;
Ninguno se confie
De condicion tan fácil
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el Cielo
A las gabias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas
Por Scilas y Caríbdis,
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco
Del agua te retires.
No inventes nuevas tablas
Ni al viento desafies,
Que ruinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten.

Mientras te cuelgo al templo,
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silve.
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque le adornen járcias
Y velas le entapicen.
A climas diferentes
La errada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes.
Antárticos tesoros
Alegres soliciten
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistes.
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren.
Y tú de solo el cielo
Cubierta no porfies
A volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquiles
Eneas el silencio
Y la virtud Anquises.

Cuando tu dueño y mio
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el alba
Sus cándidos perfiles,
Riendo en azucenas
Llorando en alelíes.
Cuando á buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite,
No temias tormentas,
Ni encantadoras Circes,
Que ya para Sirenas
Era mi amor Ulises.
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes,
Búzano de las perlas
Y de los peces lince.
¿Qué pesca no le truje
Cuando la noche viste
De sombras estos montes
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
Sino en tejidas mimbres,
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida Parca
Que con igual pie mide
Los edificios altos
Y las chozas humildes,

Se la robó á la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos Iris.
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre;
Ya de su voz no tienen,
Que propiamente imiten
Dulcísimos pasages,
Los ruiseñores tiples.
No sé cual fue de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quien murió primero,
Ni quien agora vive.
Presumo que trocamos
Las almas al partirte:
Que pienso que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tan dulce nombre
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia,
Que de verme y oirme
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
Las Focas, y Delfines,
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, le digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre,
Que alegre conocisteis.
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas,
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice.
Supiéronlo barqueros,
Enojados me riñen.
Cual toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño
¿Las cuerdas de que sirven?
Cual le compone versos:
Cual porque no le pisen
Le cuelga de las ramas,
Transformacion de Tisbe.

Mas yo que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A cuanto me dijèron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia,
Y el Tajo con el Tibre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia que la sigue.
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán despues Fenices.
En bronce sus memorias,
Con eternos buriles,
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡Oh luz que me dejaste,
Cuando será posible
Que vuelva á verte el alma,
Y que esta vida animes!
Mis soledades siente;
¡Mas ay! que donde vives
De mis deseos locos
En dulce paz te ries.

11. *(Es de Lope de Vega.)*

¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas.
Las otras que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
En esta seca arena?
¿O cómo espero el dia
Si está mi Aurora muerta?
¿O pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella;
Que aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Venus divina,
Que dia y noche muestras
La senda de la Aurora
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia;
Pues sabes que te iguala
Su luz, y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,

De la proa á la popa
Tus jarcias y tus velas:
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas,
Marítimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas,
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes
Secos tarayes sean:
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan,
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha,
Cabaña despreciada
Que los pastores dejan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda el viento,
De tafetan cometas.
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas Ninfas
Cuando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos uracanes
Te saquen y te vuelvan;
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ó barqueros,
Que en aquestas aldeas
Dejais vuestras esposas,
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan,
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimadas quejas.
El que á la mar saliere
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos
Y la tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga, ni me vea,
Que volverá de verme
Con inmortal tristeza.
Cortad cipres funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De míseras elegias.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos
Donde esculpidas tenga
La desdeñosa Dafne,
Y la amorosa Leda.
Aquella verde lauro,
Y con las plumas esta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena.
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta

Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
Las Dridas y Oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarilis,
Honor y gloria nuestra.
Aquella, cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales,
Orfeos del alma eran:
Cuyas hermosas niñas
Tenian como reinas
Doseles de su frente
Con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
Daba leccion risueña
Al mar de hacer corales,
A el alba de hacer perlas.
Aquella que nos dijo
Palabras estrangeras
De la virtud humilde,
De la verdad honesta.
Aquella, cuyas manos,
De vivo azar compuestas,
Eran nieve en blancura,
Cristal en trasparencia:
Cuyos pies parecian
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas
Nacieran tan pequeñas.
La que en la voz divina
Desafió Sirenas,
Para quien nunca Ulises
Pudiera hallar cautela.
La que añadió al Parnaso
La musa mas perfecta,
La virtud, el ingenio,
La gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme
Si puede ser que sea;
Mas no vengais, barqueros,
Que no quiero perderla.
Que si mi vida dura
Es solo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solia
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
Mas poco me aprovecha
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Cuanto la sigo y llamo
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,

Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me me ponen,
Y yo con ansia estrema
Lo que imagino abrazo
Por ver si afecto enjendra.
Pero en desdicha tanta
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡Qué alegre respondia,
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cojia de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda,
Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dejan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro
(¡Qué locura tan nueva!)
Escojo las menores
Y digo que son ellas.
No hay arbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace y pida
La sombra que me niega:
Y entre estas soledades
Con ansias tan estrechas
No miro su retrato,
Y muérome por verla:
Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa,
Que dure mas el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo,
(Como me mira atenta)
Que pues que no me habla,
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise:
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre:
¡Mas qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta:
La muerte porque huye,
La vida porque espera.
Cuando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,
Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos
Por no pensar que puedan

Hacer en mí los tiempos
A su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa
Aun suya me consuela,
Ya pienso que la agravio
Y dejo de tenerla.
Asi lloraba Fabio
Del mar en las riberas,
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia,
Cuando atajaron juntas
Con desmayada fuerza
El corazon las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor que le escuchaba;
Dijo: la edad es esta
De Píramo y Leandro,
De Porcia, Julia y Fedra:
Que no son de estos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.

12. *(Del Romancero general.)*

Cajas roncas, bajas plumas,
Mal dorada la gineta,
Y sin cifra ni blason
Las orlas de su bandera;
Jubon leonado oscuro,
Calzon pardo, blanca cuera,
Y la gola barnizada
Mas que su desdicha negra;
Desavenidos soldados
En mal regidas hileras;
El sargento dando voces
Que marchen ó se detengan;
Sale un capitan gallardo
De donde el Tajo se mezcla
Con el mar, porque los suyos
En el agua no perezcan:
Y porque han de hacer jornada
Cuando Jesucristo quiera,
Desea en aqueste espacio
Dar á su bajel carena.
Este capitan que digo
De casadas y doncellas,
Fue Galaor y Amadís,
Amante y amado de ellas.
Torreones y esperanza
Fundaba sobre el arena,
Sabiendo que el niño Amor
No conoce á la firmeza,
Y que hoy tira puntas de oro,
Y mañana tira flechas
Con mas plomo y mas estaño
Que hay en toda Ingalaterra.
¡Mal haya mi confianza
Descuidada y altanera,
Pues me trujo á tal estado,
Que soy de amor plaza muerta!
Yo reia con las niñas,
Platicaba con las dueñas,
Fiestas me hacian todas:
¡Reniego de tales fiestas!
Mesura hice á las unas,
Y á las otras reverencia,
Poniéndome cada tarde
Esperanza y galas nuevas.

Ahora plumas en ala,
Despues garzota derecha,
Mi cuerpo sobredorado,
Ancha liga, y justa media:
Mi persona blanquecina
Como una vira derecha.
Con esto y con buena gracia,
(Que cierto mi gracia es buena)
Andaba favorecido
Con mas cintas que una tienda,
Cuando la varia fortuna
Me puso llano por tierra.
Vinieron gentes estrañas,
Graves, y de sabias lenguas,
Galanes y aderezados
Tanto que arrojaban perlas.
Mandones, como en Cartago,
El huesped fingido Eneas,
Estos con pasos en órden,
Sombreros sobre las cejas,
Mis solariegos amores
Me roban, ¡mirad que ofensa!
Galanes de Meliona,
Todas las damas son vuestras;
Pero vivid con recato,
No creais palabras tiernas.
Yo me ví blasonador,
Y ufano, que no debiera:
A saca-ruin jugaron
Con otros por darme audiencia;
Y agora como venistes
De adonde la gala reina,
Juegan conmigo á lo mismo
Por no perder mañas viejas.
Mejor saben hacer tiros,
Que randas ni cadenetas;
A los que las dejan toman,
Y á los que las toman dejan.
Cansado estoy de sufrir,
Y ellas de mis duras quejas
Debian de estar cansadas,
Y quisieron gracias nuevas.
Esto dijo el capitan,
Y estando del pueblo cerca
Alojóse y olvidó:
Desengañóse, y sosiega.

ROMANCES ANACREONTICOS.

1. *(Del Romancero general.)*

Sacó Venus de mantillas
A Cupido un dia de fiesta,
Y luego al dia siguiente
Manda que vaya á la escuela,
Que quiere la sabia Diosa
Que á leer y escribir aprenda,
Porque no piensa dejalle
Otro mayorazgo ó renta:
Que un alnado de un herrero
¿Qué puede tener de hacienda?
Porque vaya mas contento
Compróle cartilla nueva,
Y una cestilla en que lleve
El almuerzo y la merienda.
Llegó á la escuela Cupido,
Y dióle grande tristeza
Ver azotar á un muchacho
Porque la licion no acierta.
El maestro está enojado,
Y en la mano la correa
A voces dice á los niños,
Que la letra con sangre entra.
Comenzaron á leer,
Cupido á trazar comien za
Como poder deslizarse
Antes que á dar licion venga.
Pidió el astuto rapaz
Para ir al campo licencia,
Y en lugar de volver luego,
Fuese en cas de la maestra,
Do vido estar muchas niñas
Sacando diversas muestras:
Cual está haciendo randas,
Y cual hace cadenetas:
Cual está haciendo vainillas,
Y cual labra castañuelas;
Y las que tanto no saben
Labran lomillos y trenzas:
Entre las cuales estaba
Una niña hermosa y bella,
Que aunque era de poca edad,
En estremo era discreta.
Labraba lisonjas de oro
En lo blanco de una rueda,
Que aunque fuera de Fortuna
La tuviera asi sujeta:
Y si acaso el oro falta,
Un cabello suyo enhebra,
Que del oro á sus cabellos
No hay conocer diferencia.
Embelesóse Cupido
En mirar tan gran belleza,
Y si acaso quiere hablar,
De sí le desvia y echa:
Y como el niño es burlon,
Burlas comenzó con ella.
La maestra que lo vido
Echóle la puerta fuera;

Porque sabe que sus burlas
Suelen ser pesadas veras;
Y no quiere que en su casa
Desgracia nunca acaezca.
Cupido se fue á la suya,
Y á su madre pide y ruega
Le envie siempre á labrar,
Y no le envie á la escuela.
La madre que conoció
Del pie que el niño cogea,
Con una banda morada
Los ojos le ciñe y venda.
Quiso dalle un nudo ciego
Que desatalle no pueda;
Que por esperiencia sabe
Que amor por los ojos entra.

2. *(Del Romancero general.)*

Puso Venus á Cupido
Un rétulo en las espaldas,
Por si acaso se perdiese
Le puedan volver á casa.
Dice el blanco pergamino
En unas letras doradas:
Este niño vive en Chipre,
En la calle de las Damas:
Hijo es de Vulcano herrero,
Y de la Venus herrada:
El que lo hallare lo vuelva,
Que buen hallazgo le manda.
Con esto á la escuela fuese
Con una cesta de palma,
Donde llevaba el almuerzo
Y la cartilla llevaba.
Sentóse con otros niños
Sobre la dorada aljaba,
Una flecha por puntero
Que apenas el papel rasga.
Y sobre dar la licion
Mal sabida y no estudiada,
Azotóle su maestro
Con una cuerda de lana.
El niño con el enojo
No se fue derecho á casa;
Mas con otros rapacillos
Se fue á pescar á la playa;
Donde faltándoles cuerda,
De los cabellos arranca
Algunas doradas hebras,
Y de dos en dos las ata.
Uno de ellos quita luego
El reguilete á su caña,
Y echando al agua la cuerda,
No pesca en dos horas nada.
Cayó en ello el mas discreto,
Y prometió si le daba
La mitad del primer lance,
Le prestaria dos cañas:
Asi le fue prometida,
Y puesto el cebo esperaba.
En este tiempo dos Ninfas
Que en sus cristales nadaban,
Viendo los rubios cabellos,
El cabo de ellos desatan,
Y las perlas que traian
Una prende y otra ensarta.
Sienten los niños el peso,
Y el lance entre los dos sacan:

Y en esto el niño tardóse
Y la noche escura baja.
Andaba despues llorando;
Llévanle derecho á casa
Por las letras conocidas
Donde su madre le aguarda.
Azotarle quiere Venus:
El replicaba: ya basta,
Madre mia, que el maestro
Me azotó por la mañana.
Que se pierda un niño, madre,
No es maravilla tan alta,
Que tambien se perdió Elena
Por interes de una rama.
Pues Elena se perdió
Por unas manzanas falsas,
No es mucho que por las finas
Perdido una hora me traigan.
Mas si agora no me azota,
Le diré un ardid y maña
Para pescar corazones,
Que ya tan raros se hallan.
Sepa, madre, que no pesca
Anzuelo á quien cebo falta:
Ponga dinero en la flecha,
Y podrá pescar las almas.
La madre viendo el consejo,
Azote y mano levanta,
Y desde entonces no pesca
Menos que con oro y plata.

3. *(Del Romancero general.)*

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido,
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños:
Cual trepa por algun salce,
Presumiendo buscar nidos;
Cual cogiendo el fresco viento
Por coger los pajarillos;
Cual hace jaulas de juncos,
Cual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos;
Cuando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos.
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos;
El rapaz pierde el sentido;
Vase corriendo á su madre,
A quien lastimado dijo:
Madre mia, una abejita
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce,
Vengada de verle herido
De cuando la hirió de amores
De Adonis que tanto quiso,
Medio riendo le dice:
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecica
Semejantes en el pico.

4. *(Del Romancero general.)*

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco, y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado
Dijo el bueno del ventero:
Hermanito, no hay posada;
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Díjole como era hijo
De la bella Diosa Venus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamas cupo en bajo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio:
Para ser hijo de Reina
El trae bellaco pelo;
Y aquí no hacemos nada
Por amor, y sin dinero.
Sepa, si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo:
Cuando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sexto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las olas
Halló de su mal remedio,
Pues bebió tal parte de ellas,
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del Babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto,
Rompió con su espada el pecho:
Y luego la necia Tisbe,
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras el caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego:
Desatápese los ojos,
Verá la razon que tengo.
Cupido entre aquestas burlas
Fue las veras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley y otro uso nuevo:
Y es tan discreto, que tiene
Menos costa y mas provecho.
Y tambien manda á las damas
Que en su amor hagan concierto,
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio.
Y que al amante que diere
No le envien descontento,
Y al que no diere, le digan
Lo que le dijo el ventero:
Hermanito, no hay posada;
Pique, que cerca está el pueblo.

5. *(Del Romancero general.)*

Amedrentado Cupido
De los azotes de escuela,
Huyó porque oyó decir
Que entran con sangre las letras.
Y viendo que de su casa
Le despide la maestra,
Y por pescar en la playa
Su madre azotarle quiera,
Y en los jardines tambien
Le picaron las abejas,
Y que no le dan posada
Por llegar pobre á la venta,
Sintiéndose despreciado
Sin habilidad ni renta,
Determina de tomar
Oficio que le entretenga.
Y siendo amigo de dulce,
Que es el blanco á donde asesta,
Como era niño y rapaz
Aficionóse de nieblas.
Hizo un cestillo de palma:
Quien cesto de palma lleva,
Con el juego de ventura
Encima de la tableta.
El arco puso por asta,
Y una flecha por saeta,
Gritando suplicaciones
Quien á suplicar sujeta.
Y viéndole tan bonito,
Llamáronle de una reja
El interes y una dama,
Y el niño con los dos juega.
Jugó el interes de mano,
Que en todo la mano lleva;
Y echó la suerte la dama,
Y ella tira la moneda.
Anduvo Cupido azar
Que no acierta suerte buena,
Por ser incierto su juego;
Y su pérdida muy cierta.
Dentro de pequeño rato
El interese le pela,
Y dando mate en perder,
Vino á rematar la cesta.
Tomó el interes el arco,
Quedó con la palma y flecha,
Con que para mas reinar
Fue su ventura deshecha.
Y dándole, como dicen,
Con la cesta en la cabeza,
Triunfando de sus despojos
Hace y deshace la guerra.

6. *(De idem.)*

Topáronse en una venta
La Muerte y Amor un dia,
Ya despues de puesto el sol,
Al tiempo que anochecia!
A Madrid iba la muerte,
Y el ciego amor á Sevilla,
A pie, llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia,
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.

Y estando los dos sentados,
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa;
Y al fin le dijo riendo:
Señora, no sé qué os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retira.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades,
Cenaron en compañia.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina;
Que en la venta no habia cama,
Ni el ventero la tenia.
Los arcos, flechas, y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no ha bien amanecido,
Cuando amor se despedia,
Sus armas al huesped pide,
Pagando lo que debia.
El huesped le da por ellas
Las que la muerte traia:
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la muerte
Triste, flaca, y desabrida,
Tomó las armas de amor,
Y tambien hizo su guia.
Y desde entonces acá
Mata el amor con su vira
Mozos que ninguno pasa
De los veinte y cinco arriba.
A los ancianos, á quien
Matar la muerte solia,
Agora los enamora
Con las saetas que tira.
Mira cual está ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba:
Amor por dar vida mata;
Muerte por matar da vida.

7. *(Del Romancero general.)*

Licencia pide Cupido
A Venus su madre amada,
Para entrar en unas fiestas
Con los moros de Granada.
Dícele: Madre, deseo
Tirarme cuatro ó seis cañas
Con los francos Bencerrajes,
Y con Muza el de Daraja.
Morico, á las cañas,
Pasa al amor con ellas las entrañas.
Por ver si al brazo temido
Las adargas vandeadas
Hacen igual resistencia
Que suelen hacer las almas.
Venus le responde: hijo,
Salido de mis entrañas,
De que te huelgues me huelgo:

Con tu gusto me regalas.
A las cañas, moro,
Rompe al amor el arco y flechas de oro.
¿Piensas que es alcanzar nidos
Saber traer el adarga,
Y apercibilla á aquel tiempo
Que el contrario desembraza?
No pienses que en los jardines
De Chipre entre flor y ramas
Andas con los otros niños
Tejiendo bellas guirnaldas.
Morico, á las cañas, etc.
Siempre lo tuvistes, madre,
Darme respuesta pesada,
Al tiempo que de mi gusto
Llevo las velas hinchadas.
Llevo tres caballos negros,
Uno turco y dos de España:
Los de España para el juego,
Y el turco para la entrada.
A las cañas, moro, etc.
De Bernardo el castellano
Llevo la lanza y adarga,
Con que en la de Roncesvalles
Rompió á los doce de Francia.
Concluyo con que sin duda
Me vereis en Vivarambla,
Donde estará mi persona
Fuerte, bizarra, y gallarda.
Morico, á las cañas,
Pasa al amor con ellas las entrañas.
A las cañas, moro,
Rompe al amor el arco y flechas de oro.

8. *(Del Romancero general.)*

Entre unos tajados riscos
Que casi el cielo sustentan,
De do el sol mas tarde parte,
Y á do mas temprano llega;
Tan escabrosos que de ellos
Un arbol solo no cuelga,
Cuyas cuevas y resquicios
Son de los venados cuevas;
En medio de un campo raso,
Sin verdura ni arboleda,
A la sombra de una encina
Seca, sin ramas, y hueca;
Está Lucindo pasando
Una calurosa siesta,
Burlándose de Cupido,
De su arco y de sus flechas.
Diciendo: niño, á tu madre
Que te empañe, y que te envuelva;
Que no es razon que los niños
Con los hombres se entremetan.
Porque ¿no ves, ceguezuelo,
Que si te tapan y vendan,
Es para jugar contigo
A la gallinilla ciega?
¿Qué es de mi mando y poder?
¿Y tu poder, mando y fuerza?
Dejas las flechas y el arco
Antes que te dejen ellas.
Dejóte Alcida, y á mí

Por no temerte me deja;
Mas huélgome, que esta vez
Acabo contigo y ella.
Y que viviré contento
Entre estos riscos y peñas;
Pues cuando puedas, no es tanto
Que llegues acá á las sierras.
Estando en esto Lucindo,
Volvió á la mano derecha,
Porque lo estorbaba un rio
De no proseguir sus quejas.
Vió lidiando sus dos mansos,
Como se topan y encuentran
Por ciertos celos causados
Del amor de unas ovejas.
Turbado dice el pastor:
¿Ay amor, hasta qué llegas?
Ahora digo que eres Dios,
Pues ni á los buenos no dejas.
Perdona mi libertad,
Pues solo pequé en la lengua,
Y es grandeza perdonar
A quien te lo pide y ruega.
No uses de hoy mas tus burlas;
No hagas burlas ni veras:
Y pues me ha olvidado Alcida,
Haz que á su memoria vuelva.

9. *(Del Romancero general.)*

Aquel monstruo humano y fiero
Que el aire volando rompe,
Niño tierno y delicado
Para quien no le conoce.
Fuego que parece hielo,
Oro que parece cobre,
Tirano de libertades,
Y libertad de traidores.
El que no perdona á Reyes,
Y el mayor Rey de los hombres,
Menospreciando la tierra,
Hirió al mayor de los Dioses.
A Jupiter en su cielo
Con su flecha enamoróle
De la hija de Agenor,
El Rey del Líbano monte.
Orilla el fenicio mar
Bajó al suelo, y transformóse
En el mas gallardo toro
Que vió Jarama en su bosque.
De la color del jacinto
El cuerno tuerce y compone,
Que al sol pudieran ser rayos
Que estaba en el tauro entonces.
La frente remolinada,
La piel de color de bronce,
Como esmeraldas los ojos,
La nariz ancha y conforme.
Boca abierta y corto cuello
Que con arrugas encoge;
Blanco el cerro como armiño,
El aspecto humilde y noble.
Las armas del Rey por hierro,
Una coronada torre,
Aunque en el alma del toro
Se estampa de Europa el nombre.

Ella corre por la playa,
Que entre sus doncellas corre:
El toro Dios se le ofrece,
La luz y el engaño esconde.
El toro pace y contempla
Los dos orientales soles,
Paciendo la verde yerba
Donde ella las plantas pone.
Europa al toro miraba
Manso, humilde, alegre, y vióle
Rumiando sus pensamientos
Entre la yerba que come.
Quiso allegarse atrevida:
Llegó cerca, y espantóse.
El toro como es astuto,
Por asegurarla echóse.
Ella entonces con un puño
De verde yerba llamóle;
Que á veces es la muger
Mas atrevida que el hombre.
El toro tomó la yerba,
Y porque el alma la goce,
Guardóla entera en el pecho
Por esperanza y favores:
Que la parte de animal
No permite que la toque;
Porque quedándose verde,
A su tiempo diese flores.
Y lamiéndole las manos,
A sus pies se humilla y pone
Tanto, que á la ninfa obliga
A que los cuernos le tome.
Con deseo de subir
(Para virginal muy torpe)
¿Derribarásme? le dice:
Y el toro que nó, responde.
Probó su domestiqueza
Con una vara de roble,
Y viéndole estar tan quedo
Encima subió y picóle.
El Toro muy poco á poco
Al mar se llega de un golpe,
Entre las ondas se arroja,
Sin que sus aguas le enojen.
Rindióse el agua á su fuego:
Y al fin pasó á Creta, donde
Gozó aquella que dió á Europa
Con el suyo inmortal nombre.

10 (*).

Como rosa, que nace
En el jardin cercado,
No sujeta al arado,
Ni al ganado, que pace,
Cuyo primer aumento,
El sol, el agua, el viento
Crece, cria y halaga,
Con cuya vista paga
Del dueño amado el celo,
A quien promete el cielo

(*) Desde este número 10 hasta el 39 inclusive son Eróticas de Villegas.

De piedad cada dia
Cristal que la rocia;
Que mientras no es tocada
Crece su lozanía,
Y es de todos amada;
Mas si en agena mano
Pierde el lustre lozano,
Y á desdecir comienza
La nativa vergüenza,
Al paso que es amada,
Viene á ser desdeñada.
Asi la Vírgen bella,
En tanto que es doncella,
Es de todos querida
Con el alma y la vida:
Mas cuando se vé falta
De dignidad tan alta,
Si busca quien la quiera,
Es mas aborrecida
Que ponzoñosa fiera.

11.

Divide esos claveles,
Mas dulces que las mieles,
Y mas que los panales
Divide esos corales;
Que juntos á los mios
Harán parar los rios
En que triste me anego;
Harán templar el fuego
Que consume mis venas;
Harán cesar las penas,
Que me alteran la calma;
Harán vivir un alma,
Y morir mil pesares:
Ea pues, no te pares,
Lydia, que solo un beso
Darlo, no es gran esceso:
Y si acaso pensares,
Que el darlo ha de ser causa
Para engendrarse pausa
En tu amor, y en el mio,
Es grande desvarío;
Porque un deleite es cebo,
Que atrae con gusto nuevo.

12.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Víle tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonia,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento

Ya sonoro volvia;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y á mí que respondia
El rústico: *No quiero.*

13.

Lleguen esos rubíes
Con que graciosa ries,
Bella Lydia, á mi boca,
Pues amor los provoca,
Y espárzanse sus mieles,
Como esparcirlas sueles:
Lleguen, que amor lo quiere;
Amor que sana y hiere;
Amor, hijo de Marte,
Que reina en toda parte;
Amor que si atosiga,
Luego cura y mitiga;
Amor, niño gracioso,
Que con fuego amoroso
Nos hizo en todo iguales.
Lleguen pues tus corales.
Lydia, ¿quién te acobarda?
¿No ves que si se tarda
Un punto, un solo instante
Tu regalado beso,
Perderás un amante,
Y yo perderé el seso?

14.

En tanto que el cabello,
Resplandeciente y bello
Luce en tu altiva frente,
De cristal transparente,
Y en tu blanca mejilla
La púrpura que brilla;
La púrpura, que al labio
No quiso hacerle agravio,
Goza tu abril, Drusila,
En esta edad tranquila:
Coge, coge tu rosa,
Muchacha desdeñosa,
Antes que menos viva
Vejez te lo prohiba.
Porque si te rodea,
Y en tí su horror emplea,
Quizá lo hará de suerte,
Que llegues á no verte,
Por no verte tan fea.

15.

Lydia, Amor y yo estando,
¡O dulce y claro dia!
Cogiendo tiernas flores,
La beldad contemplando
De aquella que allí via;
En sus varios colores,

Sentí nuevos olores
Derramarse en mi alma;
Sentí dichosa calma
Esparcirse en mis venas;
Y libre de las penas,
Que hasta allí Amor tirano,
En sujecion eterna,
Obró con llama interna
Y con ingrata mano.
Lydia amorosa y tierna,
Embebecida estaba:
Amor, que la miraba
Con señas que me hacia
Mis ánimos movia,
Y al hecho me llamaba.
Yo de Amor incitado,
Por fin de mis congojas,
En sus mejillas rojas
Libre mi boca añado:
Mas ella que usurpado
Su néctar vió sabroso,
Y en el trance forzoso
Su clavel en mi labio,
Por vengar tal agravio
De Amor la flecha toma,
Con que las almas doma,
Y asi vengar intenta
Esta suave afrenta:
Pero Amor que la mira,
Piadoso á mis querellas,
Hirió sus carnes bellas
Con la indomable vira.
Lydia bañada en ira,
Viendo rotos los bronces
Que imaginó inmortales,
Y con la esfera iguales,
Dijo: pierda la vida
Quien vive inadvertida,
Niño, de tu centella.
Quedando desde entonces
Ella de Amor herida,
Y yo de amores della.

16.

Miraba Lydia atenta
Las flores que le ofrece
Su jardin heredado,
Cuyos pies humedece
El cristal desatado
De una fuente sedienta:
Amor, que solo intenta
Darle algunos pesares,
En unos colmenares,
Principio deste daño,
Con ligeros talares
A robar fue sus mieles:
Las abejas crueles,
Movidas del engaño,
A gozar la venganza
Sin ninguna tardanza
Con puntas de diamantes
Se aprestan susurrantes:
Mas viéndose burladas,
Unas se vuelven luego
A sus dulces moradas,
Otras con vago juego
A gustar los licores
De las nativas flores
:

Se esparcen revolando.
De aqueste inícuo bando
Una, la mas traviesa,
Se llega á Lydia hermosa,
Y pensando que es rosa
La boca le atraviesa.

17.

Tras lluvias manantiales,
Grandes como mis males,
Contra cuyas corrientes
No hay márgenes ni puentes,
Con suma bizarría
El Verano venia,
Ya purpurando flores,
Ya liquidando fuentes.
Los tiernos ruiseñores
No lloraban la pena
De Progne y Filomena;
Que sus gemidos graves
Ya son cantos suaves.
Los gilgueros pintados,
Segun salen vestidos,
Por prados son tenidos;
Y los prados pintores,
Segun salen bordados,
Por gilgueros y prados.
Los vientos ya mejores,
A las aves brindando,
Las hacen ir volando.
Los claros arroyuelos,
Que con grillos de yelos,
Sin poder ser movidos,
Estaban detenidos,
Con vengativa prisa
Cuajando dulce risa,
Alegres se desatan,
Y hasta el mar se dilatan.
La Venus Citerea
Se pule, y hermosea,
Y vibrando el diamante
De su apacible vista,
Los ánimos conquista
Del Júpiter tonante.
Tambien llena de olores
Lydia, que es mis amores,
Lydia, que es mas señora
De los campos que Flora,
Sale por mas honrarte,
Verano, á visitarte,
Dando á tu suelo rosas
Con sus plantas hermosas,
Y con su dulce aliento
Mil vidas á las cosas,
Y mil almas al viento.

18.

Lydia, un beso me diste;
Yo celebré el esceso:
Pedí luego otro beso,
Y dallo no quisiste.
¡Ay! dí, ¿qué pretendiste,
Cuando asi lo negaste?

¿Acaso imaginaste
Que de Venus la gloria,
Tanto al mundo notoria,
En un beso consiste?
Ten, Lydia, pues memoria,
Cuando en aras del lino
Al ídolo divino
Del Amor, que adoramos,
Víctimas ofrezcamos,
La grande diferencia
Que hay de un beso á este paso;
Y sabrás de esperiencia,
Que Amor nunca es escaso
Donde hay correspondencia.

19.

¡Oh qué dulce y sabroso
Le es al alma tu beso,
Lydia, del lustre hermoso!
Parece que á tu boca
Contino un panal toca;
Y á mí, cuando la beso,
Que no me toca el seso.
Uno solo me has dado,
Y uno me has ofrecido:
Hagamos por cumplido,
Pues hemos comenzado,
Oh muchacha avarienta;
Tú quedarás contenta,
Yo quedaré pagado.

20.

Con mayores deleites,
Que un tiempo el Sibarita,
Tú vives y yo bebo:
Pues yo beba, y tú vivas;
Porque aquel intervalo,
En que el gusto se brinda,
Es de mas importancia
Que el resto de la vida.
Si la gula no hubiera,
¿Para qué eran los dias
Del planeta guisados
Que con guadaña pintan?
Todo fuera tristezas,
Todo melancolías,
Como al fin de quien come
Sus hijos y sus hijas.
Aun si se los bebiera
Mil disculpas tenia,
Por ser mal que se aumenta
Cuanto mas se ejercita.
Tú pues cura del pavo
Que vino de las Indias,
Que vino vendrá luego
Para mí desde Esquivias.

21.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y jugnemos.
Siquiera el Capricornio
Tire lanzas de yelo,

Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros.
Enemigo de Baco,
Cuando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan docil,
Que no procure vernos
Aguados con mil aguas,
Y helados con mil yelos.
Yo apostaré, mi Lesbia,
Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciese yermos.
¡Oh cómo el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo,
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro.
Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hicieron,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.

22.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El Amor, y la Abeja,
A un rosal concurrieron:
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y él criando mil risas,
Y cantando mil versos.
Pero dieron venganza
Luego á flores y pechos,
Ella muerta quedando,
Y él herido volviendo.

23.

Así te den los cielos
Dicha en las pretensiones,
Venganza en los agravios,
Victoria en los amores;
Los gustos se te cumplan,
Los bienes se te logren,
El año te dé frutos,
Y todo pase en flores;
Desacredite tarde
El tiempo tus verdores;
Ni el cierzo los enere,
Ni el éuro los agoste;
Asi del viejo padre
Mitigues los rigores,
El alma le diviertas
Y el seso le trastornes;
Trasiegue sus tesoros
En galas que te compre,
Y sean sus Perúes,
Las hebras que te sobren;

Las hebras que han servido
De sogas á mil hombres,
Gustando de ser Iphis,
Porque eras tú de bronce;
Asi, discreta Nais,
El Zéfiro remoces,
Volviéndole á fragancias
Al tiempo que él las borre;
Y ni el Can del Estío,
Que arroja mil calores,
Te lata desde el cielo,
O muerda desde el monte:
Que acabes de decirme
Tu gusto en dos razones;
Porque el verano viene,
Y es bien que me acomode.

24.

Ya de los altos montes,
Las encumbradas nieves,
A valles hondos bajan
Desesperadamente.
Ya llegan á ser rios
Las que antes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen.
Ya del Lyceo monte
Se escuchan los rabeles,
Al paso de las cabras
Que Tityro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales
De que el verano viene:
La cantimplora salga,
La cítara se temple,
Y beba el que bailare,
Y baile el que bebiere.

25.

En medio del silencio
Cuando la Ursa corre
Veloz hácia la mano
De la estrella Boótes;
Cuando el piadoso sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres;
Amor á mis umbrales
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas
Del sueño despertóme.
¿Quien es el atrevido,
Airado dije entonces,
Que á tales horas llama,
Y al que duerme interrompe?
Abre, piadoso huesped,
Las puertas, me responde,
Y deja el miedo, amigo,
Que mi llamar te pone;

Porque soy un muchacho
Que ando toda la noche
Perdido, por ser ciego,
Y helado, por ser pobre.
Yo movido á sus ruegos,
Y amigable á sus voces,
Las puertas abrí luego,
Porque entre el que las rompe;
Cuando ví un niño ciego
Al modo de los dioses,
Con alas en sus hombros,
Y en su carcax arpones.
Subile á mi aposento,
Encendí mis carbones,
Enjugué sus cabellos,
Y apagué sus temblores.
Sus manos con las mias
Le apreté, y él entonces,
Viéndose redimido
Del hielo y sus rigores,
Probemos, dice, el arco,
Por si el nervio se encoge;
Y estirando la cuerda
El pecho atravesóme.
Luego con mil risadas
De mi casa salióse,
Diciendo al despedirse:
Huesped, queda á los dioses;
Pero primero advierte,
Que tras hacer tal golpe,
Mis arcos quedan sanos,
Y tú con mil dolores.

26.

La rosa de Cupido
Juntemos á Lyeo,
Y della laureados
Bebamos y juguemos;
La *Rosa*, que á las flores
Es suave ornamento,
Y del verano alegre
El cuidado primero;
La *Rosa* que á los dioses
Es deleite, y por esto
De rosas coronado
Danzas sigue el de Venus.
Haz pues, ó padre Baco,
Que de rosas compuesto,
Y de lyra adornado,
Me reciba tu templo.
Suaves daré olores,
Suaves diré versos,
Y juntos yo y mi dama
Suaves bailarémos.

27.

Amada palomilla,
¿De donde, dí, ó á donde
Vienes con tanta priesa,
Vas con tantos olores?
¿Pues á tí qué te importa?
Sabrás, que Anacreonte
Me envia á su Batilo,
Señor de todo el orbe;

Que como por un hymno
Me emancipó Dione,
Nombróme por su page,
Y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
Suyos estos renglones,
Por lo cual me promete
Libertad cuando torne.
Pero yo no la quiero,
Ni quiero que me ahorre;
Porque ¿de qué me sirve
Andar cruzando montes?
¿Comer podridas vacas,
Ni pararme en los robres?
A mí pues me permite
El mismo Anacreonte,
Comer de sus viandas,
Beber de sus licores;
Y cuando bien brindada
Doy saltos voladores,
Le cubro con mis alas,
Y él dulce las acoge.
Su cítara es mi cama,
Sus cuerdas mis colchones,
En quien suavemente
Duermo toda la noche.
Mi historia es esta, amigo;
Pero queda á los dioses,
Que me has hecho parlera
Mas que graja del bosque.

28.

Asi como Niobe
Se transformó en peñasco,
Y Progne en golondrina
Que luego fue volando;
Yo tambien en espejo
(¡Hiciésenlo los hados!)
Mudarme ya querria,
Porque me estés mirando;
Y luego en vestidura
Por ser de tí tocado,
Y en agua cristalina,
Por caer en tus manos.
¡Oh quién ungüento fuera
Dulce, suave y blando,
Por ungir los secretos
Al lecho reservados;
Collar de tu garganta,
Faja de tu regazo,
Y luego zapatilla
Porque me estés pisando!

29.

Si alargarse pudiera
Nuestra vida con oro,
Sin duda le buscara
Por un mundo, ó por otro;
Y así luego á la muerte
En el dia forzoso
Le diera una gran suma
Porque volviera el hombro.
Pero ya que es vedado
Hacer del hado logro,

¿De qué sirve el gemido,
De qué sirve el sollozo?
Tambien si inescusable
Es la vida del Orco,
¿Para qué las riquezas,
Para qué los tesoros?
Pues ea, venga vino,
Que me salte á los ojos,
Que entre mis camaradas
Quiero hacerme beodo:
Y tambien la muchacha
Con risadas y gozos,
Y deme mil abrazos
Que yo le daré otros.

30.

Al Amor descuidado
Cogieron las Pimpleas,
Y con grillos de flores
Al Decoro le entregan.
Luego para el rescate
La misma Citerea
Previene muchos dones,
Y da grandes riquezas.
Pero cuando lo libre,
Tenga por cosa cierta,
Que Amor tarde se arranca
Si á ser esclavo empieza.

31.

Sin límite ea, mozo,
Dame, dame la copa,
Que quiero, quiero darme
A furia tan sabrosa.
Furias tuvo en un tiempo
Orestes y Alcmeonta,
Y uno, y otro, verdugo
Fue de su madre propia.
Pero yo que de nadie
Soy homicida agora,
Quiero, quiero entregarme
A furia tan sabrosa.
Furias tuvo en un tiempo
Hércules y Beócia,
Que el ifiteo arco
Y la aljaba destroza:
Tambien las tuvo Ayax
Blandiendo la famosa
Espada del Troyano,
Y el paves de siete hojas.
Pero yo con la taza
Y con esta corona,
De flores adornada,
Que ciña mis garzotas;
No con arco ifiteo,
Ni espada cortadora,
Quiero, quiero entregarme
A furia tan sabrosa.

32.

Amada golondrina,
Tú vienes cada un año,
Y tratas de tu nido
Solamente el verano.
Tú siempre en el invierno,
Nuestro pais dejando,

Allá te vas á Ménfis
Y al Nilo egipciaco:
Pero el duro amor mio,
Viniendo mas despacio,
En mi pecho hace nido,
Sus huevos empollando.
Aquí pues, ya Cupido
Sale de pelo malo,
Y aun saca algunos pollos,
Que bullen ya piando;
Y apenas los mayores
Empollan otros, cuando
Nacen terceras crias
De aquellos empollados;
¿Pues qué de mí se espera,
Si tengo amores tantos,
Que la mas suelta lengua
No es bastante á esplicallos?

33.

Agora que suave
Nace la primavera,
¿No ves como las gracias
De rosas mil se llenan?
¿No ves como las ondas
Del ancho mar, quietas
Aflojan los furores,
Y amigas se serenan?
¿No ves como ya náda
El ánade, y empieza,
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen, y ya medran;
La vega pare gramas,
La oliva flores echa;
Las cepas se coronan
De pámpanos que ejendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas.

34.

Viejo soy, mas á todos
Los mozos con ser viejo,
Escedo en la bebida,
Bailando asaz ligero.
Mis gustos son las danzas,
Mi báculo es el cuero;
Que mi derecha mano
No conoce otro cetro.
¿Deseas tener guerras?
Que te hagan buen provecho,
Y á mí dame, muchacho,
El brindis de Lyeo;
Seré por lo beodo,
Pues lo soy por lo viejo,
Brincando entre las danzas,
Retrato de Sileno.

35.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico
De una, que allí volaba,
Abeja salió herido;
Y luego dando al viento
Mil dolorosos gritos,

En busca de su madre
Se fue cual torbellino.
Hallóla, y en su gremio
Arrojado, esto dijo:
Madre, yo vengo muerto:
Sin duda, madre, espiro;
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.
Pero Venus entonces
Le respondió á su niño:
Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,
¿Cuánto mas dolorosos
Que tú estarán, Cupido?

36.

El marido de Venus
En su lemnia herrería,
Mientras de acero fragua
Las flechas que Amor tira;
Y mientras Citerea
Artificiosa aplica
Dulce miel á sus hierros,
Y Amor amargo acibar;
Vuelto ya de la guerra,
Y vibrando la pica,
El belicoso Marte
Burlaba de sus viras.
Pero entonces el ciego,
Haciendo puntería,
Haz, dice, pues, examen,
Si gustas desta mia.
Recibióla el guerrero
Como quien no la estima,
Y Venus que alertaba
Soltó luego la risa.
Mas repitió gimiendo:
Quita, Cupido, quita,
Y vuélvela á tu aljaba,
Que no quiero tu vira.

37.

Con el Verano alegre,
Que es padre de las flores,
Casemos á la *rosa*,
Que es ámbar de los dioses;
La *rosa*, que es suave
Delicia de los hombres,
Ornato de las gracias,
Y beso de Dione;
La *rosa*, que á poetas
Argumento es conforme,
Y á las hermanas nueve
Del cabalino monte;
La *rosa*, que es amable
Al brazo que la coge,
Por mas que se defienda
Con espinas de bronce;
La *rosa* finalmente,
Que suave responde,
Al tocar, con halagos,
Al oler, con olores;
La que solemnes fiestas
Espléndida compone;

Pero donde ella falta
¿Qué adornos hay que sobren?
De *rosa* son los dedos
Del alba entre arreboles,
Y de *rosa* los brazos
De las Ninfas del bosque;
La misma Citerea,
La hospedera de Adonis,
De *rosa* ha merecido
Mil títulos y nombres:
La *rosa* pues medica
De sus ages al hombre,
Y al hecho ya cadáver
Libra de corrupciones:
Opónese á los tiempos,
Y en vejez uniforme
Despide aquellos mismos,
Que en juventud, olores.
Pero va de su origen,
Pues fue de sus loores,
Y á quien la edad venera,
La antigüedad abone.
Cuando con las espumas
Mezclados los vigores
Parieron á la Venus,
Tan dulce como dócil,
Y el curado cerebro
Del soberano Jove,
A Palas, que preside
Armada entre escuadrones,
Del seno de la tierra
Nació la *rosa* entonces,
Que acudió con su néctar,
La turba de los dioses:
De cuya mata luego,
Tan dulce como noble,
Nació tu planta, Baco,
Que es néctar de los hombres.

38.

A mejorar la vendimia
Salieron Fílis la bella,
Y Amor, y Baco, deidades,
Uno en uvas, y otro en flechas.
Las Gracias tres desceñidas
Van con las Ninfas compuestas,
Y entre las aras del gusto
La lascivia y la belleza.
¡Ay Dios, cuán dulce camina,
Entre la pompa soberbia,
La tigre! ¡Mal haya Celio
Quien mas parare en la aldea!
Toma el sombrero de rua,
Dame la parda montera,
Que amor, con ser cortesano,
Ya canta toscas endechas.
¡Ay, si me permite el cielo
Llegar, á donde me veas,
Con cuanto gusto al trabajo
Daré, muchacha, mis fuerzas!
Por tres labradores diestros
(El alma se fia en ellas)
Trabajaré sin cansarme,
Como yo presente os tenga.
¡Oh cuántas cepas, viudas
Serán por mis manos hechas,
Cuando caigan sus racimos
Desde el cuchillo á la cesta!
Usar acciones villanas
No lo tendré por afrenta,

Que el sol las usó en Anfriso
Entre las vacas y ovejas.
¡Qué poco le aprovecharon
Sus astutas diligencias,
Ni el dulce son de su lira,
Ni el oro de sus madejas!
Contra la pasion del alma
Nada valieron sus yerbas,
Que al arte de medicina
Venció de amor la saeta.
Del gran mayoral Admeto
Trató las anchas dehesas,
Llevando el zurron al lado
Con la lira y la merienda.
Tejiendo mimbres estaba
Mientras las vacas le dejan,
Y de la leche esprimida
Natas cuaja, y queso encella.
¡Oh cuántas veces la hermana
Le vió, bañada en vergüenza,
Con el becerro en los brazos
Subir las ásperas cuestas!
¡Y cuántas veces los toros,
Cuando él cantaba en las peñas,
Interrumpieron sus voces
Con bramidos de fiereza!
Y ni por eso olvidaba
La dulce imagen de aquella,
Que por ser laurel sin alma
Le dió la suya á sus huellas.
Desmayado en su memoria,
O pensativo en su idea,
Tal vez pagaron las vacas
Su descuido y negligencia.
Animo pues al trabajo;
Saca el ganado á la vega,
Llévale al agua en paciendo,
Y al redil cuando anochezca;
Y sepa el Amor en ambos,
(Yo en mi viña, y tú en tu selva)
Que un labrador, y un vaquero
Sirven mas, cuando mas penan.

39.

Las vueltas de los cielos
Regidos de Planetas,
Sustentados de ejes,
Adornados de estrellas,
Dan al hombre cordura,
A la muger belleza,
Al campo verde ropa
De flores y de yerbas;
Las impedidas aguas
Redimen de cadenas,
Los vientos de nublados,
Los mares de tormentas;
Las iras alteradas
Reducen á quietas,
Los odios á amistades,
Las batallas á treguas;
De las enfermedades
Salud hacen perfecta,
De los trabajos ocio,
De las flaquezas fuerza:
Solo á tí no han podido,
Durísima Glicera,
Las vueltas de los cielos
Torcerte, con ser vueltas.

ROMANCES AMOROSOS PASTORILES.

1. *(Romancero general.)*

De tus cabellos, ingrata,
Aunque los gané por fuerza,
Asi se enlazó mi alma
Como si tú me la dieras.
Imaginabas, Señora,
Que tu dorada madeja
De su valor perderia
Si yo adorase sus hebras.
La mañana de San Juan,
Cuando se cogen las yerbas,
Te ví de verde en la villa
Que fue esperanza de quejas.
Desviéme de tus ojos,
Y temiendo mas tu ausencia,
Mis deseos me tornaron
A tu prision y á mis penas.
Casada, dama hermosa,
Pues en tu memoria quema
Amor con las brasas suyas,
Mis tormentos por ofrenda;
Si de Riselo el humilde
La rica fe no desdeñas,
Vuelve y mira tus crueldades
Vencidas de mi paciencia.
No pido que de tu alma
Me des cualesquiera prendas;
Que las que tengo recibas,
Eso mi alma te ruega.
¿Mas yo por qué quiero
Meterme en dibujos,
Ni sufrir, casada,
Los desprecios tuyos?
¿Por qué he de ser necio,
Como lo son muchos,
En buscar requiebros
De un año de curso?
Ya el amor hidalgo
Se volvió en tributo;
Cuidados se compran,
Véndense descuidos.
La malicia grave
Que reina en el mundo,
Enseña á los hombres
A vivir al uso.
No soy yo, Señora,
Tan blanco y tan rubio,
Que por lindo pueda
Pretender tu bulto;
Ni por ricos dones,
Que son fuertes chuzos,
Porque á Dios del cielo
Son todos mis juros.
Eres arrogante;
Mirarás en puntos:
Si en verte me alegro,
O si me demudo.
Querrás que mil noches,
Mojado ó enjuto,

Tus rejas me hablen
Que son hierros duros;
Que silve tres veces,
Mostrando que acudo
Al incierto plazo
A que Amor me trujo;
Y al darme recaudo
O billete alguno,
Llueva tu fregona,
Y yo quede sucio;
Que á tu dueña compre
Antojòs y junco,
Porque vuelva humano
Ese pecho turco;
Que vaya á la iglesia,
Y quede sin pulsos,
Al ver que te hablan
Don Sancho y Don Hugo;
Que mis coplas sean
Novelas de Cuzco,
Flores de esperanza,
Y de olvidos fruto.
Mejor me parece
Que mis altos humos
Perfumen las aras
Y estampas del vulgo,
Que con pecho bronco
Y lenguage bruto,
Sea yo el tercero
De treinta segundos.
Con descarte de otros
Jugaré mi escudo,
Entren en baraja
Octavios y Julios.
Madrugue mi dama
Como yo madrugo;
Y en siendo de noche,
Cace como buho.
Viva el desengaño,
Pues con él me purgo
De agravios patentes
Y celos confusos,
Y tú, mas altiva
Que palma de puño,
Vuélvete á tu trono,
Y á Dios que me mudo.
Contra desdichados
Todo corre turbio;
Lo facil me valga,
Pues lo facil busco.

2. *(Romancero general.)*

De la arrugada corteza
De una haya borra Filis
Su propio nombre, y abajo
Olvido pone, y escribe:
Yo sola pongo la mano,
Que tú la ocasion pusiste;
Desden y olvidos te borran;
Muera Fílis, pues no vive.
Hoy, nombre, te desempeño
De la deuda en que estuviste:
Quitóte Albano del alma,
No es mucho que yo te quite.
Mas fiel eres, verde haya,
Que aquella mano, que viste
En este tosco papel
Escribir mi nombre triste.

En tí pareció mi nombre,
Y en Albano fue invisible;
Eres haya, y de mi alma
Adivino agüero fuiste.
Vuelve tu corriente luego,
Tajo, atrás, que así dijiste:
Atrás volverá sus aguas
Primero que yo te olvide.
¿Por qué tantas esperanzas,
Albano, al viento esparciste?
De caballero te precias;
Pero villano anduviste.
De la que engañas me pesa,
Si fé y palabra le diste:
Haz, Amor, que con olvido
Tan villana fé castigues.

¿Qué tigres te dieron leche?
Que ese rigor es de tigres:
A aquel Ulises pareces,
Que engaño tal es de Ulises.
Mayores cosas emprende
Que aquesos hechos civiles,
Y engañar á una muger
No son hazañas de Aquiles.
A Dido parezco yo,
Tú al cruel hijo de Anquises;
Que si ella hospedó al troyano,
Huesped del alma te hice.
Dejóle en prendas la espada,
Tú dejas memorias tristes:
Huyó por el mar Eneas,
Tú con mi esperanza huiste.

3. *(Es de Lope de Vega.)* (*)

Cuando las secas encinas,
Alamos y robles altos,
Los secos ramillos visten
De verdes hojas y ramos,
Y las fructiferas plantas
Con mil pimpollos preñados,
Brotando fragantes flores
Hacen de lo verde blanco,
Para pagar el tributo
Al bajo suelo, ordinario
Natural de la influencia
Que el cielo les da cada año;
Y las secas yerbezuelas
De los secretos contrarios,
Por naturales efectos
Al ser primero tornando,
De cuyos verdes renuevos
Hacen mil colores varios,
De mil distintas flores
Que esmaltan los verdes prados;
Los lechales cabritillos
Y los corderos balando,
Corren á los alcaceles,
Ya comiendo, ya jugando:
Cuando el pastor Albano suspirando
Con lágrimas asi dice llorando:
Todo se alegra, mi Belisa, ahora,

(*) Se lamenta de la muerte de su esposa.

Solo tu Albano se entristece y llora.
Los romeros y tomillos,
De cuyos floridos ramos
Las fecundas abejuelas
Sacan licor dulce y claro;
Y con la mucha abundancia
Su labor melificando
Hinchen el panal nativo
Del poleo tierno y blanco;
De cuyos preñados huevos
Los hijuelos palpitando
Salen por gracia divina
A poblar agenos vasos;
Las laboriosas hormigas
De sus proveidos palacios,
Seguras salen á ver
El tiempo sereno y claro;
Y los demas animales,
Aves, peces, yerba ó campos,
Desechando la tristeza
Todos se alegran ufanos.
Preveniste tiempo alegre;
Mas triste el pastor Albano
A su querida Belisa
Dice, el sepulcro mirando:
Cuando el pastor Albano suspirando, etc.
Belisa, señora mia,
Hoy se cumple justo un año
Que de tu temprana muerte
Gusté aquel potage amargo.
Un año te serví enferma,
¡Ojalá fueran mil años!
Que ansi enferma te quisiera
Contino aguardando el pago.
Solo yo te acompañé,
Cuando todos te dejaron;
Porque te quise en la vida,
Y muerta te adoro y amo.
Y sabe el cielo piadoso
A quien fiel testigo hago,
Si te querrá tambien muerta
Quien viva te quiso tanto.
Dejásteme en tu cabaña
Por guarda de tu rebaño,
Con aquella dulce prenda
Que me dejaste del parto;
Que por ser hechura tuya
Me consolaba algun tanto,
Cuando en su divino rostro
Contemplaba tu retrato:
Pero duróme tan poco,
Que el cielo por mis pecados
Quiso que tambien siguiese
Muerta tus divinos pasos.
Cuando el pastor Albano, etc.

4. *(Del Romancero general.)*

Cuando el riguroso invierno
Desnuda las verdes plantas
De sus flores, y enriquece
De nieve, yelo y escarcha,
Contempla Aurelio un pastor
De su pastora las causas,
Que por favor suyo han sido
Dulces, tiernas, regaladas.

Y en un momento en el alma
Los celos tocan á fuego,
Y las memorias al arma.
Revuelve en su humilde pecho
La fe de sus esperanzas,
Haciéndola por defensa
Castillo, torre y alcázar.
Haciendo alarde de todo,
De favores y palabras,
De rebato acuden todos
Desden, olvido y mudanza,
Y en un momento, etc.
El tiempo breve y alegre,
Que cuando esperan se alarga,
Le favorece, diciendo:
Sufre, padece y aguarda.
Mas los fieros enemigos
Le envisten y sobresaltan,
Para acudir á la presa
Temor, recelo y desgracia.
Y en un momento, etc.

5. *(Del Romancero general.)*

En una famosa playa,
Que está á vista de Pisuerga,
En el valle que sus ondas
Adornan, ciñen y riegan;
De una parte el ancho rio,
De otra la ribera amena,
A quien mil hojosos olmos
Abrazan, labran y cercan;
Lavan sus troncos arroyos,
Que descienden de una sierra
Como trozos de cristal
Entre la menuda yerba.
Pues en este sitio habitan,
Volviendo cielo su tierra,
Copia de Ninfas hermosas
Consagradas á Minerva.
Llegóse un solemne dia,
Para el valle alegre fiesta,
En que estas vírgenes juntas
Al divino Pan celebran.
Vienen las gentes al templo
De las cercanas aldeas,
Y de las vírgenes voces
Los ecos dulces resuenan;
Que con varios instrumentos
En iguales coros puestas,
Privan de Dioses al cielo
Y de Faunos á las selvas.
Cuando el rojo Apolo sube
Casi en medio de su esfera,
Haciendo los verdes ramos
Al suelo mil sombras bellas,
Por la parte donde bañan
Mas corrientes las praderas,
Batiendo los flacos remos
Llegó á la playa desierta
Aurelio pastor, que un tiempo
Celebró el nombre de Celia;
Aunque ya á Gelasia tiene
Por libertad de sus penas,
Ninfa de estas consagradas,
A quien las demas respetan
Por ser hermosa en estremo,
Como en estremo discreta.

Finge que va al sacrificio
El pastor, y es solo á vella;
Porque de adoralla vive,
Aunque ningun premio espera.
Ligada á un pequeño tronco
La pequeña barca deja,
Y con presurosos pasos
Al hermoso templo llega,
Al tiempo que su Gelasia
La voz á una harpa concierta,
Mezclando las blancas manos
En las sonorosas cuerdas.
Tan suavemente canta,
Que tras sus acentos lleva
A quien la oye los sentidos,
Y el alma á quien la desea.
Detiene su curso el rio,
Pára Apolo su carrera;
Que aunque hay en el cielo voces
Esta lo trae á la tierra.
Está suspenso el pastor,
Ni sabe si duerme ó vela;
Y no es mucho, que á los dioses
Suspende, admira y eleva.
Hasta que dejando el harpa,
De cantar la Ninfa deja
Unos versos que su Aurelio
Compuso para las fiestas;
El cual volviendo en su acuerdo,
Los ojos puestos en ella,
Dice con la voz del alma
Lo que en el alma contempla.
Gelasia, divina esposa,
Estremo fiel de belleza,
Relicario de mis gustos,
Oráculo de mis penas:
Nacida para mi gloria
Y por fin de mis querellas;
Muestra, dó mostró el que puede,
Alivio al poder que encierra.
Si como tienes memoria
De mis venturosas prendas,
Pues con tu voz las publicas,
De mí mesmo la tuvieras;
Si de mí no te olvidases
Como no te olvidas de ellas;
Si te acordases del árbol
Como del fruto te acuerdas;
Si el guardallas en el pecho,
A quien todo el mundo pecha,
No es mas porque son ya tuyas
Que porque van de mi letra;
Si como á ellas las estimas
A mí me estimas y precias,
¿Qué bien puede darme el hado
A quien este bien no esceda?
Mas tente, mi pensamiento,
Que es demasiada soberbia
Querer llegar con tus alas
Do ningun humano llega.
Básteme por paga justa
El ver mi Gelasia bella,
Celebrar con voz del cielo
Cosas que no son de tierra.
Con esta vivo contento
En mis penosas tormentas,
Si las que son por servirte
Se pudieran llamar penas.
Dijo, y la sacerdotisa
Echando la gente fuera,
Acabado el sacrificio,
Cerró del templo las puertas.

Prosigue su curso el rio,
Vuelve Apolo á su carrera,
Las ninfas á sus estancias,
Y él á su barca ligera.

6. *(De Lope de Vega.)*

Amada pastora mia,
Tus descuidos me maltratan,
Tus desdenes me fatigan,
Tus sinrazones me matan;
A la noche me aborreces
Y quiéresme á la mañana;
Ya te ofendo á medio dia,
Ya por la tarde me llamas.
Agora dices que quieres,
Y luego que te burlabas;
Ya ries mis tibias obras,
Ya lloras por mis palabras.
Cuando te dan pena celos,
Estás mas contenta y cantas;
Y cuando estoy mas seguro,
Parece que te desgracias.
A mi amigo me maldices,
Y á mi enemigo me alabas;
Si no te veo me buscas,
Y si te busco te enfadas.
Partíme una vez de tí,
Lloraste mi ausencia larga;
Y agora que estoy contigo
Con la tuya me amenazas.
Sin mar, ni montes en medio,
Sin peligro ni sin guardas,
Mar, montes y guardas tienes
Con una palabra airada.
Las paredes de tu choza
Me parecen de montaña;
Un mar en llegar á vellas,
Y mil gracias tus desgracias.
¿Cómo tienes en un punto
El amor y la mudanza?
Pero bien le pintan niño,
Poca vista y muchas alas.
Si Filis te ha dado celos,
El tiempo te desengaña;
Que como ella quiere á uno,
Puedo por otra dejalla.
Si el aldea lo mormura,
Siempre la gente se engaña;
Y es mejor que tú me quieras,
Aunque ella tenga la fama.
Con esto me pones miedo,
Y me celas y amenazas.
Si lloras, ¿cómo aborreces?
Y si burlas, ¿cómo amas?
Esto Belardo decía
Hablando con una carta,
Sentado al pie de un olivo
Que el dorado Tajo baña.

7. *(Del Romancero general.)*

Corrientes aguas del Tormes,
Blanca arena celebrada,
Verdes floridas riberas,
Frescas fuentes de agua clara,

A donde el blanco alhelí,
Y la violeta morada,
Rosas, lirios, madreselva,
Mil varias yerbas esmaltan;
Bajos coposos alisos,
Tarayes, juncos y parras,
Sauces, álamos y fresnos
Apacibles sombras causan;
Y las aves vocingleras
Con suave tono cantan
La fama que haceis al Betis
Y cuanto el gran Tiber baña.
Para mis ovejas fuistes
Licor que su sed mataba,
Pasto sabroso las yerbas,
Que os cercan y os acompañan.
Recreábame con veros,
Y alegremente os gozaba:
Pasaba mi alegre vida
Con Filis, pastora ingrata,
Que por matarme me quiso
Un tiempo sin haber causa;
Y agora, que yo la tengo
Como muger, me desama;
Que son contrarias al uso
De razon, porque les falta;
Que si esta se hallara en todas,
Muy justo fuera adorallas.

8. *(Del Romancero general.)*

Peñas del Tajo deshechas
Del curso eterno del agua,
¿Como el de los ojos mios
Un pecho tierno no ablanda?
Bien parece que se rie
Entre vosotros la ingrata,
Que me ha desterrado el cuerpo,
Y me ha perseguido el alma.
Gozosa Filis se goza
De quien me destruye y mata,
Como si el vencer un muerto
Diese victoria tan alta.
Humilde sufriendo estoy
El cuchillo á la garganta,
Y con ser sentencia injusta
No le replico palabra.
Mis agravios me dan voces
Para que tome venganza;
Yo acállolos con decirles
Que poca vida me falta.
Aconséjoles que sufran,
Y respóndenme que osaran
Si como ella tiene el pecho,
Tuviera yo las entrañas.
¿A quién se humilla el leon?
¿Quién con ser fiera le agravia?
Y á mí me mata de celos
Una muger enojada.

9. *(Del Romancero general.)*

De yerbas los altos montes,
De mieses los campos llanos,
Para tí se visten, Filis,
Y se desnudan cada año.

Los valles en el invierno,
Las cumbres en el verano,
Como si fueran de nieve
Blanquean con tus rebaños.
Nunca el sol mudó de casa,
Siendo con su fuerza ingrato;
Ni hubo mes que no te fuese
Riquísimo tributario.
Basta que los aires libres
Hasta por los valles bajos,
Obedecieron tus gustos
Las aves y los pescados,
Jamas volviste los ojos,
Sin hallar anticipados
De tus públicos deseos
Los fines adivinados.
Y aun las palabras que dices
Sin fundamento, y acaso,
Las interpretas y guardas
Como leyes con cuidado.
Mil flores que no se vieran
Jamas juntas en un prado,
En tus guirnaldas se vieron
Mezclando colores varios.
Y cuando el tiempo las quita,
Las da la curiosa mano,
Haciendo á naturaleza
Artificiosos engaños.

10. *(De Lope de Vega.)*

Sentado en la seca yerba
Que abrasó el rigor del hielo,
Quejándose de su Filis,
Belardo estaba diciendo:
Filis me ha muerto,
Que fue muy blanda en el primer concierto.
Mirando está la cabaña
Que cubrió su cuerpo bello,
Llora un rato sus memorias,
Y luego vuelve diciendo:
Filis me ha muerto, etc.
No me mataron mis culpas,
Ni los agravios del tiempo,
Ni presentes propios males,
Ni ausentes bienes agenos:
Filis me ha muerto, etc.
En las burlas fui dichoso;
Creyéronme lisonjero,
Y en las veras desdichado;
Y cuando merecí el premio,
Filis me ha muerto, etc.
Que es gran señal de mudanza
Arrojarse á querer luego:
Quien presto se determina,
Tambien se arrepiente presto.
Filis me ha muerto, etc.
Solia tener mil glorias,
Y agora si alguna tengo,
Vienen tan de tarde en tarde
Que nunca llegan á tiempo.
Filis me ha muerto, etc.
Parécense ya mis dichas
Al flaco sol del invierno,
Que viene á salir muy tarde,
Y para volverse luego.
Filis me ha muerto, etc.
Asi lloraba el pastor,

Y los árboles y el viento,
El eco, selvas y rios
Todos le ayudan diciendo:
Filis me ha muerto,
Que fue muy blanda en el primer concierto.

11. *(De Lope de Vega.)*

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco,
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos;
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos.
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides, árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se estan besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el aire claro
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
Dejad la dulce acogida,
Que la que el amor me dió,
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mia;
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.
Tan solo pena me da,
Tórtola, el esposo tuyo;
Que tú presto hallarás cuyo,
Pues Filis le tiene ya.
Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
A donde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se estan besando:
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:
Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte,
¿Quién habrá que las aparte
Que apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun día
Con Filis me juntaré.

12. *(De Lope de Vega.)*

Mirando estaba Lisardo
Al pastor que fue de Filis;

Que al pie de un peñasco fiero
Llora cuando otros se rien.
Su desventura y destierro
Contempla con ojos tristes,
Que siempre al enfermo el sano
Tales consejos le dice.
¿De qué te quejas, Belardo?
¿Belardo de qué te afliges?
Que no es milagro que el cielo
Lo que no te dió te quite.
¿Qué imperio en España pierdes?
¿Qué fama al tiempo le pides?
¿De qué Cartago asolada
Las frias cenizas viste?
Tú fuiste un tiempo pastor
Del Tajo, vaquero humilde,
Tus padres fueron los montes
Que el paso del Duero impiden,
Tus armas son un cayado,
No bandas ni flor de lises,
Una guirnalda tu empresa,
No plumas doradas mimbres,
Bastante empresa te dieron
Tus Romances pastoriles,
Que no son para igualarse
Con las astucias de Ulises.
Levanta, que por ventura
Podrá ser que el ciego guie
Tus cosas por tal camino,
Que quien te llora te envidie.
¡Oh! gran Mayoral, responde,
Que laurel y espada ciñes,
¿Por qué de verme llorar,
Con alma agena te ries?
No soy Mario ni Pompeyo;
Ni pido que el tiempo estime
Mucho mis cansados versos,
Que en el instrumento, dicen,
Gasté la flor de mis años
Como Píramo con Tisbe,
Con la que en belleza es Venus,
En encantamientos Circe.
Las tórtolas que me achacan
Que maté, nunca tal hice,
Que quien ama prendas bajas,
Lo mas de su pena finge.

13. *(Del Romancero general.)*

Cantuesos y tomillos
Hacen de mezcla un capote
Guarnecido de retama
A las espaldas de un monte,
Donde Lisardo solia
Llamar de su dama el nombre,
Y el mesmo viento á sus quejas
Y el mismo viento á sus voces.
Estando pues una tarde
Rico de esperanzas pobres,
Dando suspiros al viento,
Y al monte quejas disformes,
A Belardo vió subido
Sobre un álamo del bosque,
Que el pie del monte tenia
Como guirnaldas de flores;
Y que de dos tortolillas
Un nido el villano cege,
Para dárselo á su Filis
Que le aguarda al pie del monte.

Vió que bajando del árbol
El nido en sus manos pone,
Diciéndole: esposa mia,
Con otros tantos te goces.
De todos los pajarillos
Filis el mas bello escoge,
Y regalándole el pico
Le besa y le dice amores.
Los padres al rededor
Por sus hijos daban voces;
Lisardo en viéndoles dice,
Movido de envidia noble:
Acuérdome yo, Belardo,
Que en el soto de la torre
A dos tórtolas un dia
Echaste del nido á coces:
Pero como agora tienes
La compañía que goces,
Hasta los hijos agenos
Buscas, regalas y acoges.
Oyendo la voz Belardo,
Era otro tiempo, responde;
Que como el tiempo se muda,
Se mudan tambien los hombres.

14. *(De Lope de Vega.)*

Al pie de un roble escarchado,
Donde Belardo el amante
Desbarató un tosco nido
Que habian tejido las aves;
De breves pasadas glorias,
De presentes largos males
Asi se queja, diciendo:
Quien tal hace, que tal pague.
La bella Filis un dia,
Al tiempo que el sol esparce
Sus rayos por todo el suelo,
Dorando montes y valles,
Sintiendo que el corazon
Se le divide en dos partes,
Asi el mesmo le decia:
Quien tal hace, que tal pague.
Hice á los desdenes guerra,
Guerra desdenes me hacen;
Maté á Belardo con celos,
Celos es bien que me maten.
No atendí siendo llamada,
Agora no me oye nadie:
Con justa causa padezco:
Quien tal hace, que tal pague.
Desamé á Belardo un tiempo,
Y el amor para vengarse
Quiere que le quiera agora,
Y que él me olvide y desame.
Dejadme, pasiones frescas,
Frescas pasiones, dejadme
Vivir, para que publique,
Quien tal hace, que tal pague.
No le da pena el rigor
Del frio tiempo que hace;
Que el fuego de amor la ampara,
Que dentro en su pecho nace.
Dando de corage voces,
Que revienta de corage,
Dice por momentos Filis:
Quien tal hace, que tal pague.
¿Do está, Belardo, la fe
Que prometiste guardarme?

Mas yo la quebré primero:
Tú puedes de mí quejarte.
Diste primero en quererme,
Yo primero en olvidarte:
Tú harta disculpa tienes;
Quien tal hace, que tal pague.
Sacó del seno un papel,
Y con mil ansias le abre,
Y antes de leerle todo,
Le arruga, rompe y deshace
Diciendo: yo soy la causa
No tengo de quien quejarme:
Quien dió la causa reviente:
Quien tal hace, que tal pague.

15. *(De Lope de Vega)*

Heria el sol á las cumbres
De los mas altos collados,
Quitándoles á las flores
El aljofar soberano,
Cuando cercano á la muerte,
Rendido en un verde prado,
Lleno de mortales ansias
Estaba el pastor Belardo.
Testamento lleva hecho
De los males que ha ganado
En servicio de su Filis,
Causadora de sus daños.
Y porque quiere el pastor
Alargallo y emendallo,
Hizo aqueste codicilo,
Por dar fin á su cuidado.
Por cuanto en mi testamento
Mandé, que habiendo espirado,
No se enterrasen mis ojos,
Lo revoco agora y mando,
Que si habiendo fallecido
No los ha deshecho el llanto,
Se entierren ellos tambien,
Como autores de mis daños.
Y mando que el corazon
No se entregue al holocausto,
Sino á gusanos hambrientos,
Pues celos no le acabaron;
Para que ellos le consuman,
Aunque le constriñe tanto
Filis, que ha menester poco
Para acabar de acaballo.
A la cual mando le den
Mi cuidado y su retrato,
Y á quien dió el original
Le puede dar el traslado.
Y entrégnenle unos cabellos
Que solamente me ha dado,
Que quiero morir quejoso,
Pues que viví mal pagado.
Y porque no le suceda
Lo que á Narciso el gallardo,
Mando que no se le entregue
El espejo que me ha dado;
Y una triste calavera,
Que por ella soy en cargo,
Porque de su rostro vea,
Que ha de volverse otro tanto.
Y mi cuerpo entre billetes
Mando que no sea enterrado
Porque no quiero mortaja
De prendas del aire vano;

Mas de un lienzo negro y triste
Mi cuerpo sea amortajado,
Que él mesmo se ponga luto
Por su muerte y sus agravios,
Y encima la sepultura
Me pongan este epitafio:
Aquí está Belardo, aquel
Que veló siempre en sü daño.

16. *(Se cree de Lope de Vega.)*

Una estátua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De Dios de amor les servia,
Siendo Dios de sinrazones;
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble;
Que quiere que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Desciñéndose la honda,
De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles
La adorada imagen rompe.
Ahí quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de tratos dobles;
Aspid fiero, que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come.
Locura en que dan las almas,
Alegre mal, y bien pobre;
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble.
Padre de celos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linages,
Ingeniero de traiciones.
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
A donde necios te adoren.
La estátua sola te afrento
Por si á los cielos te acoges;
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los Dioses.
En esto vió que bajaban
Al valle algunos pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
Por mi parte, dijo Albano,
No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida los mejores.
Sinrazon es, dijo Alcino,
Que entonces amaba á Cloris,
Sacar al Dios de su templo,
Y deshonrallo en el monte.
El amor en sí no es malo,
Mire el hombre lo que escoge,
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le lloren.
Mientras ellos argüian
Se fue acercando la noche,
Y Filis con otras damas
Bajó de secreto al bosque.
Llegó piadosa á Cupido,
Y de la rama quitóle;

Como aquella que tenia
Mayores obligaciones.
Que no es bien, dijo llorando,
Que por un villano torpe
Un Dios tan bello se afrente,
Y que de infame le noten.
Este hizo á mi hermosura
Celebrada en todo el orbe,
Y que ya en mi edad postrera
Descanso y oro me sobre.
Con esto muy triste Filis
De la soga desatóle,
Haciéndole sepultura
Entre jazmines y flores.

17. *(De Lope de Vega.)*

¿Cuándo cesarán las iras
De tus injustos desdenes,
Cobarde enemiga mia,
Que no perdonas, y puedes?
Yo confieso que venciste:
¿Qué Alcides piensas que vences
Sino á un hombre que te llama,
Siendo flaca muger, fuerte?
¿Cuándo, riberas de Tajo,
Miraré del sol la frente,
Sin que me queme la lumbre,
Porque de mí no te vengues?
Cansada tengo la noche
De llamarla para verte,
La ventura de ayudarme,
Y la luna de esconderse.
Yo que no me contentaba
Con tus brazos muchas veces,
Ya me consuelo, enemiga,
Con ver tu calle, y volverme.
Los hierros de tu ventana
Quiere amor, que adore y bese,
A devocion de tu alma,
De quien su dureza aprende.
¡Oh larga desdicha mía!
Mas no es razon que me queje:
Bien es hierro que te adore
Quien anduvo errado siempre.
Estas piedras son testigos
De que cubierto de nieve
Me halló mil veces el sol,
Antes que el tuyo saliese;
Y agora por no aguardar
A que tu nieve me queme,
Paso el puerto temeroso
De que á tu puerta me quede.
Para que no me conozcan
Has mudado las paredes,
De quien era yedra amada
Mientras estabas ausente,
Quizá porque escrito estaba
El nombre que tú aborreces,
Que lo borrado en el alma
En las paredes ofende.
Cuando, ingrata, me querias,
No habia quien no trujese
Los dos nombres en la boca,
Que agora enfadan la gente;
Y se enfada al tiempo mismo
De que no puede vencerme,
Aunque yo lo canto y digo,
Que tu hermosura me vence:

Que mientras fueres hermosa,
No dejaré de quererte;
Y seráslo siempre, ingrata,
Porque péne eternamente.
Que pensar que has de ser mármol
Y arder como Anaxaréte,
Pudiendo el cielo gozarte,
Será imposible perderte.
Vengaste tu estátua, Amor,
Afloja el cordel, no aprietes;
Ofensor, martir del alma,
Deja el cuerpo que no siente.
Tu estátua colgué de un roble,
Todo se sufre á quien pierde:
Viva Filis, venció Filis,
Vive Amor, Belardo muere.
Con esto, orillas del Tormes,
Sus aguas, llorando, crece
El mas verdadero amante,
Y el mas agraviado siempre.

18. *(De Lope de Vega.)*

El lastimado Belardo
Con los celos de su ausencia,
A la hermosísima Filis
Humildemente se queja.
¡Ay (dice) señora mia!
¡Y cuán caro que me cuesta
El imaginar que un hora
He de estar sin que te vea!
¿Cómo he de vivir sin tí,
Pues vivo en tí por firmeza,
Y esta en ausencia se muda
Por mucha fe que se tenga?
Sois tan flacas las mugeres,
Queá cualquier viento que llega
Liberalmente os volveis,
Como al aire la veleta.
Perdóname, hermosa Filis,
Que mi mucho amor me fuerza
A que diga desvaríos,
Por mas que despues lo sienta.
¡Ay sin ventura de mí!
¿Qué haré sin tu vista bella?
Daré mil quejas al aire,
Y ansina diré á las selvas:
¡Ay triste mal de ausencia,
Y quién podrá decir lo que me cuestas!
No digo yo, mi Señora,
Que estás en aquesta prueba
Quejosa de mi partida,
Aunque sabes que es tan cierta:
Yo me quejo de mi suerte,
Porque es tal, y tal mi estrella,
Que con mi mala ventura
Harán que tu fé se tuerza.
Maldiga Dios, Filis mia,
El primero que la ausencia
Juzgó con amor posible,
Y dispuso tantas penas.
Yo me parto, y mi partir
Tanto aqueste pecho aprieta,
Que como en bascas de muerte
El alma y cuerpo pelean.
Dios sabe, bella Señora,

Si quedarme aquí quisiera,
Y dejar al Mayoral
Que solo al pueblo se fuera.
He de obedecerle al fin,
Que me obliga mi nobleza,
Y aunque amor me desobliga,
Es fuerza que el honor venza:
¡ Ay triste mal de ausencia,
Y quien podrá decir lo que me cuestas!

19. *(Se cree de Lope de Vega.)*

Sobre la florida yerba
Sus fuertes brazos torciendo,
Sentado estaba Belardo
A la sombra de un almendro,
Que plantó á contemplacion
De un favorcillo ligero,
El primero que su Filis
Le dió burlando y fingiendo.
Y viendo el árbol ufano
Con flor tan verde y ameno,
Asido al grosero tronco
Dió un gran suspiro, diciendo:
Arbol, que fuistes testigo
Del bien primero y postrero,
Que amor me dió en galardon
De los males que padezco,
Cuando te planté, vivia
Con solo un favor contento,
Y ahora cien mil desdenes
Combaten mi sufrimiento.
Con hoja, con flor, con fruto
En solo un año te veo,
Y Filis siempre en un ser
Me hace vivir muriendo.
Tú cuando marchito estás,
Porque te ha ofendido el yelo,
Al fin esperas verano;
Mas en mí todo es invierno.
Envidia me causa ver,
Que un mismo curso de tiempo
De seco te vuelva verde,
Y á mí el mal de verde, seco.
Siete frutos has gozado,
Y yo há siete años que muero
Sin esperar uno solo,
Que le dé á mi mal remedio.
Para que des fruto á Filis
Con mis lágrimas te riego;
Mas la ingrata te desdeña
Por no sentir lo que siento.
De tu flor y de mis ojos
Esconde su rostro bello,
De tí porque no la acuses,
Y de mí porque la quiero.
En señal que por mí vives,
Y yo lloro en llanto eterno,
Cuando Filis te mirare,
Da muestras de sentimiento.
Mas quizá se ofenderá
Si te dueles de tu dueño,
Que aun de milagros de amor
Se ofende un ingrato pecho.
Goza en paz de tu alegria
Agora que tienes tiempo,
Que si yo no la perdiera,
Mi mal tuviera remedio.

20. *(Se cree de Lope de Vega.)*

Mirando una clara fuente
En las orillas del Tajo,
Sentado sobre el arena
Estaba el pastor Belardo.
Los cristalinos arroyos
Mira como van trepando
Por entre la juncia y flores,
Que tiene el ameno prado.
Y embelesado en mirar,
Al cabo de grande espacio,
De su pastora se acuerda,
Y asi dice suspirando:
Ingrata pastora mia,
En cuyo pecho de mármol
Mora esta alma de contino,
Y morará siglos largos,
¿Cuándo llegará aquel dia
Que yo merezca tu lado,
Y que mis manos coronen
Tus bellas sienes de ramos?
¡*Ay del que amando,*
Consume el tiempo, y sus floridos años!
¿Cuándo permitirá el cielo,
Que sin recelos ni engaños,
Goze de la posesion
Que há tanto tiempo que aguardo?
Estos arroyuelos miro,
Como en los mas duros cantos
Hacen mella, y mueven tierra,
Para asegurar su paso.
Y por el fin que pretenden
De su voluntad llevados,
Corren, saltan, vuelan, trepan,
Mil laberintos trazando.
¿Y tú, querida pastora,
Vas en mi amor tan despacio,
Que tras una pretension
Permites que ande diez años?
Mira como en tu servicio
Sin duda alguna he gastado
La juventud mas florida,
De tu belleza incitado.
¡*Ay del que amando,*
Consume el tiempo, y sus floridos años!

21. *(De Lope de Vega.)*

Por las riberas famosas
De las aguas de Jarama,
Junto del mesmo lugar
Que Tajo las acompaña,
Alegre sale Belardo
A recibir justa paga
De tantos años de amor,
Celos, temor, y mudanza.
¡Dichoso el pastor que alcanza,
Tan regalado fin de su esperanza!
Váse á casar á su aldea
Con Filis su enamorada,
Que se la entrega su padre

Despues de tantas desgracias.
Contento lleva el villano,
Por los ojos muestra el alma,
Que al fin de tanta fortuna
Promete el cielo bonanza.
¡Dichoso el pastor, etc.
No vá como suele á pie,
Ni lleva toscas abarcas,
De pieles de lobo muerto
Tintas en sangre de vaca,
Zapatos blancos picados,
Media verde lagartada,
Botones de vidrio y fuego,
Porque se los dió su dama.
¡Dichoso el pastor, etc.
Va caballero brioso
En una yegua alazana,
La silla lleva de frisa,
Y de hiladillo la franja,
Sombrero nuevo de feria,
Capa de capilla larga,
Con un sayo verde escuro,
Agironado de grana.
¡Dichoso el pastor, etc.
Amostrando en el vestido
Las esperanzas del alma,
Tan cerca ya de cumplirlas,
Como tardías y largas.
Guardadas lleva en el seno
De Filis todas las cartas,
Que si son obligaciones,
Quiere pagar y borrallas.
¡Dichoso el pastor, etc.
Llegó Belardo á la Villa,
Y de su suegro á la casa,
Sale á tener el estribo
Mientras de la yegua baja;
Filis, abiertos los brazos,
Marido y Señor le llama;
El Señora y dulce Esposa,
Besóla, y ella le abraza.
¡Dichoso el pastor que alcanza
Tan regalado fin de su esperanza!

22. *(Del Romancero general.)*

Olvidada del suceso
Del engañado Narciso,
Mirando está en una fuente
Filis su rostro divino.
El negro cabello suelto
Al aire vano esparcido,
Ceñida la blanca frente
Con un liston amarillo,
Mira los hermosos ojos
Y el labio en sangre teñido,
De los cristalinos dientes
Adornado y ofendido:
No se mira el bello rostro
Por presuncion que ha tenido;
Mas porque le mueve á ello
El desprecio de su amigo.
Hala dejado el cruel
Sin haberlo merecido,
Por quien vale menos que ella,
Y es de ella menos querido.
Parecióle que enturbiaba
Con las perlas que ha vertido,

Las corrientes amorosas,
Y sollozando les dijo:
Turbias van las aguas, madre,
Turbias van,
Mas ellas se aclararán.
Si el agua de mi alegria
Enturbia la de mis ojos,
Y le ofrecen mis despojos
Al alma en mi fantasia;
Sospechas son que algun dia
Tiempo y amor desharán:
Turbias van las aguas, etc.
Si fatiga el pensamiento
Y se enturbia la memoria,
Juntar la pasada gloria
Con el presente tormento;
Si esparcidos por el viento
Mis tristes suspiros van.
Turbias van las aguas, etc.

23. *(De Lope de Vega.)*

No tengas, dulce Belisa,
En poca cuenta á Belardo,
Por las abarcas que lleva,
Y porque viste de pardo;
Porque no lleva garzotas,
Ni va con puntas gallardo;
Porque no huella tu calle
Con un brioso caballo;
Porque no va guarnecido
De gigantes, y lacayos,
Porque no tiene riquezas,
Que paran los hombres bravos.
Los bravos hombres, Belisa,
Déjalos para soldados,
Deja los que van de noche
Con mil guzmanes armados;
Y las garzotas y puntas
Déjalas á cascos vanos,
Para fantasmas de bobos,
Y para duendes y trasgos.
Deja los caballos fieros
Para las guerras y bandos,
Porque aquesa tu deidad,
Y aquesos tus verdes años,
No piden gente de guerra,
Ni bienes de duendes vanos;
Mas piden solo un galan,
Harto discreto y lozano;
Que tenga en mucho tus prendas
Y se precie de prendado;
Que tenga de tus mercedes
El pecho por relicario,
Donde las guarde, y adore,
Y tenga en callarlo callos.
Piensa en esto, y mucho mas
En tratar con hombre llano.
Pero si quieres, Belisa,
Dejar tu cortijo y prado,
Y entregarte á los que viven
En los reales palacios,
Te cansarán sus riquezas,
Y aquel peso del brocado,
Pues por este vale mucho
Quien por sí no vale un clavo.
A las damas solicitan
A peso de sus ducados,

Comprándolas por dinero,
Como si compraran paño;
Sabiendo que una belleza
No tiene precio ni pago,
Y á dos dias que la gozan,
Dan luego de mano al plato,
Buscándose nuevo gusto,
Quien nunca lo tuvo sano.
Pero Belardo, Belisa,
Camina por otro vado,
Que precia él ser tuyo mucho,
Por ser él pastor, y bajo,
Ni tener merecimiento
De estar en lugar tan alto.
Si le castigas, y matas,
Ríndese como tu esclavo,
Mas si le halagas y miras
Con unos ojos humanos,
Hace fiesta del favor
Como cosa de milagro.
Adora tus ojos bellos,
Adora tus blancas manos,
Que por besallas revientan
Los señores titulados;
Pero tus manos, Belisa,
No son para labios falsos,
Que dan la paz con la boca,
Y tienen de dentro un diablo.
Nadie besallas merece,
Sino tu solo Belardo,
Que para dejarte el pecho
Bien libre y desocupado,
Ha pasado el corazon
De su lugar á los labios,
De do podrás conocer
No ser fingido su trato.

24. *(De Lope de Vega.)*

Llenos de lágrimas tristes
Tiene Belardo los ojos,
Porque le muestra Belisa
Graves los suyos hermosos:
Celos mortales han sido
La causa injusta de todo,
Y porque lo aprenda dice,
Con lágrimas y sollozos:
El cielo me condene á eterno lloro,
Si no aborrezco á Filis y te adoro.

Mal haya el fingido amado
Lisonjero y mentiroso,
Que juzgó mi voluntad
Por la voz del vulgo loco,
Y á mí necio que dejé
Por el viejo lodo, el oro,
Y por lo que es propio mio
Lo que siempre fué de todos:
El cielo, etc.

Mis enemigos me venzan
En pleitos mas peligrosos,
Y mi amigo mas querido
Me levante un testimonio;
Jure falso contra mí,
Y el Juez mas riguroso
De mis enemigos sea
Del lado parcial devoto.
El cielo, etc.

Y jamas del claro Tajo
Vuelva á ver la orilla y soto,
Ni á ver enramar sus vides
Por los brazos de los olmos.
Enviuden las tortolillas
Viendo que gozas á otro,
Jamas tenga paz contigo,
Y siempre guerra con todos.
El cielo, etc.

Cubra el cielo castellano
Los mas encumbrados sotos,
Porque el ganado no pazca,
Y muerto lo coma el lobo:
Llévese el viento mi choza,
El agua falte á mis pozos,
El fuego abrase mi parva,
La tierra me trague solo.
El cielo, etc.

25. *(De Lope de Vega.)*

Enamorado y celoso,
Hechos sus dos ojos fuentes,
Un pastorcillo olvidado
Se quejaba tiernamente.
Ingrata Belisa, dice,
¿Cómo es posible que puedes
Ser pedernal á mi fe,
Mostrando tantos desdenes?
¡Posible es que mis suspiros
Tu duro pecho no mueven,
Y que mis lágrimas tristes
En algo no te enternecen!
Confié que eres muger;
Pero no, que las mugeres
Muy de ordinario se mudan,
Y en tí no hay mudable suerte.
Tanto el cielo me persigue,
Que porque no muera y pene,
Cuanto mudable te busco,
Te hallo mas constante y fuerte.
No sé qué remedio busque,
Ni sé qué traza me ordene,
Pues lo mejor imagino
Será acabar con la muerte.

Dijo, y volviéndose al Tajo,
Entre lágrimas que vierte,
Arroja un suspiro, y dice,
Hablando de aquesta suerte:
Deten, dorado Tajo, tu corriente;
Serás testigo de mi mal presente:
Pero no te detengas, corre aprisa,
Da nuevas de mi mal á mi Belisa.
Sed testigos de mis males,
Arboles, plantas y peces,
Para que digais á voces
Mis desdichas inclementes.
¡Mas qué digo! ¡con quién hablo,
Si hablo con quien no me entiende!
Pero sí, porque los brutos
Aun suelen compadecerse.
Que todo el tiempo lo muda
Tuve por cierto; engañéme,
Que há diez años que te sirvo,
Y estás mas fria que nieve.
Si acaso de dia te busco,
Huyes de mí por no verme,

Y si de noche te hablo
Me respondes agriamente:
Cuando procuro agradarte,
Entonces mas me aborreces;
Y asi el remedio que pido
Es solo que me des muerte.
Esto dijo, y se partió
Por entre las ramas verdes,
Quejándose de Belisa,
Y hablando con agua, y peces:
Deten, dorado Tajo, tu corriente;
Serás testigo de mi mal presente:
Pero no te detengas, corre aprisa,
Da nuevas de mi mal á mi Belisa.

26. *(Del Romancero general.)*

Al tiempo que el alba bella
Corre del oriente claro
Las cortinas, dando al suelo
Clara luz y sol dorado;
Con desengaños y quejas
Entretenido y burlado,
Llorando memorias tristes
De sus bienes mal logrados;
Mirando las claras ondas
Del hondo y corriente Tajo,
Como van, y como vienen,
Ya deprisa, ya despacio,
Estaba el pastor Riselo
De su Risela olvidado;
Cosa que fuera imposible,
A no ser él desdichado.
La melena al rodapelo,
El rostro doliente y flaco,
Y en vez de su sayo el verde,
Un pellico negro y basto;
Luto miserable y triste
Para el triste cabo de año
De sus bienes que murieron,
Porque viven sus cuidados.
Sacó del zurron lanudo
De su Risela un retrato
Entre unos cabellos de oro
Escojidos de su mano;
Y en un papel por memoria,
Como estándolos cortando,
Le dijo: Riselo mio,
Tuyos son, corta otros tantos.
Pero como no es posible,
Que en amor quepan agravios,
Tras mil ayes y suspiros,
Cantó mirando el retrato:
Cuando mas lejos de tí,
Mas conmigo, y mas sin mí.
Cuanto mas das en dejarme,
Olvidarte y olvidarme,
Doy, Señora, en no trocarme,
Y vivir como viví,
Mas contigo, y mas sin mí.
Contemplo la hermosura
De tu divina figura,
Y lloro con desventura
La ventura que perdí,
Mas contigo, y mas sin mí.
Tras estas ternezas dulces
Dijo: «Triste del cuitado,

«Que de su consuelo vive:
«Adora un muerto traslado.»
Volvió, envuelto en los cabellos
A su zurron el retrato,
Y corrido de sí mismo,
Se fué por el soto abajo.

27 (*).

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo,
Quiero decir una cueva,
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen: esta es la morada
De los celos y sospechas.
Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Ahullidos, sierpes y piedra.
El cual oyendo, le dijo:
Pastor, para que te crea
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista esperiencia.
Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz, ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.
Los lamentables ahullidos
Son mis continuas querellas:
Víboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.

(*) Acaso es este el celebrado Romance de Cervantes á quien él llama de los celos en el viage al Parnaso. — El 4.° verso parece muy suyo, y la idea propia de su carácter.

Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De me querida Silena.

En pronunciando este nombre,
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

28. *(Del Romancero general.)*

Los pámpanos en sarmientos
El estío va trocando,
Y entre los verdes racimos
Maduran algunos granos.
Segadas ya las espigas,
Son rastrojos los sembrados,
Y el labrador con sus eras
Tiende parva, y trilla ufano.
Hechas muela las ovejas,
Temiendo del sol los rayos,
Unas á la sombra de otras
Hacen siesta en campo raso:
En esta sazon Riselo
Estaba junto á un ribazo
Hecho por las avenidas
De un pedregoso barranco.
No tiene miedo al bochorno,
Cuya calma abrasa el campo,
Que solo fuego de amor
Le puede pasar el sayo.
Con mil imaginaciones,
Entre los duros guijarros
Escucha el ruido sordo
De un arroyo manso y claro,
Por el cual vió que venia
Ya paciendo, ya rumiando,
Una vaca y un novillo
Pisando el agua despacio.
La vaca baya y cerril
Remendado cuello y manos;
El novillo hosco y nuevo,
Lomo negro, y pecho blanco.
¡Que haya amor entre estos brutos,
Dijo torciendo los brazos,
Y que me olvide Risela!
¿Es posible tanto agravio?
Mis esperanzas floridas
Son abrojos, heno y cardos.
¡Ay promesas mugeriles
Mas vanas que el aire vano!
En esto vió que salia
De la sombra de un peñasco
Un toro de agudos cuernos
Y de cerviguillo pardo.
Robarle quiere la vaca
El pendenciero Ribaldo:
Hácia el novillo arremete,
Ya le amenaza bramando.
Riselo que vió esta fuerza,
El gaban dejó del brazo,
Con la honda le defiende
Sin valerse de su dardo;
Que si el toro es bravo y fiero,
El pastor es fiero y bravo.
«Allá vayas, bestia fiera,»
Dijo el pastor suspirando:
«Deja gozar al novillo

«De su vaca tiempo largo,
«Y maldito sea de amor
«Quien buscare amor forzado.»

29. *(Del Romancero general.)*

Pedazos de hielo y nieve
Despiden las sierras altas,
Por las lluvias importunas
Quedando á pedazos pardas.
Sacuden los altos pinos
De sus renuevos la escarcha,
Murmuran los arroyuelos
Que antes helados callaban;
Cuando estaba un pastorcillo
A la vista de Jarama,
Cercado de su cabrio
A quien hace inútil guarda,
Hincando estacas de enebro
A sombras de una carrasca,
Para levantar la choza
Que su ventura imitaba.
Cansado ya de poner
Para su defensa ramas,
Asi se queja del tiempo
Y de fortuna voltaria:
¡*Ay de mis cabras*!
¡*Ay de la perdicion de mi esperanza*!
Yo soy Riselo el humilde,
El que al novillo y la vaca
Libró del Ribaldo toro
Que amor forzado buscaba.
¡*Ay de mis cabras! etc.*
¡Ay de mi vida que muere
En ver que mis ojos lavan
Manchas de celos y quejas,
Y que no salen las manchas!
¡*Ay de mis cabras! etc.*
Otros muchos ganaderos
Agenos y ufanos pasan,
Que ayer andaban desnudos
Tras de mil ovejas flacas.
Solo mi hato desmedra
Por andar en tierra estraña.
¿Por qué pasaste mis bienes,
Tiempo, con ligeras alas?
¡*Ay de mis cabras!*
¡*Ay de la perdicion de mi esperanza!*

30. *(Del Romancero general.)*

Tan llena el alma de amor
Como en tristes celos puesta,
Sentado á la verde orilla
Del celebrado Pisuerga,
Riselo, un pastor que guarda
Perdido ganado en ella,
Comenzó á decir llorando
La causa de su tristeza.
¡*Oh celosa dolencia!*
O me acaba la vida, ó la paciencia.
Ya tienes cruel verdugo

Que ejecute la sentencia,
Que tus engaños pronuncia,
Y confirma tu aspereza;
A quien apretado el cuello
Vengo á recibir la pena
Justa, pues creí tan presto
Tus palabras lisonjeras.
¡Oh celosa etc.
De tus favores me nace
El tormento que me ordenas,
Y de la rabiosa muerte
En que los celos me emplean.
Y de tardar nuevo daño
En la vida se acrecienta,
Que á un celoso corazon
Es solo quien lo remedia.
¡Oh celosa etc.
No me aflige que me olvides,
Ni menos que no me quieras;
Mas de que mi voluntad
Por otra, que es menos, tuerzas;
Y que á mis cansados ojos
El bien de verte les niegas,
Y de ellos á mi enemigo
Cumplido favor dispensas.
¡Oh celosa etc.
Y mas que de mi desgracia,
Gelesia ingrata, me pesa,
Que quien no sabe quererte
Que tú le quieras merezca.
Mas en amor y justicia
No es calidad poco vieja,
Pues me fuerza que te adore,
Porque tú mas me aborrezcas.
¡Oh celosa etc.
Goza largamente alegre,
Dichoso jóven, la prenda
Que la falsedad de un pecho
Y mi desdicha te entregan.
Y no mucho te confies,
Que presto estarás sin ella;
Que de quien tanto se muda,
Dos mil mudanzas se esperan.
¡Oh celosa dolencia!
O me acaba la vida, ó la paciencia.

31. *(Del Romancero general.)*

Tronando las nubes negras,
Y espesos los claros aires,
Con remolinos y polvo
Señalaban tempestades;
Tinieblas cubren la tierra
Sin que la noche llegase,
Y el sol se escondió huyendo
De los relámpagos grandes.
Entre dos tajadas peñas
Junto á un monte de arrayanes,
Estaba Riselo solo
Con sus cabras una tarde:
Y antes que el pastor pudiera
Recogerlas ni guardarse,
Rompen las nubes sus senos,
Y disformes piedras caen.
¡Qué es esto, cielo, decia!
¿Tan grande venganza cabe
En vuestro pecho piadoso
Contra simples animales?

Si yo soy el que pequé,
Mi ganado no lo pague;
Y si el mio lo merece,
Al que es ageno dejadle.
Mil fieras contrarias mias
Huyendo van á buscarme;
Que al hombre acuden los brutos
En peligros semejantes.
Dejad mi pobre cabrio,
Medrosas fieras, dejadme,
Y buscad quien os guarezca
Sin que el cielo os descalabre.
En esto pasó la nube,
Mostrando por otra parte
El sol sus dorados rayos
Y su divino semblante.
Alegre quedó Riselo
Diciendo á su mal que aguarde
Alguna mudanza de estas,
A pesar de sus pesares.

32. *(Del Romancero general.)*

Por su amor desamorada,
Por varios antojos ciega,
Muriendo porque su vida
A la muerte no se acerca;
Renegando de sus ojos,
Que fueron traidoras puertas,
Para que al alma se entrasen
Ojos que se burlan della;
Aquí maldice al ejido,
Allí culpaba la sierra,
Testigos del bien que tuvo,
Y del mal de que se queja;
Belilla la bien hablada,
Ofendida de su fuerza
Del olvido y del amor,
Que la quiso y la desprecia,
Contra Riselo el ausente
De su alma y de su aldea,
Mil libertades decia,
Que de decillas le pesa.
Tú me enseñaste á querer,
(Mas no será bien que mienta)
Mis desdichas me enseñaron,
Y tu engaño fué la escuela.
Si supiera deprender;
¡Mas ay! si olvidar supiera,
¡Qué burlado te quedárias,
Y que ufana que me vieras!
Llegó la Morena entonces,
Y por saber su tristeza,
Muchas cosas le pregunta,
Y ella le dió por respuesta:
Morena, no te enamores,
Que te engañarán los hombres.
«Morena, que agora vienes
«Al mundo de tu esperanza,
«Mezcla tu amor con mudanza,
«Y tu favor con desdenes.
«Llora el descuido que tienes,
«*Y aguarda no te enamores,*
«*Que te engañarán los hombres.*»
«Escarmienta en estos ojos
«Tan tristes cuanto burlados,
«Y mis cabellos mesados,
«Un tiempo amados y rojos:
«Hurta el cuerpo á tus antojos

«*Aunque tus antojos llores*,
«*Que te engañarán los hombres.*»
«Las ternezas que te digan
«Engañadores zagales,
«Remitelas á mis males,
«Antes que tu bien persigan,
«Cuando tu beldad bendigan,
«*Reniega de sus amores*,
«*Que te engañarán los hombres.*»

33. *(Del Romancero general.)*

Una bella pastorcilla
Haciendo estaba una hoguera,
Para quemar de su amante
La memoria y las preseas,
Burlada, quejosa y triste;
Que han de ser todas sospechas
Las prendas de Elisa Dido,
Dejada del falso Eneas.
Los cordones del zurron
Desataba á toda priesa,
Porque ardia su venganza
Mas que la encendida leña.
Lo primero que sacó
Fueron dos pliegos de letras,
Que mal ó bien, su pastor
Se preciaba de poeta.
Un Cupido á la malicia
Tirando flechas de perlas
En un sardesco de alquimia
Con Venus á la vergüenza.
¡Ay dádivas mal seguras!
¡Ay falsa correspondencia,
Que siendo terceros mudos
Teneis hechiceras lenguas!
¡Quién me diera un griego astuto
Que me hiciera con su ciencia
Tan sorda para lisonjas
Que burlara las sirenas!
Ya que la mano estendia,
Asióle Riselo de ella,
Que cubierto entre unos pinos
Se pudo esconder muy cerca.
¿Qué haces, pastora amiga?
¿Qué has habido? ¿Por qué quemas
A los que el fuego no sienten,
Y á los que lo sienten hielas?
Mucho de tu esfuerzo fias,
Si determinada piensas
Quemar imaginaciones
Que dentro del alma reinan.
Escarmienta en mí que un dia
Rompí dos pliegos de letras,
Y la cólera que digo
Sabe Dios cuánto me cuesta.
Dijo, y la triste pastora
Turbada respondió: mueran
De mi rebelado amante
Estos testigos de ofensas;
Que con tratamiento injusto
Podrá ser que de vergüenza
Se canse mi libertad
De buscar dichas agenas.
Al fin moderó su enojo:
Y Riselo la aconseja,
En que deje de vengarse,
Y en que al amor obedezca.

34. *(Del Romancero general.)*

Alegre porque moria
En la fé de su tormento,
Le dice Riselo al valle,
Que estaba á su mal atento,
Malo me siento.

Despues que he visto mudado
De mi pastora el intento,
Agraviada mi esperanza,
Burlado mi pensamiento,
Malo me siento.

Del cielo de mi ventura
(Que era un nuevo firmamento)
Cayeron mis esperanzas,
Y en ver que las lleva el viento,
Malo me siento.

Ay ingrata de mis ojos,
Que de momento á momento,
(Porque me dejen los tuyos,
Bien quejoso y mal contento)
Malo me siento.

¿Qué consejos te trocaron?
¿Qué nuevo conocimiento
Te yela cuando me hablas,
De que forzoso escarmiento?
Malo me siento.

Como tú, mudable amiga,
No cumples el juramento
De no olvidarme jamas,
Diré una vez, diré ciento,
Malo me siento.

Apresura tu mudanza,
Corre tras tu movimiento,
Que yo moriré despacio,
Aunque de mi sufrimiento,
Malo me siento.

Verás acabar mi vida
De uno y otro crecimiento,
De novedad y desvíos,
De amores por cumplimiento,
Malo me siento.

¡Ay Nise cruel! ¡qué en valde
Mis tristes quejas te cuento!
Dejadme ligeros gustos,
Que por ser malos de asiento,
Malo me siento.

35. *(De idem.)*

De tus tristezas, Riselo,
Murmura toda la aldea,
Al amor le dan la culpa,
Y á tus recelos la pena.
No acudes adonde cantan,
Porque no cantan endechas,
Ni hablas á las casadas,
Ni miras á las doncellas.
Los cantares que compones
Son por la niña morena,
Y las niñas de ordinario
Son mudables y traviesas.
Pareces desconversable,
Y no es bien que lo parezcas;
Cuando estás á solas ardes,
Y acompañado te yelas.

Entre tí contigo hablas,
Como aquel que da respuestas
A las preguntas del alma,
Que se regala ó se queja;
Mas luego los ojos bajos
Enmudeces, y á la tierra
Parece que le demandas
Lo que los cielos te niegan.
Ya de colores te vistes,
Ya te pones capa negra,
Como si el mudar de trages
Fuera mudar de sospechas.
No sales por las mañanas
A ver galana la vega,
El prado con yerba y flores,
Y con hojas la arboleda.
Ni á mirar las opiladas,
Que piensan gastar durezas
Con el acero que toman,
Estando de hierro hechas.
Apártate de las gentes
O tu condicion emienda,
Que dicen, que suele darte
Dolor, y no de cabeza.
Esto le dice á Riselo
Una serrana discreta,
Y agradecido responde,
Mostrándole que se alegra:
«Serrana de lindos ojos,
Y de condicion mas bella,
Dame tus hermosas manos,
Abrázame y besarélas.
Unos recelos traidores,
Amiga, tanto me cuestan,
Que apenas vivir podia,
Y tener juicio apenas.
Pero tú, serrana mia,
Alegráste mis tristezas,
Como el albá tras la noche,
Y como el sol tras tinieblas;
Y porque vienen del valle
De coger la madreselva
Maldicientes aldeanas,
Yo me voy, á Dios te queda.»

36. *(Del Romancero general.)*

El pastor Riselo un dia
Desde su estrecha cabaña
Miraba sus ovejuelas,
Y su ventura miraba.
Igual desdicha les corre,
Las ovejas andan flacas,
Y la ventura de corta,
Muy perdida y muy escasa.
Alzó los ojos al cielo,
Al sol los ojos alzaba,
Que como entonces solia,
Pudo mirarle la cara.
Miraba sus rayos de oro,
Que metidos en la escarcha,
Parece que brota el suelo
Aljofar, perlas y plata.
Luchando estaba el calor
Con la frialdad helada;
Algunas veces la vence,
Y algunas vencido andaba.
Tras esto vió como el cierzo
Hácia el Oriente pasaba

Muchas nubes, que cubrieron
Al sol, que el yelo ablandaba.
Llorando quedó el pastor
De ver que en esta mañana
Su ventura y sus deseos
Tienen viva semejanza.
Cuando el yelo de Narcisa
Con rayos de amor ablanda,
Tristes nubes se lo estorban
De mil sospechas sin causa.
Al fin quejoso y humilde,
Envió al cielo estas palabras;
Tristes suspiros las llevan
Porque mas de prisa vayan:
«Cielo, pues te llamas justo,
No dejes que el tiempo haga
Tanto frio en mi pastora,
Y tanto ardor en mi alma.»

37. *(Del Romancero general.)*

Por celosas niñerías,
Aunqne de amores se abrasan
Riselo y su Fausta bella,
Ni se miran, ni se hablan.
El hace del muy quejoso,
Y ella muy de la enojada;
El aguarda á que le ruegue,
Ella quiere ser rogada;
El, muestra tener sosiego,
Ella, que está sosegada;
El, que vive ledo y libre,
Ella, leda y libertada.
El, finge nuevos amores,
Ella, qne de nuevo ama;
El no le canta canciones,
Ella no le hace ventana;
Y aunque su mal disimulan,
Como está viva la causa,
Un mismo dolor padecen
En lo secreto del alma.
Encontráronse una tarde,
Al tiempo que el sol hurtaba
Sus claros rayos al cielo,
Para darlos á su hermana.
Al fin Fausta dió un suspiro,
Y como parte mas flaca,
Tan forzada como hermosa,
De esta manera le habla:
Riselo de mi alma y de mis ojos,
O por mejor decir, tuyos y tuya,
Pues todos tres se van tras su cuidado;
Haz que me restituya
Tu pecho enagenado
Mi libertad, perdida por antojos,
Que asi pueden llamarse tus verdades.
¡Ay celos malhechores!
Que por un no sé qué matais de amores.
Si quieres, ó quisiste en algun tiempo
Mis desdichadas prendas que aborreces,
O ya que no aborreces desconfias,

Mira que muchas veces
Llorando me decias:
Alma, regalo, amor y vida mia;
Si tuyo no soy todo, nada sea.
¡Ay celos malhechores!
Que por un no sé qué matais de amores.
Arrasados ambos ojos
De la terneza del alma,
Llorando ya de placer
El que de celos lloraba,
Arrodillado á sus pies
De esta manera le habla:
Pastora, cuya luz y cuya gloria
Rige mi corazon, mi fe y mi vida,
Tan poderosamente como sabes:
Si en tus querellas graves
Estás de mí ofendida,
Apúreme el amor hasta la escoria,
Y niéguenme tus labios su dulzura.
¡Ay celos malhechores!
Que por un no sé qué matais de amores.
Si no vivo, Señora, en tu contento
En mi pecho afligido y amoroso;
Si tuyo no es el ser que me sustenta,
Por muerte sufra y sienta
El cuidado celoso,
Que por tus niñerías sufro y siento,
Que asi pueden llamarse tus verdades.
¡Ay celos malhechores, etc.
Ricas razones le dice:
Perpétuas paces juraron:
Estrechamente se abrazan,
Y muy amigos quedaron.
Querellas donde hay amor
Son rocío que á la fragua
Antes la avivan y encienden
Porque dure mas la llama.
Y tras mucho arrepentirse
De la estrañeza pasada,
Tiernamente se despiden,
Y segunda vez se abrazan.

38. *(Del Romancero general.)*

Al cielo mueve con quejas,
Y el aire con voces flacas,
Y los pedernales duros
Con lágrimas que derrama
El desdichado Riselo,
Apartado de su dama.
La fortuna le persigue,
Que mil glorias desbarata.
Solo se parte á su tierra,
Y á la sombra de una zarza,
Fatigado del camino
Quiere llorar su desgracia.
Y dice: ciego rapaz,
¿En que te ofendió mi alma,

Que tres años de servicio
Con acibar me los pagas?
No te bastó coronar
Con las amargas retamas,
Al pie de un álamo negro,
Donde empezó tu mudanza;
Y tú, querida pastora,
Cuya idolatrada estampa
Es en la tierra una red
Donde se enredan las almas;
Suplícote que en los lazos
Donde mi cuello enlazabas,
No enlaces ageno cuello,
Que moriré si lo enlazas.
No te engañe la ocasion,
Que el decir no será nada,
Porque si imaginas esto,
Por tu vida que te engañas.
Si en darme agora á beber
Una purga tan amarga,
Soy mercader de disgustos,
Que de disgustos me cargas.
Ni el mal amargo, el acibar,
Ni la purga ni retama,
Harán en mí que te olvide,
Porque te llevo en el alma.
Acuérdate que mil veces
Cielo tuyo me llamabas;
Pues si es que yo soy tu cielo,
Por fuerza he de ver tu cara.
Y mira que tiene un sol,
Aunque tú no ves su estampa,
Que alumbran siempre sus rayos
Los rincones de tu casa;
Y mira que es zahorí
Que las paredes traspasa,
Y que á la fama la pintan
Con trampa parlera y alas.
Considera como voy,
Y si de mi ausencia tratas,
Hallarás en mí un retrato,
Que te olvidará Constanza.

39. *(De Lope de Vega.)*

Cuando entendí que tenia
El fruto de mi esperanza
Seguro para gozalle
Confiado en tu palabra,
El nublado de tus ceños
Hizo tronar en mi alma,
Y abrasó flores y frutos
El rayo de tu mudanza.
Ya el pecho donde tuviste
Esta voluntad plantada,
Produce en vez de mil flores
Yerbas secas y agostadas.
Dicen, Belisa, que el tiempo
Es el médico que sana,
Pero no lo ha sido mio,
Pues por curarme me mata.
Tus ojos, pastora, son
Los que me dieron fianza
De mis glorias, y estos mesmos
Me dan ahora tal paga.
Yo tengo la culpa de ello
Aunque tú fuiste la causa,
Y es bien que tenga la pena
Quien se pone en confianza.

No me quejo de tu olvido,
Que no olvida quien no ama;
Pero pudiera quejarme
De tus ojos que me engañan.
Bien sabes por qué lo digo,
Y con que lo sepas basta,
Que en otra parte habrás visto
Las razones que aqui faltan.
Esto Zelindo escribia
En el tronco de una haya,
Do recibe el sacro Tajo
En los brazos á Jarama,

40. *(Del Romancero general.)*

De las riberas del Betis,
Con lágrimas y suspiros,
Sale Clavinia la bella,
A buscar á su Clavinio,
Que del Betis se ausentó,
Siendo tan famoso rio,
Porque oyó decir que el Tajo
Tiene arenas de oro fino.
Dejó Clavinia su alma,
Y el cuerpo solo se vino;
Y hoy Clavinia el alma suya
Busca su cuerpo vacío,
Y mas veloz que los vientos,
Toma del Tajo el camino,
Volando cual suele el alma
Salida de su nativo;
Y á cuantos topa entretiene,
Diciendo: caros amigos,
¿Clavinio, mi buen pastor,
Conocéisle? ¿habéisle visto?
Que porque ella le conoce,
Y trae su retrato al vivo,
Piensa que ha de ser de todos
Su Clavinio conocido;
Y desesperada parte
Porque á una voz le han dicho,
Que tal nombre de pastor
No le hay de Betis á Nilo:
Y esforzada de esperanza,
Que en su pecho ha florecido,
Apriesa escluye del rostro
Todo el color amarillo,
Y su camino prosigue,
Envidiosa del oficio
Que hace su pensamiento,
Que va y viene á su Clavinio.
Sus pies, hurtando á las aves
De volar el artificio,
Y á su pensamiento, dice
Con ansia y dolor esquivo:
¡Ay dulce pensamiento mio,
Cuándo me llevarás donde te envio.!
Y llena de angustias tristes
Llegó al Tajo cristalino,
En cuyas márgenes vive
Su dichoso pastorcillo,
Y á las olas que levanta
El deleitoso Zefíro,
Pensó que era su pastor,
Y luego engañada dijo:
¡Ay dulce etc.
Y de los puros cristales
De un tributario rio
Bebió para mitigar
El gran calor del estío;

Y luego vió á su pastor,
Durmiendo al pie de un aliso,
Y que hablando entre sueños
Dijo con ronco suspiro:
¡Ay dulce pensamiento mio, etc.
Y abrazándose con él,
Despertó elevado y tibio,
Entendiendo que era sueño
Verse en aquel paraiso;
Y besándole en el rostro
La conoció de improviso.
El uno y otro gozosos
Cantaban en uno unidos:
¡Ay dulce pensamiento mio,
Gracias á Dios que estás do estoy contigo!
Rosanio estaba mirando
Al amoroso prodigio,
Lleno de rabiosa envidia,
Y de esperanzas vacío,
De ver que siempre velando
No alcanzó lo que un dormido;
Y por no estorbar sus gustos
Cantaba detras de un pino:
¡Ay cielo, de mis gustos enemigo!
¿Y cuándo he de gozar del cielo mio?

41. *(Del Romancero general.)*

Era la noche mas fria
Que tuvo el lluvioso invierno,
La mas escura y cerrada
Y la de mayor silencio.
No se mostraba ninguna
De las lumbreras del cielo,
Mas que si entonces volviera
A su principio primero.
En las cumbres de altos montes
Ardian algunos fuegos,
Fingiéndolos las tinieblas
Muy cerca, aunque estaban lejos.
Solamente interrumpia
Este general silencio,
Escediendo á sus riberas
Con sus turbias aguas, Ebro;
Cuando Damon no podia
Rendir los ojos al sueño,
Dando rienda á sus cuidados,
Y gloria á sus pensamientos:
Y en sus imaginaciones
Lastimado y satisfecho,
Viendo que nadie le oye
Despidió la voz diciendo:
Verdades, salidas
Por fuerza del pecho,
No habeis poco hecho,
Pues que sois creidas,
Si á la que me mata
Le quitan la escusa,
Si acaso la acusa
El amor de ingrata;
Que cuando os tenia
Mudas en mis ojos,
Eran mis enojos
Solo á cuenta mia.
Porque aunque confiesa
Que os vió, no bastaba
Si el derecho estaba
En la voz espresa.

Id siempre desnudas,
Y como atrevidas,
Mostrad las heridas
Que encubren las dudas:
Y si os prometieren
Remedio al engaño,
Creed mas mi daño
Que lo que os dijeren;
Pues cuando otra cosa
No quisieren darme,
No podrán negarme
Sepultura honrosa.
Y allí por trofeos
Estarán pintados
Libres los cuidados,
Presos los deseos;
Y los largos años
Que os entretuvistes,
Y como servistes
Señores estraños;
Y como mi fe
Conservó su asiento
En el pensamiento
Donde la oculté.

42. *(Del Romancero general.)*

Cuando la mar alterada
La fuerza de vientos siente,
Y las levantadas olas
Con bramidos se revuelven;
Cuando tocada del fuego
La tierra se ensoberbece,
Sintiendo como piadosa
La pérdida de sus mieses,
Mi Doris en su albergue
Sin cuidado de nada se entretiene.

Cuando las aves del cielo
Con cantos sus penas crecen,
Y buscando su querido
La tórtola se entristece;
Cuando las fieras mas bravas
Contra el amor se previenen,
Que aun con las fieras amor
Poderoso hacerse puede;
Mi Doris etc.

Cuando todo el mundo piensa
En los cuidados que tiene;
Que apenas hay en el mundo
Quien su bien ó mal no piense;
Cuando cortando su pena
Mengua su dolor la gente,
Unos del tiempo se agravian,
Y otros del tiempo se duelen;
Mi Doris etc.

Cuando mis tristes suspiros
El Sol y la Luna hieren,
Y mis ojos en el prado
Lágrimas sin tiento vierten;
Cuando mis tristes acentos
A mis cabrillas suspenden,
Y el sentido con su llanto
La razon en todo pierde;
Mi Doris etc.

Cuando la flecha dorada
Amor en mi pecho prende,
Y tras esto descuidada
Mis plantas veloces mueve;
Cuando con voces la llamo,

Y cuando mi amor mas crece,
Porque siempre á lo imposible,
Cuanto mas es, mas se quiere;
Mi Doris etc.
Asi cantaba Corino
Al pie de un álamo verde,
Lugar donde de ordinario
Males llora y canta bienes.
Dejad, ojos, la tristeza;
Mis tristes suspiros cesen,
Que no es bien sienta mi pena
Cuando contenta y alegre,
Mi Doris en su albergue
Sin cuidado de nada se entretiene.

43. *(Del Romancero general.)*

Sobre una triste pizarra,
Cuyo peso le sustentan
Las malogradas cenizas
De un pastor de nuestra aldea,
Sentada la bella Doris
Solemniza sus exequias
Con este verso funesto,
Triste anuncio de su pena:
¡Ay caro esposo! espera:
Justo es que pues no vives, que yo muera.
Pues allá llevaste el alma,
No quede el cuerpo en la tierra;
Que mal vivirá contento
Pues que su gloria le llevas.
Si tormentos me causabas
Con cualquiera breve ausencia,
Forzoso será morir
En esta, pues, es eterna.
¡Ay caro esposo etc.
Pues el dolor no me acaba,
Quiero acabarme yo mesma;
Que el tormento cuando es largo
Con la muerte se remedia.
Seguiré á la casta Pórcia
Que quien sufre tal dolencia,
Bien podrá tragar las brasas
Y ser constante como ella.
¡Ay caro esposo etc.
Solo un consuelo podrá
En la vida darme fuerzas,
Que por ser hechura tuya
Es para mí cara prenda.
Por esta reliquia vivo,
Traslado de tu presencia,
Que mas por ser tuyo quiero
Que por aficion materna.
¡Ay caro esposo etc.
Por este querré la vida,
Si es justo la vida quiera,
Porque huérfano no quede
Quien á tí me representa.
Ya que en todo te parece,
Plegue á Dios no te parezca
En morir tan malogrado,
Si el morir presto es herencia.
¡Ay caro esposo etc.
Si este trago he de sufrir,
Moriré muerte violenta,

Que basta morir dos veces
Sin que tres mi muerte vea.
Mas quiero gozar su vista,
Pues mirándole contemplan
Mis ojos viendo los suyos,
De los tuyos la belleza.
¡ Ay caro esposo! espera:
Justo es que pues no vives, que yo muera.

44. (*)

Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galatea,
Dulce prenda de su alma,
A quien deja el alma en prendas;
Cuya perfeccion adora,
Cuyo nombre reverencia,
Por quien vive, y por quien muere,
De cuyo esclavo se precia;
Sobre un cayado de pechos,
Cortado de su paciencia,
Para golpes de fortuna
Y para sufrir de prueba;
Al hombro un zurron colgado
De temores y sospechas,
Que en destierro semejante
Es la carga que mas pesa;
Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra;
A sombra de su cayado,
Si dan sombra las tinieblas,
En que pone á un alma triste
La escura noche de ausencia;
Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros,
Y lágrimas le acrecientan;
Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginacion,
Para que todo le ofenda,
Un caos de memorias tristes,
Una confusion inmensa;
Vueltos los ausentes ojos
A la venturosa tierra

(*) Insertamos este Romance y el que sigue, pues por el asunto y el estilo nos parecen de Cervantes que escribió la Galatea, y por si son de los que cita en su Viage al Parnaso cuando dice: Yo he compuesto *Romances* infinitos, y el de los *Celos* es aquel que estimo, entre otros que los tengo por malditos. En estos dos romances se descubre el mismo estilo y el mismo prurito de simbolizar que en el que empieza: «Yace donde el sol se pone», que creemos ser el mismo que en dicho Viage al Parnaso celebra Cervantes con el título del de los *Celos*.

A donde tiene su dama
Y sus pensamientos deja;
Al desapacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen,
De esta suerte se lamenta:
Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza;
Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Amigos que le acompañen,
Antorchas, luto, ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego,
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.
Solo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y de estas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,
Quede aquí por simulacro
Una fuente de ellas hecha,
Una fuente de alabastro
Que de contínuo las vierta;
Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el origen de ella:
Sirva el agua de remedio
Para deshelar tibiezas,
Y curar ingratitudes
Donde quiera que las vean;
Y en la virtud milagrosa
De sus efectos se vea
La fé con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

45. *(Del Romancero general.)*

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y celosa
Con penas y sin Elicio;
De mal de ausencia á la muerte
Con calentura y sin frio,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros;
Vueltos los hermosos ojos
En dos caudalosos rios;
El color de su ventura
Mas que la cera amarillo;
Con crecimiento de fé,
Y fé de su bien perdido;
Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo,
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastío,
Está vivo por milagro,
Pero muerto mas que vivo;
Que su mal el primer dia
Es tan mortal como el quinto:
Tiene fé, le dará vida
Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de fuese
La tiene en tanto peligro:

Y con ser médico el tiempo
De dolores peregrinos,
No le permite y alarga
La cura como enemigo;
Que él no receta jamas
Sino infusiones de olvido,
Que en poco nobles sugetos
Obran presto y dan olvido:
Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos,
Y quiere mas Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio.
Desecha entretenimientos
De contento y regocijo,
Solo el eco busca y llama
Porque dobla sus gemidos.
Oye mis querellas, dice:
¿Donde estás, Elicio mio?
¿Cómo, cruel, no respondes
Cuando tu nombre repito?
Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oidos,
No lleve mi fé jurada
Ni mi esperanza conmigo:
Por copia vaya mi alma,
Y no de valde la envio,
Pues me deja en este fresno
Por juzgar su paraiso.
No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo,
Que le creerán facilmente
En mi desdicha su dicho.
Esto te suplico solo;
Mira si al amor me humillo,
Que con ser tiempo de mandas,
No mando, sino suplico.

46. *(Del Romancero general.)*

Mirando estaba el pastor
De la hermosa Galatea
Las venturosas ventanas,
Por la mañana, una fiesta.
No quita de ellas los ojos
Con esperanza de verla,
Porque no tiene otro sol,
Ni conoce otras estrellas.
En fin, salió entre arreboles
Al cabo de una gran pieza,
Esparciendo luz dorada
Y desterrando tinieblas.
El alborozado Elicio
Los despiertos ojos cierra,
Que es imposible sufrir
Del nuevo sol la gran fuerza.
¡Oh dorado sol, que alumbras
Hondos valles y altas sierras,
Y cuyos rayos dorados
En mi pecho reverberan!
Gracias; pues que desterraste
Las nubes de mi tristeza,
Y el norte de tu alegría
Promete bonanza cierta.
Serán tan altas mercedes
A mi voluntad aceptas,

Si el darme yo en sacrificio
Satisface á tanta deuda.
Cantará tus alabanzas
Hasta lo último mi lengua,
Himnos gratos al favor,
Y á los desdenes endechas,
Dándote el primer lugar,
Y entre las pastoras bellas
La blanca palma de hermosa,
Verde laurel de discreta:
Y tirarán de tu carro
Los pastores de la aldea,
Ciñendo su sacra frente
Mirto alegre, y verde yedra.
Ofreceréte yo el alma
Cuando guirnaldas te ofrezcan,
Señal que lo dará todo
El que da la mejor prenda.
Contento en vivir rendido;
Si ya no quieres que muera
A tu gusto de diamante,
Y á tu voluntad de cera:
Mas pues borran tus papeles
Las temerosas sospechas,
Espero que en lo futuro
Tendrás en la fe firmeza.
De la parte de tu Elicio
Esta será verdadera,
Aventurándolo todo,
Solo porque tú lo quieras.
Dijo, y la pastora en esto
Quitó la luz á la tierra,
Y él calló, que quien bien ama
De ordinario corto queda.

47. *(De Lope de Vega.)*

Mirando está de Sagunto
Las reliquias asoladas
El pastor de Galatea,
Nuevo ejemplo de desgracias;
Y contemplando las torres,
Que un tiempo soberbias y altas
Dieron asalto á las nubes,
Asi llorando cantaba:
Nunca el castigo tarda
A quien el tiempo avisa, y no se guarda.
¡Oh sagrados edificios,
Retratos de mi esperanza,
Espejos donde se ven
Las humanas confianzas!
Puestos estais por el suelo,
Y con la sangre africana
Salpicados los cimientos
En fé de vuestra venganza.
Nunca el castigo tarda
A quien el tiempo avisa, y no se guarda.
Ejemplos sois de Fortuna,
Porque su rueda voltaria
No atropella mil deseos,
Sino las mas levantadas.
Desengaños de la vida,
Que sin hablarme palabra,
Con voces mudas y tristes
Estais diciendo á mi alma:
Nunca el castigo etc.
Y vuestros dichosos dueños

Que del pecho á las espaldas
Cayeron atravesados
Sobre su sangre y sus armas,
La fama los eterniza;
Porque heridas tan honradas
Vivirán sobre los años
A pesar de sus mudanzas.
Nunca el castigo tarda etc.
¡Asi os viera cual os veo
Aquella adorada ingrata,
Despreciadora de leyes,
Y de homenages falsaria,
Para que en vuestras desdichas
Medrosa y escarmentada,
Gozara el cabello de oro,
Y las rosas de la cara.
Nunca el castigo tarda
A quien el tiempo avisa, y no se guarda.

48. *(De Lope de Vega.)*

Enfrente de la cabaña
De la divina Amarilis,
Pastora de tiernos años
Y de pensamientos libres;
Mas gallarda y mas hermosa
Que el alba cuando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rosas y jazmines;
Mas que el sol recien nacido
Entre dorados matices,
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,
Para Amarilis humilde.
Altivo de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como estan entre yerbas,
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline,
Dando tornos á su fuego,
Que Fabio á su cielo asiste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está
Como la contemple y mire.
No sabe cuando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Cuando amanece Amarilis.
Allí los pasa elevado,
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores
Despues que á Amarilis sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos
Abrazados de las vides,

Porque la desconfianza
No hay estado que no envidie;
Y dando entre tierno llanto
Suspiros del alma, dice:
¡Ay! ¡que asi está mi pastora
Entre los brazos de Tirse!
Torna á llorar con mas fuerza,
Y la ribera repite:
Tirse, Amarilis y Fabio;
Tirse alegre, y Fabio triste.
Humilde soy para tí,
El tierno pastor prosigue;
Pero si es riqueza el alma,
Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro,
Tú diamantes, tú rubíes;
Quien no te sirve con alma
Mas te ofende que te sirve.
Yo mientras rijo este cuerpo,
Si no eres tú quien le rige,
Alma te doy, si eres cielo
Razon es que el alma estimes.
Dijo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe:
Cuanto es Amarilis bella,
Es Fabio en amarla firme.

49. *(Del Romancero general.)*

Frescas aguas transparentes,
Que márgenes de esmeraldas
Engastan vuestros cristales,
Y vuestros cursos atajan;
Nuevos árboles vestidos
De la color de esperanza,
Que altivos estais mirando
Cien mil florecillas varias,
Ya los cantos de las aves
En otro coro discantan,
Vuestras inquietas hojas
Del manso viento ayudadas;
Prados, flores, aves, vientos,
Arboles, y azules aguas,
Testigos de mis suspiros,
¿Quién de mi Celia me aparta?
¿Qué sirven vuestros contentos
Al que sin Celia le cansa
Vuestra vistosa presencia,
De todos tan celebrada?
¡Ay pesadas alegrias,
Siestas prolijas cansadas,
Vida de mis impaciencias,
Muerte de mi gusto amarga!
¡Ay mi Celia de los ojos,
Si de tu cielo me falta
Aquesa luz que me alumbra
Firme, hermosa, sosegada!
Sin tí otros resplandores
Me son cometas airadas,
Relámpagos presurosos,
Rayos que todo lo abrasan.
Afuera cometas, rayos,
Relámpagos, vientos, llamas,
Sombras, nublos, torbellinos,
Envidias celosas, vanas,
Que solo á su Celia adora,
Y su ser divino alaba,
Un pobre pastor humilde,
Que por ser suyo se ensalza.

Esto callando publica
Fausto en aquella mañana,
Principio de mayo, cuando
Amor á sus cortes llama.

50. *(Del Romancero general.)*

Mirando el sagrado Ebro
Su curso y corriente sesga,
Junto á los soberbios muros,
Que fundó el augusto Cesar,
Consideraba Galcerio,
Si un amante considera,
Sus marchitas esperanzas
Y mal logradas firmezas.
Sus pensamientos revuelve,
Y sus efectos contempla,
Y viendo sus tiernos frutos
Segados en frágil yerba,
Tras un suspiro dice:
¡ Oh cruel Lisbella,
Deshaz el padecer, ó mi querella!
¡ Oh cuántas veces, ingrata,
Olvidé mis ovejuelas,
Por acordarme de tí,
Y les dí la sal con piedras!
¡ Y cuántas el canto lobo
Hizo ejecutivas presas,
Mientras tú en mis pensamientos
En su huérfana inocencia!
¡ Y cuántas veces bebieron
En las rebalsadas presas,
Y cuántas las yerbas mustias
Les hice comer por fuerza!
¡ Oh cruel Lisbella, etc.
¿ Cuándo á tu presencia fuí,
Que de moradas violetas
Y de nevados jazmines
Mi falda no fuese llena?
¿ Cuándo en tocar la manzana
Tu mano no fue primera,
El sazonado madroño,
Y la regalada serva?
¿ Y cuándo mi voluntad
Fué un punto libre ni esenta
Desde que te pude ver
Sino cautiva, y sujeta?
¡ Oh cruel Lisbella, etc.
Yo suspendiera en tu templo
Estas humildes ofrendas,
Si como á mis esperanzas
No las echara por tierra.
Vergüenza hé que los pastores
De Manzanares me vean
Arrojado en el profundo
De tan estrañas miserias.
¿ Por qué de nombre de ingrata
Te alabas tanto, y te precias,
Y de ser dueño de un alma,
Que te adora, y tú desechas?
¡ Oh cruel Lisbella, etc.
¡Mas ay triste, á quien me quejo!
Que son sin fruto mis quejas,
Y por serme algun alivio,
Como tal se me deniega.
Aquí han de morir conmigo
Sin que el pellico las sepa,
Que los secretos del alma
Estan muy mal fuera della.

Y tú, fugitivo curso,
Que su tributo al mar llevas,
Llevarás lágrimas mias,
Mas no efectos de mi lengua.
¡ Oh cruel Lisbella,
Deshaz el padecer, ó mi querella!

51. *(Del Romancero general.)*

Al pie de un hojoso roble
Arrimada la cabeza,
Con cuyas hojas y ramas
Hace reparo la siesta,
Que impidiéndole la entrada
A la claridad Febea,
Tiene las flores con ocio
Que esmaltan la amena vega;
Ayudando á su frescor
Un arroyo, que atraviesa
Por medio de la espesura,
Que la hacen mas verde y fresca;
A cuyo manso ruido,
Que murmura por las peñas,
A cuyos dejos y son,
Que la sirve de vihuela,
En concertada sonata
Que el blando viento la lleva,
Las aves en los ramillos
Desatan las dulces lenguas,
Libres de pena, libres de pena.
Lidio el pastor, que miraba
La amena y divina selva,
Tan libre de lo pasado,
Cuanto contento en las muestras,
Dice: cielo cristalino,
Gracias doy á tu potencia,
Pues gozo libre de verte
La noche, mañana y siesta,
Libre de pena.
Y tú, noble desengaño,
Que el lazo de mi cadena
Rompiste con tierna paz
Al cabo de tanta guerra,
Libre estoy del niño arquero:
Ya no me ofenden sus flechas,
Que están botas para mí
Las que tuve por mas recias.
¡ Qué de veces por los sauces
En sus delgadas cortezas
Escribí como furioso
Mil lastimosas endechas!
Y en lugar de lo pasado,
En las contínuas querellas
Le haré á mi libertad
Versos y canciones nuevas,
Libre de pena.
Ya no me inflaman ni encienden
Los amores de Rosela,
Ni cosa de su persona,
Boca, nariz, frente y cejas.
No la llamo de cruel,
Ni selvática, ni fiera,
Que si fuere de diamante
La juzgaré por de cera,
Libre de pena.
Ya de hoy mi pobre ganado
Pacerá la mejor yerba,
Que andaba flaco y perdido,

Como flaca su cabeza.
Pondré al manso corderillo
Junto á la materna teta,
Y á mis mastines collar
Que los ampare y defienda,
Libre de pena.

52. *(Del Romancero general.)*

De una guija en otra guija,
Y de una en otra pizarra,
Se rompia un arroyuelo,
Que el pastor Lisio miraba;
Y contemplando entre sí
La prisa con que se alcanzan
Unas ondas á otras ondas,
Unas aguas á otras aguas,
Mirando, dice al arroyo,
Si bien mirar le dejaban
Lágrimas que sus crecientes
Le crecian y enturbiaban:
Tal es mi pena celosa,
Tal es mi celosa basca;
Pues que no menores guijas
De sospechas me quebrantan.
Y no con priesa menor
Se alcanzan tarde y mañana
Unos miedos á otros miedos,
Y unas ansias á otras ansias.
Sigamos pues á la par,
Yo á la fuerza, y tú á la causa;
Tú la de tu natural,
Y yo la de mi desgracia;
Que segun con la violencia
Que corres, y amor me trata,
Presto los dos llegarémos,
Yo al fin, tú á la mar salada.

53. *(Del Romancero general.)*

Una parda mariposa,
De su inclinacion llevada,
Se acercaba hácia una vela
Batiendo apriesa las alas.
Ya de lejos la rodea
En rueda espaciosa y ancha,
Ya de cerca aunque con miedo,
Que á nadie el morir agrada:
Ya huye, y al punto vuelve,
Ya se atreve y se acobarda,
Mas al fin como era fuerza,
Llega y éntrase en la llama,
A donde acude á impedirla
Un pastor que la miraba,
Y cuanto mas la desvia
Mas en el fuego se lanza,
Y con un suspiro grave
Que del triste pecho saca,
Dice: ¡Oh fuerza natural,
Inclinacion temeraria,
Que cuanto mas te remedio
Mas sigues lo que te daña!
Mas si es fuerza, ¿qué aprovecha
Hacer resistencia humana?
¡Oh desdichada avecilla!
Parécesme en ser forzada,

Que yo tambien voy siguiendo
Mi muerte sin esperanza;
Y cuanto mas mi enemiga
Me la impide y desengaña,
Mas sigo tras mi cuidado,
Y menos mi fé se acaba;
Teniendo por premio de ella
Solo el estimar su causa,
A pesar de mil memorias
Que todas me son contrarias.
Mas tú tienes un consuelo,
Y en mí ninguno se halla;
Pues yo muriendo no acabo,
Y tú con morir acabas.
Queda agora mi alma triste,
Envidiosa y lastimada,
Pues pretendiendo la muerte,
Por ser remedio no la halla.
¡Y que se muestre mi suerte
Con tantas veras contraria,
Que me sea siempre forzoso
Tener envidia á desgracias!

54. *(Del Romancero general.)*

Acompañado de penas,
Al pie de un grueso alcornoque,
Que en sus silvestres cortezas
La simple abeja se esconde;
Y de su propia raiz
Una clara fuente corre,
Y de ella mil arroyuelos
Dan frescura á todo el monte;
Está cantando Marcelo,
Pensando en el dulce nombre
De su Alisa, que es tan bella,
Cuanto su pecho de bronce;
Y apenas de su memoria
La imagen de ella se esconde,
Cuando cerca de la fuente
Oyó un ruido, y miróle.
Vido una leona fiera,
Que huyendo se viene adonde
Pueda de un leon librarse
Sin que la ofenda ni enoje.
El leon dando bramidos
Junto á la fuente la coge,
Y queriendo hacer en ella
Lo que el amor le propone,
Ella se arrojó en el suelo,
Con mil bramidos feroces,
Dando á entender que no gusta
Del leon y sus amores.
Quéjase el fiero leon
De aquella que no responde
A su amor, y allí la deja,
Y dentro al monte tornóse.
Libre la leona pues
Del leon y sus amores,
Se va contenta y ufana
Por otro camino al bosque.
Marcelo medio espantado
Diciendo: ¿es bien que me asombre
De que mi Alisa aborrezca
A este triste pastor pobre;
Pues entre animales fieros
Se aborrecen amadores,
Y aquesta leona huye

De que otro leon la goce?
Y así huirá de mí
Mi pastora aunque la adore,
Porque es tan dura de entrañas
Que no hay otra en todo el orbe.
De su zurron tosco y negro
Sacó de voces conformes
Un suave rabelillo,
Y cantando el aire rompe:
Pues te amo de veras,
Dulce Alisa mia,
Con tu tiranía
No imites las fieras.
Que pues tu Marcelo
Tiene tal firmeza,
Quepa en tu dureza
Darme algun consuelo.
Que no lo hay mayor
Para consolarme,
Que es la paga darme
De mi mucho amor.
Porque no te abona
Tu mucho caudal,
Para ser igual
A una leona.

55. *(Es de Bernardo de la Vega.)*

Despues que por varios casos
Dejó Lorino su aldea,
Porque en lugar de su gloria
Entre el rigor de la pena,
Llegó, donde un arroyuelo
Lirios olorosos riega,
Cuya fragancia el Fabonio
A sitios bien lejos lleva;
Donde en el agua las flores
Bordan una rica tela,
De aquellos altos del cielo,
Pues se conocen por ella.
Si quieren gloria las almas
Vayan y vistanse de esta,
O vean á su Marfisa
Que todo se goza en ella.
En el cristalino arroyo
(Cuyo mormúreo deleita)
Lorino su rostro y manos
De industria un rato refresca,
Por ver si el fuego amoroso
Su gloria aplacar pudiera;
Cosa que es tan imposible
Como faltar su firmeza:
Haciendo donaire y risa
Dice el pastor: En la tierra
Para mí no hay bien ni gloria,
Si no está Marfisa en ella.
Y dando la vista al cielo
Porque á falta le entretenga,
Pues es cierto que en él goza
Algo de lo mucho della,
Y bajándola Lorino
Vió una levantada peña,
Que de los enamorados
La llama el mundo y celebra.
Notando en ellos los fines
De su amorosa tragedia,
Dijo: felices amantes,
Felice fue vuestra estrella,

Pues entrambos acabastes
El uno de otro en presencia,
Siendo vida vuestra muerte
Opuesta á la que me espera.
Yo solo fuí desdichado,
Pues mi desventura ordena
Que muera por mas rigor
De muerte de mal de ausencia;
Y haciendo son la corriente
Que da en una y otra piedra,
Con sus lágrimas ardientes
El frio instrumento templa,
Y haciendo que el compas lleven
Las que el ráudo curso lleva,
Canta porque dos estremos
En un sugeto se vean.

Ya he sabido que es la muerte
Dejar, Marfisa, de verte.

Ya sé que el amor condena
A padecer la memoria,
Pues el vacio de gloria
Ocupa el rigor de pena.
¿Cómo podré en tierra agena
Vivir, siendo dolor fuerte,
Dejar, Marfisa, de verte?

Dar remedio al mal que siento
No podrá el Sol ni la Luna,
Ni hacer mas daño fortuna,
Ni dar amor mas tormento;
Ni yo hacer mas sentimiento,
Pues siento mas que la muerte
Dejar, Marfisa, de verte.

56. *(Del Romancero general.)*

Tejiendo está una guirnalda,
Entre rosales y mirtos,
La bella pastora Celia
Para su pastor Olimpo.
Unas pajizas retamas
Pone entre morados lirios,
Y si pone algunas rosas
Les presta su color mismo.
Alegre vive y ufana,
No teme desden ni olvido,
Que sabe que su pastor
La adorará por mil siglos.
Compuesta pues la corona,
Dió una voz á su querido,
Y al ponerla en la cabeza,
Aquestas palabras dijo:

Recibe esta corona de mi mano
En fé que de mi amor llevas la palma;
Alegre vivirás, y muy ufano,
Teniendo en mar de amor tan dulce calma.
Entienda el mundo, y tenga por muy llano,
Que llevas tú las llaves de mi alma;
Y que á pesar del tiempo y la fortuna,
Será la voluntad de los dos una.
El venturoso pastor,
Viendo el bien á que ha subido,

Abrazando á su pastora,
De aquesta suerte la dijo:
¿Vióse jamas Emperador Romano
Tan alegre triunfar, cual este dia
Triunfo yo del amor, y por tu mano
Recibo la corona de alegria?
Mira si viviré, mi bien, ufano,
Pues crecen tus favores á porfia,
Y asi á pesar del tiempo y la fortuna,
Será la voluntad de los dos una.

57. *(Del Romancero general.)*

Cuando la esteril arena
Descubren las claras aguas
Tras el erizado invierno,
Y el rojo sol se levanta;
Al son que el céfiro blando
Hace entre las verdes ramas,
Asi Pinardo se queja
Hiriendo las nubes altas:
¡Qué ciertas son las trazas
Cuando ya no hay remedio en las desgracias!
¡Ay prado y ribera amena,
Verdes sauces, fuente clara,
Causa que fuistes un tiempo
De todo mi bien la causa!
Ya sois mi verdugo fiero;
Pues vuestra memoria cara
Entonces mas me suspende,
Cuando me hace mayor falta.
¡Qué ciertas etc.
Yo me acuerdo, aunque en mi daño,
Cuando en mi humilde cabaña,
Estando en vuestra alegria
La mia solemnizaba.
Entonces no eché de ver
Que en las cosas hay mudanza,
Y el bien una vez perdido
Que nunca ó tarde se gana.
¡Qué ciertas etc.
¡Dichoso una vez y dos
Quien entonces penetrara,
Que á veces quien muda el cuerpo
A peligro pone el alma!
Dejé vuestro fresco sitio:
¡Oh quién nunca le dejara!
Mas quien tarde se arrepiente
Bien es que tarde le valga.
¡Qué ciertas etc.
Oia decir que el amor
Era ciego y acertaba;
Legislador y sujeto;
Niño, pero ya con canas.
Jamas sus leyes guardé:
Jamas temí sus hazañas;
Pero ya conozco triste
Que pocos su furia escapan.
¡Qué ciertas etc.
Fuíme á vivir donde el cielo

Tiene la prenda mas alta
Que á los divinos suspende,
Y á los mortales espanta.
Víla, y comencé á quererla
Con una aficion liviana;
Mas quien por liviano empieza,
Al fin por pesado acaba.
¡Qué ciertas etc.

Silvia, tus cabellos de oro,
Y tus mejillas rosadas,
Los ojos negros y hermosos,
Cuello ebúrneo, mano blanca,
Donde límite no hubo
Han podido poner raya;
Que en fin siempre lo presente
Prevalece á lo que pasa.
¡Qué ciertas etc.

Descubríte el corazon,
Que nunca tal intentara,
Con los ojos lo que pude,
Lo que alcancé con palabras.
Quien entonces conociera
Tu altivez, ingrata amada,
Bien acertara en callar,
Pues tan á mi costa hablas.
¡Qué ciertas etc.

Ya no lo puedo encubrir;
Pues mirándome á la cara
Me conoce todo el mundo
Por víctima de tus aras.
Mis amigos me lo dicen,
Y ríñenmelo en mi casa;
Pero antepone su amor
Al paterno y cuantos haya.
¡Qué ciertas etc.

Si tu desden fuere eterno,
Porque lo sean mis ansias,
Con eterno y puro amor
Te daré de mí venganza.
Esto dijo, y mas no pudo;
Y porque se iban sus cabras,
Del valle se despidió
Los ojos hechos mar de agua.
¡Qué ciertas son las trazas
Cuando ya no hay remedio en las desgracias!

58. *(Del Romancero general.)*

En un tronco de un cipres,
De cuyas hojas y ramas
Salicio un alegre dia
Fabricaba una guirnalda,
Despues de haberla compuesto
De muchas hojas y ramas,
En la corteza del tronco
Estas palabras estampa:
Sufre y calla,
Pues que fuiste la causa.

Donde su pastora bella,
Tanto de él solemnizada,
Del recio calor huyendo,
Que como á muger la cansa,
Llegó una tarde á hacer siesta
Temprano para gozalla,
Y mirando al liso tronco,
Leyó la letra que habla:
Sufre y calla, etc.

Conoció desconocida

El bien que el suyo adoraba,
Ser del pastor que en un tiempo
Quiso, y olvidó sin causa;
Y que por ella escribió
Que por olvido olvidada,
Y porque no le culpase
Quiso escribir en las ramas:
Sufre y calla, etc.
Entendió, si entender pudo,
Aunque la razon le falta,
Que de Belisa el trofeo
Era una bella guirnalda,
Que su pastor le ofrecia,
Por quien la pastora ufana
Vive contenta y publica
Por donde quiera que pasa:
Sufre y calla, etc.
Ya se entristece Salicio,
Ya le pesa, ya se abrasa,
Ya los ojos hechos fuentes
Muestran la aficion pasada;
Ya la estampa dulce besa,
Y al ausente pastor habla,
Y á sí propia se condena,
Y con repetir descansa,
Sufre y calla, etc.
Determínase á sufrir,
Aunque mal sufre quien ama,
Y mas si bienes agenos
Presentes males contrastan;
Porque fiaba en el tiempo,
Que es quien lo mas firme acaba,
Para su consuelo escribe
Esta letra en su cabaña;
Sufre y calla,
Pues que fuiste la causa.

59. *(Del Romancero general.)*

Ya cubre la primavera
Con mil flores la campaña,
Y deja atrás el invierno,
Que abrasa cualquiera planta.
Ya cual de fiero enemigo
Huye, volviendo la cara,
Temeroso del rigor
De la nieve y de la escarcha.
Ya se conoce el rocío
Apacible á las mañanas;
Ya corren las fuentecillas
Con regalada templanza.
Ya el pastor grosero sale
De su enramada cabaña,
Desabrochado el gaban,
Que ya con el tiempo cansa:
Cuando una bella pastora,
Descompuesta de esperanza,
Estaba llorando males
Nacidos de su desgracia.
Con el recio sentimiento
La lengua enmudece y calla;
Mas luego el silencio rompe
Con lastimosas palabras.
¡Ay malogrados deseos,
Dice, y viejas confianzas,
Que el fruto distes en flor,
Por ser las flores tempranas!
Trocastes mi vida alegre
En prolija suerte amarga:

Llegastes, mi bien, al puerto
Asegurando bonanza;
Mas no, porque la fortuna
Envidiosa y enojada,
Rompió sin mirar mi daño
La vela de mi esperanza.
Quedó mi bien sin gobierno
Por ser mi fortuna avara,
Pagaron mis tiernos años
Las esperanzas del alma.
No pudo mas la pastora
Decir, que sus vivas ansias
Con el grave sentimiento
La van turbando la habla.
Lo que mas pudo entender
Fueron aquestas palabras:
«La causa fuiste, Silvano,
«De esta mi muerte sin causa.»

60. *(Del Romancero general.)*

Al dulce y sabroso canto
De las aves placenteras,
Ya recaudaba la aurora
La escura noche desierta,
Cuando un pastor desdichado
De ningun sueño recuerda,
Porque quien cuidados tiene
¿Cómo es posible que duerma?
Y por hacer compañía
A las aves que se quejan
De algun agravio de amor,
Asi tambien se querella:
Ingrato amor, Silvia ingrata,
Ciego amor, hermosa fiera,
Mas que las selvas doblada,
Y mas que las selvas bella;
Quien te dió de Silvia el nombre
Bien dijo, pues que la selva
Las fieras bestias produce,
Osos y tigres alberga.
Tú dentro tu pecho hermoso
Desden y crueldad encierras,
Fieras mas duras y esquivas
Que tigres y que otras fieras,
Pues estas suelen moverse
A mansedumbre y clemencia;
Mas á tu rigor no pueden
Vencer mis dones y ofertas.
¡Triste! que cuando te envio
Flores hermosas y nuevas,
Tú las desdeñas, quizá
Porque en tí las hay mas bellas.
Y si escogidas manzanas
Te llevo, tú las desechas,
Quizá porque mas hermosas
Las de tu seno se muestran.
¡Triste! que cuando te ofrezco
La dulce miel la desprecias,
Quizá por ser mas sabrosa
La que tus labios encierran.
Pero si no puedo darte
Otros dones de mas cuenta,
Y aquestos en tí se hallan
Con mas dulzura y belleza;
A mí mesmo te he entregado,
Y aun este don menosprecias,
Que en otro tiempo estimaste;
Mas al fin todo se trueca.

Con esto acabó el pastor,
Para no acabar sus quejas,
Hasta que acabe la vida,
O la razon que hay en ellas.

61. *(Del Romancero general.)*

Miraba dos jilguerillos
Sobre un cermeño silvestre,
Cómo se pulen las plumas,
Poniendo en órden sus bienes,
La triste y hermosa Tyrsis,
Gloria del siglo presente,
Y dice, viendo que el uno
Se lanza sediento al Betis:
Pajarito que vas á la fuente,
Bebe y vente.
Lleno de música y gozo
Parte, ligero y alegre
Al otro que le recibe,
Aleando cuando vuelve.
El pico mete en el agua
Tan apriesa, que parece
Que apenas de agua se harta
Por volver á quien bien quiere.
Pajarito que vas etc.
Y tú, pensamiento mio,
En mis suspiros ardientes
Ve sin quemarte las alas
A visitar á mi ausente.
Mata la sed en sus ojos
Y mira bien lo que bebes,
Que en ellos nació mi vida
Y quizá mi vida muere.
Pajarito que vas etc.
Dile que estos jilguerillos
Celebran y guardan siempre
La fe, que amor les enseña
En el canto que no aprenden;
Y que yo envidiosa de ellos,
Fingiendo alegre mi muerte,
Cual cisne canto, si canta
Quien suspira, y quien no duerme.
Pajarito que vas etc.
En la fuerza de galera
Ciñe su pie grillo fuerte,
Y yo le tengo en el alma
Despues que en el pie le tiene.
Dile, amigo, que te basta,
Que romperé las paredes,
Y le sacaré en mis hombros,
Como á padre de mis bienes.
Pajarito que vas á la fuente,
Bebe y vente.

62. *(Es de id.)*

Quien dijere que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama,
Mi firmeza lo desmiente,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
La salobre Guadiana.

Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad
Entre estas sierras ingratas
A mis voces, y á mi llanto,
A mis quejas, y á mis ansias.
Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden;
Si alma digo, dicen alma;
Si Tirsi, responden Tirsi,
Y si la llamo, la llaman.
Amanecerá tu sol,
Hará mayo mi esperanza,
A mis prados ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entonces los falsos ecos,
Y con ellos las montañas,
Callarán y serán mudos,
O reventarán si hablan.
Viendo entonces yo mis glorias
En aquel dia que aguardan,
Por entre confusas voces
Daré la vuelta á mi patria.
Rompiendo montes inciertos,
Dificultades contrarias
Iré á tus brazos, Señora,
Por mil sendas no pisadas:
Vendráste tú á mí corriendo
De gozo y gritos bañada,
Mirarás firme mis ojos,
Miraré alegre tu cara:
Colgaráste de mi cuello,
Penderé de tu garganta,
Harémos los dos alegres
Una vida de dos almas.
Ansi cantaba Menalio,
Dándose triste esperanza,
Respirando de sus penas,
Porque quien llora descansa.

63. *(Del Romancero general.)*

Descuidado aunque no libre
Estaba el mísero Urelio,
De que pudiese otra vez
Encenderse el muerto fuego,
Volviendo al yugo pesado
El sano y exento cuello,
Cargando sobre los hombros
La carga que echó en el suelo;
Que del desden y desvío
Es tan insufrible el peso,
Que la paciencia derriba,
Aunque le engañe el esfuerzo:
Pero como la costumbre
Hace lo grave ligero,
Ha vuelto el triste pastor
A esperimentarlo de nuevo.
Cuando pensó que podia
Ser de libertad ejemplo,
Entonces se sujetó
Que esto es lo que puede el tiempo.
¡Ay pastora de mi alma!

Cual Angel te ví en el templo;
Mas no me valió la Iglesia:
Justa paga de mi yerro,
Que por esto me rendiste
Cuando tuve menos miedo,
Como traidor á mi fé,
Y rebelde á mis deseos.
Seguro y contento estaba,
Contento y seguro quedo,
Pues que me diste licencia
De mostrar lo que te quiero:
En ella estribo de hoy mas,
Donde como en fundamento
Subirá de mi esperanza
El edificio hasta el cielo.
¡Oh venturosa palabra!
¡Venturoso y dulce tiempo,
Que vuelve á darme en un punto
Lo que me quitó en diversos!
Volví á ver el rostro hermoso,
Y los soles á quien Febo
Tiene envidia de su luz,
Con ser la del cuarto cielo,
Sobre quien en proporcion
Asientan dos arcos negros
Para mayor hermosura,
Diferentes del cabello;
Cuyo color no diré,
Con ser tan claro el objeto,
Porque si no son de oro
No sé como encarecellos;
Ni sé como la miré,
Ni sé como agora puedo
Pintar lo que entonces ví,
Considerando cual quedo.

64. *(Del Romancero general.)*

De rodillas en el suelo
Urelio pide la mano
A la hermosísima Filis,
A quien jamas hizo agravio:
Pero la injuria del tiempo
Lo tiene en tan triste estado,
Que con hallarse inocente,
Se humilla como culpado,
Sin fiar de la razon
La fuerza de su descargo:
Que sabe que no aprovecha
La razon á un desdichado,
Y que suelen las disputas
Enjendrar nuevos engaños,
Y que el amor las mas veces
Rompe por lo mas delgado,
Huyendo de inconvenientes
Y de vencer porfiando:
Dejó palabras ociosas
Y acudió luego á las manos,
Que son de quien se temia,
Y á quien dió el amor su arco
Para castigo y afrenta
De las que no pueden tanto.
La hermosa Filis lo mira,
Y con desden y recato
Niega lo que le concede,
Retirando atras el brazo.
Mas Urelio, que conoce
Las reliquias que han quedado

De aquel amor que otro tiempo
Solicitó su cuidado,
La mano le tomó luego,
Y besándole la mano,
Le dijo: Filis hermosa,
Venci sufriendo y amando:
Que es la mas noble victoria,
Y el vencimiento mas raro
Con que el amor prevalece
De su enemigo y contrario.
Mano hermosa, que en blancura
Vences al fino alabastro,
Y en partes la sangre herviente
Descubre el color rosado,
Cuyas delicadas venas
Dilatando hermosos ramos,
Muestran el color de cielo
Entre lo rojo y lo blanco:
Larga en cuanto á ser perfecta,
Y larga para mi daño,
Y para el bien hasta agora
Encojida y corta mano;
En quien, si fuera verdad
Lo que finge el vulgo vano,
Se conociera mi suerte
En lo bueno y en lo malo.
Dos manos, Filis, asidas
Son el símbolo mas claro
De la fe pura y sincera
Contra quien no pueden daños.
Pues no se borre, Señora,
De nuestra paz el retrato,
Siquiera por el testigo
Que nos fue propicio y grato.
En esto vió que venia
Por la falda de un ribazo
Un lobo encendido en fuego
Amenazando al ganado,
Y corriendo á socorrello
Tomó Filis su cayado,
Incitando á la defensa
Los perros que estan ladrando.
Y volviendo el rostro hermoso
Con aviso y sobresalto,
A Urelio manda que siga
Callando luego sus pasos.
Urelio la obedeció,
Teniéndolo por regalo;
Porque no hay gusto mayor
Como obedecer amado.

65. *(Del Romancero general.)*

Sobre moradas violetas,
Que un florido prado esmaltan,
A donde un sagrado mirto
Apacible sombra causa,
Y parte en mil arroyuelos
Una fuentecilla clara
Las corrientes cristalinas
Que de una alta sierra bajan;
Sentada está una pastora
Descompuesta y descuidada,
Aunque no de los cuidados
Que le atormentan el alma.
Desdenes, ausencia y celos
Su soledad acompañan;
Que cuanto tiene delante
Todo la ofende y la cansa.

El cielo, las flores bellas,
Clara fuente y verdes plantas:
Si alza los ojos, encienden
Su pecho en celosa rabia
Los resplandores azules
Que el cielo y la tierra abrasan.
Las florecillas le enojan,
Que al fin en flores se pasan,
Y queda el color morado
Con que muere el de su cara.
Si mira al árbol de Venus,
Vuelve mas desconsolada,
Porque vé entre el verde oscuro
La fruta negra y amarga,
Amargo lloro y tristeza
Entre dudosa esperanza.
Quiere quejarse, y no puede,
Que en ver el curso del agua
Es tanta la de sus ojos
Que las razones le ataja.

66. *(Del Romancero general.)*

Las frias nieves y vientos
Su fuerza y rigor aplacan,
Constreñidos por el tiempo
Que es el que todo lo acaba,
Y alegres los pajarillos
Anuncian el alborada,
Con sus sonorosas voces
Y músicas concertadas.
El campo estéril y seco
Por las terribles heladas,
Muy alegre reverdece
Y muchas voces esmaltan;
Del mismo color se viste
Cualquier género de plantas,
Centenos, trigos y avenas
Crecen, florecen y granan;
Los corderos y cabritos
Hacen brincos, corren, bailan,
Y en los charcos y lagunas
Cantan las parleras ranas.
Todas las cosas del suelo
Estan muy regocijadas,
Gozando del fértil suelo
Sin memoria de mudanza.
Solo un triste pastorcillo
Con innumerables ansias
Y quejas, que rompe el cielo,
Deja de gozar bonanza,
Combatido del tormento
Y perdidas esperanzas.
Llora el pasado sosiego
Con penas desconcertadas,
Echado junto á un arroyo
Bajo una encumbrada haya;
No por huir el calor,
Que en otro mayor se abrasa,
Por divertir la memoria
Que es del efecto la causa.
Con el aire que blandea
De la alta haya las ramas,
El murmullo que anda á vueltas
Entre las corrientes raudas,
Deshaciendo el remolino
De las represadas aguas,
Lo que toma por remedio
Hace incurable la llaga;

En vez de causarle alivio
Mas le aqueja, aflige y daña.
Arrebatado, impaciente
De ver que no aprovechaba
Ninguna cosa del suelo
Para aliviarle la llaga,
Asió de un tosco rabel
Que pendia de una rama,
Y sin curar de templallo
En él sus versos cantaba.

67 (*).

¿Dónde estás, Señora mia,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, Señora,
O eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas
Compasion solias mostrar,
Y agora de las mortales
No tienes ningun pesar.
¿Cómo acudiste á lo menos
Y me faltaste en lo mas?
Que en los mayores peligros
Se conoce la amistad.
El crisol de las verdades
Suele ser la adversidad:
¿En qué memoria ocupada
Tan sorda á mi llanto estás?
Acuérdome bien (si penas
Me dejan bien acordar),
Que en un tronco de un aliso,
Que el Tajo bañando está,
Cuando yo era mas dichoso,
Y tú mas firme y leal,
Escribió tu mano un dia:
Yo te doy mi libertad,
Y antes que de tí la mude,
Tajo el curso mudará.
Rio, vuelve atrás tus aguas,
Pues la fé se vuelve atras.
Aquesto Tirsi decia,
Cantando en su soledad
Memorias de su Señora,
Y testigos de su mal.

68 (**).

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que de ellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tompoco á tus hielos temo.
Tormentas me son bonanzas,
Y duros naufragios puertos;

(*) Este romance está formado sobre un trozo de los del Marques de Mántua.
(**) Este romance parece por su estilo que es de Cervantes.

Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.
Digiero ya tus desdenes
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco.
Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos,
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.
Pasados son dos veranos
(Para mí siempre es invierno);
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco.
Revístense de esperanza,
Yo de esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo.
Al fin es mi voluntad
Veleta para tus vientos:
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo;
Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo
Guarnecido de paciencia,
Y aforrado en sufrimiento.
Pasadas son treinta lunas,
Y no hay mudanza en los tiempos,
Siempre yo las veo menguantes
Y crecer mis ansias veo.
Todas las cosas se mudan,
Y tú no mudas de intento;
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.
Aunque no quiero mudanzas,
Que de tu condicion creo
Que cuando acaso te mudes,
Será de desden á celos:
Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Que es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha ya estragado el gusto
Y ningun gusto pretendo.
Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario en sueños,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.
Mira, cruel, qué me debes;
Pues no sufro cuando duermo
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo.
Al fin mis deseos vistos,
Es ver lo que tus deseos:
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

69. *(Del Romancero general.)*

El pastor que de Pisuerga
Cansadas tiene las aguas
De contarles siempre penas,
Que penas á penas cansan;

Bajos los ojos al suelo,
Vuelta la color en brasa,
Escucha á su pensamiento
Que de esta suerte le habla:
Perdido, ¿qué encanto este?
¿En qué tu vida se gasta?
¿Cuál ha sido esta bebida,
Que te ha hechizado el alma?
¿Qué sueño es este que duermes,
Que á despertarte no bastan
Razones que te aconsejan,
Ni daños que te amenazan?
¿Qué pretension es la tuya?
¿A qué fin tiendes las alas?
¿Qué mas de fortuna quieres,
O qué venturas aguardas?
¿Cuándo caerás en la cuenta?
¿Cuándo verás que te engañan
Ciegas imaginaciones
Que á lo posible te llaman?
¿Tan tu amiga es la fortuna?
¿Tan favorecido te hallas
Que piensas sacar vitoria
De dificultades tantas?
Mira cuanto há que entre mudos
Todos los momentos andan
Inclinando la cabeza,
Como quien el golpe aguarda.
Mira las veces que has visto
Llegarte á la boca el agua,
A la garganta el cuchillo,
Y para salir el alma;
Mas llegan falsos socorros,
Y medio vivo te sacan,
Que por matarte de nuevo
La media vida te guardan,
O por ventura te avisan
Todas estas amenazas,
Que pongas tu vida en cobro,
Pues siempre no han de ser falsas.
Importuno pensamiento,
Responde el pastor, acaba
De dar tardíos consejos,
Y pues callar me ves, calla.

70. *(Del Romancero general.)*

Alegre vuelvo á gozarte,
Dulce fuentecilla clara,
Donde mi pastora hermosa
Su rostro un tiempo bañaba;
Tres años há que te ví
Correr por aquesta falda
De este monte, alto y soberbio
Mas que mi propia esperanza.
Aqui gocé tus favores,
Aqui cautivé mi alma,
Y en este propio lugar
He de volver á cobrarla;
Que cual de perro mordido,
Que me ha dañado con saña,
Quiero sus pelos poner
Para que sanen mi llaga.
Aqui el blanco álamo veo,
Los olmos verdes y zarzas,

Que con enlazados ramos
Tornan á la fuente clara.
Aqui las aves escucho,
Que otras veces aguardaba,
Que á mi pastora hiciesen
Con dulce canto la salva.
A todos atento os miro,
Y en nada hallo mudanza;
Sin duda retrato sois
De la que estable me aguarda.
Desde hoy mas siempre os tendré
Cual Iris en mis desgracias,
Pues tras larga ausencia y triste,
Me mostrais alegre entrada.
Truanes sois de mi gusto,
Y de mis memorias alma,
Que con solo vuestra vida
Volveis á resucitarlas.
Tomad siquiera mi lengua
En esta ocasion prestada,
Para darme el parabien,
Porque solo lengua falta.
Llamareis mi bien con ella,
Que por ser bien solo tarda,
Y el bien si de presto viene,
Es por dar gloria colmada.
Y asi por aguar el gusto,
Y el fruto que mi alma aguarda,
Quiere amor darme la flor
Con aquesta agua regada:
Que despues de haber temido
El perder mi prenda cara,
Cuanto mas cerca me veo,
Vengo mas á desearla.
Sin duda que es el amor
Nacido de avara casta,
Pues se aumenta mas su sed
Con aquella que la causa.
Decir quisiera, y no puede,
Mas el pastor, porque el agua
Que de sus ojos vertia,
Enturbia la fuente clara;
Y viendo acercar la noche,
Recogió sus pobres cabras,
Y entre esperanza y temor
Se recogió á su cabaña.

71. *(Del Romancero general.)*

Orillas de un claro rio,
Cuyas márgenes sagradas
Entre una fresca arboleda
Diversas flores esmaltan;
Gozando de su frescura
Estaba cierta mañana,
Cuando turbó mi sosiego
Una novedad estraña.
Noté en las plantas y flores
Maravillosas mudanzas;
Cobraban color las flores,
Y nuevo fruto las plantas.
El sol eclipsó la luz,
Detuvo el rio su plata,
Y el céfiro embelesado
Se suspendió entre las ramas;
Y deseando saber
De tal novedad la causa,

Tendí por el prado ameno
La vista medio turbada;
Y aunque la perdi del todo,
Al resplandor de sus llamas
Ví una pastora divina,
De tales milagros causa.
Eran sus madejas rubias
Del oro fino de Arabia,
Su frente blanca y hermosa
Como nieve no pisada.
Sus cejas graciosos arcos
Por donde el amor dispara;
Sus ojos tales que el sol
Toma de ellos su luz clara.
De divina proporcion
Era su nariz mediana,
Donde nos descubre amor
De su alcazar dos ventanas.
Rubís, ó finos corales,
Eran sus labios de grana,
Que descubren ricas perlas
Entre la color rosada:
Sus mejillas ricas eran
Cristal y leche cuajada:
Su cuello firme coluna,
Que este cielo sustentaba:
Sus manos blancas y hermosas,
Largas, lisas y torneadas,
Son de marfil soberano,
Si algun marfil las iguala.
Yo pues que la vi salir
De una dichosa cabaña,
Quisiera besar el suelo,
Donde ella puso las plantas.
Y preguntando quien era,
Me dijo con mucha gracia:
Soy una pastora triste,
En amores desdichada;
Siempre el tiempo es mi contrario,
Y deshace mi esperanza,
Triste imagen de fortuna,
Firme en esto aunque voltaria.
Un amante me persigue,
Haciendo fuerza á mi alma,
Y esta escusada porfia
Es lazo de mi garganta.
El piensa que es otro Apolo,
Y á mí su Dafne me llama,
Y no me vuelvo en laurel,
Porque estoy deshecha en agua.
A tal tormento me fuerza
Alguna estrella contraria,
Que tuve en mi nacimiento,
Por guia de mis desgracias.
Espantado de oir tal,
Al viento pedí sus alas,
Porque sentí que sus rayos
Alma y cuerpo me abrasaban.

72. *(Del Romancero general.)*

Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta,
Que viene sin venda el ciego
Desde la corte á la aldea.
Ningun serrano se escapa
Ni serrana la mas diestra

Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas.
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.
No tiene fuerza el acero,
Ni aprovecha resistencia;
Que trae puntas de diamantes,
Y en el arco cuerda nueva.
Y si una vez él te tira,
Guárdate, serrana bella,
Que en blanda cera convierte,
Pechos de bronce y de piedra.
Y en haciendo etc.
El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla,
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga.
Y en haciendo etc.
Zagala, páguete el cielo,
Dijo la serrana bella,
El aviso de estas cosas;
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil veras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil veras.
Y en haciendo etc.
Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido
Con guerra de falsas presas.
Dentro en mil memorias vivas
Estan las cenizas muertas:
Paga al fin como traidor;
Quien le sirve poco medra.
Y en haciendo etc.

73. *(Del Romancero general.)*

Descolorida Zagala,
A quien tristezas hicieron
Perder el color de rosa
En el abril de su tiempo;
Toda la aldea murmura
Tan melancólico estremo,
Y dicen que tanto mal
Es del alma y no del cuerpo.
¡Siendo vuestra condicion
Y vuestros ojos risueños,
Que mataban de alegría,
Estan de tristeza muertos!
Si ya no salís al baile,
Y al repique del pandero
Decís que tañe á difunto,
Y que es campana de entierro;
Si cuando todas las mozas
Van al campo á coger berros,
Y á despojar de su fruta
A los tempranos almendros,
Os estais en vuestra choza
En un oscuro aposento;
Que aunque el sol está con vos

Está de nubes cubierto,
¿ Quién ha de haber que no diga
Que os quejais del lado izquierdo,
Y que tan poco os conozco,
Porque tan poco os merezco,
Que os dejo, y busco mi gusto
En partes que no le tengo,
Y que por ratos hurtados
Seguras noches desprecio,
Y que trato mal vuestra alma,
Y vos peor vuestro cuerpo;
Pues por purgarle de amor
Le dais jarabes de celos ?
Despertad, Zagala mia,
De ese profundo silencio,
Que la aldea me maldice,
Y me mira mal mi suegro.
Para el dia que pongais
La bella planta en el suelo,
Os tengo verdes servillas,
Y mi propia boca os tengo.
Sayuelo de grana blanca
Ha de cubrir vuestro cuerpo,
Que mas de cuatro os le envidien,
Y aun á mí que le poseo.
Tendreis zarcillos de vidrio,
Y no los quebreis os ruego;
Que son palabras de vidrio,
Y las que doy no las quiebro:
Y si no pensais cobrar
Salud, por quien yo la pierdo,
Dadme el mal, señora mia,
O partámosle por medio;
Que si enferma habeis de estar,
Mejor es que esté yo enfermo,
No vos, que sois alma mia,
Yo sí que soy vuestro cuerpo.

74. *(Del Romancero general.)*

Balad, ovejuelas mias,
Tristeza del valle alegre,
Siempre con razon quejosas,
Sin razon perdidas siempre.
Buscad pastor sin agravios,
Que os conozca y os gobierne;
Que ya no puedo miraros
Despues que me miro ausente.
Cuando el alma del pastor
Está sin gusto, no tiene
Bien que esperar su ganado,
Que en males trocó sus bienes.
Mortales son las desdichas,
Cuando el que estorbarlas puede,
Por hado que le persigue,
Le pesa que se remedien.
Un pastor que fue del Tajo,
Y en la orilla de Ebro tiene
Cabaña humilde, asi daba
Del mal largo cuenta breve.
Y al despedirse del rio,
Templando á son diferente
Su rabel desconcertado,
Cantó cual cisne que muere:
Perdíla, hé la fe,
Perdíla he.
Ausencia madrastra fiera
De la fe mas verdadera,

Si es de mudanzas tercera,
Y se encogió con mi fe,
Perdíla he.
Porque muera en su venganza
Me dice aqui la mudanza
Que la fe de mi esperanza
Aunque mas segura fue,
Perdíla he.
Cuando tras la fe perdida,
Olvidada y perseguida,
De esta mi rebelde vida,
Vengado decir podré,
Perdíla he.

75. *(Del Romancero general.)*

Una bella pastorcilla
De doce años no cabales,
Tierna edad, hermosos ojos,
Vivo retrato de un Angel;
Herida de un tierno amor,
Dejando á su anciano padre,
Desgreñada va corriendo
Por las riberas del Gange.
El cabello de oro fino
Hebra á hebra esparce el aire,
Que al sol eclipsan sus rayos,
Y uno solo alumbra el valle.
Una piel lleva vestida
De un oso, teñida en sangre,
Sobre una corta sayuela
De un grueso sayal de herbage:
Descalza va por la arena,
Y estampando el pie deshace
Lo que es tierra, y queda cielo,
Si el cielo en la tierra cabe.
Sus ojos bellos serenos
Hechos los lleva dos mares,
Vertiendo divinas perlas,
Entre arroyos de cristales.
A voces dice: cruel,
Por el cielo que me aguardes.
Oyeme: ¿por qué te ofendes,
Pues no me ofende el buscarte?
¿Cómo puedes, dí, enemigo,
Romper el pleito homenage?
Mas á quien falta la fe,
No es mucho palabras falten.
Mis suspiros van tras tí,
¡Ay! que temo no te abrasen;
Mas no, que de hielo eres,
Y helado en mi pecho ardes.
Fiera me muestras á ser;
Pero ya me engañas tarde,
Pues que cuando pude fuí
Blanda cera y tú diamante.
Corrida de aquesta suerte,
Vió del lado á la otra parte
Su ingrato pastor que huye,
Y tras él se arroja al Gange.

76. *(De Lope de Vega.)*

Selvas y bosques de amor,
En cuyos olmos y fresnos
Aun viven dulces memorias
Del pastor antiguo vuestro:

Por lo que os tengo obligado,
Os pido que esteis atentos
A mis quejas, y vereis
Cuan dulcemente me quejo.
Oid de vuestro pastor
En este nuevo instrumento
Mas lágrimas que razones,
Y mas suspiros que versos.
Sabed que vengo perdido....
¿Perdido os he dicho? ¡miento!
Que ninguno se ha ganado
Tan bien como yo me pierdo.
Ganado vengo y perdido,
Que por tan alto sugeto
Gano, perdiendo la vida,
La gloria de mis deseos.
En fin, selvas amorosas,
Yo vengo muerto y contento;
Muerto de amor de unos ojos,
Contento de verme en ellos:
Quererlos me cuesta el alma,
Y con vivir si los veo,
Para mirarlos mil veces
Me ha faltado atrevimiento.
No han sido conmigo ingratos,
Piadosamente me dieron
Ocasion para perderme:
Mi daño les agradezco.
He llegado á tal estado
Entre esperanzas y miedos,
Que con saber que me matan
No puedo vivir sin ellos.
Cosas que se tratan mucho
Suelen estimarse en menos,
Y yo mientras mas los trato
Mas los estimo y venero.
En los campos de mi aldea
Les digo tantos requiebros,
Que he visto parar las aguas,
Callar las aves y el viento:
Mas si en mí pone sus ojos,
Quedo mas mudo y suspenso
Que á media noche las fuentes
En las prisiones de hielo.
A tanto amor he llegado
Que muchas veces que tengo
Tiempo de ganar sus luces,
Pierdo temeroso el tiempo.
Cuando menos los amaba
Era mas mi atrevimiento;
Ahora que mas los amo
Es mi atrevimiento menos.
Mas os juro, verdes selvas,
Que quiero yo mas por ellos
Estas penas, que las glorias
De cuantos el cielo ha hecho.
Verdad es que entre las mias
Celos me quitan el seso,
Porque no hay renta de amor
Sin pagar pension de celos.
No solo de los pastores
Que la miran cerca ó lejos;
Mas de cuantas cosas mira,
De celos me abraso y muero.
De mí mismo alguna vez
Me ha acontecido tenerlos,
Porque pienso que soy otro
Si la agradan mis deseos.
Cuando sale de su aldea
La voy mirando y siguiendo,
Que lleva en sus pies mis ojos
Y el alma en su pensamiento.

Con estas celosas ansias
La sigo, rogando al cielo
Que cuantos pastores vea
Sean groseros y feos.

Selvas, lastimaos de mí;
Mas no, que cierto os prometo
Que en solo verla me paga
Cuanto por ella padezco.

77. *(Es de Góngora.)*

Guarda córderos, Zagala;
Zagala, no guardes fe,
Que quien te hizo pastora,
No te escusó de muger.
La pureza del Armiño
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico,
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez
A pesar de su dureza
Obedecen al cincel.
Resiste al viento la encina,
Mas con el villano pie;
Que con las hojas corteses,
A cualquier zéfiro cree.
Aquella hermosa vid
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto al casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.
No para una abeja sola
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo
Hundosamente fiel,
Niega al ausente su imagen,
Hasta que le vuelve á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Venus, que
Poblando dellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrio
Lo tiranice interés,
Ni amor que de singular
Tiene mas que de fiel.
Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no den,
Sino cordones de lana,
Al suelto cabello ley.
Mal hayas tú, si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya, y tres.
Mal hayas tú si mirares
En lasciva candidez
Las aves de la deidad,
Que primero espuma fué.
Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas ya,
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres pues, Zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

ROMANCES AMOROSOS VENATORIOS.

1. *(Es de Góngora.)*

Aquí entre la verde juncia
Quiero, como el blanco cisne
Que envuelta en dulce armonía
La dulce vida despide,
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas
Orne esta planta de Alcides;
Mientras yo á la tortolilla
Que encima del olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
¡Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques! ¡cruel verdugo
De mis años infelices!
Tan grandes son tus estremos
De hermosa y de terrible,
Que estan los montes en duda
Si eres Diosa ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde,
Que considerados bien
Todos los monteros dicen,
Que los dos nos parecemos
Al roble que mas resiste
Los soplos del viento airado,
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
Y en lo demas flaca mimbre,
No solo á los recios vientos,
Mas á los aires sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Despues que á mí me persigues,
A los corzos voladores,
Ni á los fieros jabalíes.
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras,
Que como á mí muerte diste.
Los montes se estan quejando
De que tus pies no los pisen,
Por los rastros que dejaban
De rosas y de jazmines,
Tales que eran á sus campos
Tus dos plantas dos abriles,
Haz tu gusto, que yo quiero
Dejar (pues dello te sirves)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.
Conseguiremos en esto,
Ambos á dos nuestros fines,
Tú el de cruel en dejarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú, Rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes,
De Segura al Occeano
El fertil terreno mides.

Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes,
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires:
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques,
Por todo el humilde Reino
De la gran madre de Aquiles;
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven,
Conozcan quien es Daliso
Y quien es la ingrata Nise.

2. *(Es de Góngora.)*

Los montes que el pie se lavan
En los cristales del Tejo,
Cuando las fuentes se miran
En los zafiros del cielo;
Tiranizados tenia
Un cerdoso animal fiero,
Terror del campo, y ruina
De venablos y de perros;
Buscándolo errante un dia
Perdido un galan montero,
Segunda envidia de Marte,
Primer Adonis de Venus;
Escalando la montaña,
Y penetrando sus senos,
Lo dejó la blanca luna,
Y lo halló el luciente Febo.
¡O perdido primero
Tras un jabalí fiero!
No te pierdas ahora
Tras esta que te huye cazadora.
La luz le ofreció una Ninfa,
Que en duda pone á los cerros,
A cual se deben sus rayos,
Al Sol, ó á sus ojos bellos.
De tres arcos viene armada,
El uno contra los ciervos,
Contra los hombres los dos,
Blanco el uno, los dos negros.
De un cordon atrahillado
Un diligente sabueso
El viento solicitaba,
Y desafiaba el viento.
Apenas vió el jóven, cuando
Las cumbres vence huyendo;
El la sigue, ambos calzados,
Ella plumas, y él deseos.
¡O perdido etc.
Flores le valió la fuga
Al fragoso verde suelo,
Varias de color, y todas
Hijas de su pie ligero.
A las malezas perdona
Mal su fugitivo vuelo,
Ellas sí, al corturno de oro
Engastes del cristal tierno.
O cobarde hermosura,
Dice el garzon sin aliento,
No huyas de un hombre mas
Que sabes huir del tiempo.
Volviendo los ojos ella,
Por flecharle mas el pecho,
De que le alcance aun la voz
Acusa al aire con ceño:
¡O perdido primero
Tras un jabalí fiero! etc.

ROMANCES AMOROSOS PISCATORIOS.

1. *(Del Romancero general.)*

De pechos sobre la vara
Con que su barca gobierna,
En la ribera de un rio
Que apenas moja su arena,
Lícidas que en otro tiempo
Navegaba á remo y vela
En el mar de su esperanza
Que aseguraba Nerea,
Arrojado de fortuna,
Porque jamas de él se sepa
(Que quien olvidado vive
Es bien que olvidado muera);
En una desierta playa
Y en una seca ribera,
Que por castigo del cielo
Jamas se viste de yerba;
Adonde por gran milagro
A largos trechos apenas
Se descubre algun espino
Entre durísimas piedras;
Descubierto á todos lados
Al rigor y á la inclemencia
De los vientos y las aguas
Que pocas veces la riegan,
Habitacion solamente
De las ponzoñosas fieras,
Contrarias unas de otras,
Porque jamas falte guerra;
Donde las aves que pasan
Vuelan siempre con mas priesa,
Porque sienten en el aire
De sus venenos la fuerza;
Lugar do fuera el castigo
De gravísimas ofensas
Sin comparacion mayor
Que no la culpa la pena;
Y en respeto de sus daños,
El mismo dice y confiesa,
Que tiene por menos mal
Esta voluntaria ausencia;
Puso en el cielo los ojos,
Que nadie sabe en la tierra
La verdad de sus razones,
Y la razon de sus quejas,
Que con silencio publica
Por no fiar de la lengua
Los sentimientos del alma,
Y el valor de su paciencia;
Que sufre pesados montes
De mil injurias y ofensas,
Que derribarán gigantes,
Si amando no las sufriera.
Acompáñanle memorias,
Solicítanle sospechas,
Y danle celos aviso
De que las tenga por ciertas;

Haciendo estos enemigos
En su paciencia mas pruebas
Que la madrastra de Alcides
En su virtud y sus fuerzas;
Y en el último trabajo
Que fue callar con afrenta
Interrumpiendo el silencio
Tras mil suspiros se queja,
Diciendo: ¿el callar agravios
Y sufrillos, qué aprovecha,
Resultando de sufrillos
Ignominiosa vergüenza?
Que no son los de fortuna
(Aunque son graves) de cuenta;
Pues agravia y satisface
Con las vueltas de su rueda:
Mas los de tu voluntad
Y tu libertad exenta,
Son los que se han de sentir,
Porque no tienen enmienda.
En estos se pierde el seso,
Y aquí la paciencia llega;
Pero no la pierda yo
Para solo que las sienta;
Pero mal hago en quejarme;
Pues que tú vives contenta
Contento quiero vivir,
Porque en algo te parezca,
Y fiar segunda vez
Del rigor de la tormenta,
Que satisfecha del daño
Donde me sacó me vuelva.
Y en diciendo estas razones,
Deja la maldita tierra,
Diciendo: aquí quedan todas
Mis desdichas y mis penas,
De quien son retrato al vivo
Esta playa y su ribera,
Y escede su sentimiento
La ponzoña de estas fieras.
Dijo, y metióse en su barca:
La tempestad se modera,
Y corriendo costa á costa
Llegó al puerto de su aldea.

2. *(Del Romancero general.)*

En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enjugan las redes
Y mi barquilla descansa;
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas desbravan,
A cuyos golpes se mueven
Mas que á mis males mi ingrata;
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada,
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta.
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca,
Desdeñando la tormenta
Como desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas
Sobre las redes sentada,
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco,
Hermosa ingrata, á tu causa,

Que bastarán á ablandarte
A no ser de piedra helada.
Apenas supo la lengua
Articular las palabras,
Cuando sembré por el aire
Mis quejas y tu alabanza.
Y tú sabes bien que apenas
Eché las redes al agua,
Cuando me enredé en tus hebras,
Que son redes desta playa.
Crecieron en mí los años,
Y subieron las desgracias
Al peso de mis desdichas
Que fueron siempre pesadas.
Nunca las puertas de Oriente
Abrió tan hermosa el Alba
Cuando saca de alelíes
Las bellas sienes ornada,
Que á los ojos de tu Albano
No le hicieses tú ventaja
Con salir ella á dar luz,
Y tú á lastimar entrañas;
Ni jamas llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada.
Para obligarte á querer
Mil ejemplos hay que bastan,
No solo en los pescadores,
Mas en las silvestres plantas.
El mirto quiere á la oliva,
Y la palma ama á la palma,
La yedra y la vid al olmo
Con tiernos brazos le abrazan.
Sola tú, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,
A los golpes amorosos
Ni te humillas ni te ablandas;
No hay piedra en estas riberas
En cuyas duras entrañas
No esten por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.
No hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava,
Pues me dan el acogida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,
Que siempre son mis contrarias,
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fe que te tenia
He vivido sin quebralla,
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.
Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña,
Dejando á mis enemigos
En las manos la venganza;
A tí, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
A hallarte en mis exequias,
Pues dellas fuiste la causa.
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa,
Sobre el helado sepulcro
Honres la ceniza helada.
Esto está diciendo Albano
En tanto que el mar se amansa,
Que con erizado cerro
Las estrellas amenaza.

3. *(Es de Góngora.)*

Las redes sobre la arena,
Y la barquilla ligada
A una roca á quien las olas
Convierten de piedra en agua;
El pobre Alcíon se queja
Por ver á la hermosa Glauca,
Fuego de los pescadores,
Y gloria de aquella playa.
Buscándola con los ojos
En altas voces la llama:
Glauca, dice, ¿adonde estás?
¿Por cuál nueva ocasion tardas?
¿Haste arrepentido acaso
De haber dado tu palabra
De llegar á mis rediles
Antes que el lucero salga?
¡Oh perjura! si á mi fe
Y á tus juramentos faltas,
Esperen mayor tributo
De mis ojos estas aguas.
Glauca mia, ¿no respondes?
¿O gustas de ver mis ansias,
Porque á costa de mis daños
De mi fe te satisfagas?
Si es esto, yo te perdono
Todo el tiempo que dilatas
En mostrar á tu Alcíon
De su bien y mal la causa.
¡Mas ¡triste! cuántos agüeros
Y señales de mudanza!
El fiero viento se esfuerza,
Y las olas van mas altas;
Los delfines van nadando
Por lo mas alto del agua:
Tormenta amenaza el mar,
Sin duda se muda Glauca.
Venia la Ninfa bella
Por la ribera descalza,
Dando cuerda á los anzuelos,
Y requiriendo las nasas.
El rubio cabello al viento
De tal suerte que quedaban
Mas que en los anzuelos peces
Entre sus cabellos almas:
Viendo con cuanta pasion,
Mas que nunca aljofaradas,
Competian en blancura
Las espumas con sus plantas.
Mas la hermosa pescadora
Que estas voces escuchaba,
No pudo sufrirlas mas,
Y fue burla harto pesada.
Y viendo que el pescador
Con atencion la miraba,
De peces privando el mar,
Y al que la mira del alma
Llena de risa responde:
Mi Alcíon, no aya mas: basta.
Perdona el haber tardado,
Pues ganas con mi tardanza.
Corriendo por la ribera,
Colérica acelerada,
A su albergue se volvió,
Y el pescador á su barca.

4. *(Es de Góngora.)*

Sobre unas altas rocas
(Ejemplo de firmeza)
Que encuentra noche y dia
El mar estando quedas,
Aquel pescadorcillo,
A quien su Ninfa bella
Dejó el año pasado
La red sobre la arena.
¡Oh cómo se lamenta!
De una parte las aguas
De otra parte las fieras,
Y de entrambas el viento,
Le escuchan y se enfrenan;
Que á todas ellas hacen
Igual sombra la fuerza,
Lo dulce de las voces,
La razon de las quejas.
¡Oh cómo se lamenta!
¿Hasta cuando, enemiga,
Competirá en dureza
Tu duro corazon
Con las mas duras piedras?
¿Hasta cuando harás,
Al son de mis querellas,
Lo que al ladrido hace
De los canes la cierva?
¡Oh cómo se lamenta!
Hoy hace un año, ingrata,
Que huyendo ligera,
No te conoce el suelo,
Y atras el aire dejas.
Hoy hace un año, ingrata,
Que el mar como por pena
De que tú no la pises
Azota estas riberas.
¡Oh cómo se lamenta!
Tu vuelo en todo el mundo
Por olas, ó por tierra,
Lo mas ligero alcanza,
Lo mas libre sujeta.
Si aquesta se te escapa,
Dime ¿qué te aprovechan
Los filos de tus alas,
Las puntas de tus flechas?
¡Oh cómo se lamenta!

5. *(Es de Góngora.)*

En el caudaloso rio,
Donde el muro de mi patria,
Se mira la gran corona,
Y el antiguo pie se baña;
Desde su barca Alcion
Suspiros y redes lanza,
Los suspiros por el cielo,
Y las redes por el agua;
Y sin tener mancilla
Mirábalo su amor desde la orilla.
En un mismo tiempo salen
De las manos y del alma
Los suspiros y las redes,
Hácia el fuego, y hácia el agua.
Ambos se van á su centro,
Do su natural los llama

Desde el corazon los unos,
Los otros desde la barca.
Y sin tener etc.
El pescador entretanto
Viendo tan cerca la causa,
Y que tan lejos está
De su libertad pasada,
Hácia la orilla se llega,
A donde con igual pausa
Hieren el agua los remos,
Y los ojos della el alma.
Y sin tener etc.
Y aunque el deseo de verla,
Para apresurarle arma
De otros remos la barquilla,
Y el corazon de otras alas,
Porque la Ninfa no huya
No llega mas que á distancia
De donde tan solamente
Escuche aquesto que canta.
Volad al cielo, suspiros,
Y mirad quien os levanta
De un pecho que es tan humilde
A partes que son tan altas.
Y vosotras, redes mias,
Calaos en las ondas claras,
A donde os visitaré
Con mis lágrimas cansadas.
Dejadme triste á solas
Dar viento al viento, y á las olas olas.
Dejadme vengar de aquella,
Que toma de mí venganza,
Por mas leales servicios
Que arenas tiene esta playa.
Dejadme nudosas redes,
Pues que veis que es cosa clara,
Que mas que vosotras nudos
Tengo para llorar causas.
Dejadme triste á solas
Dar viento al viento, y á las olas olas.

ROMANCES AMOROSOS VILLANESCOS.

1. *(Del Romancero general.)*

Por muchos años y buenos
Vuelvas, Belilla, á la plaza,
A morar entre señoras,
Y á ser de tu gusto esclava.
No me engañarás agora
Desmintiéndome en la cara;
Que no son tus obras libres
Veleta de tus palabras.
¡Qué necio que fuera yo
Si sintiera tus mudanzas!
No puede ser, que á mis yerros
Otro fuego los ablanda.
Ya cumpliste tus deseos,
Y los suyos cumplió Juana;
Que en albricias de su amigo
Me dió unas ligas de nácar.
Traerás de grana de polvo
De hoy mas guarnecida saya,
Guarda que no la salpiques
Con lodos de algunas calzas.
Corpiños de raso azul,
De agujas labradas mangas,
Que pues tú sabes hacellas,
Razon será que las traigas.
Acabarás el picote,
Y las camisas de humaina,
Que toda serás blandura
Si se derrite quien te ama.
No te quejarás agora
De que por mí te disfaman:
En hora buena me olvides,
Jura mala en piedra caiga,
Rabia en mí, si mas te viere:
Descubierto has la hilaza.
¿Esas manchas tienes? fuego,
Pues mi llanto no las saca.
Oyes decir mal de mí,
Y la plática no atajas,
Sabiendo que tus antojos
De mis culpas fueron causa.
¡Mal haya quien apedrea
Del vecino la ventana,
Si son de vidrio y papel
Las paredes de su casa!
Todo lo truecan los dias,
Ayer te ví hecha brasas
Por mi yelo, y hoy enciendes
Hogueras contra mi alma.
¿Sabes qué pienso, Belilla?
Que mas de cuatro mañanas
Llorarás mi choza humilde
De tu gusto rico alcazar;
Que aunque por tus puertas entren
Las Indias de oro preñadas,
No mira Cupido en eso,

Que una venda son sus galas.
No se acaba la memoria
Si procuran acaballa,
Que vive en lo que otros mueren,
Porque es de amor salamandra.
Los celos que te pidieren
Serán fuertes aldabadas
Con que despierten deseos,
Si acaso durmiendo estaban.
Vive leda, si podrás,
Y olvídame aunque forzada;
Que tan consolado soy,
Como tú mudable y falsa.
Y de mi pobre consejo
Date una vuelta á las faldas,
Que tu vecino no es ciego,
Y tu vecina no calla.
Y pues dejarte, Belilla,
Será mi mayor venganza;
Quédate para muger,
Y á Dios que se van mis cabras.
Esto le escribe Riselo
A Belilla su olvidada,
La que en su barrio vivia,
Y vive agora en la plaza.

2. *(Del Romancero general.)*

El disanto fue Belilla
A la baila de la aldea,
El cabello suelto al hombro,
Y no como suele en trenza.
Pensó que el solaz ageno
A su mal pusiera treguas,
Sin acordarse que al triste
Mas le entristecen las fiestas:
Cuidados de amor y celos,
Que tienen terrible fuerza,
Luchando á brazo partido,
Dieron con su gusto en tierra.
Al fin Belilla no baila,
Y porque la causa sepa,
Alguno que se la causa,
Cantó al pandero esta letra.
El mi corazon, madre,
Que robado me lo han he.
Guardado le tuve,
Robado le tengo,
Sujecion mantengo,
Libertad mantuve:
Descuidada estuve
Del mi corazon, madre,
Y robado me lo han he.
En trage de amigos
Cuidados ladrones
Roban corazones,
Y son enemigos,
Presenté testigos
Por mi corazon, madre,
Que robado me lo han he.
Entrada les dieron
Mis ojos tiranos,
Y el hurto en las manos
Al salir les vieron;
No los detuvieron
Por mi corazon, madre,
Que robado me lo han he.
No lo restituyen,

Aunque se confiesan;
Sus robos no cesan,
Mi vida destruyen,
Si los sigo, huyen,
Con mi corazon, madre,
Que robado me lo han he.
No me quejo, no
De velle robado,
Que le diera dado
A quien le llevó;
Desden siento yo
De mi corazon, madre,
Que robado me lo han he.

3. *(Del Romancero general.)*

En su aldea una serrana
De la Vera de Plasencia,
Mas que bella enamorada,
Y mas que la luna bella,
Lloraba las horas tristes
De un serrano cuya ausencia
Dicen que le robó el alma,
Y á mi ver diósela ella;
Que son ladrones los ojos
Es verdad, mas nunca llegan
A robar prendas tan caras
Si el dueño no da licencia.
Con sus pensamientos habla
Por si le diesen respuesta
De parte de su querido,
Que fue quintado á la guerra:
Mas son mensageros mudos,
Y aunque mas ligeros vuelan
No saben llevar recados,
Y dan suspiros por nuevas.
¡Ay, soldado de mis ojos!
Que hoy las cajas te recuerdan
Y ayer te guardaba el sueño
Esta que tu muerte sueña:
Tu ballesta de bodoques
Mil veces me acuerdo de ella,
Que no mata tortolillas
Este verano en las huertas.
Ni las fiestas en la tarde
Conmigo y con tus parientas
Alfileres jugarás
A decir punta ó cabeza.
Ni me ganarás mis cuartos,
Como cuando allá en la vega
Hacias chozo en el hoyo
Sin dejar blanca de fuera.
Estos juegos (¡ay mi amado!)
Mi desventura los trueca,
Los alfileres en picas,
Los bodoques en troneras;
Que en la guerra de españoles
Todo es ira, todo es veras,
Todo vencer rebelados,
Y todo volar trincheras.
Esto contaba mi tio
Que fue sargento en Ravena,
De los de puñal dorado
Y en la gorra pluma y perlas.
No me llamen amadora,
Ni á mi cara blanca y fresca,
Si yo no te fuere á ver,

Mi soldado, aunque no quieras.
En la tierra y en la mar
Quiero, amigo, que se sepa
Lo que mi amor ha podido,
Y lo que pudo tu ausencia.
Esto dijo la serrana,
Y como partir se piensa
Trocó por unos urracos
El capillo y albanega.
Toca de gasa se puso,
Lechuguilla y arandela,
Y en el copete rizado
Claveles de la joyera.
Iba en mangas de camisa,
Y encima de la muñeca
Encajes almidonados,
Porque la mano blanquean.
En lugar de sus sartales
Pajiza banda se cuelga;
Enfáldase sus basquiñas
Quizá por mostrar sus medias,
Que eran de azul granadino
Con alpargates de seda
Verde, porque no dé paso
Sin causa del bien que espera.
Asi marcha la serrana
Al paso que amor la lleva,
Jurando que en la jornada
Andará como una cebra.

4. *(Del Romancero general.)*

Cansada estaba la niña,
La de los ojos morenos,
De que la tengan sus tios
En tanto recogimiento;
Siendo estrella de unos ojos
Que adoran los suyos bellos,
Ya quieren que se recoja
Cuando salen las del cielo.
Y con ser el sol que alumbra
Su alma y vida, primero
Llama el sol á su ventana,
Que éntre luz á su aposento.
De noche le ponen velas,
De dia le ponen velos;
Unos guardan y otros cubren,
Y á todos engaña Pedro.
Un argos tiene el castillo,
Mas soldado que discreto,
Que siendo amor invencible,
Con armas quiere vencello.
Arrodélase brioso
Por esquinas y al sereno,
Desde que cantan los gallos
Hasta que rezan los ciegos.
Mas Pedro como es astuto,
Y en cazar perdices diestro,
Con el mesmo buey las coge,
Y á veces las tuerce el cuello.
No sé qué dice el lugar
Que ha tenido de hechicero,
Que cuando quiere, á las guardas
Desde lejos echa el sueño.
La noche mas rigurosa
De aqueste pasado invierno
La niña le está aguardando,

Que tienen hechos conciertos.
Descuidado Pedro estaba,
Aunque en amor verdadero
No suele hacer descuidado,
Pero al fin durmióse Pedro.
A Laudes toca San Juan,
Y la pobre niña al hielo;
Asi canta, y asi llora
Entre celos y deseo.
No duermen mis ojos,
Madre, ¿qué harán?
Amor los desvela:
¿Si se morirán?
No quiere el tirano
Que sosiegue un punto,
Siempre tiene á punto
La flecha en la mano,
Y aunque en morir ganó,
Me hace penar.
Amor etc.
No mira el cruel
Que aunque estan dormidos,
Velan los sentidos
Y el corazon fiel.
Amor que está en él,
Quien le roba ya,
Amor etc.

5. *(Del Romancero general.)*

La morena enamorada
Contra el cielo se volvia,
Que le dió ventura pobre
Con mil esperanzas ricas.
Oyendo estaba las cajas
Del capitan de la villa,
Que llevaba los quintados
De la armada de las Indias.
¡Ay son que á mi muerte tañes,
Tocando á la despedida
De mi Pedro y de mi alma,
De mi amado y de su amiga!
Ténganme lástima agora
Las que envidia me tenian,
Que va marchando un soldado
Capitan de mi alegría.
A fuera respetos vanos,
Que aunque mas de mí se diga,
Perderé mis pundonores,
Por llevarle la mochila.
Por las tierras donde fuere,
Cuando marchare de prisa,
Si le cansaren las armas,
Yo le llevaré la pica;
Y si fuere arcabucero,
Para que dispare aprisa,
Encendiendo bien la cuerda,
La pondré en la serpentina.
Los cordones de sus frascos
Colgarélos de mi cinta,
Y para que balas haga,
Molde y plomo le daria.
En esto llegó Pascuala,
De su mesmo mal herida,
Y llorando á sus amores,
Se quejaba desta guisa:
Mi quintado va á la guerra,

Ruego á Dios que de ella vuelva.

A la guerra de estrangeros
Le llevan sin mi licencia,
Y moriráse de ausencia,
Si celos le hacen fieros,
El será de los primeros,
Como la paz en la guerra.
Ruego á Dios etc.

No le llevan por quintalle,
Sino porque el alma mia,
En pesar y en alegría
Se holgaba de miralle;
Y pues que no puedo armalle,
Como se armaba en mi tierra.
Ruego á Dios que sano vuelva.

6. *(Del Romancero general.)*

Vínose Ines de la aldea
A donde contenta estaba
Para la villa en que viven
Sus tias y su madrastra.
La niña de bellos ojos
Y de discretas palabras,
Cuya vista alegra el monte,
Y en el valle siembra gracias;
Aquella que daba envidia
A las mas bellas serranas,
Recelos á mil pastores,
Y al ciego amor cien mil almas;
De verse agena en su tierra
Con tristes sospechas paga
Las horas de pasatiempo
Que tenia en tierra estraña;
Y al son de un arroyo manso
Que murmura entre unas zarzas,
Asi cantaba haciendo
Exequias á su esperanza:
¿Qué es de mi contento?
¿Decid, pensamiento,
Por qué me prendistes?
¡Soledades tristes!

¿A qué despoblado
Quisistes traerme,
Y para perderme
Mi memoria al lado?
Mi gusto pasado
Si le llevó el viento,
¿Decid, pensamiento,
Por qué etc.

Niña temerosa
Sola y con mi fe,
¿Cómo pasaré
Vida trabajosa?
¿Si seré animosa
Contra mi tormento?
¿Decid, pensamiento,
Por qué etc.

Lleguen mis querellas
A do está mi amigo:
Véase él conmigo,
Y saldré yo de ellas.
Y pues por perdellas
Perdida me siento,
¿Decid, pensamiento,
Por qué me prendistes
¡Soledades tristes!

7. *(Del Romancero general.)*

Contenta estaba Menguilla,
Porque Sebastian del Valle
Traia de Estremadura
Muy gordos sus recentales;
Y porque dijo su tio,
Bertol Crespo, que Dios guarde,
Que la casará sin falta
Para en segando los panes.
Echó mano al arremango,
Escondida en su corrale,
Que los secretos de amor
No es bien que los sepa nadie.
Sacó una cofia de pinos,
Labrada como almaizare,
Presente de su querido,
Por no quererle de valde.
Y ensartada en sirgo verde
Una sarta de corales,
Con una patena al cabo
De plata, que no de alambre,
De un cabo la Madalena,
Del otro San Sebastiane:
El santo, porque es su nombre;
La santa, porque es amante.
Y esta carta mensagera,
Que de oilla á Martin Sanchez
Se le quedó en la cabeza:
Ved qué cabeza tan grande.

Carta.

Menguilla de mil primores,
Sebastian el que ha guardado
Mejor su fe que el ganado,
Perdido por tus amores,
Te envia sus encomiendas,
Porque si de amor entiendes,
Eches de ver que le vendes
Caras tus carnestolendas.
Y que sin hacer injurias,
Son mas firmes sus deseos
Que los montes Perineos,
Y que las sierras de Asturias.
Acá se sonó el Hebrero
Que Mateo te pedia,
Y que á Pedro el de María
Traias al retortero.
Lo contrario me juraste
Cuando te quise por Maya:
Jura mala en piedra caya:
Eres muger, y esto baste.*
Y porque me abraso todo,
No mas cuento ni mas pena,
De la villa de Llerena,
Domingo de Casimodo.
Esto de Pedro y Menguilla
Era muy gran falsedade;
Que nunca faltan malsines
Que testimonio levanten.
Echóla su madre menos,
Sañuda la fue á buscare,
Hallóla dando suspiros,
Y díjola en puridade:
Mal hubiese la doncella
Que vende su libertade
Por corales, ni patena,
Por villas, ni por ciudade.
Decia tu bisagüela,
Que fue muger muy cabale,
Que quien dádivas recibe,

Dádivas se obliga á dare.
Siempre lo tuviste, hija,
La mi maldicion te alcance,
Si le quitares la honra
A los huesos de tu padre.
Si mirases quien son hombres,
Verias claro tu male;
Mas los ojos altaneros
Desconocen la verdade.
Falsos son á todas horas:
Y como dice el cantare,
Estan jurando una cosa,
Tienen otra en voluntade.
Recorre bien tus acuerdos,
Quien te engaña no te engañe;
Pon las mientes en tu rueca,
Y echemos cosas aparte.
Menguilla determinada
No se quiere aconsejare,
Y á su madre respondia,
Porque otra vez no se canse.
El amor que es fime, madre,
Malo era de olvidare.
Tienen las mugeres,
Fama de mudables,
Y de variables
En sus pareceres;
Mas si sus quereres
A uno los dane,
Malo era de olvidare.
No bastan los años,
Que lo mudan todo,
A mudar el modo
De amor sin engaños.
Y aunque de mi daños
Fue la causa, madre,
Malo era de olvidare.
Amores de luna,
Hijos de mudanza,
Tratan la esperanza
Como la fortuna;
Mas amor que á una
Sirve y quiere, madre,
Malo era de olvidare.
Este amor que tengo
No podrá dejarse,
De que ha de acabarse
Con el tiempo luengo:
Que si le entretengo
En mi alma, madre,
Malo era de olvidare.
No supo que se hacer
En esta sazon su madre,
Que para males del alma
Ningun remedio se sabe:
Al tiempo dejó la cura
Un cirujano de Flandes,
Enemigo de firmeza,
Y amigo de novedades.

8. *(Es de Góngora.)*

Menguilla la siempre bella,
La que bailando en el corro,
Al blanco fecundo pie
Suceden claveles rojos:
La que dulcemente abrevia
En los orbes de sus ojos,

Soles con flechas de luz,
Cupidos con rayos de oro.
Esta deidad labradora,
Desde donde nace arroyo,
Hasta donde muere rio,
Tajo la venera hundoso.
Gil desde sus tiernos años
Aras le erigió devoto,
Humildemente celando
Tanto culto aun de sí propio.
Profanóla alguna vez
Pensamiento que amoroso
Volando en cera atrevido,
Nadó en desengaños tonto.
Del color de la violeta
Solicitaba su rostro
En la villana divina
El afecto mas ocioso.
Esperanzas pues de un dia,
Prorogando engaños de otro
A silencio al fin no mudo,
Respondió mirar no sordo.
Sus zafiros celestiales
Volvió un suspiro tan solo,
Tan pequeño de cobarde,
Cuan mal distinto de ronco.
La divinidad depuesta
Desde aquel punto dichoso
Mirar se dejó en la aldea,
Y saludar en el soto.
Con mas alientos que Mayo
Un blanco sublime chopo
En su puerta amaneció
De tan bello sol coloso.
En las hojas de la yedra
A su muro dió glorioso
Cuantos corazones verdes
Palpitar hizo Fabonio.
Las fiestas de San Ginés,
Cuando sobre nuestro coso
Fulminó rayos Jarama
En relámpagos de toros.
Mientras distingue las fieras
El garzon pavor hermoso,
La púrpura robó á Menga,
Y le restituye el robo.
Cambiar le hicieron semblante;
Mas guardándola el decoro
En los peligros el miedo,
En las vitorias el gozo.
Paseó Gil el tablado,
De aquella hermosura trono,
Que en los crepúsculos niega
Del temor, y el alborozo.
Nevó jazmines sobre él,
Tan desmentidos sus copos,
Que engañáran á la envidia,
Si no le volvieran loco.
Desde entonces la malicia
Su diente armó venenoso
Contra los dos, hija infame
De la intencion y del ocio.
Mucho lo siente el zagal,
Pero Menguilla es de modo,
Que indignada contra sí,
Se venga en sus desenojos.
Las verdes orlas escusa
De la fuente ó de los olmos,
Por no verse en sus cristales,
Por no leerse en sus troncos.
A los desvíos apela,
Partiendo en los mas remotos

Con el céfiro suspiros,
Con el eco soliloquios.
Llora Gil estas ausencias
Al son de su leño corvo,
En humores que suaves
Desataron un escollo.
Sus dichas llora, que fueron
En el infelice logro
Pajarillos que serpiente
Degolló en su nido pollos.
Caducaron ellos antes
Que los floridos despojos,
Y el que nació favor casto
Murió aplauso riguroso.
En los contornos lo inquiere;
Doliéndose los contornos
De que le niegue un recato
Lo que concediera un ocio.
Teme que esta retirada,
Si las flechas no le ha roto
Al amor recien nacido
Las arme de ingrato plomo.
Buscándola en vano al fin,
Incitar al Babilonio
Ya queria, y de su espada
Buscar por la punta el pomo.
Cuando la brújula incierta
Del bosque le ofreció undoso
Todo su bien no perdido,
Aunque no ganado todo.
Porque sin cometer fuga,
Teatro hizo no corto
Aquel campo de un rigor
Que árbol es ya de Apolo.

9. *(Del Romancero general.)*

El joyel de la casada
No se le dió su marido:
Mal sabida era su suegra,
Tales injurias le dijo:
Los Domingos y disantos
Te pones de veinticinco;
Algunos ojos lo causan,
Si no me engañan los mios.
Del sartal que te di en arras
Dices se te quebró el hilo,
Y al cuello de agena mano
Otro te cuelgas mas rico.
Poco puede en tu memoria
La fe que te dió mi hijo,
Pues contra el agua mal sana
Es nuevo animal bendito.
El lugar dice que Pedro
Te ha trastornado el juicio,
Y que guardas sus antojos
Mejor que yo los Domingos.
Dicenlo, nuera, las joyas
Que sirven en los corrillos
De cuento á los holgazanes,
Y á tu infamia de testigos.
Tu marido fue á la Mancha,
Dejóme á mí por registro;
Mas la que en la frente lleva
No podrá lavarla un rio.
Respondióle la casada,
Que es bien aguda de pico,
De las hechas te quedaron
Las sospechas que me has dicho;

Que me cuelgue yo un joyel,
No es gran esceso el que has visto:
¿Qué importa, si tengo el pecho
Mucho mas que nieve frio?
Por mí no serán los cuentos
De Pedro ni de Francisco:
Si me quieren, los maltrato;
Si me dan, no los recibo.
Los tuyos en el lugar
Por ahora estan tan vivos,
Que bastan á entretener
A mas de cuatro cabildos.
Danme á mí porque no quiero:
Tú diz que das infinito:
Y por años malogrados
Siempre estás llorando olvido.
Pusiera manos en ella;
Pero su cuñado vino,
Y las rencillas pararon
En irse á comprar zarcillos.

10. *(Del Romancero general.)*

Picuda y hermosa niña
De los bellos ojos garzos,
Cuyo peregrino ingenio
De mi mal ha sido lazo.
En suma quiero pintar
De mis duelos un retablo,
Que es bien que no pinte agenos
El que suyos tiene tantos.
Por mi mal, mis ojos vieron
Esos tuyos soberanos,
Tan vivos al interés,
Y tan muertos á mi llanto.
Cánsate si eres servida
De desvelarte en mi agravio,
Pues sabes que por tí muero,
Como gavilan por nabos,
Y tal me tiene tu ausencia,
Que Domingos y disantos,
Cuando tu calle paseo,
Si no te veo no te hablo,
Y suelo de pura pena,
Nacida de mi cuidado,
No mirar á tu ventana,
Sino es por descuido acaso:
Ni puedo dormir si velo,
Ni cómo si no lo masco,
Arrojando mil suspiros,
Por arriba y por abajo.
Para tí nací, señora,
En mí tienes un esclavo,
Mándame lo que quisieres,
Cuando estuviere sentado.
Dicen que das en quererme;
Pues mejor te mate un rayo,
Que no crea que no quieres
Harto mas á mis ochavos.
Y entiendes que escuso verte
Por huir halagos falsos,
Y por no querer ser uno
De cabo do pican tantos.
Básteme lo recibido,
Baste el tiempo mal gastado,
Que para quien soy y eres

Lo que te dí es demasiado,
Pues desempeñé tus ropas
Cuatro veces en un año,
Empeñadas á malicia,
Porque me sentiste blando.
A Dios, niña casi vieja,
A Dios te queda ó al diablo,
Porque yo de arrepentido
Determino mudar rancho.

11. *(De Lope de Vega.)*

Si tuvieras, aldeana,
La condicion como el talle,
Fueras reina de tu aldea,
Tendrias vasallos grandes.
Eres tú la bien prendida,
Aunque es mejor que te llamen
La que cuanto mira prende,
¿Y tienes celos del aire?
Si no puede tu belleza
De tí misma asegurarte,
¿Qué hará mi amor, Amarilis,
Que para tus celos baste?
El dia, aldeana bella,
Que bajas del monte al valle,
¿Qué envidias no te aseguran
Tu hermosura y mis verdades?
Las zagalas que te miran
Apenas dicen que saben
A donde pones los pies,
¡Tan breves estampas hacen!
Todas envidian tu brio
Y en sus galas siempre iguales
Aprenden cuidados todas
De los descuidos que traes.
Pareces la primavera
Que las flores y las aves
Todas dispiertan á verte,
Y al sol de tus ojos salen.
¡Mal hayan los arroyuelos
Si cuando por ellos pases
No murmuraran alegres
Que tengas celos de nadie!
Siendo asi, ¿por qué te ofendes
En presumir que me agrade
Quien tiene envidia de tí
Y se precia de admirarte?
No gastes mal tantas perlas,
No llores mas, no me mates,
Que pienso que tus estrellas
Se estan dividiendo en partes.
Baste el enojo, Amarilis,
Sal por tu vida á escucharme,
Que las niñas de tus ojos
Quiero cantar porque callen.
«No lloreis, ojuelos,
«Porque no es razon
«Que llore de celos
«Quien mata de amor.
«Quien puede matar
«No intente morir,
«Si hace con reir
«Mas que con llorar.
«No lloreis, ojuelos,
«Porque no es razon
«Que llore de celos
«Quien mata de amor.»

12. *(Del Romancero general.)*

Cuando fueres á la villa,
Marica, dame palabra
De avisarme, porque quiero
Comprarte unas arracadas.
Y el dia que hubieres de ir
Desde agora le señala,
Y si pudiere ser hoy,
No aguardes que sea mañana;
Porque mi ventura espera
Ese dia de bonanza,
De mis males y mis bienes
Hacerte una feria franca.
Y entonces será mi pecho
Joyeria de mis ansias.
Donde tornaré á cobrar
Lo que perdí por fianzas.
Y si he perdido mis bienes
Sola tú has sido la causa,
Como consta por la fe
Que está en mis libros de caja.
Hallo que tienes recibo
De mil billetes y cartas,
Por el crédito de tres
Que para pagar no bastan.
Item mas que has recibido
De los bienes de mi alma,
Despues que te conocí,
Mi libertad por esclava.
Sin estas dos cantidades
Hallarás aquí asentadas
Mil partidas de mis penas,
Por tu crédito sacadas.
Y de todo cuanto he dado
A nadie no debo nada,
Y para cobrar mi deuda
Sola esta feria me falta.
Ejecutando al fiador
De tus largas esperanzas,
Cobraré para comprar
Las arracadas mandadas.
Y no pienses que han de ser
De perlas, oro, ni plata,
Que no quiere mi desdicha
De tanto precio comprarlas.
Serán de cristal ó vidrio
Con artificio labradas
De esperanza, secas yerbas,
Y del fuego que me abrasa.
Y este pequeño obrador
Será dentro en mis entrañas,
Y sangre del corazon
(Aunque es poca) será el agua.
Y en el horno, que este fuego
Un momento no se apaga,
El cañon de mis suspiros
Soplará para formarlas.
Y puestas en tus orejas
Quiero que sirvan de aldabas,
Que mis dulces pensamientos
Llamen apriesa en tu casa.
Hasta que á tu corazon
Ablanden con aldabadas,
Pues lo quiso endurecer
Tener tus orejas blandas.

13. *(De Lope de Vega.)*

Hortelano era Belardo
De las huertas de Valencia,
Que los trabajos obligan
A lo que el hombre no piensa.
Pasado el Hebrero loco
Flores para mayo siembra,
Que quiere que su esperanza
Dé fruto á la primavera.
El trebol para las niñas
Pone al lado de la huerta,
Porque la fruta de amor
De las tres hojas aprenda.
Albahacas amarillas,
A partes verdes y secas,
Trasplanta para casadas,
Que pasan ya de los treinta.
Y para las viudas pone
Muchos lirios y verbena,
Porque lo verde del alma
Encubre la saya negra.
Torongil para muchachas
De aquellas que ya comienzan
A deletrear mentiras,
Que hay poca verdad en ellas.
El apio á las opiladas,
Y á las preñadas almendras;
Para melindrosas cardos,
Y hortigas para las viejas;
Lechugas para briosas
Que cuando llueve se queman;
Mastuerzo para las frias,
Y ajenjos para las feas.
De los vestidos que un tiempo
Trujo en la corte de seda,
Ha hecho para las aves
Un espantajo de higuera.
Las lechuguillazas grandes
Almidonadas y tiesas,
Y el sombrero boleado
Que adorna cuello y cabeza:
Y sobre un jubon de raso
La mas guarnecida cuera,
Sin olvidarse las calzas
Españolas y Tudescas.
Andando regando un dia
Vióle en medio de la higuera,
Y riéndose de verle
Le dice de esta manera:
O ricos despojos
De mi edad primera,
Y trofeos vivos
De esperanzas muertas,
Que bien pareceis
De dentro y de fuera,
Sobre que habeis dado
Fin á mi tragedia.
Galas y penachos
De mi soldadesca,
Un tiempo colores,
Y agora tristezas.
Un dia de Pascua
Os lleve á mi aldea,
Por galas costosas
Invenciones nuevas.
Desde su balcon
Me vió una doncella,
Con el pecho blanco

Y la ceja negra.
Dejóse burlar,
Caséme con ella,
Que es bien que se paguen
Tan honradas deudas.
Supo mi delito
Aquella morena
Que reinaba en Troya
Cuando fue mi reina.
Hizo de mis cosas
Una grande hoguera,
Tomando venganza
En plumas y en letras.

14. *(De Góngora.)*

En los pinares de Jucar
Ví bailar unas serranas,
Al son del agua en las piedras,
Y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas,
De las que aposenta el agua,
O las que venera el bosque,
Seguidoras de Diana.
Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña,
Cuyo pie besan dos rios,
Por besar dellas las plantas.
Alegres coros tejian,
Dándose las manos blancas,
De amistad quizá temiendo
No la truequen las mudanzas.
¡Qué bien bailan las serranas,
Qué bien bailan!
El cabello en crespos nudos
Luz da al Sol, oro á la Arabia;
Cual de flores impedido,
Cual de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.
El pie (cuando le permite
La brújula de la falda)
Lazos calza, y mirar deja
Pedazos de nieve y nácar.
Ellas, cuyo movimiento
Honestamente levanta
El cristal de la coluna
Sobre la pequeña basa.
¡Qué bien bailan etc.
Una entre los blancos dedos,
Hiriendo lisas pizarras,
Instrumento de marfil,
Que las musas lo envidiaran,
Las aves enmudeció,
Y enfrenó el curso del agua,
No se movieron las hojas,
Por no impedir lo que canta.
Serranas de Cuenca,
Iban al pinar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.
Bailando, y partiendo
Las serranas bellas

Un piñon con otro,
Si ya no es con perlas,
De amor las saetas
Huelgan de trocar,
Unas por piñones, etc.
Entre rama y rama,
Cuando el ciego Dios
Pide al sol los ojos,
Por verlas mejor,
Los ojos del Sol
Las vereis pisar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.

ROMANCES AMOROSOS

QUE TRATAN DE CAUTIVOS.

1. *(Del Romancero general.)*

Sulcando el salado campo
Que el Dios Neptuno gobierna,
Y el licor amargo, á donde
Estan las marinas deas,
Va el fuerte Arnaute Mamí,
En una fustilla nueva,
Que por su valor la llaman
Capitana de Viserta.
Va la chusma sosegada,
Que con el viento navega:
Mas despues de poco rato,
Dan en calma, y calma muerta.
Todos los forzados duermen,
Porque tienen centinela,
Y solo Lisardo llora,
Y en su Sirena contempla:
Como ve que duermen todos,
Les dice: quien duerme duerma,
Que yo velo sin razones,
Que mi corazon desvelan.
Y sacando un instrumento
Y concertando las cuerdas,
A sus locas fantasías
Les dice que esten atentas.
«Ingrata señora mia,
«Cómo de mí mal te acuerdas;
«Siendo Elena en hermosura,
«Medrosa en querer no seas.
«Haz, tirana, de este cuerpo
«Lo que de tiranos cuentan,
«Que cenizas de difunto
«Con pompa y honor conservan.
«Lleva la popa dorada,
«Medio pardas las entenas,
«Proa y espolon azul,
«Con la pulamenta negra.
«De ajedreces la crujia,
«Donde los forzados juegan,
«Fanal de cristal dorado,
«Por divisa una Medea.
«Y ya que sin serlo yo
«Dijiste requien eternan,
«Agora puedes del fuego
«Sacarlas y recogerlas.»
Mirábale el Capitan,
Y dolido de sus quejas,
Le dijo: »Cristiano perro,
»¿Qué tienes? ¿de qué lamentas?
»¿Trátate el Cómitre mal,
»O azótate cuando remas?
»¿O estás en el bogavante?
»¿La cadena acaso pesa?
»Dímelo, que á fe de Moro,
»Que la palabra te empeña,

»De poner remedio al punto
»Por mi divino Profeta.»
»Noble Mamí, le responde
»El Cristiano con vergüenza,
»El instrumento del alma,
»Me ha quedado, que es la lengua.
»Quise á una dama española,
»A quien la naturaleza
»Puso dos ceros, que alcanzan
»A todo el mundo de cuenta.»

2. *(Es de Góngora.)*

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un Aquilon africano
Las enjendró á todas tres.
Y segun los vientos pisa
Un bergantin ginoves,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los pies.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel,
En que á Nápoles pasaba
En conserva del Virey,
Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente, y por vergel.
Derrotóle un temporal,
Y ya que no dió al traves,
A vista dió de Morato,
Renegado calabres.
El tagarote Africano,
Que la español garza vé,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas,
Mas el viento burla dél
Interpuesto entre las alas,
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un Duque ahora,
Título ya de Marqués.
De sus torres los descubren,
Y en distinguiendo despues
La Cruz en el tafetan,
La Luna en el alquicel,
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos, ó diez,
Envuelve de negro humo
Al cosario su interes.
Los brazos del cuerpo ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantin destrozado
Desde la quilla al garcés.
El Leonés agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado
Dice, si no de laurel:
»¡Oh puerto, templo del mar!
»Cuya húmeda pared
»Antes faltará que tablas
»Señas de naufragios den.
»Fortaleza imperiosa,
»Terror de Africa, y desden,
»Yugo fuerte y real espada
»Que reprime y que da ley,

»Defensa os debo, y abrigo;
»Mi libertad vuestra es,
»Y mi lengua desatada
»En alabanzas tambien.
»Con tus altos muros viva
»Tu ínclito dueño, á quien,
»Como á tí el Mediterráneo,
»La envidia le bese el pie.
»Inmortal sea su memoria
»En la gracia de su Rey,
»Por galardon proseguida,
»Si comenzó por merced:
»Que servicios tan honrados,
»Y de Acates tan fiel,
»Inmortalidad merecen,
»Si no de vida, de fé.

3. *(Es de Góngora.)*

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella,
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena:
¡O sagrado mar de España,
Hermosa playa y serena!
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias,
Pues eres el mesmo mar,
Que con tus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Dame nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me escribe por sus letras;
Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas;
Mas pues que no me responde,
Sin duda alguna que es muerta;
Pero no lo podrá ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
Y á nadie mataron penas.
Dame pues, sagrado mar,
A mi demanda respuesta,
Si, cual dicen, es verdad,
Que las aguas tienen lenguas.
En esto se descubrieron
De la Religion seis velas,
Y el cómitre manda usar
Al forzado de su fuerza.

4. *(Del Romancero general)*

El desgraciado entre todos
Los que el fiero amor derriba,
Porque afrentan su deidad
Y á quitarle el nombre aspiran:

Amarrado á su fortuna
En el banco en que solia
El forzado de Dragut
Que en las galeras servia,
Vacando el pesado remo
Estaba mirando un dia
Las aguas que de su patria
Combaten las peñas fijas.
¡Ay ondas! mas venturosas
Que las tristes ansias mias,
Pues podeis tocar la tierra
Que los pies de mi alma pisan;
Decilde cuando volvais
Por mis lágrimas crecidas,
Dijo llorando el forzado,
Que vivo entre mil desdichas,
Y que me haga merced
De no dejar las sombrías
Riberas, porque vosotras
Me traigais de sus reliquias,
Y que no tema las olas
Que el mar de mis ojos cria,
Aunque las vea hasta el cielo
De los aires combatidas;
Pues tienes dulces suspiros
Y lágrimas descaecidas,
Mal se podrá dar la muerte
A quien da en ausencia vida.
Y acometeldas furiosas
Con tanto ímpetu é ira,
Que vea en vos á la clara
Que me agravio de que viva.
En señal del gran amor
Que al mio se le debia,
Y que si bien lo mirara
No habia de estar á la mira.
Sino como yo lo hiciera,
Pues cual Leandro podia,
Razon fuera haber venido
A mi carcel dura, impía.
Que bien sabe que las olas
Del bravo mar no temia;
Que en el verdadero amor
No hay miedo ni cobardía.
Dejaranse las prisiones
Aunque fuera en Berberia,
Que ya me hubiera llorado
En pago de mi osadía.
Y si todavia me quiere,
Decilde por cortesía
Que se embarque en esas cartas
Que le amenazan y avisan.
Que no son del mar antiguo
Las aguas que se le humillan,
Sino de mis tristes ojos
En que mirarme solia.
Y que ya no hay que llorar
En mi alma convertida
En aqueste nuevo Oceano
Que tan sin razon la admira:
Y que ojalá me volviese
Las lágrimas merecidas,
A tan dura y larga ausencia
Su apacible y grata vista.

5. *(Es de Góngora.)*

La desgracia del forzado
Y del cosario la industria,

La distancia del lugar
Y el favor de la fortuna;
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del Forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver como el mar le hurta
Las torres, y le da nuevas
Las velas y las espumas.
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice
Tan amargas como muchas:
¿De quién me quejo con tan grave estremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
Ya no esperen ver mis ojos,
Pues agora no lo vieron,
Sin este remo las manos,
Y los pies sin estos hierros.
Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto
Que cuantos fueren mis años
Tantos serán mis tormentos.
¿De quién me quejo etc.
Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podreis alcanzarnos
Pues tratais de mi remedio.
El enemigo se os va,
Y favorécele el cielo,
Por su libertad no tanto,
Cuanto por mi cautiverio.
¿De quién me quejo etc.
Quedaos en aquesta playa,
De mis esperanzas puerto,
Quejaos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
Y tú, mi triste suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
¿De quién me quejo etc.

6. *(Es de Góngora.)*

Levantando blanca espuma
Galeras de Barbarroja,
Ligeras le daban caza
A una pobre galeota,
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquin con su esposa,
Dulcísima valenciana,
Bien nacida, y muy hermosa.
Del amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las Pascuas,
Cuanto á celebrar las bodas.
Y cuanto á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla.

Espiándola de atras
De una cala insidiosa,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
Que por una parte y otra
Sus cuatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Mientras se queja la dama
Derramando tierno aljófar.
Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Válgasme en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
Los bajeles que te enojan,
Envestilles en la arena
Con mas daño que en las rocas:
Tú que con la mesma fuerza
Cuando al humilde perdonas,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas;
Salga esta vela á lo menos
De estas manos rigurosas,
Cual de garras de falcon
Blancas alas de paloma.

7. *(Del Romancero general.)*

A la vista de Tarifa
Poco mas de media legua,
El maestre de Dragut,
Cosario de mar y tierra,
Descubrió de los cristianos
Y de Malta cinco velas,
Por do forzado le fue
Decir en voz que le oyeran:
Al arma, al arma, al arma,
Cierra, cierra, cierra,
Que el enemigo viene á darnos guerra.
El maestre de Dragut
Hizo soltar una pieza,
Señal para que le oyesen
Los que hacen agua y leña.
Los cristianos le responden
De la playa, y las galeras,
Y del puerto, las campanas
A bulto entre voces suenan:
Al arma, etc.
El cristiano que lloraba
En ver su esperanza muerta,
Agora se alegra el triste
Que su libertad sospecha.
Dragut con sus capitanes
En un punto se aconseja,
Si será bien aguardar
O tender al viento velas.
Al arma, etc.
Decianle los demas:
Atras, atras que se acercan,
Que si en alta mar entramos,
Será la victoria nuestra.
Dragut á voces decia:
Canalla, bogad apriesa:
Los artilleros tambien
Cargan, disparan, vocean.
Al arma, etc.

8. *(Del Romancero general.)*

Apriesa pasa el estrecho,
Porque le van dando caza
A Dragut cuatro galeras
De los cruzados de Malta.
Con la priesa de los remos
El hinchado mar traspasan,
Las pluvias suben al cielo
Muy mas espesas que bajan.
Las dormidas centinelas
Despiertan á las campanas,
Y soñolientas arrojan
Hachas de fuego en las aguas.
Dragut sus forzados fuerza
Para aligerar las barcas,
Que mientras mas ve que huyen,
Mas le parece que amainan.
No mira si es cobardía,
Ni aguarda á quien le llama,
Porque á veces del huir
Mayor victoria se saca.
Llegó de una culebrina
En un instante una bala,
Cuya penetrante furia
Dió á fondo á la capitana.
La demas artillería
Se juega con tanta maña,
Que fue bastante á rendillo,
Sin allegar á las armas.
Pudo Dragut con su industria,
Por ser la noche cerrada,
Dejando á España la gloria,
Poner su persona salva.
El hortelano cautivo
Que en las galeras remaba,
Fue conducido á su tierra,
A quien llorando le habla:
Patria, que de mi tesoro
Has sido depositaria,
Si son purgadas mis culpas,
Recógeme en tus entrañas;
Y si este bien no merezco
Por ser mi desdicha tanta,
Tierra tienes do esconderme,
Pues no lo han hecho las aguas.
Acabaráse de ver
El abismo de desgracias,
Que conjuraron los cielos
En disfavor de mi alma.
Contra el agua forcegea
Envuelto en congoja y ansia,
Cuando improviso le toca
Una desmandada tabla.
De ella se aferró turbado,
Y guiando hácia la playa,
Casi el aliento perdido
Escapó libre del agua.

9. *(Es de id.)*

Volcaban los vientos coros
Los empinados peñascos
De los erizados montes
Los acebuches mas altos;
Cuando temblando y desnudo,
La barba y cabellos blancos,

Que los trabajos son parte
Para encanecer temprano;
A la puerta de su esposa
Apriesa estaba llamando
El forzado de Dragut
Que se escapó de hortelano.
Apenas fue conocido,
Cuando con ligeros pasos
Abajó su esposa á abrirle
Ambas puertas y ambos brazos.
Entonan un llanto alegre,
Si dijeran triste llanto,
Mas las lágrimas son puestas
Y le da entrambas manos.
Desnudáronle en un punto
De sus mal compuestos paños,
Y antes de entrar en el lecho
Le regalan en un baño.
Echan luego las cortinas
Para recobrar de espacio
Diez años que anduvo al remo,
Y otros dos que fue hortelano.

10. *(Del Romancero general)*

Donde se acaba la tierra
Y comienza el mar de España,
Mil acabadas ruinas
De la antigua Cadiz bañan;
Y en lo mas alto de todo
Un solo cautivo estaba,
Que arrastrando las prisiones
Salió de una rota barca,
A descansar el alma
Mientras el fiero mar furioso brama.
Con el Levante furioso
Crecian las olas altas,
Subiéndose por las peñas
Para volver á sus aguas,
A quien las dice: «Enemigas,
«Volveré á morir sin falta:
«Dejadme llegar agora
«A la tierra que me ampara.
«Nací riberas del Tajo,
«Criéme con esta ingrata,
«Y vengo á morir agora
«A las postreras de España.
«No me mata ausencia sola,
«Ni solos celos me matan,
«Ni olvido, que aquestos tres
«Me fuerzan que á tierra vaya.
«No es tan pequeño mi fuego,
«Que huya vuestra templanza,
«Que no le sufre la tierra,
«Ni el mar apenas le mata:
«Porque es semejante al sol,
«Que no se moja en el agua,
«Y tan ardiente, que de ella
«Me fuerza que á tierra salga.
«No me llameis tan apriesa,
«Que si mi fuego lo causa,
«Lágrimas tienen mis ojos
«Que pueden, aunque no bastan.
«Dejadme quejar de aquella
«Que de mí quejosa estaba,
«Por quien huigo mar y tierra,
«Y vengo entre tierra y agua.»

Tomando un puño de tierra,
La besó y mojó con agua,
Diciendo: «Fin y principio
«De la compostura humana,
«De tí nacen mil deseos
«Y en tí finalmente paran:
«Eres cárcel que me tienes
«Detenido que no vaya.»
En esto vió que los vientos
A muchas partes contrarias
Cada uno hácia la suya
Trayendo la rota barca,
Y dice: «Cielos piadosos,
«Tales son mis esperazas,
«Que el viento juega con ellas,
«Y ninguna de ellas basta.»
Bajaba apriesa la noche,
Cuando de la peña baja,
Y entre la barca y los remos
Comienza á decir al agua:
«Aqui es justo que descanse
«Quien de la tierra se cansa,
«Porque vea mi enemiga
«Que pretendo su venganza.»
Aqui volvió la barca,
Llora el cautivo triste, y el mar brama.

11. *(Del Romancero general.)*

Rompiendo la mar de España
En una fusta turquesca,
A vista de donde puso
Hércules fin á la tierra,
Un esclavo de Selimo,
Al tiempo que el mar se altera,
El maestre de la nave
A sus grumetes vocea:
Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.
Cuando los vientos contrarios
Con mayor furor se encuentran,
Y con las aguas del mar
Las de los cielos se mezclan;
Cuando se rompen las nubes,
Y fuego y llamas enseñan,
En la amedrentada gente
Sola aquesta voz resuena:
Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.
Estaba el cautivo pobre
Sentado sobre cubierta,
Y del cielo y mar las aguas
Con su triste llanto aumenta:
A su pensamiento dice,
Que es entonces quien le lleva
Haciendo las voces eco
En el monte de su pena:
Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.
Si soy cautivo y esclavo,
Tiempo vendrá que Dios quiera,
Que libre de estas prisiones
Vuelva á gozar de mi tierra:
Volveré á mi antigua gloria,
Que entonces tendré por buena,

Y entre tanto, pensamiento,
Sufre, padece y espera:

Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.

12. *(Del Romancero general.)*

Ageno de tener guerra
Está el valeroso Arnaldo,
Capitan de una frontera
Por el ínclito Fernando.
Gozando está de su Celia
Con quietud y sin cuidado,
Cuando Muley Terraez,
De Argel astuto cosario,
Viene á pagar el tributo,
Como quedó concertado,
Y porque viene de paz
Dan voces los de su bando:
Lanza ferro
A terra, á terra,
Y los de la fortaleza
Para seguro disparan.
Apriesa, apriesa una pieza.
Poco le duró el contento
A aquel Capitan gallardo;
Pues que en trueque del rescate
Se le llevó el renegado
A su bella esposa un dia,
Cuando vió que asegurado
De su gran traicion vivia,
Y ella salió por el campo.
De que la metió en su fusta,
Con silencio y con recato
A los marineros dice:
Alza el ferro, ó corta el cabo;
Y al Cómitre silva y dice:
Leva, leva;
Y los de la fortaleza,
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
Hagan grandes luminarias,
Dice Arnaldo alborotado;
Aunque en vano es trabajar,
Porque van el mar surcando.
De su fuerza se despide
Confuso y desesperado,
Y siendo libre, se hizo
De un moro sujeto esclavo;
El cual le llevó cautivo
A Argel, do fue rematado
Tres veces en almoneda,
Hasta ser del Rey comprado;
Y el Cómitre silva y dice:
Leva, leva;
Y los de la fortaleza,
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
El Capitan reconoce
A su cara esposa bella,
Y aunque con las lenguas callan,
Los ojos sirven de lenguas.
Servia Celia al Rey de page,
El cual namorado de ella,
Dice: si como eres sol,
Fueras, Celia, luna bella,
De contino me alumbrara
El claro de tal estrella.

Celia respondió: Señor,
No fue mi dicha tan buena:
Y el Cómitre silva y dice:
Leva, leva;
Y los de la fortaleza,
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
Y como vido ocasion,
Al Rey le dice una siesta
Como es Arnaldo su hermano,
Que se hizo esclavo por ella.
El Rey le replica y dice:
Celia, gran mentira es esa,
Porque nunca amor de hermano
Hizo tal prueba y fineza.
Pero si dices verdad
Haré con tí una franqueza,
De dar á ambos libertad
Para que os vais á tu tierra.
Y el Cómitre silva y dice:
Leva, leva;
Y los de la fortaleza,
Guerra, guerra,
Dispara apriesa una pieza.
Celia le dijo: Señor,
La verdad del caso es esta:
Que es Arnaldo mi marido,
Y yo fio en tu clemencia
Que nos darás libertad.
Dijo el Rey: Concédoos esa,
Porque entendais que entre moros
Hay sangre, virtud, nobleza.
Con esto los despidió,
Dándoles mucha riqueza,
Y á Muley Terraez quitó
Por su traicion la cabeza:
Por lo que todos los suyos
Muestran dolor y tristeza;
Y los de la fortaleza,
Regocijados dan voces:
Dispara apriesa una pieza.

13. *(Del Romancero general.)*

Llegó el amor al estremo
Que pudo de su desdicha,
En un bergantin al puerto
De Villafranca de Niza.
Un gallardo caballero,
La flor de la Andalucía,
Viendo la de su esperanza
Entre las olas marchita,
Una noche oscura y triste,
Y él mas que la noche misma,
Despues qué Muley Terraez
Llevó su luz y alegría:
¡Ay suerte esquiva,
Que apenas das el bien cuando le quitas!
Robóle su dama el moro,
De padres ilustres hija,
Que la llevaba robada
De Barcelona á Sicilia.
No precia por su rescate
Promesas de cosas ricas,
Que solo esperar gozarla
Estima en mas que las Indias.
Y al triste libre le deja

De Villafranca una milla,
Que porque ausencia le mate,
Ni le mata ni cautiva.
¡Ay suerte etc.
De peste guardan el puerto,
Y desde la tierra gritan,
Que sin fe de sanidad
No se acerque á la marina.
Si de sanidad tuviera,
Dice con lágrimas vivas,
Lo que me sobra de fe,
Fueran eternos mis dias.
No traigo de Barcelona
El mal que os atemoriza,
Antes de ella entre mil muertes
Saqué robada mi vida.
¡Ay suerte etc.
Un cuerpo difunto soy
Que arroja el mar á la orilla,
Negándole en sus entrañas
Lo que á ninguno le quita.
Y porque no le corrompa
Del largo tiempo la envidia,
En vez de bálsamo lleva
El pecho lleno de acibar.
Soy un vivo fuego ardiente
Ya convertido en ceniza,
Sin esperar renovarme
A los rayos de mi Armida.
¡Ay suerte etc.
Soy una piedra que al centro
Desde la cumbre desliza;
Un sepulcro de esperanzas
Antes muertas que nacidas.
No soy sino un desdichado
Vivo por Nigromancia,
Que por su gusto un Cosario
Sin alma quiere que viva.
Y no es milagro ser piedra,
Sepulcro y cenizas frias,
Muerto y vivo juntamente,
Que todo cabe en mi dicha.
¡Ay suerte etc.
No consienta, amiga, el cielo
Que pagues blandas caricias
De un renegado sin fe,
Por renegar de la mia.
En esto tocan al arma,
Que de las torres vecinas
Con muchas lenguas de fuego
De doce fustas avisan.
No se alborotan ni temen;
Que de estos miedos se libra
Quien ha llegado al estremo
Que pudo de su desdicha.
¡Ay, suerte esquiva,
Que apenas das el bien, cuando le quitas!

14. *(Del Romancero general.)*

Fuera de los altos muros
Que en Argel torres levantan
Sobre las arenas frias
De las mas vecinas aguas;
Ceñido de una cadena
Un pobre cautivo estaba

Llorando su bien pasado,
Y su presente desgracia.
No siento los hierros duros,
Dice, ni la vida amarga,
Ni verme en el cautiverio
Sujeto á tantas desgracias.
Ni siento verme apartado
De la tierra que me agrada;
Ni majar de noche esparto,
Ni el comer por mano escasa.
Vime un tiempo en la ribera
Que el Tajo orilla señala,
Tan lejos de verme preso
Cuanto agora de pisalla.
Pero si tan cerca estoy,
Presto volveré á mi patria;
Que como vine á ser preso,
Podré volver á gozalla.
Mas hay un engaño en esto,
Y es que la fortuna avara
Se ha cansado de mi bien,
Y de mi mal no se cansa.
Dulce Leonida, yo quedo
Padeciendo en tierra estraña,
Preso el cuerpo en hierros duros,
Y para tí libre el alma.

15. *(Del Romancero general.)*

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determina
Si son cabras ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas,
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho furioso,
Y las hirvientes arenas
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
O sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros treguas:
Perdon, si ellos ó el aliento
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro,
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras agenas:
Da vida á un nuevo Leandro
Que en tus manos se encomienda.
Esto diciendo el forzado,
En las blandas ondas se echa,
Con los brazos abre el mar,
Hiende, rasga, rompe y huella.
Mas allá á la media noche

Cuando los miembros le aquejan,
Temeroso de su daño
Habló así á las ondas fieras:
Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dejadme salir, amigas,
Que yo os pagaré esta deuda.
Fuéle el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol
Hizo pie sobre la arena.
Dió gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.

16. *(Del Romancero general.)*

De medio el golfo descubre
De Oran el soberbio monte,
El infelice Licinio
Que tras su fortuna corre.
En un llano mal seguro
Guiado mas por el orden
Del cielo, que le es propicio,
Que no por lo que él dispone;
Está la tierra tan alta
Que aun apenas se conoce
Si el monte toca en el cielo,
O si está el cielo en el monte;
Donde pusieron sus sillas
Los famosos españoles
En señal de verse presto
De los demas vencedores.
Sin envidiar las hazañas
Del hijo fuerte de Jove,
Pues en vez de sus columnas
Pusieron ellos mojones.
Injuria del enemigo,
Cuchillo, freno y azote,
Pues ha cerrado sus puertas
La sombra de nuestras torres.
Escureciendo sus lunas
La lumbre de nuestros soles,
Alcanzando sus ginetes
Nuestros primeros bridones,
Y pasando sus adargas
Nuestros agudos estoques;
Resistiendo á sus alfanjes
Las rodelas de alcornoque,
Dió fondo al frágil navío,
Y luego el preñado bronce
Echó el rayo dando gritos,
Y quejáronse los bosques.
Respondieron los tres fuertes
Una y dos veces conformes,
Repitiendo al son de Marte
De España el invicto nombre.
El fuego busca su esfera,
Y cubriendo el horizonte
Hizo el humo á medio dia
Que presidiese la noche.
Los alarbes luego huyeron
A sus aduares pobres,
Que el humo ocupa la tierra,
Y el miedo los corazones.
Echan al mar sus esquifes,
Y en tierra el peso disforme:

Quedan las galeras libres,
Aunque llenas de prisiones.
Entre las suyas Licinio
El aire y silencio rompe,
Y dice mirando á Oran
Tras el llanto estas razones:
¡O cárcel de desterrados,
Honra de refugios donde
No causa afrenta el castigo,
Ni muere el ánimo noble,
Ni enflaquece la esperanza
Viles y bajos temores!
Pues por la ignorancia mudá
Ilustres obras responden:
Bien se pueden resistir
De la fortuna los golpes,
Si queda libre el juicio
Y le conceden que obre.
Tu instancia me negó el cielo,
Porque mas mi mal se noté,
Y vaya de lengua en lengua
Creciendo con opiniones.
Famoso soy en desdichas:
No hay quien mi fortuna ignore,
Que el mapa de mis trabajos
Me ha mostrado todo el orbe.
¡Venturoso el caballero
Que entre límites se esconde,
Pues la pena que padece
Con su valor corresponde;
Y fatigando el caballo
El suelo africano corre,
Y rico de mil trofeos
A su casa se recoge!
Este bien goza Galanio
Del linage antiguo y noble,
Sin andar detras la luna
Hecho émulo del Norte.
Apenas hubo nombrado
El grato y amigo nombre,
Cuando en los ojos de entrambos
Se vieron los corazones.
Los brazos ciñen los cuerpos,
Y las almas se disponen
Con el recíproco ejemplo
A resistir sus pasiones.

ROMANCES AMOROSOS URBANOS.

1. (*).

Decidme vos, pensamiento,
¿Donde mis males estan?
¿Qué alegrías eran estas
Que tan grandes voces dan?
Si libran algun cautivo
O lo sacan de su afan,
O si viene algun remedio,
¿Donde mis suspiros van?
No libran ningun cautivo,
Ni lo sacan de su afan,
Ni viene ningun remedio,
Donde tus suspiros van:
Mas venido es un tal dia
Que llaman señor San Juan,
Cuando los que estan contentos
Con placer coman su pan,
Cuando á los desconsolados
Mayores dolores dan:
No digo por tí, cuitado,
Que por muerto te tendrán
Los que supieren tu vida
Y agora no te verán:
Los unos te habrán envidia,
Los otros te llorarán:
Los que la causa supieren
Tu firmeza loarán,
Viendo menor tu pecado
Que el castigo que te dan.

2.

Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolacion,
Si no es la tortolica
Que está viuda y con dolor.
Por ahí fuera á pasar
El traidor del ruiseñor,
Las palabras que le dice
Llenas son de traicion:
«Si tú quisieses, señora,
«Yo seria tu servidor.

(*) Estos ocho Romances primeros parecen ser del siglo XIV y XV, y estan tomados del Cancionero de Romances impreso en dozavo en Amberes 1555.

«Vete de ahí, enemigo,
«Malo, falso, engañador,
«Que ni poso en ramo verde
«Ni en prado que tenga flor,
«Que si el agua hallo clara
«Turbia la bebia yo:
«Que no quiero haber marido
«Porque hijos no haya, no:
«No quiero placer con ellos
«Ni menos consolacion:
«Dejame triste, enemigo,
«Malo, falso, mal traidor,
«Que no quiero ser tu amiga,
«Ni casar contigo, no.

3.

Yo me era mora Moraima,
Morilla de un bel catar,
Cristiano vino á mi puerta,
Cuitada, por me engañar:
Hablóme en algarabía
Como quien la sabe hablar:
Abrasme las puertas, mora,
Sí, Ala te guarda de mal.
¿Cómo te abriré, mezquina,
Que no sé quien te serás?
Y soy el moro Mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un cristiano dejo muerto,
Y tras mí viene el alcalde:
Si no me abres tú, mi vida,
Aqui me verás matar.
Cuando esto oí, cuitada,
Comencéme á levantar,
Vistiérame un almejia
No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta
Y abríla de par en par.

4. (*)

Amara yo una señora,
Y améla por mas valer,
Quiso mi desventura
Que la hubiese de perder:
Irme quiero á las montañas
Y nunca mas parecer,
Y en la mas áspera de ellas
Mi vida quiero hacer,
Tan triste que no se halle
Conmigo ningun placer,
Porque mis graves dolores
Puedan contino crecer,
Con los animales brutos
Me andaré triste á pacer:
Paciencia si la hallare
Me habrá de sostener,

(*) Romance del siglo XII acabado por Quirós, Poeta del siglo XV, el séptimo verso.

Pues vida con tanta gloria
No la pude merecer,
Que la muerte merecida
Me deja por no me ver
Tan penado y tan perdido,
Cual su mal no puede ser:
El menor mal que yo tengo
Mucho mas es de temer,
Y así voy donde no espero
Por siempre jamas volver.

5. *(Del Romancero general.)*

Yo me levantara, madre,
Mañanica de San Juan,
Vide estar una doncella
Ribericas de la mar,
Sola lava, y sola tuerce,
Sola tiende en un rosal,
Mientras los paños se enjugan
Dice la niña un cantar:
¿Do los mis amores, do los,
Do los andaré á buscar?
Mar abajo, mar arriba
Diciendo iba el cantar,
Peine de oro en las sus manos
Por sus cabellos peinar:
Dígasme tú el marinero,
Que Dios te guarde de mal,
Si los viste á mis amores,
Si los viste allá pasar.

6. *(De idem.)*

Que por mayo era por mayo
Cuando los blandos colores,
Cuando los enamorados
Van servir á sus amores.
Sino yo, triste mezquino,
Que yago en estas prisiones,
Que ni sé cuando es de dia
Ni menos cuando es de noche,
Sino por una avecilla
Que me cantaba al albore:
Matómela un ballestero,
Dele Dios mal galardone.

7. *(De idem.)*

La bella mal maridada,
De las lindas que yo ví,
Véote tan triste enojada,
La verdad dila tú á mí.
Si has de tomar amores
Por otro no dejes á mí,
Que á tu marido, señora,
Con otras dueñas lo ví,
Bezando y retozando:
Mucho mal dice de tí,
Juraba y perjuraba
Que te habia de ferir.
Allí habló la señora,
Allí habló, y dijo así:

Sácame tú el caballero,
Tú sacasesme de aquí,
Por las tierras donde fueres
Bien te sabria yo servir:
Yo te haria bien la cama
En que hayamos de dormir,
Yo te guisaré la cena
Como á caballero gentil,
De gallinas y capones
Y otras cosas mas de mil:
Que á este mi marido
Ya no le puedo sufrir,
Que me da muy mala vida
Cual vos bien podeis oir.
Ellos en aquesto estando
Su marido helo aquí:
¿Qué haceis, mala traidora?
Hoy habedes de morir.
¿Y por qué, Señor? ¿por qué?
Que nunca os lo merecí,
Nunca besé á hombre
Mas hombre besó á mí:
Las penas que él merecia,
Señor, daldas vos á mí:
Con cordones de oro y sirgo,
Señor, ahorques á mí,
El la huerta de los naranjos
Viva entierres á mí,
En sepoltura de oro
Y labrada de marfil;
Y pongas encima un mote,
Señor, que diga asi:
Aquí está la flor de las flores,
Por amores yace aquí,
Cualquier que muere de amores
Mándese enterrar aquí,
Que asi hice yo mezquina
Que por amores me perdí.

8. *(Del Romancero general.)*

Por un valle de tristura
De placer muy alejado,
Ví venir pendones negros
Entre muchos de á caballo,
Todos con tristes libreas
De sayal no delicado,
Sus rostros llenos de polvo
Cada cual muy fatigado:
Por una negra espesura
En silencio se han entrado,
Asentaron su real
En un yermo despoblado;
Las tiendas en que se albergan
No las cubren de brocado,
Antes por mayor dolor
De luto las han armado:
En una de aquellas tiendas
Un monumento han alzado,
Y dentro del monumento
Un cuerpo lo han sepultado:
Dicen ser de una doncella
Que de amores ha finado,
La cosa mas linda y bella
Que en el mundo se ha hallado.
Y ellos todos juntamente
Un pregon han ordenado,
Que ninguno se atreviese,
Ni nadie no fuese osado
De estar en su enterramiento
Si no fuese enamorado.

9. (*)

Hija soy de un labrador,
Nacida sobre el arado,
Criada so los olivos,
Crecida tras el ganado.
Careando una mañana
Las ovejas del vedado,
Solas dos por mi reposo
Las que Dios me habia dado,
Que alegria y libertad
Por nombres las he nombrado,
Se me perdieron allí
Por suerte de mi pecado,
Que comian en mis haldas,
Venian á mi llamado;
Sin partir el pan con ellas,
No comiera yo bocado.
De ellas era lo mejor
Cuando habia un verde prado,
Si claras fuentes habia
Nunca las han deseado.
Santiguábales yo el agua
Con amor desengañado:
So las frescas solombreras
Las siestas las he guardado:
Las mañanas y las tardes
A pacer las he sacado.
Compreles dos cencerrillas
Que la vida me han costado,
Con cuerdas de mis cabellos
Los que tanto yo he preciado.
Y un dia de San Anton,
Que mal me las ha guardado,
Se las puse de los cuellos:
Hame nada aprovechado.
Poco vale diligencia
Contra el mal predestinado;
Lo que ha de ser una vez
No puede ser estorbado.
Tornéme en fin congojosa
Llorando mi mal recado,
Y en llegando á mi cabaña
Ví mi fin aparejado.
Hice el zurron mil pedazos
Y en el fuego eché el cayado:
Saqué los rubios cabellos
De mi grosero tocado,
Tirando cuanto podia
Yo los puse en mal estado,
Hice las manos verdugos
De mi gesto delicado:
Mis dos ojos con pesar
En dos rios se han tornado,
Y el corazon en el cuerpo
De rabia fue traspasado.
Con mis gritos y alaridos
El valle estaba espantado,
Por flaqueza de natura,
No por falta de cuidado,
Yo me dormí de cansada
Dende gran rato pasado.

(*) Este y el romance que sigue estan tomados de la Propaladia de Bartolomé de Torres Naharro.

10. *(Es de Torres Naharro.)*

So los mas altos cipreses
Riberas del alegria,
Por donde el agua mas clara
Con mayor dulzor corria,
Cabe ciertos arrayanes
Que el placer entretejia,
Jazmines por todas partes,
Rosales tambien habia,
Sembrada de ricas flores
Una verde pradería,
De preciosas arboledas
El valle que no cabia,
Do moraban muchas aves
Las pregoneras del dia,
Do cantaba Filomena
Y Progne le respondia,
Do nunca se vió pesar
Ni deleite fallecia,
Mil bienes uno sobre otro
Sin que el hombre los pedia,
Mil pensamientos, Señor,
Que todo lo poseia,
Paseando una mañana
Como quien no se temia,
Descuidado y sin saber
Quien bien ó mal le queria,
Sin pensar ser ofendido
Como quien nunca ofendia,
Salióle amor al traves
Con harta descortesía,
Que se le puede contar
A muy grande cobardía,
Y al triste del pensamiento
Que desarmado yacia
Con un gran puño de tierra
Por usar mas villania,
Cególe entrambos los ojos
Tanto que nada non via,
Y entonces á manteniente
Hiriòle donde él queria.
Testigo mi corazon
Que estaba en su compañía,
Cual llevó tan buena parte
Cuanto no la merecia,
Aunque los daños de entrambos
Hicieron su pena mia.
Por vos, mi reina y señora,
Por vos sola me cumplia,
Que me fuercen á sufrir
Lo que quizá no podria.
Gloriosa es tal pasion,
Bendita tal fantasia,
Precioso cualquier cuidado
Que vuestra merced me envia.
Muchos me son envidiosos
Viendo de do procedía,
Sino que el no mereceros
Me maltrata y desafia,
Por lo cual á mis afanes
Algun consuelo sería,
Veros yo mas piedad
O veros menos valia,
Que de otra suerte, señora,
Me veo en tal agonia,
Que cosa no me consuela
Ni Dios ni Santa María;
Sino que todo me viene
Por una tan buena via,

Que con pena estoy en gloria Sin la cual no viviria.

11. (*)

Mal haya dueña, ó doncella,
Que hiergue faz á otros omes,
Debiendo fincar tenuda
Al que mas la muestra amore.
Con sus aleves falsias,
Y con sandios galardones,
Mezcla lides, é omecillos
Entre buenos infanzones.
Yacen sus mentes en lueñe,
En el deber non las ponen,
Con el solaz de mudare
Yantares á su sabore.
Mal haya cuerpo garrido
Que encelado no se esconde,
Manteniendo la lealtad
A un leale corazone.
Maguer non las fagan tuerto,
Fuelgan con las sinrazones,
Y cuando se ven en crencha
Súbense á los miradores.
Cuydades visten por busco,
Briales de lana, ó Londres,
Y es porque otros barraganes
Estos sus ajuares logren.
Asi lamenta Don Olfos
Cavalgando en su morone,
A ver la niña en cabello,
Que sale á gozar la albore.

12. *(Del Romancero general.)*

Contemplando en un papel
Que de su galan le viene,
Con risa Aurelia contempla
Las palabras que contiene.
Ya le rompe, ya le rasga,
Ya le dobla, ya le muerde,
Y ya con él mas humana
Le abre para mas verle,
Y dice: ¡Ay cómo me cansas!
¡Oh qué cansada me tienes!
¡Cuán en vano me fatigas!
¡Cuán en vano me pretendes!
De dia ruas mi calle;
De noche en ella te mueles,
Sabiendo que duermo yo,
Y que mi honra no duerme.
Dices que me quieres bien:
Dios te guarde si me quieres:
La ciudad te lo agradezca,
Mis enemigos te premien.
Muerto te pintas por mí:
Creerlo he cuando te entierren;
Yo haré bien por tu alma,
Lloraréte, si pudiere.

(*) Este Romance parece del siglo XIV.

¡Oh cómo me escribes tierno
Que usurpo tu alma y bienes!
Dos almas debo tener:
Viviré lo que quisiere.
Si la una me faltare,
Con la otra entretendréme.
Y ojalá fuese yo tuya,
Porque sin alma estuvieses.
¡Oh cuán hermosa me haces!
Sóilo mas que las mugeres,
Blanca, rubia como el sol;
Por tu vida que no mientes.
Bien son palabras ociosas:
Diosa me haces, y quieres
Que me humane á tu bajeza;
Diosa soy, humano eres;
No puedes llegar á mí:
Salido te ha mal la suerte,
Que las que somos divinas
No tratamos con la gente.
Allá te avén en tu tierra,
Pues mi cielo no mereces.
Pídesme que nos veamos:
Paréceme que tú vienes.
Bien tienes donde acudir,
Y en esto ha estado tu muerte;
Que quizá mis pensamientos
Se inclinaran á quererte:
Pero vive confiado
Que hallarás al presente
Mil mugeres mas que Diosas,
Pues hay para un hombre veinte.
Y en esto alzando los ojos,
Dando de mano al copete,
Rompió el papel y arrojóle,
Porque le importó rompelle.

13. *(Del Romancero general.)*

¡Oh dura y terrible ausencia,
Prolija, enfadosa y larga,
Robadora de mis bienes,
Y de mis males la causa!
Por tí viven mis cuidados,
Por tí muere mi esperanza,
Por tí crecen los deseos,
Y mengua la confianza.
Ausente está mi pastora;
Pero si ausente me amara,
Dichosos son mis deseos
Dichosas llamas mis ansias.
Belisa, señora mia,
Regalo y bien de mi alma,
Sientes lo que si yo siento,
¿Qué sufrimiento te basta?
Que si el amor que me tienes
Con el que te tengo iguala,
¿Cómo se dilata el tiempo?
¿Cómo tu venida tarda?
Que el plazo que señalaste
Para verme en mi cabaña
Ya se acercó, y no viniste:
Ya mi paciencia se acaba.
¿Quién puede tanto en mis penas?
¿Quién mis glorias desbarata,
Y no pensando ofenderme
Me ofende, lastima y mata?
Ya no conozco alegria:
Mil siglos há que me falta,

De noche cuento las horas,
Y las del dia me cansan.
Todo me es tiniebla oscura
Sin tí, que eres mi luz clara.
Si piensas que era fingido
El amor que te mostraba,
Y que engañada vivias,
Vives en ello engañada.
Y si quieres hacer prueba
De mis sinceras entrañas,
Y ver mis horas cumplidas,
Ven á cumplir tu palabra.

14. *(Del Romancero general.)*

Si sabes qué son pasiones,
Que pienso que no lo sabes,
Si remedias las humildes
Y dejas pasar las graves;
Si á las memorias altivas
Con flojedad satisfaces,
Cuando quieras socorrerme
Podrá ser que no me halles.
Si no naciste en los montes
En donde las fieras nacen,
Si no importa á su salud
Que viva á tu causa martir,
Haz que el alma consagrada
A tu sugeto se aparte
Del cuerpo indigno de gloria,
Y que en breve tiempo acabe.
Visto se han en mis discursos
Bien los milagros que haces,
Contra la fuerza del tiempo,
Remedio de casos tales.
Por do se ve que mi mal
No es como los otros males,
Que ausencias matan recelos,
Y con ausencia renacen.
Acuérdome yo en un tiempo,
Que por fuerza has de acordarte,
Que entre los altos cipreses
Lloraba tus libertades.
Siente, si sientes, ingrata,
Que con pasar tiempo grande,
No ha pasado en tí el rigor,
Y en tí el que pasó es durable.
Vénzate, enemiga bella,
Un vencido de crueldades,
Que entre lágrimas de honor
Riega tu templo y altares.
Y siendo tan verdaderas,
Es justísimo estimarse,
Que el que á tu causa las llora
Nunca suele llorar fácil.
Si en casos de amor hay premio,
Bien el premio puedes darme,
Que en servicio de seis años
Siempre te he dicho verdades.
Vuelve el rostro á los estados,
Que no los da el mundo iguales;
Que siendo humano y eterno,
Eterno será el amarte.

15. *(Es de idem.)*

¿Apártaste, ingrata Filis,
Del amor que me mostrabas,
Para ponerlo en aquel
Que pensando en tí se enfada?

Plegue á Dios no te arrepientas
Cuando conozcas tu falta;
Mas no te conocerás,
Que aun para tí eres ingrata.
Filis, mal hayan
Los ojos que en un tiempo te miraban.

Aguardando estoy á verte
Tanto cuanto ya te ensanchas,
Arrepentida llorando
El bien de que ahora te apartas.
Víspera suele el bien ser
Del mal que ahora no te halla;
Pero aguarda que él vendrá
Cuando estés mas descuidada.
Filis, mal hayan etc.

¡Oh cuántas y cuántas veces
Me acuerdo de las palabras,
Cruel, con que me engañaste
Y con que á todos engañas!
A tí te engañaste sola,
Pues te he de ver engañada
De este que tú tanto adoras,
Y de mí sin esperanza.
Filis, mal hayan etc.

Miréte con buenos ojos,
Pensando que me mirabas,
Como te miraba yo
Por tu bien y mi desgracia;
Que en esto bien claro está
Eras tú la que ganabas;
Mas al fin no mereciste
Tanto bien, siendo tan mala.
Filis, mal hayan
Los ojos que en un tiempo te miraban.

16. *(Del Romancero general.)*

Presta la venda que tienes,
Amor, á la bella niña,
Para que cubra los ojos
Con que da muerte y da vida.
Los mas libres corazones
Prende con sola una vista,
Los mas soberbios sujeta,
Y los mas firmes derriba.
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.

Si no quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos
Te quite el arco y te rinda,
Déjale la banda, y huye;
De ella te oculta ó te libra,
Que no hay quien hoy se le escape
De cuantos sus ojos miran.
Y aunque etc.

No hay zagal en el aldea
De noble ó de baja estima,
Que la señal de su hierro
No traiga en su rostro escrita.
De lo que las almas sufren
Salen al rostro las pintas,
Y por los ojos descubren
Lo que los suyos lastiman.
Y aunque etc.

No sé que se tienen ellos
Que parece que enhechizan;
Tienen un gusto de miel
Qne para él mas es acibar.
Y mas con las hebras de oro
Que en todo los autorizan,
Con que libertades ata,
Y mil voluntades liga;
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.

17. *(Del Romancero general.)*

Matiza con mil colores
El abril los campos verdes,
Y enriquécelos el mayo
Con jazmin, rosa y claveles;
Cuando huyendo de la tierra
Que tanto nos enriquece,
Por no tener gusto alguno
Valerio su gusto pierde.
Mandóle su Calidora
Que no la oyese ni viese,
Y aunque es sentencia de agravio,
Con agravio la consiente;
Y por darle mayor gusto
En el hondo mar se mete
Buscando las zarandajas
Que en tal caso se requieren.
La nave del pensamiento
Va do es justo que se anegue,
Por ir tan altas las hondas
Que hasta el mesmo cielo lleguen.
Y cuando bajas, tan hondas
Que allá en el centro se meten,
Que es centro de las desdichas
A donde viniendo muere.
Con los suspiros que arroja
Crece el viento, y se embravece
La mar que ciega sus ojos,
Y su sentido entorpece.
Del entendimiento el norte
Falta con que el bien perece,
En entrando á renovar
La historia de verse ausente.
Y ansi rompiendo la nave
Del gusto que asi se pierde,
Le anega en el mar de amor
Donde nadie se defiende.
Que son pesadas sus burlas,
Y desdichas los placeres,
Cuales las pasó Valerio
Triste, desterrado, ausente.

18. *(Del Romancero general.)*

Sobre unas tajadas rocas
Que al cielo sus hombros prestan,
A quien mira el sol primero,
Y á quien á la postre ciega;
Tan estériles, que allí
Ni un árbol solo no cuelga,
Cubiertas de ovas peinadas

Que arrastraban por la tierra;
En lo mas alto de todas
Se via un águila fiera
Con un cordero en las uñas
Balando con voces tiernas.
Para haberle de matar,
Por los ojos le comienza;
Y cuando ciego le tuvo,
Al corazon dió la vuelta.
Ya le esconde el corvo pico
Entre la lana y las venas;
Y por el aire medrosas
Las blancas bedijas vuelan.
Cuando al galope corriendo
Por un lado de las peñas
Asomó el valiente Albanio
En un bayo á la gineta.
Con una espada de corte
Que de un tahelí le cuelga,
Y en el arzon con dos cargas
Una escopeta turquesca.
Llamando viene á su gente
Que se le perdió en la sierra
Tras un jabalí cerdoso,
Que de un golpe muerto deja.
Y alzando ambos los ojos,
En lo alto de las peñas
Esgrimiendo el fiero pico
Descubrió el águila fiera.
Movido de tal crueldad,
Puso al rostro la escopeta,
Y tocando al muelle blando,
El águila cayó muerta.
Cayó balando el cordero
Entre las uñas sangrientas,
Aunque sin vista, no muerto,
Que le ampara dicha buena.
Tomóle Albanio en sus manos,
Y al noble pecho le allega,
Y halagándole le llora
Tan castigada inocencia.
Tenia puesto un collar,
Y escrita en él esta letra:
Tirsi me labra el collar,
Y Melanio me apacienta.
Iguales somos, le dice,
En la fortuna y las penas:
De otras uñas me escapé
Que vida y alma penetran.
Túvome una águila preso,
Que de la beldad fue reina;
Y en duda estoy cual fue mas
Su crueldad ó su belleza.
Tirsi me rompió mi alma
Con pico y crueldad inmensa,
Siendo cordero en la culpa,
Mal grado á tanta paciencia.
Comenzóme por los ojos,
Quedó el alma sin defensa;
Pues para herir el alma
La razon ha de estar ciega.
Ven conmigo, prenda cara,
Dueño cobras, padre heredas,
Desde hoy te ofrezco regalo,
Que basta tu herida tierna.
Solo á tu vista y la mia
No ofrezco salud entera;
Porque herida en los ojos,
Quien la cura mas la ciega.
Mas ofrézcote la grama
De mis jardines y huertas,
El amparo de sus sombras,

La piedad de quien te lleva.
Daréte yo el pan de leche
De mi mano, y de mi mesa,
Porque ofendieron en leche
Mi esperanza y tu pureza.
Con esto el valiente Albanio
A su alma dió la vuelta,
Y por el nuevo hallado
Su perdida gente deja.

19. *(Del Romancero general.)*

Despues que rompiste, ingrata,
De amor el estrecho nudo,
Pruebo á sujetar el cuello,
Y no consiente otro yugo.
Gocé libertad tres años,
Si aquel es libre y seguro
Que de llorar tus mudanzas
No tiene su rostro enjuto.
Pensaba que era en amarte
Cuando menos sin segundo;
Pero ya me dice el tiempo
Que han sido primeros muchos,
Y que acuden á tu casa
Mas galanes al descuido,
Que caben rios ni arroyos
En el reino de Neptuno.
Y para mas afrentarme,
Porque me escarnezca el vulgo,
Has dado en hacerme esclavo
Con los hierros de tu gusto.
De agravio y desdenes tales
Solo á mi firmeza culpo,
Que no acierta á ser mudable
Cursando tanto en tu estudio.
Mas ¡ay! que es venir á menos,
Aunque pueda hacer un hurto
Mas famoso que el de Elena
Negarte mi alma tributo;
Y asi le cuento á Cupido,
La vez que á su templo acudo,
Mas quejas que en el Senado
El villano del Danubio.
Todos los amantes oye,
Para mí está sordo y mudo;
No sé si el traidor procura
Lo que yo tambien procuro.
Que segun es tu belleza,
Aunque tenga de Dios humos,
No deja de ser quien es
En ser de tus siervos uno.
Y si va á decir verdades,
Aunque de falsa te acuso,
A manos de tu ira muera,
Si fuere de otra, y no tuyo.

20. *(Del Romancero general.)*

Contemplando está Sireno
Desde el tronco de una palma
El dulce fruto marchito,
Y secas las verdes ramas;

El levantado cogollo
Cubierto de blanca escarcha,
Y como los varios bienes
Ya la empinan, ya la bajan;
Y la yerba con su sombra
Estaba fresca y lozana:
Agora por faltar ella
Amarilla y agostada.
Esto compara con quejas
Al rigor de una mudanza,
Con cuya fuerza se agostan
Sus floridas esperanzas.
Infame Marfida, dice,
¡Ay dulce Marfida ingrata,
Como semejas al tiempo,
A la escarcha y á la palma!
Tus veranos y tus fiestas
Con el verano se acaban,
Y de tu fe las raices
Cualquier viento las arranca.
Ligeramente te doblas,
Ligeramente desamas,
La veleta de tu amor
Al viento de interes anda.
Tus halagos y lisonjas
Con cuatro mentiras falsas
Son fruto de regadío,
Que no medra si agua falta.
Pero no me espanto de esto,
Antes es bien que lo hagas;
Porque al fin siendo muger
No desmientas á la casta.

21. *(Del Romancero general.)*

La niña imagen de amor,
A ser ciega como el ciego,
Y mas que las de sus ojos
Estimada de su dueño;
Olvidada del recato
De su altivo pensamiento,
Sin temer fiar su honra
De agenos atrevimientos,
A peticion de su alma,
Y á fuerza de sus deseos,
A quien dió puerta en sus glorias
Abrió la de su aposento.
Hiciéronla confiada
Promesas y juramentos,
Y pensar que era de cerca
Cobarde amor cual de lejos:
Pero al fin desengañóse,
Y vió que ocasion y tiempo
En el corazon que ama
Engendran atrevimiento.
Hallóse presa en los brazos,
Del que recibió su pecho,
Y temerosa y cobarde
Le dice entre amor y miedo:
Mira que soy niña,
Amor, dejame,
Ay, ay, que me moriré.
Paso, Amor, no seas
A mi gusto estraño,
No quieras mi daño,
Pues mi bien deseas;
Basta que me veas
Sin llegarteme.

Ay, ay, que me moriré.
No por ser rapaz
Amor al quererse,
Tiene de comerse
Su fruta en agraz,
Vivamos en paz
Armas quedense,
Ay, ay, que me moriré.
No me hagas riña
Lo que me alboroza,
Que soy tierna y moza,
Soy medrosa y niña,
¿Sin cerner la viña
Quieres que te de?
Ay, ay, que me moriré.
No seas agora,
Por ser atrevido,
Desagradecido
Con la que te adora,
Que si se desdora
Mi amor y tu fe,
Ay, ay, que me moriré.
No seas injusto,
Ni me causes daños,
Ten miedo á mis años,
Ya que no á mi gusto,
Que de aqueste susto
Grande mal tendré,
Ay, ay, que me moriré.
Estima mi vida
Si estimas gozarte,
Que no he de negarte,
Cuando se me pida;
Verásme crecida,
Y tuya seré,
Ay, ay, que me moriré.

22. *(Del Romancero general.)*

Vete, amor, vete,
Mira que amanece.
Gente pasa por la calle,
Y pues pasa tanta gente,
Sin duda que la mañana
Sus blancas alas ya tiende.
Y pues de la vecindad
Tanto me temo y te temes,
Porque al vulgo no declares
Lo que te quiero y me quieres,
Vete, amor etc.
Si el sol en saliendo barre
La aljofar que el campo tiene,
Tambien de mi lado quita
La perla que me enriquece.
Lo que á otros parece dia,
A mí noche me parece;
Pues luego que sale el alba,
La noche de ausencia viene.
Vete, amor etc.
Si quieres echar raices
Al pasatiempo presente,
Sin que el aire de envidiosos
Tan presto no nos lo lleve;
Si quieres que nos veamos
Como esta vez muchas veces,
Donde á letra vista pago
Lo que te debo y me debes.
Vete, amor etc.
Deja los dulce abrazos,
Que si entre ellos te entretienes,
Un mal nos podrá dar largo

Aqueste contento breve.
Un dia de purgatorio
No hace mucho quien le tiene,
Pues la esperanza de gloria
Sus graves penas descrece.
Vete, amor, vete.

23. *(Del Romancero general.)*

Ya con mis lágrimas tristes
Vuelvo los diamantes cera,
Y el fuego de mis suspiros
Hasta los cielos penetra;
Ya con mis llorosos ojos
Te doy de mis penas muestra,
Que cuando las lenguas callan
Son los ojos vivas lenguas.
Ya no refiero mis males,
Ni entrego al viento mis quejas,
Por no tomar el alivio
Que se toma si se cuentan:
¡Mas ay, Princesa,
Que cansarte y cansarme no aprovecha!
¿Por qué no miras, señora,
Que á una fe tan verdadera
Tratar con tanto rigor
Desdice á tanta belleza?
¡Mi bien! ¿por qué tanto mal?
¡Mi gloria! ¿por qué tal pena?
¡Mis ojos! ¿tales enojos,
Por qué? dadme la respuesta.
¿Qué yerros he cometido?
¿Qué desacatos? ¿qué ofensas?
¿Qué preceptos he violado,
Si soy la misma obediencia?
Mas ay etc.
A todos tus desengaños
¿Quién como yo resistiera?
Pues mis propios enemigos
Se espantan de mi firmeza.
¿Quién á tantos disfavores,
Recelos, ansias, sospechas,
A no tener tanto amor,
Tuviera tanta paciencia?
Yo te adoro, y me aborreces,
Yo te aprecio, y me desprecias,
Persíguesme, y yo te sigo,
Con mas que pisadas penas.
¡Mas ay etc.
Vuelve, señora, los ojos,
Si de cruel no te precias,
Y sino para matarme
Dale á la muerte licencia.
Mira que el alma se enciende,
Y quiero, cruel, que adviertas
Que estás dentro de mi alma,
Y te has de abrasar en ella.
En la fe del alma vives,
La fe vive que no es muerta,
Y como viva, me manda
Que te quiera aunque no quieras.
¡Mas ay, Princesa,
Que cansarte y cansarme no aprovecha!

24. *(Del Romancero general.)*

Tus penetrantes suspiros
Muy poca pena me dan,
Antes su escesivo fuego
A mi pecho enoja mas;
Y aunque tus ojos me dicen
Que por hallarme incapaz
De poder hablar la lengua,
Ellos hablan con llorar,
Refiriéndome tus males,
Al aire tus quejas das;
Y asi claramente hablando,
Te quiero desengañar,
Que no te canses ya,
Pues cansarte y cansarme es por demas.
¿Pues por qué, traidor, me miras,
Que tu aficion desleal
Procura ofender mi gusto,
Si contra mi gusto va?
Si tanto mi gusto precias,
¿Por qué no te has de preciar
De no ofender mi belleza,
Si ya no la quieres mal?
Yerro ha sido el atreverte,
Y es bien que conozcas ya
Que favores contra gusto
Yo jamas los supe dar,
Y no te canses etc.

El no creer desengaños
De quien niega voluntad,
Y á muger pedir firmeza,
Si no quiere, es necedad.
Si con celos y sospechas
Mil disfavores te dan,
¿Para qué tienes paciencia,
Ni amor donde no le hay?
No te quiero aunque me adores,
Antes he de procurar
Despreciarte y perseguirte,
Porque no me sigas mas.
Y á si te digo etc.
Jamas he sido cruel,
Ni he muerto á nadie jamas;
Mas yo volvere la hoja,
Si tú en la cuenta no das.
El incendio de tu alma
No ha de poder abrasar
A la mia, pues mi pecho
Para tí es de nieve ya.
Si la fe en tu pecho vive,
Y contra tu voluntad
Te manda quererme, mira
Que te ha de suceder mal.
Y basta aquesto ya
Para olvidarme sin cansarme mas.

25. *(Del Romancero general.)* (*)

Vuelve á la nieve su ser,
Vuelve su ser á la nieve,
Ingrata dulce Lisbella,
Pues en nada al tuyo ofendes.
No la conviertas en fuego,
Que en tus manos se convierte
En puras vivas centellas,
Y aun en rayos inclementes.
Un cometa me arrojaste
En aquel globillo breve,
Que si lo esterior heló,
Lo oculto del pecho enciende.
Montaña debes de ser,
Duro risco, peña fuerte
En constancia, en hielo, en fuego,
Con efectos diferentes.
Todos son en daño mio,
Y si lo que siento entiendes,
Posible será ablandarte,
Si es posible conmoverte,
Bien sé que en estable y firme
A mi firmeza no escedes;
Pero son firmezas mias,
Y como mias te ofenden.
Leves flores te ofrecí,
Ofrecíte flores leves,
Y púsetelas á donde
Mis designios poner sueles.
Dijísteme se cayeron;
Bien en la tierra parecen,
Do hallarán mis esperanzas
No dirás se desvanecen.
Marchitáronse de presto
Entre tu hielo y desdenes,
Que en hielo y desdenes tuyos
No hay abril que á colmo llegue.
Dales la mano un momento,
Y mira que lo merecen,
Ganen por llamarse tuyas
Lo que por mi parte pierden.
Cuatro letras te escribí,
Y si las notas y adviertes,
Pagarás mi voluntad,
Si acaso pagarla puedes.
Dicesme que con la tuya
Respondes: bien me parece;
Pero voluntad oculta
Grandes sospechas contiene.
Toma la pluma te ruego,
Descubre lo que prometes,
Pues que sabes que en hacerlo
Consiste mi buena suerte.
Muriendo vive Galcerio,
Y esto es lo peor que tiene,
Que no es largo el padecer,
Que consiste en vida breve.
Mucho te debe la mia,
Pues porque padezca quieres,
Que entre tus venganzas viva
Donde mi paciencia muere.

(*) A una dama que tiró una pella de nieve á su galan.

Hazme una sola merced,
Si sabes hacer mercedes;
Pero pedir al avaro,
Es negocio impertinente.

Quisiera que me arrojaras,
Si con esto no te ofendes,
Al profundo de miserias,
O en algo ocupar tu mente.

26. *(Es de Góngora.)*

Donde esclarecidamente
Guarnecen antiguas torres,
El cristal del Occeano,
En que se mira Ayamonte,
Dos términos de beldad
Se levantan junto á donde
Los quiso poner Alcides
Con dos colunas al orbe.
El uno es la blanca Nais,
El otro la rubia Cloris,
Cuyas frentes de jazmines
Son auroras de sus soles.
Deidades ambas divinas,
Veneradas en los bosques,
En tantos templos de amor,
Cuantos son los cazadores.
Aras son devotas suyas
Cuantos en barquillos pobres
A las redes ó los remos
En el Oceano esconden;
Cuanto el campo á los monteros
Y el mar da á los pescadores,
Sacrificio es de su fe,
Y fe de sus corazones.
Arde el monte, arde la playa,
Y en los árboles del monte
Arde algun silvestre Dios
En algun antiguo roble.

Que mucho si entre las ondas
Que en los escollos se rompen,
Ofrece el mar las cenizas
De algunos marinos Dioses.
Ellas en vano seguidas
De suspiros y de voces,
El ciervo hacen ligero
Aljaba de sus arpones,
En cuyo alcance prolijo
Deben á sus pies veloces
(A pesar de los coturnos)
Las selvas diversas flores.
Si al campo el cristal calzado
Viste de varios colores,
El nácar desnudo al mar
Perlas da que le coronen.
Cuando requieren las nasas,
O cuando los velos cogen,
Ilustrando con dos lunas
Las tinieblas de la noche,
A cuyos rayos lucientes
Vieras las ondas entonces,
Negar las blancas espumas
A sus resacas y golpes,
Por no dejallas vencidas
En aquella playa noble,
A manos de la blancura,
Que hoy la nieve reconoce.

27. *(Es de Góngora.)*

Servia en Oran al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trescientos cenetes eran
De este rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas:
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las campanas y cajas...
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
«Salid al campo, señor,
«Bañen mis ojos la cama,
«Que ella me será tambien
«Sin vos campo de batalla.
«Vestíos, salid aprisa,
«Que el General os aguarda;
«Y os hago á vos mucha sobra,
«Y vos á él mucha falta.
«Bien podeis salir desnudo,
«Pues mi llanto no os ablanda,
«Que teneis de acero el pecho,
«Y no habeis menester armas.»
Viendo el español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice asi: «Mi señora,
«Tan dulce como enojada,
«Porque con honra y amor
«Yo me quede, cumpla y vaya,
«Vaya á los moros el cuerpo,
«Y quede con vos el alma.
«Concededme, dueño mio,
«Licencia para que salga
«Al rebato en vuestro nombre,
«Y en vuestro nombre combata.»

28. *(Es de Góngora.)*

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde;
Aquel español de Oran
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano,
Y por sus cernejas fuerte,

Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien cenetes.
En el ligero caballo
Suben ambos, y él parece
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza,
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver cada vez que vuelve
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,
Sin escusarlo obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte:
«Valiente eres, Capitan,
«Y cortés como valiente:
«Por tu espada y por tu trato
«Me has cautivado dos veces.
«Preguntado me has la causa
«De mis suspiros ardientes,
«Y débote la respuesta
«Por quien soy y por quien eres.
«Yo nací en Gelves el año
«Que os perdisteis en los Gelves,
«De una Berberisca noble,
«Y de un turco mata siete.
«En Tremecen me crié,
«Con mi madre y mis parientes,
«Despues que murió mi padre,
«Cosario de tres bajeles.
«Junto á mi casa vivia,
«Porque mas cerca muriese,
«Una dama del linage
«De los nobles Melioneses,
«Estremo de las hermosas,
«Cuando no de las crueles,
«Hija al fin de estas arenas,
«Engendradoras de Sierpes.
«Era tal su hermosura,
«Que se halláran claveles
«Mas ciertos en sus dos labios,
«Que en los dos floridos meses.
«Cada vez que la miraba
«Salia el sol por su frente
«De tantos rayos vestido,
«Cuantos cabellos contiene.
«Mas ya la razon sujeta
«Con palabras me requiere,
«Que su crueldad le perdone,
«Y de su beldad me acuerde.
«Juntos asi nos criamos,
«Y amor en nuestras niñeces
«Hirió nuestros corazones,
«Con harpones diferentes.
«Labró el oro en mis entrañas
«Dulces lazos, tiernas redes,
«Mientras el plomo en la suya
«Libertades y desdenes.
«Esta, español, es la causa
«Que á llanto pudo moverme;
«Mira si es razon que llore

«Tantos males juntamente.»
Conmovido el Capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
«Gallardo moro, le dice,
«Si adoras como refieres,
«Y si como dices amas,
«Dichosamente padeces.
«¿Quién pudiera imaginar,
«Viendo tus golpes crueles,
«Que cupiera alma tan tierna
«En pecho tan duro y fuerte?
«Si eres del amor cautivo,
«Desde aqui puedes volverte,
«Que me pedirán por voto
«Lo que entendí que era suerte.
«Y no quiero por rescate
«Que tu dama me presente
«Ni las alfombras mas finas,
«Ni las granas mas alegres.
«Anda con Dios, sufre y ama,
«Y vivirás si lo hicieres,
«Con tal que cuando la veas
«Pido que de mí te acuerdes.»
Apeóse del caballo,
Y el moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus pies ofrece.
«Vivas mil años, le dice,
«Noble Capitan valiente,
«Que ganas mas con librarme,
«Que ganaste con prenderme.
«Alá se quede contigo,
«Y te dé vitoria siempre,
«Para que estiendas tu fama
«Con hechos tan escelentes.
«Apenas vide trocada
«La dureza desta sierpe,
«Cuando tú me cautivaste,
«¡Mira si es bien que lamente!»

29. *(Es de Góngora.)*

En un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
Y lo perdonó por pobre,
Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella,
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al mozo conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro y la mano,
Siente al amor, que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones,
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de agua, ó piedad,
Hija de padres traidores.
Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas;
Los rayos del Sol perdonen.
Los últimos nudos daba,
Cuando el cielo la socorre,
De un villano en una yegua,
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guia,
Que el Sol deja su horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego,
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues cuyos dedos
De esta vida fueron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan cuando menos
Su beldad, y un Reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas,
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
A un aspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!
¡Qué bien la destierra amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame,
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
El pie calza en lazos de oro,
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por pies
La hermosura del orbe.
Todo sirve á los amantes,
Plumas les baten veloces,
Airecillos lisonjeros,
Si no son mormuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores.
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes de estos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

30. *(Es de Góngora.)*

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco Dios y rapaz,
Vendado que me has vendido
Y niño mayor de edad;
Por el alma de tu madre
Que murió, siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas.
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.
Baste el tiempo malgastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquietas banderas,
Foragido Capitan.
Perdóname, Amor, aquí,
Pues yo te perdono allá
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Déjame en paz, etc.
Amadores desdichados
Que seguis milicia tal,
Decidme ¿qué buena guia
De un ciego podreis sacar?
De un pájaro ¿qué firmeza?
¿Qué esperanza de un rapaz?
¿Qué galardon de un desnudo?
De un tirano ¿qué piedad?
Déjame en paz, etc.

Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
Como aré y sembré cogí;
Aré un alterado mar,
Sembré en esteril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Déjame en paz, etc.
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la carcel libertad,
Miel dulce al amargo acíbar,
Principio al fin, bien al mal.
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.

31. *(Es de Cristobal Suarez de Figueroa.)*

Atandra, bella enemiga,
Que con helado desvío,
El fuego de mi firmeza
Fomentas y tienes vivo:
Cuando dejé tu presencia
Bien sabes que mis suspiros
Acrecentaron el aire,
Y mis lágrimas el rio.
Estuve en Arcadia ausente,
Siendo en adorarte el mismo,
Que aunque tan lejos de tí,
Gobernaste mi albedrio.
Volví y hallé ¡triste yo!
Mi fe rendida á tu olvido,
Y para verme tus nortes
Vueltos ya de ardientes frios.
¡Ay indigna novedad,
Qué fantasmas, qué prodigios
Turbaron mi alegre estado!
¡Qué tesálicos hechizos!
Bien conozco que no tengo
Estrella de ser querido,
Y que pena en vez de gusto
Me señala mi destino.
Mas pues ordenan los hados
Que te ame aborrecido,
Y que en el tormento sea
Segundo Tántalo y Ticio,
Ablanda una vez siquiera
Tus rigorosos oidos,
Y permite que me queje,
Pues que me ofendas permito.

32. *(Es de idem.)*

Amantes, veis que no son
Siempre males los que ofenden,
Veis que se vuelven suaves
Los ásperos accidentes.
¡O bien padecidas ansias!
Cuyos males ya son bienes,
Cuyas espinas dan rosas,
Cuyo llanto risa ofrece.

Esposos, pues os mostrastes
En la esperanza valientes,
Vuestra costumbre seguid,
Y en la posesion sed fuertes.
Vuestro dichoso himeneo
Con nuevo aplauso celebren
Aire, fuego, tierra y mar,
Y os cante todo viviente.
Jilgueros y ruiseñores,
Músicos del campo alegres,
Vos que en violines de ramas
Entonais dulces motetes:
Aires, que servis de manos
A sus cuerdas de hojas verdes,
Y de frescos abanillos
En los estíos ardientes:
Argentados arroyuelos
Hijos de risueñas fuentes,
Que sin mormurar de nadie
Andais mormurando siempre:
Vos súbditos de Neptuno,
Veloces y mudos peces;
Y vos de ocultas montañas
Habitadores silvestres;
De estos amantes conformes
Cantad la dichosa suerte,
Y por vos sus alabanzas
En todo elemento suenen.
El son de sus nombres suba
A los celestiales ejes,
Y en fin su gloria inmortal
Sea de la envidia muerte.

33. *(Es de Jorge Montemayor.)*

Oidme, señora mia,
Si acaso os duele mi mal,
Y aunque no os duela en oille,
No me dejeis de escuchar.
Dadme este breve descanso,
Porque me esfuerce á penar:
¿No os doleis de mis suspiros,
Ni os enternece el llorar,
Ni cosa mia os da pena,
Ni la pensais remediar?
¿Hasta cuando, mi señora,
Tanto mal ha de durar?
No está el remedio en la muerte,
Sino en vuestra voluntad,
Que los males que ella cura
Ligeros son de pasar:
No os fatigan mis fatigas,
Ni os esperan fatigar:
De voluntad tan exenta
¿Qué medio se ha de esperar?
Y ese corazon de piedra
¿Cómo le podré ablandar?
Volved, señora, esos ojos,
Que en el mundo no hay su par:
Mas no los volvais airados,
Si no me quereis matar,
Aunque de una y de otra suerte
Matais con solo mirar.

34. *(Es de Jorge Montemayor.)*

Cuando yo triste nací,
Luego nací desdichada,
Luego los hados mostraron
Mi suerte desventurada.
El sol escondió sus rayos,
La luna quedó eclipsada,
Murió mi madre en pariendo
Moza, hermosa y mal lograda:
El ama que me dió leche
Jamas tuvo dicha en nada,
Ni menos la tuve yo,
Soltera ni desposada.
Quise bien y fui querida,
Olvidé y fuí olvidada;
Esto causó un casamiento,
Que á mí me tiene cansada.
Casara yo con la tierra,
No me viera sepultada
Entre tanta desventura,
Que no puede ser contada.
Moza me casó mi padre
De su obediencia forzada,
Puse á Sireno en olvido
Que la fe me tenia dada.
Pagué tambien mi descuido,
Cual no fue cosa pagada,
Celos me hacen la guerra,
Sin ser en ellos culpada.
Con celos voy al ganado,
Con celos á la majada,
Y con celos me levanto
Contino á la madrugada.
Con celos como á su mesa
Y en su cama estó acostada.
Si le pido de que ha celos
No sabe responder nada;
Jamas tiene el rostro alegre,
Siempre la cara inclinada.
Los ojos por los rincones,
La habla triste y turbada:
¡Cómo vivirá la triste
Que se vé tan mal casada!

35. (*)

Cuando yo triste, mezquino,
Infelice y desdichado,
De amorosos pensamientos
Estaba mas descuidado,
El traidor del Dios Cupido
Me puso en mayor cuidado,
En cosas que yo hasta entonces
De muchos habia burlado.
Quiso vengarse de mí,
Pues le habia menospreciado,
Porque nadie se atreviese
Con ánimo confiado
Burlarse de su potencia,
De su reino y de su estado:

(*) Es de Alonso Perez, continuador de la Diana de Montemayor.

El traidor como maligno
Nueva manera ha buscado,
Que como ya muchas veces
Sujetarme habia probado
Con belleza de algun rostro,
Y por demas lo ha intentado.
Mostróme una bella mano,
Bella sobre lo criado,
Un golpe me dió con ella
Que aquel solo le ha bastado.
No tuvo necesidad
Con otro haber segundado,
Porque fue tan poderoso
Que con él fuí derribado,
Sin haber en mí poder
Para dél ser defensado:
¿Dime, mano larga y blanca,
De las manos el dechado,
Cómo siendo tú tan tierna
Tan duro golpe me has dado?
Por mano yo te juzgué,
Mas creo que me he engañado,
Que tal mano no es posible
Que natura la ha formado;
Y creo que tú, Cupido,
En ella te has trasformado
Para vengarte de mí,
Porque no te he respetado.
Si por aquesto lo has hecho
De tí sea perdonado,
Que desde agora prometo
No salir de tu mandado,
Y decir y confesar
Ser tu valor estremado.
Y si algun inobediente
Contra tí hubiere hallado,
Mostrándole su maldad
El será por mí avisado.

36. *(Del Romancero general.)*

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio
Entre los vivos tú sola;
Oye despacio, y no temas,
Pues no menos que tu sombra
Recelan mis ojos tristes
La venida del aurora,
En tanto que á estas murallas,
Do mi enemiga reposa,
Dan asalto mis suspiros,
Y combaten mis congojas.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas y paredes sordas!
No duermas, fiera enemiga,
Segura de mi vitoria,
Que no hay vitoria segura
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contrario,
Que mi razon mucha ó poca,
A contestar no bastara
La tigre mas espantosa.
No es tan pequeño mi fuego,
Que con el viento que sopla
No convirtiera en ceniza
Otras mas fuertes que Troya.
¡Cuitado etc.
Goza, cruel, tu sosiego;
Que esta mi voz temerosa,

Poco te ofende en quejarse,
Si con su daño te gozas.
Den voces por mí las piedras,
Llamándote rigurosa,
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran.
Y si por yerro me vieres,
Haz que de verme te asombras,
Que si el pecado es cobarde,
Con razon vives medrosa.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas etc.!

37. *(Del Romancero general.)*

Despertad, hermosa Celia,
Si por ventura dormís,
Que vida que ha muerto un hombre
No es justo que duerma asi.
Si no temeis la justicia,
Por misericordia oid
El alma del mismo cuerpo
Que viene á penar aquí.
Abrid esas celosías,
Ya que las puertas no abris,
Si no temeis que entre dentro
Como sombra del que fuí.
Yo me acuerdo que algun dia
Sin descansar ni dormir
Os hallaba el sol en ellas,
Y vos en la calle á mí;
Y agora que estais durmiendo,
Alegre en verme morir,
No os duele que el cielo llueva,
Y que llueva sobre mí.
Si algun dichoso os detiene,
Decidle que yo lo fuí,
Y que para cuando os pierda
Os deje doler de mí.
¡Triste dél cuando os conozca,
Como yo cuando os perdí,
Que tenia de piedra el alma,
Y el rostro de serafin!
En vuestros brazos estuve,
Mas no hay que fiar asi
Del sol claro por enero,
Y flor de almendro en abril.
Celia, pues no despertais,
Es fuerte Dios el sufrir,
Dormid, y velen mis ojos
En tanto que vos dormís.

38. *(De idem.)*

En una barca metida,
Entre temor y esperanza,
Pasa el mar la que en amor
A todas escede y pasa.
Va en busca de Lucidoro
La bellísima Lisarda,
Olvidada ya de Ardenio,
Y aun de sí propia olvidada.
No lleva vela ni guia,
Que harto vela quien bien ama,

Ni anda el remo, y al de amor,
La que la gobierna, anda.
No va la barca sin peso,
Ni en llevarla poco abarca,
Que siempre la triste y sola
De cien mil pesares carga.
No lleva tiros de bronce,
Ni menos gente de guardia,
Que los rayos de sus ojos,
Si miran airados, matan.
No la apagan sus deseos
Ver en medio tantas aguas,
Que el gran fuego de su amor,
Aunque muchas no lo apagan.
No va á Indias, porque estima
El oro fino de Arabia,
Que oro tiene en sus cabellos,
Y en su blanco pecho plata.
No busca esmeraldas finas,
Porque en sus ojos las halla,
Ni hace caso de las perlas,
Que antes ella las derrama.
En busca va de una piedra,
Que puesto caso que es falsa,
En los quilates de fe
Es del anillo del alma.
A piedra falsa y hermosa
Parece en todo sin falta,
Dureza y belleza junto
En el corazon y cara.
No es vestido de camino
Con el que viene esta dama,
Que la tomó la locura
En el estado de galas.
Una saya entera trae,
Toda llena de esmeraldas,
Que es propio de quien navega
Andar lleno de esperanzas:
Manga bordada con lazos
De redecilla de plata,
Que porque no se le escape,
Lleva lazos, red y manga.
Los cabellos lleva presos
Con una cinta de nácar,
Que los que enlazan y prenden,
Es justo que presos vayan.
Descubrióse el puerto, á donde
Tiene el ingrato su casa,
Puerto que le llama ella
Cabo de buena esperanza.
Aquí quisiera ella hacer
Del pensamiento una barca,
Que como ama y desea,
Piensa que la suya pára.
Mas cuando pongo por caso,
De su ventura alcanzára
Hacerla del pensamiento,
Sospecho que no le hallára;
Que como tiene este monstruo
Tan velocísimas alas,
Está ya de la otra parte
Por mensagero del alma.

39. *(Del Romancero general.)*

A vista del puerto está,
Que no puede tomar puerto,
La desdichada Lisarda,
Por serle contrario el tiempo.

Levantóse una tormenta
Tan furiosa, que al momento
Las olas del hondo mar
Competian con el cielo.
A la cortesía del agua,
A su gran desasosiego
Iba la barca sujeta,
Llevada de un recio viento;
Y atada á la parda nube,
Ya deciende al hondo centro,
Dando como mal regida
De un estremo en otro estremo.
¡Ay desdichada de mí!
Dijo vista en este aprieto,
¿Dónde volveré los ojos
Que me cause algun consuelo?
Aire, cielo, mar y tierra,
Revueltos contra mí veo,
De suerte que me hacen guerra
Todos los cuatro elementos.
El cielo ya me amenaza
Con mil temerosos truenos,
Y temo que un rayo arroje,
Que es lo que mas me recelo.
Y no porque á mí me mate
Su rigor y fuerza temo,
Que el que aborrece la vida,
No tiene á la muerte miedo:
Pero como en lo mas duro
Suele hacer su golpe fiero,
Al pecho de Lucidoro,
Como á tal, irá derecho.
Aunque en ser de fuego el rayo
Está seguro su pecho
De que no lo abrasará,
Pues no le abrasa mi fuego.
El aire ya me persigue,
Pues es su furor violento,
Un mandamiento de embargo
Para que el cuerpo esté preso.
La tierra me tiene el alma,
Pues me tiene á quien bien quiero,
Y el hondo mar de envidioso
El martirizado cuerpo.
Aquí verán un milagro,
Y si no es milagro, creo,
Que lo traza mi desdicha
Por arte de encantamento;
Pues aunque el mar no consiente
Tres dias un cuerpo muerto,
Sobre sus inquietos hombros
Me detiene tanto tiempo.
Todo me sucede mal;
Tanto, que tengo por cierto
Que lo que es bueno de suyo,
Hace en mí contrario efecto;
Por aquí se pueden ver
Mis desdichados sucesos,
Y si me quejo de vicio
En todo cuanto me quejo.
El cielo le veo cerrado
A mis quejas y á mis ruegos,
Y el desenfrenado mar
Para me sorber abierto.
Cuanto anduve por la tierra,
Lo mas caminé por puertos,
Y ya que en el mar estoy,
No le topo porque es bueno.
En nada tuve fortuna,
Cuando pisé el patrio suelo,
Hasta que en el mar me ví,

Do por ser mala, la tengo.
De suerte que sola yo
A tener las cosas vengo,
Cuando me pueden dañar,
Y no cuando las deseo.

40. *(Del Romancero general.)*

Ya el escesivo rigor
De la pasada tormenta,
El perezoso Santelmo,
En bonanza cambia y trueca.
Aire, cielo, tierra y mar
Dejaron de dar la guerra,
Dando de paz todos cuatro
Cierta y amigable muestra.
El cielo en quitarse el luto,
El aire en templar su fuerza,
La mar en desenojarse,
Y en recibirla la tierra.
Apenas pisa la playa,
La cuesta enseñada apenas,
Cuando encuentra á su enemigo
Para sufrirlas de veras.
El repentino suceso
Le heló la sangre en las venas,
Que á veces el alegria
Mata como la tristeza.
Atóle la lengua amor,
Y quisole hablar por señas,
Que los ojos de un amante
Hacen oficio de lengua.
Mas la fuerza del agravio
Rompió el silencio por fuerza,
Dando á la lengua conceptos,
Y á los ojos bellos perlas.
«¿Es posible, ingrato, dice,
«Que haya en tí tanta dureza
«Que mi firmeza y lealtad
«Ni te mude ni te tuerza?
«La guerra que el cielo me hizo
«Ya de cansado la deja;
«¿Y tú no quieres dejarla,
«Ni aun darme siquiera treguas?
«El aspereza de un dia
«Otro la deshace y quiebra;
«¿Y la de ese pecho duro
«Con ningun tiempo se templa?
«¿Es de piedra ese tu pecho?
«Pero no, que á ser de piedra
«El agua que dan mis ojos
«Le vinieran á hacer mella.
«¿Es de nieve por ventura?
«¡Mas ay de mí, si lo fuera,
«No digo nieve, mas bronce
«Mi fuego le derritiera!
«Debe de ser de cristal,
«Segun muestra tu belleza,
«Pues siendo como es de agua
«Ningun calor le desyela.»
Esto dijo, y un desmayo
Le cortó el hilo á sus quejas,
Porque no sirven palabras
Para quien no tiene orejas.
Quedó la pobre señora
Del color de la azucena,
Vueltos los hermosos ojos,
De un frio sudor cubierta.

Vuelve en sí, menea los labios,
Pide luz, traenla una vela,
Pensando que la pedia,
Para no morir sin ella.
Mas no lo dice por eso,
Sino que aun á sí se esfuerza
Para decir Lucidoro,
Y al medio nombre se queda.
Poca impresion en él hace
Aquesta viva tragedia,
Que aunque es hecha por su causa,
Ni le duele ni le pesa.
Puso la muerte en su arco
Una penetrante flecha,
Untada como ella suele
De su venenosa yerba.
Y como es diestra en tirar,
Y no trae cual amor venda,
Al pecho que amor erró
Ella con su tiro acierta.
Murió el herege de amor,
Tan contumaz en su secta,
Que con el alma en los dientes,
De amor, con ser Dios, reniega.
Y con una risa falsa
Dice, tratándole della,
A costa de verle asi,
Otras mil veces muriera.
Quitósele luego el habla
Con esta razon postrera,
Que ya no consiente el cielo
Que le diga mas blasfemias.

41. *(Es del Príncipe de Esquilache.)*

Entre dos montes soberbios
Está tan guardado un valle,
Que por él pregunta el sol,
Y donde vive no sabe.
Un solo manso arroyuelo
Su verde término parte,
Y riñendo no consiente
Que otras aguas por él pasen.
Tantas sombras le acompañan,
Tan mudas pasan las aves,
Que en sus peñascos parece
Que el miedo y la noche nacen.
Ni en ellos cantan ni anidan
O suspensas ó cobardes,
Que en las casas de los tristes
No hay quien se alegre ni cante.
La diferencia que tiene
Cuando las estrellas salen,
Es que suenan en las guijas
Un poco mas los cristales.
De los árboles sombríos
El valle y los montes hacen
Que para mas confusion,
Las verdes ramas se abracen.
Al negro horror que se encubre
Con un silencio tan grande,
Ni las mañanas le alumbran,
Ni le escurecen las tardes.
Y aunque esté tan triste y solo
Sin peligro de engañarme,
Yo por las suyas trocara
Mi tristeza y soledades.

El parece que está triste
Cuando yo lloro pesares:
Si él parece y yo padezco,
Diferentes son los males.
A verle voy, que es forzoso
Que un triste al otro acompañe,
Porque mis penas le alegren
O sus tristezas me acaben.
¿Mas por qué pierdo pasos en buscalle,
Si es mi desdicha el mas confuso valle?

42. *(Es del Conde de Rebolledo.)*

El amor y el apetito,
Lisis, tan distantes son,
Que al uno culpan por vicio,
Al otro adoran por Dios.
Lascivamente apetece
Belleza el uno esterior,
Y el otro modesto aspira
A divina perfeccion.
Quien amar sabe, bien sabe
Cuanto difieren los dos,
Y que perfecciones vuestras
Solo merecen amor.
Si tan generoso afecto
Otra beldad me debió,
Fue que ensayaba en él
Mi cobarde adoracion;
Y cuando á tanta deidad
Atrevida se arriesgó,
Ya desestimar sabia
Todo lo que no era vos.
Constantemente negada
Aun á las luces del Sol,
Hará de vuestros desprecios
Presumida ostentacion.
Que si otro intenta obligaros,
Y solo quereros yo,
El sabrá merecer mas
Mas yo adoraros mejor.

43. *(Es de Don Agustin de Salazar y Torres.)*

Amar y querer, Anarda,
Suena ser un mismo afecto,
Y al examinar las voces
Se oyen disonar los ecos.
El querer ¿no es desear?
La voz lo dice, pues necio
Digo que quiero, espresando
Codicia de lo que quiero.
Luego el querer es solo
Servir por ganar el premio,
Fingiendo una adoracion,
Y ocultando un sacrilegio.
Vi, y quise; luego los ojos
Aspiran á lo que vieron,
Y lo fácil de un sentido
Abrió la puerta al deseo.
¡Oh vil afecto! ¡oh cobarde!
Que con ambicioso anhelo
Guias hácia la esperanza
Los pasos del rendimiento.

En contra ¡qué generoso,
Qué noble es amor! ¡qué atento!
Pues aun los rigores se halla
Indigno de merecerlos.
Si hace el perfecto amar
De conocer lo perfecto,
¡Bien haya la voluntad
Que parece entendimiento!
Generoso el amor tiene
Solo el amor por objeto,
Sin codiciar los favores,
Sin repugnar los desprecios.
En solo penar confia
Amor, sin saber de premio,
Y anhelando al parecer,
Olvida el merecimiento.
Anarda, si es el querer
Desear, y amar lo perfecto,
No tiene mas fin que amar,
Yo te amo, mas no te quiero.

44. *(Del Romancero general.)*

Escuchad las que de amor
La falsa ley adorais,
Y vereis en mis desdichas
Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escucheis,
Que si de veras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré,
Carcel de mi libertad,
Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme cual niña,
Supe como vieja amar,
Que amor sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Dile el alma de mi pecho,
Lo mas que le pude dar,
Que el niño Amor como es Dios
Nunca menos que almas da.
Quísome mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;
Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltaran jamas,
Mas cuando se carga mucho,
Son fáciles de quebrar.
Dejóme como tirano,
Otra sirve y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contenta estuve
Sin temor de aqueste afan,
Que cuando se goza el bien,
Nunca se acuerdan del mal.

45. *(De ìdem.)*

Al cabo de años mil
Vuelven las aguas por do solian ir.

Señora, vuestro papel,
Como mandaste leí,
Los ojos puestos en él,

Y el alma en un serafin.
Y aunque juez apasionado,
Aqueste descargo oid,
Que en vuestras injustas quejas
Vuelve la razon por mí.
Confieso que vuestro amor
Ha sido mas que decís,
Y que vos fuisteis el alma,
De lo que en un tiempo fuí.
Confieso que me ofrecistes
De vuestro rostro el jazmin:
A tantas obligaciones
Yo no sé qué me decir,
Porque la culpa que tengo,
Es que á mi Celia ofendí.
Considerad mi pasion
De lo que os informo aqui,
Y á vuestro Celio que canta
Un cantar que dice asi:
Al cabo de años etc.
Vuelve detras del invierno
El verde y vistoso abril,
Y del campo las alfombras
Las matiza el alelí.
Los años que un tiempo alegres
Bañaban el torongil,
Olvidando el nuevo curso,
Vuelven por do solian ir.
El miserable cautivo,
Que casi vido su fin,
Vuelve á su querida patria,
Por dinero ó por ardid.
El caminante que anduvo
Desde Vizcaya á Madrid,
Vuelve á ver su amada prenda,
De su esperanza adalid.
Suele el cazador astuto
Dar alcance al jabalí,
Y vuelve de entre las redes
Suelto por el campo á huir.
Todo lo consume el tiempo,
Agosta el fresco jardin,
Mas como tiempo mudable,
Le vuelve al mayo á vestir.
Y al cabo de años etc.
De Celia en quien tengo el alma,
Que os dé el retrato, decis,
Y por no seros ingrato
Os le entrego, veisle aquí.
En su cabello fino oro,
Y esto, señora, advertid
Que borda con su madeja,
Y entonces el oro es vil.
En su frente marfil blanco,
Sus cejas arco sutil,
Cuyas flechas son los ojos,
Remate de su nariz:
En su boca coral fino,
Que engaza el blanco marfil,
Y su pecho y su cintura
De la honestidad perfil.
Lo demas no lo retrato,
Por cubrillo un faldellin,
Y finalmente os respondo
Al papel que me escribis,
Que al cabo de años etc.
A vuestras aras ofrezco
Los sueños que no dormí,
Aguardando hasta maitines
A la seña de un candil.
En paga de vuestro amor

Tambien podreis recibir
Tantas noches que hasta el alba
Nos dió el sol á vos y á mí.
Perdonad, que de mi amor
No puedo ser San Martin,
Porque el alma entera tiene
La mesma que vos decis.
Cuatro inviernos la he querido,
Mas que á la mar el delfin;
Quiere dar paga á mi amor,
Y yo respondo que sí.
Confieso que no os merezco,
Y tambien digo, que al fin
Vos teneis mas plata y oro
Que ha engendrado el Potosí.
Ofrecedlo á vuestro esposo,
Que para libre nací,
Y soy un cuerpo sin alma,
Que solo os sabrá decir:
Que al cabo de años mil,
Vuelven las aguas por do solian ir.

46. *(Es del Conde de Rebolledo.)*

Las lágrimas que he llorado
Tan bien logradas han sido,
Que de contento he vertido
Las que al dolor han sobrado.
Lágrimas bien empleadas
Que enjugarse merecieron,
De suerte que les tuvieron
Envidia las no lloradas.
Siempre deben acusar
De corto su sentimiento,
Pues ha vertido el contento
Las que no pudo el pesar.
Las lágrimas que lloré
Tan bien he visto lograr,
Que debo siempre llorar
Las que de llorar dejé;
Y acreditar mi cuidado
Con llanto tan advertido,
Pues el contento ha suplido
Lo que al dolor ha faltado.

ROMANCES FESTIVOS,

JOCOSOS, SATIRICOS Y BURLESCOS.

1. *(Del Romancero general.)*

Paseándome una noche
Con ferreruelo y espada,
Yendo libre y descuidado
Atravesé cierta plaza,
Y en ella ví una tendera
Que con su hermosa cara
Las tinieblas de la noche
De la calle desterraba.
Y parte con el candil,
Y parte con su luz clara,
Ví que sueltos y sin órden
Unos cabellos mostraba,
Que no se les dà un ardite
Por el oro de la Arabia:
Una frente que al cristal
Mas fino no tiene en nada;
Unos ojazos rasgados
Que los corazones rasgan:
Una nariz pequeñuela,
Pulidilla, y bien sacada:
Unas mejillas que esceden
A las rosas coloradas,
Con dos hileras de perlas
Que afrentan á las mas blancas,
Y dos corales por labios
Que aquestas perlas engastan:
Una barba con un hoyo
Donde ojalá me enterraran:
Un pecho que al alabastro
Le puede dar quince y falta,
Do puso naturaleza
El plus ultra de la gracia,
Y de donde la columna
Imperial se le levanta.
Las manos, por no mentir,
Nieve son, pero pisada,
Porque el vender del carbon
No consiente manos blancas.
Alleguéme hácia su tienda,
Por proponer mi demanda;
Mas estaba alli su madre,
Una muger gorda y alta;
Y asi no pude hablar
En mi amor una palabra,
Temiendo no alborotase
Con voces toda la plaza,
Como es propio de tenderas
Cuando se ven agraviadas.
Quise tomar ocasion
De comprar unas manzanas,
Pero buscando la bolsa
Metí la mano en las calzas,

Y halléla sola y desierta,
Huérfana, viuda y sin blanca.
Aguardé que no estuviese
Su madre otro dia en casa,
Y teniendo coyuntura
Le dije aquestas palabras :
Señora, en aquesta plaza
Y en esta tienda amor tiende
Las redes con que nos prende,
Y los lazos con que enlaza.
Querria, con tal que quieras
Darme sin tomar pasion,
A peso de un corazon
Lo que pesare de peras.
Sácamelo de este pecho;
Pues que lo tienes aquí;
Mas tómalo, veslo ahí:
Para peras te lo echo.
No te está bien ser cruel,
Que es de tu beldad esceso;
Pues cuando tienes el peso
Pareces un San Miguel.
Pesa bien mi amor sencillo
Y mi firme voluntad,
Con toda fidelidad
No jugando de dedillo.
No uses de tales mañas,
Que es treta que se me alcanza;
Sino ajusta la balanza,
Mira que no es fruta entrañas.
Ni será bien, angel tierno,
Segun lo que se me ofrece,
Que quien del cielo parece
Tenga obras del infierno.
Ea, seamos amigos;
Y por mi amistad inmensa
No me des en recompensa
Las madres de aquestos higos.
¿Por qué tan suspensa estás?
Que en eso mi amor ofendes,
Y con el carbon que vendes
Enciendes mi fuego mas.
Ella pues, que no podia,
Sufrir ya tantas palabras,
Porque con ceño mortal
Todas me las escuchaba,
Con gran capote en los ojos,
Y capote de dos aldas,
Asi dió injusta respuesta
A mi tan justa demanda.
Señor, acorte razones,
Y déjese de ese afan;
Que yo cómo carne y pan,
No almas ni corazones.
Acabe, no sea pesado,
Y en sus pretensiones cese;
Que no es posible que pese
Un corazon tan pesado.
Y si San Miguel he sido,
Galan á su parecer,
El parece Lucifer
Que á sus pies está tendido.
Váyase, no sea molesto,
Ni mas de necio despunte;
No me dé ocasion que junte
Un cesto con otro cesto.
Esto dijo, y asió luego
Un cestillo de manzanas,
Y creo con el me diera
Si de allí no me apartara.
Tras el cual venir veia
Las pesas con que pesaba;

Y por tanto temeroso
De que me descalabrara,
Al fin la dejé, entre dientes
Echando mil noramalas
Para ella, y para su madre,
Y para quien fuere á hablarla.

2. *(Del Romancero general.)*

Libre del fuego de amor,
De cuidados apartado,
Una noche hermosa y clara,
En el rigor del verano,
Me salí de mi posada,
Costumbre de cortesanos,
A gozar del fresco viento
Que corre en el verde prado,
Sin saber á donde iba
Como quien va descuidado,
Con un ferreruelo viejo,
Zaraguel y jubon blanco,
Y una monterilla azul,
Medias y alpargates blancos.
En fin, iba tan desnudo
Que pudiera echarme á nado,
Sin que me diera el vestido
Pesadumbre en el trabajo.
Y como asi me cogió
El amor ciego y vendado,
Tan desnudo cuanto pobre,
Pobre cuanto descuidado,
Parecióle que era tiempo
Para herir mi pecho sano,
Y me dió una virotada
Que me abrió todo un costado,
Metiéndome una fregona
Que acaso estaba fregando
En casa de una alojera
Adentro de un cuarto bajo.
Y como la vi sentada
Entre cazuelas y platos,
Qué requiebro le diria
Estuve un rato pensando;
Y parecióme decirle
Uno harto acomodado,
Y asi le dije: señora,
¿Quiéreme fregar un plato?
La fregona que me oyó
La cabeza ha levantado,
Dióme cara y de su vista
Quedé tan apasionado,
Que si me diera licencia
Entrara á ayudarla un rato;
Y cuando no la sirviera,
Sino de dalle aguamanos,
Me pareciera tan mucho
Que me viniera tan ancho.
Díjele que si queria
Servirse de aquel criado;
Y respondióme con brio:
A fe, ¿burla el muy picaño?
¡Como á esos picarones
Estamos acá avezados!
Amigo, váyase luego,
Porque le darán cien palos.
Respondíle con paciencia
Como el que está amartelado:
Pues, mi señora María,
¿Por qué me está maltratando?

Mire, que la quiero mucho,
Y que le haré mil regalos.
Respondió: ¿quién le da cuenta,
Señor, de como me llamo?
Dije: mi alma, señora,
Que á vos está adorando.
Que no quiero que me quiera,
Váyase, señor picaño,
Que á fe que si viene el Conde,
Que le ha de moler el zarzo.
Respondí: señora mia,
Que todos somos cristianos,
Y ya que no sea Conde,
Basta que Marques me llamo.
Dijo: pues aguarde un poco
Que ya me voy ablandando,
Y en componiendo el basar
Le hablaré, señor, un rato.
Yo aguardéla muy contento,
Hice piernas paseando,
Púseme de media quilla
Por si me estaba mirando.
Apretéme la montera,
Y cobré la espada al lado,
Puesto á lo de Dios es Cristo,
Y no de esperar cansado.
Parecióme que tardaba
Mi María y mi regalo:
Sentí abrir una ventana,
Y ví mi estrella llamando
Diciendo: lléguese acá,
A que no fui nada tardo.
Dejóme un poco hablar,
Y en viéndome sosegado,
Me dijo: bien de mi cuerpo,
Que le quiero como al diablo;
Y haciendo y diciendo junto,
Ví un golpe de agua arrojado,
Oyendo, aunque va caliente,
Yo creo le habrá enfriado.
Y dióme en toda la cara,
Barba, pecho, cuello y mano,
Con el agua de fregar
Y un pedazo de estropajo;
Y por Dios que no sentí
El golpe de agua tanto,
Cuanto el ver que se reia
De verme tan enojado.
Saqué al fin por esperiencia
Que con agua de fregado
Saca amor muy bien su mancha
Del pecho mas abrasado.

3. *(Del Romancero general.)*

Marina, Francisca y Paula,
Inés, Costanza y Elvira,
Heridas de aquella vira
Que cuenta Amadis de Gaula,
Con pensamientos conformes,
Y con deseos forzados,
Tienden sus paños lavados
Sobre la arena del Tormes.
¡Ay Tormes, como te ensanchas,
Dijo Elvira, en ondas claras,
Solo con mi pecho avaras,
Pues no le quitan las manchas!

Pero no tengo razon
De decir tal desatino,
Pues no son telas de lino
Las telas del corazon.
Volvió Juana su canasta,
Y sobre ella mal sentada,
Con la ventura empeñada
Por la esperanza que gasta;
Tomó de arena un puñado
Considerando su pena,
Y dijo: como esta arena
Es el bien de mi cuidado.
Digo que cuando procuro
Apretarle dentro el alma,
No hallo mas que en la palma,
Porque no hay amor seguro.
Alzando la voz Ines,
Dijo al agua suspirando:
Agua, no pases callando
Por do está mi portugues.
Dale cuenta de mis duelos,
Dile que lloro, y no llora;
Que le adoro, y que él adora
A la causa de mis celos.
Que si tus ondas no dan
Estas señas conocidas,
Irán lágrimas perdidas
Donde palabras no van.
Costanza que no tenia
Dolores de pensamiento,
Dijo: mohina me siento
De escuchar vuestra agonía.
¡Por hombres teneis enojos!
¡De veras llorais por hombres!
Traidores hasta los nombres
Y hasta el fin de sus antojos.
¡Qué donosa ceguedad!
Volved, amigas, la hoja,
Pues sabeis que es su congoja
Mudanza y facilidad.
Haciendo son con las palmas
Paula que tendido habia,
Esta letrilla decia,
Que es el mote de sus almas.
Amor, quien no te conoce
Ese te compre.

Con vasallos te regalas,
Maltratas Reyes y Reynas,
Villanos cabellos peinas,
Desprecias ricos y galas:
Para el mal te nacen alas,
Para el bien eres un monte,
Ese te compre.

Empeñas nuestras verdades,
Y con mentiras nos pagas;
Las voluntades estragas,
Destruyes las amistades,
Y para hacer crueldades
Traes un velo que te emboce,
Ese te compre.

Naciste en hora menguada,
Y en señal de mal agüero,
Eres hijo de un herrero
Y de una muger errada.
Haces la noche alborada,
Y alboreas á la noche.
Ese te compre.

¡O qué donaire ha tenido,
Paula, tu copla donosa!
Dijo Costanza, quejosa
Del lavandero Cupido.
Dime si quieres ahora:

¿Cuyo es ese consonante?
De aquel señor estudiante
Qui visita á mi señora.
Ines que está algo prendada
De un page de Don Gaspar,
Asi comenzó á cantar
Muy celosa y muy lavada:
Aquel pagecito de aquel plumaje,
Aguilica sería quien le alcanzase.
Aquel pajecico de los airones
Que volando lleva los corazones,
Aguilica sería quien le alcanzase.
Francisca se desmayó,
Y á concierto la traian
Las amigas que sabian
De su mal el sí y el no:
Y asida su ropa blanca,
Puesto el sol que la secó,
La escuadra en ala marchó
Camino de Salamanca;
Y mostrando que llevaban
Mas contento que trujeron,
Alegres se despidieron,
Y esta letrilla cantaban:
Mas prende amor que la zarza,
Mas prende y mas mata.
Hace montes llanos,
Y poblados yermos,
Sana los enfermos,
Y enferma los sanos:
Humilla los vanos,
Y humildes ensalza,
Mas prende y mas mata.
Los finos amores
Que del sayo pasan,
Los hielos abrasan,
Doblan los ardores:
Son nuestros dolores
Sus perlas y plata;
Mas prende y mas mata.

4. *(De Lope de Vega.)*

Unas doradas chinelas
Presas de un blanco liston,
Engastaban unos pies
Que fueran manos de amor:
Unos blancos zapatillos
De quien dijera mejor
Que eran guantes de sus pies
(Justa aunque breve prision),
Descubriendo medias blancas
Poco espacio, de temor
De que no pudieran serlo
Sin esta justa atencion;
Siendo las blancas manos
Un faldellin de color,
(Alfileres de marfil,
Que dieran años al sol)
Me enamoraron un dia
Que con esta misma accion
La bellísima Amarilis
Un arroyuelo saltó.
Riéronse los cristales,
Ojalá tuvieran voz,

Por que dijeran su dicha
Sin murmurar la ocasion.
Bien hayas tú, la serrana,
Mil años te guarde Dios,
Que aun para saltar arroyos
Tienes brio y perfeccion.
Tu dicha goce otros tantos
El venturoso pastor,
A quien amorosa has dado
De tus brazos posesion.
Cuando sales en chinelas
Me ha dicho mas de una flor,
Que las pisas sin quebrarlas,
Tus pies tan ligeros son.
No suele pasar la aurora
Por los prados tan veloz,
Aunque no dejar estampas,
Se quejan de tu rigor.
Mas la que en ellas no dejas
Les dará mi corazon,
Que envidioso de las flores
A recibirte salió.
Años há, bella Amarilis,
Que el alma á tus ojos doy,
Mas no á tus pies, que aun apenas
Los vió mi imaginacion.
Solo me ha dado cuidado
(Quiero bien, temiendo estoy)
Que puedan tener firmeza,
Pies que tan ligeros son.

5. *(Es de Góngora.)*

En el baile del ejido
(Nunca Menga fuera al baile)
Perdió sus corales Menga
Un disanto por la tarde.
Dicen que se los dió en ferias
Tres ó cuatro dias antes
El Píramo de su aldea,
El sobrino del alcalde.
Los corales no valian
Los estremos que ella hace,
Y porque de cristal fuesen
Lloró Menguilla cristales.
¡Quien oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales!
Veinte los buscan perdidos,
Y no es mucho en casos tales
Que un perdido haga veinte,
Pues un loco ciento hace.
En el ejido los buscan,
Que yendo Menga á lavarse
Se los dejó entre la juncia
Del arroyo de los sauces,
Do en pago de su blancura
Menosprecian arrogantes
Las blancas espumas que orlan
El verde y florido margen;
Que la nieve es sombra oscura
Y el marfil negro azabache
Con la garganta de Menga,
Coluna de leche y sangre.
¡Quién oyó, zagales,
Desperdicios tales

Que derrame perlas
Quien busca corales!
Ya el Cura se prevenia
De los antojos que saben
En rúbricas coloradas
Hacer las letras mas grandes,
Cuando albricias pidió á voces,
Bartolillo con donaire,
Por haber hallado Menga
En sus labios sus corales.
Los ojos fueron de antojos
Los que descubieron antes
En la juncia los claveles,
En la arena los granates.
Y viendo purpurear
Las rojas prendas del angel,
Al son dijo del salterio
Que tañia Gil Perales:
¡Quién oyó, zagales,
Desperdicios tales,
Que derrame perlas
Quien busca corales!

6. *(Del Romancero general.)*

Voy á pisar con mis pies
La mas venturosa aldea
Que tiene el cerco del mundo,
El contorno de su rueda.
Poblóse para mi bien
En el año de noventa,
Y fue la ventura suya
Despues de asolada Grecia.
Allá voy á descansar
Lo que de mi vida queda;
Pues cuando venga la muerte
No hay hacelle resistencia.
Vivir quisiera cien años;
Que abundosa es el aldea,
Y si lo comun faltare,
Baratas valen las berzas.
Yo soy de ellas muy amigo,
Y me darán una espuerta
Por menos de cinco blancas
Con mil cogollos y pencas.
Dicen que vierten el vino;
Pésame de que le viertan:
Mas bien dicen que lo mucho
Es causa que se aborrezca.
Yo daré luego un pregon
Que ningun hombre lo beba,
Que al fin han de respetar
Mi persona y mi presencia.
Y con ello pienso hacer....
Mas haré cuando Dios quiera,
Un gran arroyo de vino
Que sea del pueblo cerca.
Luego me finjo un Platon
Sin saber las veinte letras,
Y les digo, aunque no sé,
Lo que influyen los planetas.
Ganaré mil voluntades;
Que unas palabras bien puestas
Suelen ser mas eficaces
Que no las obras enfermas.
Y pues que yo soy seglar,
Y no he de ser de la iglesia,
Echaré el ojo á una moza,

Y no será la mas fea.
Que viéndome al fin casado
Se hará de mí mas cuenta,
Y se dirá en los corrillos,
No há un mes que vino á la tierra.
Y á la hija de Pascual,
Que es la que me da mas pena,
Y aun andan ya entre los dos
Mil celillos y sospechas,
Una música le dí
Habrá como seis cuaresmas,
Con un tablon de tinaja
Y un pedazo de caldera.
Canté una vieja letrilla,
Y fue la mas cierta seña
Para poderla hablar
Por encima de la puerta.
Como la queria bien,
Perturbóseme la lengua,
Y por decirla mi alma,
La dije: ¿qué haces, puerca?
Agora la voy á hablar,
Dando mi disculpa buena;
Que no es digno de castigo
Quien una vez sola yerra.
Aunque sea pedernal,
La pararé como cera;
Que palabras amorosas
Ablandan pechos de piedras.

7. *(Del Romancero general.)*

Cabizbajo y pensativo,
Puesto en un peñasco el codo,
Con la mano en el pescuezo
Estaba el pastor Chamorro,
Viendo como van y vienen
Las aguas al rio Cofio,
En cuyas riberas vive
Ausente, olvidado y solo.
Lleva la cara tostada
De lágrimas y de mocos,
Por su prenda que ha dejado
Porque le dejó por otro.
Sospéchase que una tarde
La vió bailar en el corro,
Y pisó el pie á un zagal,
Y él la miró de mal ojo.
Y con este pensamiento,
Como novillo celoso,
Bramando la voz despide
Del pecho al garguero ronco.
¡O mas falsa pastorcilla
Que las trampas de los lobos,
Y mas dura que tortuga
La concha, que no el meollo!
Piensas que por Penelope
Te tienen agora todos,
Y no hay niño que no diga
Que quieres bien á Chamorro:
Quitástele la gorguera
Con la sarta de abalorio,
Y pusístele el mandil
Con que haces el mondongo.
Si lo pensaste encubrir,
Eso, Marica, á los bobos;
Que bien se ve por la saya
Cuando se quema el quillotro.

Que el fuego del corazon
Mal se cubre con rebozo:
A fe que le quieres bien,
O que yo soy mal astrólogo:
Por el talle no lo hiciste,
Que aunque á él le apunta el bozo,
Yo tengo mas ancha espalda,
Y soy mas tieso de lomos.
Por los ojos no lo hiciste,
Que si él tiene blancos ojos,
Yo los tengo como gato,
Que dicen son venturosos.
Pues por tañer ya tú sabes,
Marica, que aunque mas gordo,
Yo le aventajo en la flauta,
Y me dura mas el chorro.
Pues en cantar ya tú sabes
Que hago letras y tonos,
Y que salto como cabra,
Y que vuelo como corzo.
En lo que toca á regalos,
Ninguno mas amoroso,
Que Antonia suele decir
Que nací para palomo,
Y por esto el otro dia
En un corrillo de mozos
Estando delante de él
Quisiste echarme un apodo:
Que decir que son ofertas
Bien sabes que es testimonio
Del que suele en Jueves Santo
Colgar el Cura del olmo.
Marica, si te ofendí
Le ruego á Dios poderoso
Que me nazcan tantas potras
Como agora guardo potros:
Y á el mismo ruego, Marica,
Pues me dejas por un tonto,
Se te olvide lo que sabes
Aunque se te olvide poco;
Y que mientras en él piensas
Se te queme el pan del horno,
Y se te salga la cuba,
Y vaya el borrico al soto;
Y si hilares al candil,
Aguardando al perezoso,
Te duermas á cabezadas
Y que se te queme el copo;
Y se te abrase la parva
Del fuego de los rastrojos:
Langostas coman tus panes
Y muchachos tus cohombros;
Apedréense tus viñas
Y púdranse tus repollos;
Gatos coman tus conejos,
Milanos coman tus pollos,
Puercas te sorban el suero,
Ratones el queso todo;
Y si arrope hacer quisieres,
Galgos te viertan el mosto,
Y que el dia de San Juan
Ni bailes ni veas toros:
Si bailares, que á la noche
Te duelan brazos y hombros;
Que presto veas de enero
El pecho que abrasa agosto,
Que pienso con esta ausencia
Poner mi salud en cobro.

8. *(Es de Góngora.)*

En la pedregosa orilla
Del turbio Guadalmellato,
Que al claro Guadalquivir
Le paga el tributo en barro,
Guardando unas flacas yeguas
A la sombra de un peñasco,
Con la mano en la muñeca
Estaba el pastor Jalayo;
Pastor pobre y sin abrigo
Para los hielos de mayo,
No mas de por estar roto
Desde el tronco á lo mas alto.
Quejábase reciamente
Del amor que le ha matado,
En la mitad de los lomos,
Con el arpon de un tejado.
Por la linda Teresona,
Ninfa que siempre ha guardado
Orillas de Vecinguerra
Animales vedriados.
Hija de padres que fueron
Pastores de este ganado;
El uno orillas de Esgueva,
Y el otro orillas de Darro.
De esta pues Jalayo andaba
Tiesamente enamorado,
Lanzando del pecho ardiente
Regüeldos amartelados:
No siente tanto el desden
Con que de ella era tratado,
Cuanto la terrible ausencia
Le comia medio lado.
Aunque para consolarse
Sacaba de rato en rato
Un cordon de sus cabellos,
Y tejido por su mano,
Tan delicado y curioso,
Tan curioso y delicado,
Que si el cordon es tomiza,
Los cabellos son esparto.
Con lágrimas le humedece,
Y el yegüero desdichado,
Aunque despues con suspiros
Queda enjuto y perfumado;
Y en un papelon de estraza,
Habiéndole antes besado,
Le envuelve, y saca del seno
De su pastora un retrato,
Que en un pedazo de angeo,
No sin primor ni trabajo,
Con una espátula vieja
Se le pintó un boticario.
Y clavando en él la vista,
En tono arromadizado
Estos versos cantó al son
De un mortero y de su mano:
Dulce retrato de aquella
Enemiga desabrida,
Que para acortar mi vida
No tiene en sus ojos mella;
La paciencia se me apoca
De ver cuán al vivo tienes
La frente entre las dos sienes,
Y los dientes en la boca;
Y que es tal el regalado
Mirar de tus ojos bellos,
Que el que está mas lejos de ellos,

Ese está mas apartado.
Y asi aunque me hagan guerra
Mirándolos me estaria
Toda la noche y el dia,
Comiendo turmas de tierra.
Retrato pues soberano,
Que segun es tu primor,
Tuvo al hacerte el pintor
Cinco dedos en la mano,
Si no quies verme difunto
Segun por ti me derriengo,
Mírame, pues ves que tengo
La nariz tan en su punto.
Mírame, ninfa gentil,
Que ayer me miré en un charco,
Y ví que era rubio y zarco
Como Dios hizo un candil.

9. *(Del Romancero general.)*

Por los chismes de Chamorro
Desterrado y despedido,
Simocho, el pastor de Albano,
Se puso por regocijo
El sayo de entre semana,
Y de la fiesta el pellico.
Todo lo trueca por armas
Que quiere salir lucido.
Galan sale del aldea
Con un greguesco amarillo,
Jubon de lienzo casero
Con sus pestañas de rizo;
Del color de su ventura
Lleva un negro coletillo,
Que fuera blanco en un tiempo
Que la fortuna lo quiso.
Un bohemio verde lleva
Del tiempo del Rey Perico,
Que aunque le tiene en los hombros,
Se va teniendo en sí mismo;
Que siempre larga esperanza
Se apolilla en el sentido,
Si no la sacan al aire,
Que se la lleve de frio.
Cabezon de puntas lleva
Almidonado de limpio;
La gorra con martinetes,
Los pies con juanetes finos,
Que lleva entre unos y otros
De su dama el nombre escrito.
Que Juana Nuñez se llama
Hija de Pedro Francisco,
El que en la fiesta de Dios
Lleva el gigante mas chico,
Y otras veces la tarasca
Que hace llorar á los niños.
Desterraron á Simocho,
Porque Chamorro les dijo
Que hizo coplas á Juana
Y de Pascual su marido.
En que dijo sobre todo
Que no comia tocino,
Y que ella comia carne
En viernes como en domingo.
Por eso se va Simocho

Desterrado y despedido;
Sus enemigos se huelgan
Y llóranle sus amigos.
Acompáñanle piojos,
Ganado de los perdidos,
Que van con el desterrado
Acompañando el vestido.
Lleva una espada mohosa,
Y de una soga los tiros,
Media de lana morada,
Y sus ligas de pajizo.
Una pica lleva al hombro,
Porque su suegra le dijo
Que ha de ganar por la pica
Lo que perdió por el pico.
Con esto parte Simocho
Diciendo, dáseme un prisco
De Juanilla y de su padre,
De sus tios y sus primos,
Que tres ducados da el Rey
Y á cuenta de ellos vestidos.
Irme quiero á las Italias,
Que tengo buen cuerpo y brio:
Llamaréme Don Simocho,
Diré que soy bien nacido,
Quizá seré General
O mochilero de amigos;
Porque como de los puercos
Se hacen los obispillos,
Asi tambien de los hombres
Los Curas y los Obispos.

10. *(Del Romancero general.)*

Agora que estoy de espacio
Cantar quiero en mi bandurria
Lo que en mas grave instrumento
Cantára, mas no me escuchan.
Arriménse ya las veras,
Y celébrense las burlas,
Pues da el mundo en niñerias,
Al fin como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
En el coro de mi aldea
Cantaba mis aleluyas.
Con mis perros y huron,
Y mis calzas de gamuza,
Por ser recias para el campo,
Y por guardar las belludas,
Fatigaba el verde suelo
Que mil arroyuelos cruzan
Como sierpes de cristal
Entre la yerba menuda;
Ya cantando orilla el agua,
Ya cazando en la espesura,
Del modo que se ofrecian
Los conejos con las murtas.
Volvia de noche á casa,
Dormia á sueño y soltura,
No me despertaban penas,
Mientras me dejaban pulgas.
Y en la botica las tardes
Me daba muy buenas zurras
Del trunfo con el alcalde,
Del ajedrez con el cura.
Gobernaba de allí el mundo,

Y daba á soplos ayuda
A las católicas velas
Que el mar de Bretaña sulcan.
Y hecho otro nuevo Alcides
Trasladaba sus columnas
De Gibraltar al Japon
Con el segundo Plus Ultra.
Daba luego vuelta á Flandes,
Y de su guerra importuna
Atribuía la palma
A la fuerza y á la industria:
Y con el beneficiado,
Que era Doctor por Osuna,
Sobre Antonio de Lebrija
Teníamos mil disputas.
Argüíamos tambien
Metidos en mas honduras
Si se podian comer
Espárragos con la Bula.
Veníame por la plaza,
Y de paso vez alguna
Para mí llevaba pollos,
Para mis vecinas plumas.
Comadres me visitaban,
Que en el pueblo tenia muchas,
Ellas me llaman compadre,
Y taita sus criaturas.
Y cuando se me ofrecia
Caminar á Estremadura,
Entre las mas ricas de ella
Me daban cabalgadura.
Lavábanme ellas la ropa,
Y en las obras de costura
Ellas ponen el dedal,
Y yo les prestaba agujas:
A todas queria bien,
Con todas tenia ventura;
Porque á todas igualaba
Como tijeras de mula.
Esta era mi vida, amor,
Antes que las flechas tuyas
Hicieran en mí terrero
Y blanco de desventura.
Enseñásteme, traidor,
La mañana de San Lucas
Un rostro como de almendro,
Ojos garzos, trenzas rubias:
Tales eran trenzas y ojos,
Que tengo por muy sin duda
Que cayera en tentacion
Un viejo con estrangurria.
Desde entonces acá sé
Que matas y que aseguras;
Que das en el corazon,
Y que á los ojos apuntas.
Sé que nadie se te escapa,
Pues cuando mas de ti huya
No hay vara de inquisicion
Que así halle á quien tú buscas.
Sé que tu guerra es civil,
Y sé que es tu paz de Judas,
Que aguardas para batalla,
Y que llamas para justas.
Sé que te armas de diamantes,
Y nos das lanzas de juncia;
Y para arneses de vidrio
Espada de acero empuñas.
Sé que para el bien te duermes,
Y que para el mal madrugas;
Que te sirves como grande,
Y que pagas como mula.
Perdona pues mi bonete;

Mira que te descomulga:
Levanta el arco, y revuelve
De tus saetas las puntas
Contra los que sus juicios
Significan bien sus plumas.
Mas con los que ciñen armas,
Bien callas y disimulas,
De gallina son tus alas:
Vete para hideputa.

11. *(Es de Góngora.)*

Dejad los libros agora,
Señor Licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fe que son para oir.
Yo soy aquel Gentil-hombre,
Digo aquel hombre gentil,
Que por su Dios adoró
Un ceguezuelo ruin.
Sacrifiquéle mi gusto
No una vez sino cien mil
En las aras de una moza
Tal cual os la pinto aqui.
El cabello de un color
Que ni es cuarto ni florin,
Y en la relevada frente
Ni azabache ni marfil.
La ceja entre parda y negra
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los del quis vel qui,
Entre cuyos bellos rayos
Se derriba la nariz,
Terminando las dos rosas
Fresca seña de su abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente un aljofar
Que el alba suele vestir.
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
Mal haya yo si no vence
Al mas suave jazmin.
Con su garganta y su pecho
No tiene que competir
El nácar del mar del sur,
Ni plata de Potosí.
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y libre alguacil
De libertad y de bolsas,
Es de nieve y de neblí.
Lo demas, Letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fe que me ha rogado
Que lo calle para mí.
Aunque por brújula quiero,
Si estamos solos aqui,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos
Esto, Señor, baste al fin;
Si hay serafines trigueños,
Ella es un serafin.
Pudo conmigo el color;
Porque una vez que la vi
Entre mas de cien mil blancas
Ella fué el maravedí.

Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta,
Y deja el blanco alhelí,
Dos años fue mi cuidado
El que llaman por ahí
Los jacarandos respeto,
Los modernos tahelí;
En cuyos alegres dias
Desde el ave al peregil
Por esta negra Odisea
La Bucólica le di.
Sus piezas en el invierno
Cubrió flamenco tapiz,
Y en el verano las mias
Andaluz guadamacil.
Hoy deseaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Tanto que en la peña pobre
Era ermitaño Amadís,
Pregúntale á mi vestido
Que riéndose de mí,
Si no habla por la boca,
Habla por el bocazí.
Ya iba quedando en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho
De no tener y pedir,
Cuando Dios y norabuena
Me fue forzado el partir
A negocios de importancia
A la villa de Madrid.
Comencé á mentir congojas,
A suspirar y gemir
Mas que viuda en el sermon
De su padre Fray Martin.
Dijo que acero seria
En esperar y sufrir;
Fue despues cera, y si acero,
Ella se tomó de orin.
Tiernísima me pidió
Que ya que quedaba asi
La ovejuela sin pastor,
No quedase sin mastin.
Y asi le dejé un mulato
Por espia y adalid,
Que me espió á mí en saliendo
Y se lo fue á ella á decir.
Púsome el cuerno un traidor
Mercadante corchapin,
Que tiene bolsa en Oran,
E ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote
De los mas lindos que ví;
Precioso, pero pesado
Como palo de Brasil.
¡O interes, y cómo eres
O por fuerza ó por ardid
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril!
Deme Dios tiempo en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quítemelo en buen hora
Para los fechos del Cid.
Y vos, tronco, á quien abraza
La mas lujuriosa vid,
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir,
Vivid en sabrosos nudos,
Y en dulces trepas vivid;
Que yo viviré á pesar
De algun necio paladin.

12. *(Del Romancero general.)*

Dejad los libros un rato,
Señor Licenciado Ortiz,
Porque tengo que contaros
De cosillas un cahiz.
Y es el cuento, mi Señor,
De una Doña Beatriz,
Poco mas alta en valor
Que nido de codorniz.
Fuila un dia á visitar,
Y dijo: Señor Don Luis,
¿Qué manda vuestra merced?
Servirla, mi Emperatriz.
¿Es negocio de importancia,
Señor, á lo que venis?
Respondí á lo sevillano,
Bien poquito mas de un tris.
Luego mostró mas revueltas
Que trae granos el maiz,
Diciendo: no soy muger
De las con quien vos cutis,
Y muy poquito aprovecha
Sotana y sobrepelliz
Para lo mucho que cuesta
Sacar la primer raiz.
Parecióme su respuesta
No de mozuela aprendiz.
Dijela, empadronadora
Mas que la iglesia matriz,
Sin que doncella os hagais,
Sabemos de qué vivís;
Pues si cerrais una puerta
Otras doscientas abrís,
Y que sois mas conocida
Que el meson de Antonio Ruiz
O en Valladolid nombrado
Por pleiteante Moriz,
Y en Lisboa los fidalgos
Del linage de Moñiz.
O en Vizcaya los que llaman
De Oñez y de Madrid;
Y que sois mas ordinaria
Que en botica almofariz,
O en meson los cabezales
Ordinarios de terliz.
Y que os sacará un podenco,
Aunque le falte nariz,
Por el rastro que dejais
Como en nieve la perdiz.
Y como ví que miraba
Retuerta como cambiz,
Dije, no soy tercipelo
Para hacer harpon con giz.
Respondióme, mi señor,
Aunque bachiller venís,
Nada habeis de negociar
Si no me contribuís.
Viéndola pues tan resuelta
En la manera que oís,
Y yo sin nada que darle,
Renegué de su matiz,
Y eché de ver que la honra
De gente de este pais
Está cubierta y cifrada
Con amarillo barniz.

13. *(Del Romancero general.)*

Hizo calor una noche,
Tan grande y tan insufrible,
Que me sacó de mi casa
Despues de dados maitines.
Acompañóme un amigo
De amistad sincera y firme,
A quien para en paz y en guerra
Yo no trocara por quince.
Ibamos los dos cantando
Con voz medrosa y humilde,
Porque entonces se estrenaba
Mi contrabajo y su tiple,
Cuando al doblar una calle
De repente nos envisten
Dos damas de muy buen garbo,
Con verdugado y chapines.
A dos agudas razones
Que las dijimos se rinden,
Aunque un doblon que iba entre ellas
De las razones se rie.
Estaba clara la luna,
Encarando al que la rige
Con luz mas clara y serena
Que el sol de quien la recibe.
No habia con nuestras damas
Remedio de descubrirse,
Aunque entre muchos requiebros
Estas razones les dije:
Quiere el cielo que alabemos,
Divinos rostros gentiles,
La belleza con que os hizo
En la tierra serafines.
No está él menos ofendido
Que nosotros infelices,
En que querais con el manto
Dos soles suyos se eclipsen.
No debieron de entenderme;
Porque con risa increible
Preguntaron si era zote
Que las hablaba latines.
Asi los tiernos requiebros
Que allí no podian servirme,
Los troqué en estas injurias
Lisonjeras convenibles.
Vuesas mercedes son tuertas
Mas que el gigante de Ulises:
Si no mas tuertas, mas necias;
Si no necias, insufribles.
Si encubrirse es damería,
Desengáñolas que sirve
Mas há de un año en galera
Por otro tanto el melindre.
Entonces la de mi amigo,
Desenvuelta, alegre y libre,
Nos descubrió un rostro digno
Que el mas hermoso lo envidie.
Mostróme unos ojos negros,
Graves en estremo y libres,
De dulce contemplacion,
Hermosos y señoriles.
Una boca, chica era,
Que con un piñon se mide,
Segura de que haya otra
Que asi enamore y cautive.
Yo viéndola, sin respeto

De que era agena, la dije:
Amor haga que en mi cama
Siempre estas pulgas habiten.
Volvíme para la mia,
Deshecha en celos de oirme,
Y quedé en hora menguada
Que siempre me martirice;
Porque descubrió un cabello
Del color que el papel tiñe,
Con quien el mismo azabache
De vencido no compite,
Y unos ojos repulgados,
Tan pequeños y tan ruines,
Que no viera si eran ojos
No los teniendo de lince.
Daba á la sumida boca
Oscuro sepulcro y triste
La barba, que procuraba
Juntarse con las narices.
Los dientes tenian vergüenza
Por ser pocos de reirse,
Y por no tener mas blanco
Que el blanco que los divide.
Perdí el color de soldado
Y los humos juveniles:
Pegáronseme á la tierra
Los pies y los borceguíes,
Que no me meneara un carro
Tirado de cien rocines;
Y asi dije: ¡Justo cielo,
¡Que tales caras permites!
Ella respondió diciendo:
Mi bien, no te escandalices,
Ni se te atrevan congojas,
Ni con ellas me lastimes.
No hagas toda la cuenta
De las pasiones visibles:
Mira las prendas del alma,
Y juro nunca me olvides.
La voz con que esto decia
Era de gozque que gime,
Y para que un hombre honrado
Se arrojára en un algibe.
Yo la respondí: mi celo,
Señora, no os maraville,
Que no puede tener honra
Quien de aquesto no se aflige.
No soy nacido entre sierras,
Ni entre osos ó jabalíes,
Ni tígres me dieron leche,
Para que acometa á un tígre.
Nací entre padres cristianos
Y entre regalos sutíles,
Y no he hecho al Rey traicion
Para que asi me castigue.
Esto le dije, y huyendo
La calle abajo me vine,
Porque para responderme
Comenzaba á apercibirse.

14. *(Es de Góngora.)*

Tendiendo los blancos paños
Sobre el florido ribete
Que guarnece la una orilla
Del frisado Guadalete,
Halló el sol una mañana

De las que el abril promete,
A la violada señora
Violante de Navarrete:
Moza de manto tendido,
Lavandera de rodete,
Entre hembras luminaria,
Y entre lacayos cohete.
Quiso á un mozo de nogal
Con bigote á lo turquete,
Cuyas espaldas pudieran
Dar tablas para un bufete.
De la cámara de Marte
Gentil hombre mata-siete,
Como lo muestra en la cinta
La llave de un pistolete,
Que viste coleto de ante,
Virgen de todo piquete,
No tanto porque el flamenco
Le dió á prueba de mosquete,
Cuanto porque el español
En las lides que lo mete
Hace mas fugas con él,
Que Jusquin en un motete.
Dejólo ya por un page
Bien peinado de copete,
Que arrima á una guitarrilla
Su poquito de bajete.
Dignísimo citarista
De un canicular bonete,
Poeta en la Andalucía,
Como cristiano es Hamete:
Por hacerle pues á solas
De sus pechugas banquete,
Sobre la pisada sombra
De algun álamo alcahuete,
Descalzarla ha visto el alba
Borceguí de tafilete,
Y lavar ocho camisas
Del regidor Alderete.
Ya tiende los blancos paños,
Y el verde y blanco tapete,
Que dió flores á Violante
Para mas de un ramillete,
Cuando por la puente abajo
Al lavadero arremete
El mozuelo Bellorí
Entre lacayo y corchete;
Y en llegando al vado, lleno
De celos hasta el gollete,
Y de vino hasta las cejas,
Esto á los aires comete:
Violante, que un tiempo fuiste
Pelota de mi trinquete,
De mis botones ojal,
Y de mis puntas ojete;
Palomeque y Fuenmayor
Me dicen que es un pobrete
Idolo de tu cuidado,
Y de tu voluntad brete.
Un músico en quien tremolan
Las plumas de un martinete,
Taugia en lo delicado,
Y en lo moreno pebete.
Llamaránle á desafio
Los renglones de un billete,
Cuando yo supiere de él
Que le lea ó que le acete.
Entonces vístase el pollo
Sobre un jaco un coselete,
Que yo le torceré el alma
Como tuerces tú un roquete;
Y juro á las aceitunas

Del sacro monte Olivete.
Y entonces dándole ella
Un desengaño carete,
Quisiera mas, le responde,
Una lonja entre un mollete,
Que tus bravatas, Carrasco,
Humos de blanco y clarete.
Quiero bien á este galan;
Y si no te quies mal, vete,
Que arena viene pisando
El de lo pardiguillete.
Llegó en esto Jimenillo,
Y terciando él de florete,
Guarnecido de oro y pardo
Tras del mulato arremete,
Haciendo que una guitarra
Sus negras sienes apriete.
Música siembra en sus cascos
Y en el campo pinabete:
Muéstrale las herraduras
El genízaro ginete,
Y en aquesto el sevillano
Le segundaba un puñete.
Participó de él Violante;
Mas túvolo por juguete,
Guardándole á su Medoro
Tras un abrazo un rosquete.

15. *(Del Romancero general.)*

Topó al ciego virotero
Con su carcax y apatuscos
Un arriero taimado
Entre los pies de sus mulos,
A dos leguas de Madrid,
Durmiendo entre juncia y juncos,
Orilla de Manzanares,
Una mañana de junio.
Paró la recua, y miróle,
Viéndole helado y desnudo,
Y tentándole las plumas,
Dijo: ¡Gentil avechucho!
Cargar quiero con sus bienes,
Que será posible alguno,
Por ser ave estraordinaria,
Pagármela por de gusto;
Pero no sé si lo acierto,
Que parece un mal lechuzo,
Y mas si es este el que llaman
El Dios de los vagamundos.
Mejor será despertarle
Sin hacerle mal ninguno,
Y saber á do camina,
Y si es como ciego mudo:
Ola, muchacho, despierta,
Que estás aqui mal seguro,
Y te quitarán la capa
Los ladrones, que andan muchos.
Dióle una grande risadà
Al isleño, cauto, astuto,
Y dijo: Cubrios con ella,
Que buen invierno os anuncio:
Mejor me está mi manchegà
Con que me arrebozo y cubro,
Le respondió el arriero,
Que la vuestra está sin jugo.
¿Dónde caminais, mocito,

A pie y con tan huecos humos?
A Valladolid, hermano,
Y por la calor madrugo.
No os dará mucha la ropa,
Ni las costuras disgusto,
Ni aun dareis en la camisa
Por cien ducados un nudo.
Alto pues, andad allá,
Si gustais que vamos juntos,
Que no os faltará una enjalma,
Y de pan cualquier mendrugo.
Levantóse y caminaron,
Y á poco trecho que anduvo,
El arriero espantado,
Dijo al muchacho: Pregunto,
¿Sois volteador por ventura,
Hijo, que vestís tan justo?
¿Sois espantajo, ó corito,
O cosa del otro mundo?
¿Decidme quien sois, os ruego?
Que es verdad que estoy confuso,
Que aunque teneis buena cara,
El talle es fuera del uso.
El vellaco del mozuelo
Respondió risueño al punto:
Necio sois para arriero,
Si puede haber necio alguno.
Yo soy el hijo de Venus,
Que de los Reyes me burlo,
Cuyas coronas y cetros
Con este arquillo trabuco.
No hay hombre que se me escape,
Ni se esconda si le busco;
Y aun sobre las mismas nubes
Tras él por los aires subo.
Agora voy á la corte,
A donde yo os aseguro,
Que mas de cuatro reposan,
Que aguardan trances bien duros.
Doite al diablo por rapaz,
Aguilocho, grulla, ó buho,
Si no diera por no verte
De mi recua el mejor mulo.
Con esto á la Torre llegan
De Lodones, donde al punto
Dieron cebada, y picaron;
Mas el niño resoluto,
Dijo: caminad, amigo,
Que me es el sol importuno,
Y quiero en aqueste pueblo
Hacer noche por mi gusto.
Yo os alcanzaré despues,
Y aunque os pesará barrunto,
Que aun se está la deuda en pie,
En que el toparos me puso.
Volvióse al meson con esto,
A donde á un rincon se puso,
Hasta que le vido lleno
De gente de todo rumbo,
Donde se rieron de él,
Y él de suerte lo dispuso
Con sus trazas de embaidor,
Que sembró llanto profundo.
La mesonera se abrasa,
Sus hijas pierden los pulsos,
Arde la moza gallega,
Y da por cebada humo.
Los huéspedes se alborotan,

No quiere cenar ninguno,
Solo cena el inocente,
Mirando aquel caos confuso,
Y satisfecho levanta
El vuelo, en el aire puro,
A pagar al arriero,
Que le ama en grado sumo.
Dióle con una corita
Con mas boca que un pantufio,
Con quien se quedó en la venta
Que pasar de allí no pudo.
Y siguiendo su viage,
Con vuelo presto se puso
En la Pinciana ciudad,
Tan celebrada en el mundo.

16. *(Del Romancero general.)*

Señor pretendiente amigo,
Escuche un rato por bien,
Ansi de sus mancebías
Cuente alguna á la vejez:
Escuche á una coronista,
Si quiera por ser muger,
Que correr á un hombre macho
Sabrá una fembra tambien.
Tienda la oreja de un palmo,
Y no pregunte por quien,
Que aunque no rebuzna naide,
Será facil de entender.
Sepa que por su caraza,
Redonda como pastel,
Traigo cuartanario el gusto,
Y la voluntad con sed:
Desde que la negra tumba
Arrimó vuestra merced,
Eché el anzuelo á las patas,
Y no sé qué me pesqué;
Porque estoy tal desde entonces
De este amoroso interés,
Que me he de volver mas blanda,
Mientras fuere mas cruel.
Dícenme que sabe mucho,
Porque al fin fué Bachiller,
Cuando estudiaba en Bitonto,
Habrá dos años y un mes.
Lo que es galas é invenciones
Una agora y otra ayer,
Sin duda lleva ventaja
Al mas rico Ginovés.
Y esos ojos gatatumbos,
Mas hermosos que un clavel,
Cogen las almas al vuelo,
Que no las dejan caer.
Esa bocaza de risa,
Siempre llena de placer,
Donde á la naturaleza
Diz que se le fue el pincel,
¿A quién no ha de dar mil muertes,
O miedo, al tiempo que vé
El erizado bigote,
Como Morisco de Fez?
El pescuezo cortesano,
Y la espalda á lo francés.
¡Mal aya el siglo mil veces!

Del que le quitó un fardel.
Comedida la cintura,
Estrecha como almacen,
Con dos juanetes pequeños
Para remate en los pies,
Que su merced vale mucho,
Tengo al fin por parecer,
Porque un Lisardo y dos Juanes
Sin duda valen por tres.
En efecto que es tan lindo
Que en cuatro meses ó tres
Pueden rendir imagino
La mas hermosa Raquel.
Si acaso le dan á Lia,
No la embarque en su batel;
Mejor es un ataharre,
Que lias no aprietan bien.
Y agora que está de espacio,
Haga como amante fiel,
Porque si el Rey va camino
Lo llevarán de alquiler.
Haga piernas con las patas,
Cuando á la ventana esten
Doña Elvira y Doña Sol,
Una fembra, otra muger.
Recoja aqueste terron,
¿Qué digo? aqueste papel,
Y limpie para otra tanda
La acicalada y paves.
Y de aquesto no se corra,
Que es amigo moscatel,
Y hasta que cierre del todo
No le escribiré otra vez.

17. *(Del Romancero general.)*

Ya que á despedirme vengo
Por esta vez, Laura ingrata,
Escucha tus sinrazones,
Pues mis razones te agravian;
Que pues condenado estoy
A vivir en tu desgracia,
Usando de mi derecho
Diré las verdades claras.
No negarás, pues no puedes,
Que yo en un tiempo gozaba
De tus favores á solas,
Pero al fin todo se acaba.
Confieso que prometías
Verdes hojas de esperanza,
Mas mudóte el primer viento,
Por ser las hojas de caña.
Confieso que los cabellos
Fueron lazos de mi alma,
Pero como á otro Absalon
Me colgaron de las ramas.
Fuí yo la luz de tus ojos,
Mas abriste una ventana
Por donde entraron mas luces
Que tiene minas Arabia.
Fuí idólatra de tus gustos,
Aunque eché de ver tus faltas;
Pero todas dais dentera,
Como la fruta vedada.
Mas conservarte supiste,
Pero aqueso no me espanta,
Porque la fruta en la Corte
Al tercer dia se gasta.

Diste en ser muy pedigüeña,
Que en muger es grande falta,
Porque quien pide está cerca
De dar á quien le demanda.
Que sois todas las mugeres
Como campana quebrada,
Que ha de ser si suena bien
A fuerza de oro y de plata:
De tu fé quise en mi pecho
Hacer una consonancia;
Mas mal concuerdan mugeres,
Que fué la primera falsa.
Vendeis á quien mas os quiere;
Pero ya os viene de raza,
Que no sin mucho misterio
Salisteis de las espaldas.
A mi enfermedad de amor
Fuiste píldora dorada;
Pero, fuera la apariencia,
Cualquier píldora es amarga.
Gustabas de que te viesen,
Que de perderse fué causa,
Que quien gusta de ser vista,
Gustará de ser tocada.
Ya con esto me despido,
Rogando á Dios me dé gracia,
Que no me pague ninguno
De la suerte que me pagas.
Quédate, que yo confio
Que has de poner tu esperanza
En quien por justo castigo
Te trate como me tratas.
Que á tu amor se muestre ingrato,
Como tú á mi amor ingrata,
Porque por los dos se diga,
Que tal para tal se guarda.

18. *(Del Romancero general.)*

Escúcheme, Reina mia,
Así Dios le dé salud,
Le cantaré una letrilla
En templando mi laud.
Quiero, Señora, que entienda,
Que en mi tierna juventud
Me doy, no á vicios como otros,
Sino á seguir la virtud.
Muy de ordinario mi canto
Comienza en ge, sol, re, ut,
Teniendo siempre tres puntos,
La llave del cefaud.
Ese es mi entretenimiento,
Y será hasta el ataud,
Porque enderezo mis obras
Por un estremado azud.
En pie estaré, aunque me canse,
Sino préstame un almud,
Que aquí la letra comienza
Conforme á su senectud.
Recordedes, niña,
Con el albore,
Oiredes el canto
Del ruy Señore.
No finqueis dormida,
Fembra enamorada,
Pues el alborada

A amar vos convida.
Pues sois tan garrida,
Sali al balcone,
Oiredes el canto
Del ruy Señore.
Ponedvos, Señora,
El vuestro briale,
Que cuido que iguale
En gracia al aurora.
Fincad á la hora
En el corredore,
Oiredes el canto
Del ruy Señore.

19. *(Es de Góngora.)*

Por una negra Señora
Un negro galan doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
Y tan negra que parece,
Que de su negra pasion
El negro luto le viene:
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras tambien las clavijas
Por ser negro el que las tuerce.
Negras pascuas me dé Dios
Si mas negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe.
La negra Señora entonces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:
Vaya muy enhoranegra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.
El negro Señor entónces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuese.

20. *(Del Romancero general.)*

Despues que te andas, Marica,
De Señoras en Señores,
Viendo hacer la zarabanda,
Y cantando A donde, á donde;
No haces de mí mas caso
Que el Rey de los labradores,
Siendo yo el mayor servicio
De todos cuantos conoces.
Miedo me pones, niña Bivero,
De que tienes que flojar en mis amores.
Del adviento para acá
Que merendamos arrope,

Mas solaces has corrido
Que hay en Flandes atambores.
Si te llaman ó te vas,
No lo sé, mas dice Jorge
Que se muere la aficion
Si no hay favor que la sople.
Miedo me pones, etc.
La consuegra del doctor
Te ha suplicado que cortes
De tu voluntad el hilo,
Con que mis entrañas coses.
Tus parientes por detras
Diz que la lengua me ponen,
Y como si fueras mala
Llueven sobre tí sermones.
Miedo me pones, etc.
Pasando por tu calleja
Dí dos suspiros disformes,
Y asomóse á la ventana,
Tu cuñado el sacerdote.
Yo que por tí le tomé,
Díjele: ¡qué par de coces
Me ha dado tu amor, Marica,
Que es muy ligero, y soltóse!
Miedo me pones, etc.
Respondió determinado
Con sus barbas de doblones:
¿En qué ley halla que son
Maricas los capiscoles?
Callé mi boca ruin,
Y huíme de tus cantones;
Porque, hablando la verdad,
Con los ojos espantóme.
Miedo me pones, etc.
Sabes que pienso, Marica,
Que del amor los virotes
No te podrán traspasar,
Aunque mas el arco doble.
Dicen que cabe en tu pecho
Mas baratijas que un cofre;
Y que las entrañas tienes
De guijarros de Torote.
Miedo me pones, etc.
¿Quién dijera que conmigo
Tu querer fuera de gonces,
Y que pudieran sacarme
De tu alma tres razones?
Todo lo trastorna el tiempo,
Gran oficial de relojes,
Postillon de nuestras vidas
Sin rocin y con alones.
Miedo me pones, etc.
Bien podrá ser que en la villa
Otro de mas llenas trojes,
Y de mayores rebaños
Habrá que contigo tope;
Mas con veras de aficion
A él y á los Pares doce
Le hago la diferencia
Que va de un leon á un gozque.
Miedo me pones, etc.
Sirvan mis coplas de cartas
Desde el principio á la postre;
Y por tus ojos, Marica,
Que respondas, pues respondes.
Fecha en el mes que las gatas
Mahullan porque las cojen,
Porque tienen mas cosquillas
Que hojas un alcornoque.
Miedo me pones, etc.

21. *(Del Romancero general.)*

Subieron á Geromilla
Sus padres, que no debieran,
De zapatillo ordinario
A chapin, servilla, y media.
Como se vió sobre corcho,
Dió en liviana de ligera,
Nuevos alientos cobrando,
Que la van parando hueca.
Los ojos puso en un jóven,
Que dejando las escuelas,
Vino á el lugar con mas grados
Que tiene toda la esfera.
Vió sus patentes doradas,
Con muchas listas bermejas,
Y como toro en el coso
La pobre niña se ceba.
A los segundos recaudos
Los concertó una tercera,
Y en menos de un cuarto supo
Todas sus partes y letras.
Y sintiéndose con brios
De música y de poeta,
Al son de una guitarrilla
Compuso y cantó esta letra:
Con amor que vuela
Me volé á la escuela.
Paséme de un vuelo
De libre á sujeta,
De moza á casada,
De encogida á suelta.
Prestóme sus alas
Amor con que vuela,
Y volé á la escuela.
Mostróme el amor,
(Nora buena sea)
De mil nuevas ansias
Unas Indias nuevas,
Un mar de aficiones,
Y un pozo de ciencia,
Y volé á la escuela.
Criórne mi madre
A su sombra de ella
Con freno importuno,
Sin mostrarme espuela;
Pero descuidóse
En la centinela,
Y volé á la escuela.

22. *(Del Romancero general.)*

Vive Dios, señor Hernando,
Que no sé como he podido
Estar dos dias sin verle,
Siendo, cual es, mi amigo.
Si dura mucho esta ausencia
Desde aquí me pronostico
Que me tengo de morir,
Cuando Dios fuere servido;
Porque te tengo en el alma
Tan de veras esculpido,
Que el rato que no te veo
Mal haya yo si te miro.
Y en pensar que no me quieres
Con tanto rigor me aflijo,

Que almuerzo cada mañana
Una lonja de tocino;
Y tráeme tan desvelada
Este cuidado prolijo,
Que me acuesto á la oracion
Y á medio dia me visto:
Al fin yo estoy de tal suerte
Que cuando lloro no rio,
Y cuando me duele algo
Para descansar suspiro;
Y no me basta pasar
A tu causa estos martirios,
Sino que intentas agora
Hacer de mí sacrificio,
Diciéndome cual me dices,
Que viene ya de camino
Cierta dama en busca tuya,
Y créolo, que eres lindo.
Pero si tal ven mis ojos,
Desde aquí te certifico,
Que me he de arañar el rostro
Con martas de un regalillo,
Y que hasta tomar venganza
Y darte el justo castigo,
No he de comer pan á secas
Cuando tuviere cabrito.
Y plega á Dios si me vieren
En cosa de regocijo,
Que caiga rayo del cielo
En casa de algun judío;
Y que si sé que me dejas
Por muger de aqueste siglo,
Que me tengo de ahorcar
De los brazos de mi amigo,
Que basta quererte yo
Mas que Melibea á Calisto,
Para que no quieras otra,
Aunque te lo ruegue un siglo.
Si yo guardo tus preceptos
Cual guarda el Moro el Domingo,
Y creo lo que me dices
Como él cree en Jesucristo;
Si me alegro con tu vista
Como la chicharra al frio,
Y si tus besos me saben
Como el jamon al Morisco;
Si puedo jurar muy bien
Desde que tratas conmigo,
Que no te he sido infiel
Con mas de con veinte y cinco;
Si tiemblo de verte airado
Cual segador en estío,
Y me pongo de vergüenza
Mas colorada que un lirio;
¿No vés que es ingratitud
Pagar mal estos servicios,
Y que si yo lo sufriese
Me darán las gentes silvos?
Para tantas sinrazones
Mucho siento y poco digo,
Mas lo que falta en la pluma
Suplirá despues el pico.

23. *(Del Romancero general.)*

Voto á Dios, señor Cupido,
Que es notable desvergüenza,
Hacer voacé pepitoria
Con un hombre de mis prendas.

Pensé que eramos amigos
En el valle de Pisuerga,
Porque cuando él no va vuelto
Es la ganancia mas cierta.
Mas pues se corta las uñas,
Sirviendo yo de tijera,
Y hemos rompido las paces,
Entremos los dos en cuenta.
No soy como aquel garzon,
A quien el vulgo celebra
Por un Piramo en amor,
Y un santo Job en paciencia.
Aquel que de Manzanares
Adora una ninfa bella,
El caballo azafranado,
Que el sol envidia sus hebras.
Cada noche le envia el alma,
Con mil suspiros envuelta,
Que de puro andar caminos
Son del amor estafetas.
Recibe su voluntad,
Y al momento se desecha,
Sin dar paga á sus servicios,
Ni á sus papeles respuesta.
A este le muestra amor,
A aquel su favor le muestra,
Haciendo al pobre ordinario
De tanto amor centinela.
Estando el mundo cual pinto,
Que ya la niña es maestra,
Y la que de diez no pasa
Pone de amantes escuela,
¿Por qué de lince sin vista
Al alma libre y exenta
La quieres meter esclava
Con el golpe de tu flecha?
Ya se pasó aquesta edad,
Cuando Urraca con Jimena
Se juntaban á labrar
Sus derechuelos las fiestas,
Cuando el Infante Don Olfos,
Mancebito de cuarenta,
Por lo bueno y por lo santo
Daba rosarios á Menga.
Ya vino la edad de hierro,
Donde la mejor doncella,
Aguardando los Maitines,
No está rezando Completas.
Agora las faldas largas
Como á pobres menosprecian,
Presas á los eslabones
De trencillos y cadenas.
En mas estima Belisa
(Y no se precia de necia)
Cualquiera dádiva en prosa,
Que mis octavas discretas.
¿Qué le importaba á Marfisa,
O qué le importaba á Celia
Las mantillas de mi musa
En mil conceptos envueltas?
¿En qué estimará mi Daifa,
Que en la tumba de una iglesia
Arrime mis cuatro cuartos
Para contemplar sus trenzas?
¿Que limpiando mi sotana,
Y puliendo mi arandela,
Me salga á ver su caraza,
Dando sin danzar dos vueltas?
¿Que despues me vaya á casa,
Y en un papel de costera,
Fingiéndome enamorado,

La llame Circe y Medea?
Vaya el diablo para malo,
Entremos, Reinas, en cuenta,
Que de curtido en amor
Soy dotorado en la ciencia.
Yo quiero meterme á amante;
Mas antes quiero que sepan
Las gracias que me acompañan,
Y las faltas que me cercan.
Yo soy un mozo trigueño,
Sin cerrar bien la mollera,
La barba á lo Nazareno,
Y zambo de la una pierna.
Mis ojos no se divisan,
Y la nariz es tan luenga,
Que en si es trompeta ó nariz
Hay opiniones diversas.
Debajo tengo la boca,
Que no fue gracia pequeña
Caber en tan poco espacio
Una cosa tan inmensa.
Soy un poquito espigado,
Aunque la cintura gruesa,
Y de un cordoban entero
No hay zapatos que me vengan.
Traigo los bajos curiosos,
Unas calzas de estameña,
Con unas bragas tan justas,
Que al bajarme se revientan.
Taño bien una guitarra,
Cuando le faltan las cuerdas,
Y cuando estoy en ayunas
Rebuzno por escelencia.
Soy astrólogo algun tanto,
Y sé tanto de esta ciencia,
Que digo cual es la luna
Entre las demas estrellas.
Pinto sobre un Unicornio
Mis amorosas tragedias,
Que por ser vírgenes siempre
No caen sobre otra materia.
Una cosa tengo mala,
Tras de tener tantas buenas,
Que soy tocado con tino
Del frenesí de poeta.
Al fin yo soy este propio;
Si acaso el mozo contenta,
A cualquier hora me avisen,
Daré de mi valor muestra.

24. *(Del Romancero general.)*

Pues vuestra merced se casa,
Por muchos años y buenos
Goce el nuevo desposado,
Que mejor dijera viejo.
Unas canas venerables
Valen mucho en este tiempo;
Que son honra de la patria,
Y madre de los consejos.
No le faltará que hacer,
Llevando tal sobrehueso,
Para sudar en verano
Y para helarse el invierno.
Desde aqui se lo perdono,
Aunque no á mi pensamiento,

Pues que le ha dado materia
Que la encone con mis versos.
Mis quejas y sus querellas,
Mi castigo y su tormento,
Su grave culpa y mi pena,
Muy buen monipodio han hecho.
Las de mi parte se acaban,
Como el humo sin el fuego;
Las de la suya comienzan
Como el frio con el hielo.
Dése un verde este verano,
Que el que viene será enero,
Y me podré yo alabar
Que fuí pronóstico cierto.
Verificaráse agora
Su tibieza y mi recelo,
Pues no me podrá negar
Que cóme, mas no pan tierno.
Sus holgadas libertades
Que andaban ayer en pelo,
Agora andarán en canas:
En fin castigo del cielo.
Quien todo lo menosprecia,
Siempre topa su desprecio,
Y en equívoco sentido
Se suele quedar en seco.
Su nuevo galan, señora,
Ni es hermoso ni discreto,
Ni gentilhombre ni afable,
Dejado el no ser mancebo.
Afórrese su merced
Con esa carga de huesos,
Que si ayer la llamé gloria,
Hoy la llamo cementerio.
Quien la viere y quien le viere,
Ella moza, y el tan viejo,
Con razon podrá decir
Que es el mundo grande necio.
Si fuera para dos dias,
Era tolerable el yerro,
Aunque dúdolo en tal parte
Sí habia de llegar á medio.
Un consuelo quiero darla,
Y agradézcame el consuelo,
Que junto con el marido
Lleva padre y escudero.
Mugeres tan prevenidas
Dignas son de tan buen premio,
Y que tantos servidores
Tengan en solo un sugeto.
Bien á fe se ha prevenido
(Aqueso no se lo niego)
De esposo para su gusto,
Padre para su gobierno.
Será el aficion doblada,
Será doblado el contento;
En secreto de marido,
Y en lo público de abuelo.
¡Dichosa vuestra merced,
Pues la quiere tanto el tiempo,
Que satisface con canas
A sus tocas de respeto!
Virtud es y harta virtud
Llevarlo tan por lo cuerdo,
Que por un anciano honrado
Deje mil mozos traviesos.
¿Pero para qué me canso,
Si ya no tiene remedio,
Y el yugo del matrimonio
Mientras se vive es eterno?
Esto es lo que á mí me venga,

Y quien la da el pago es esto: Sin acabarse su yerro.
Pues que se acaba mi pena,

25. *(Del Romancero general.)*

Oh volador pensamiento,
Que cual águila gallarda
A los palacios del sol
Ligero subes y bajas;
Reposa no te deslumbren
Rayos de divinas llamas,
Cometas de estrellas libres,
Resplandor de lunas varias:
Penachos tienen los cielos
De las plumas de tus alas,
El escarmiento pinceles,
Mi desdicha historias largas.
De hoy mas, pensamiento altivo,
Andemos por tierra llana,
Canas son, que no lunares,
Haya seso, pues hay canas.
Cierra tus alas,
Que dan, por glorias breves, penas largas.

Hecho neblí de altas presas,
Volastes soberbias garzas,
Mas ya reducido á tierra,
Vuelas tristes cogujadas.
Amaste ilustres billetes,
Heróicas ruinas cantabas,
Gozaste aceros agudos,
Mas ya solo hierros gastas.
Como gusano de seda
Tu misma vida hilabas,
Con desengaños traidores,
Para mi muerte temprana;
Y al fin como tantos dias,
Y al fin como noches tantas
Soy Palinuro de amor,
De Venus cabo de escuadra.
Digo tras haber traido
Mas atabales que lanzas,
Que ya todo el mundo es tierra,
Que ya todo el mar es agua.
Cierra tus alas, etc.

Cuando Cambray no alcanzare,
Mi deseo, rompa humayna,
Tiznadas teas me alumbren
A falta de antorchas claras.
¿Qué importa que Juana sea
Pecosa, morena ó blanca,
Y que esta vista picote,
Como raso Doña Juana?
Que traiga Ines arandela,
O Inesilla no la traiga,
¿Qué va en ello? si es mejor
Que mal faisan buena vaca.
A la polla de los gustos,
Quien bien gobierna sus cartas,
Con sotas suele dar bolo,
Y otros con reyes se cargan.
Cierra tus alas, etc.

Porque mire vizco Elvira,
Que esto bien mirado es tacha,

Porque cecée Inesilla
Por Valencia, ó por Triana,
No es razon que Elvira pida
Con sus ojos de dos caras,
Doblones con otras dos,
Pues coronas simples bastan;
Ni que Francisca tampoco,
Requintando las palabras,
La pida de casamiento
Doncella de Dinamarca.
No mas, pensamiento mio,
Que de la edad las campanas
Tocan Vísperas de muerte,
Si antes á Láudes tocaban.
Si á los meses de mis dias
Sientes que les amenaza
En el agosto postrero
Del tiempo la hoz tirana,
Cierra tus alas,
Que dan por glorias breves penas largas.

26. *(Es de Quevedo.)*

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba, cuando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
Alumbraban á la tierra,
Que por ser yo el que nacia
No quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra,
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor le fundo
En las madres vendederas.
Dióme el Leon su cuartana,
Dióme el Escorpion su lengua,
V.... el deseo de hallarle
Y el Carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no en aqueste mundo
A engendrar mas hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que pueden servir de tinta
Segun ha sido de negra;
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena
Que aunque la piense de tajo
Al reves no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Y para que vean los ciegos
Pónganme á mí á la vergüenza,
Y para que cieguen todos

Llévenme en coche ó litera.
Como á imágen de milagros
Me sacan por las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo porque llueva.
Cuando alguno me convida
No es á banquetes ni fiestas,
Sino á los Misacantanos
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y asi inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caerse una teja;
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí
Me hace prestarle paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar
Y la hallo en las tabernas;
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero
Andarán todos en piernas.
Si estudiára medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curára yo,
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una muger muy fea.
Si intentára ser cornudo
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado
Diera mi muger en buena.
Siempre fue mi vecindad
Mal casados que vocean,
Zapateros que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con frio,
Se abrasa en fuego la tierra,
Y en llevando guardasol
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna muger
Y le digo mil ternezas,
O me pide ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualesquier color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mí cualquier encomienda.
Para que no esten en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo solo basta,

Pues con esto estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media,
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase
Mi humildad á tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera
Como otros tu pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela.
Aquesto Fabio contaba
A los balcones y rejas
De Aminta, que aun de olvidarle
Han dicho que no se acuerda.

27. *(Del Romancero general.)*

Galanes, los que teneis
Las voluntades cautivas
En el Argel de unos ojos
Que la voluntad os privan;
Los que á los soles de agosto
Y á la escarcha de Castilla,
Sois en invierno y verano
Medio hombres y medio esquinas;
Los que hilando los bigotes
Y alzando el cabello arriba,
Idolatrais una necia
Detras de una celosía,
Oid un cofrade vuestro
Que se escapó de la liga
Hoy hace treinta semanas,
Un miércoles de ceniza.
Salud y gracia: Sepades,
Que me ví por una ninfa
No dormir en treinta noches,
Ni comer en cuatro dias.
Tropecé en un desengaño,
De suerte que la caida
Me costó dentro de un mes
Dos purgas y seis sangrias.
Ya vivo como arancel,
Ya no soy quien ser solia,
Ya duermo y cómo á mis horas,
Y ando mostrenco en la villa.
Tararira,
No tiene el Rey tal vida.
Ya me levanto á las siete,
Y puesta camisa limpia,
Me miro y pongo al espejo
Bien ó mal las lechuguillas.
Ya no me aprieto el zapato,
La cuera ni la ropilla;
Ya llevo las medias flojas
Y mal atadas las ligas.
Almuerzo como un Tudesco
Despues que vuelvo de misa,
Si es verano en el jardin,
Y si invierno en la cocina.
De setiembre á Navidad
Cómo bandujo y morcillas,
Y desde diciembre á enero,
Rico solomo y salchichas.

Las turmas de mayo á mayo
Cómo con lunadas fritas,
Y desde mayo hasta agosto
Pernil fiambre con guindas.
Bebo con nieve y aguado
Cuando hay calor escesiva;
Pero cuando el tiempo hiela
Como el Redentor lo cria.
A las once cómo siempre
La olla de una ama limpia,
Con algun torrezno asado
Y con otra niñería:
Si hay palomino la pierna,
Si hay cabrito las costillas,
Si gallina la cadera,
Y si perdiz la tetilla.
Tararira,
No tiene el Rey tal vida.
Cuando dicen que á Doña Alda
Dió Don Juan una basquiña,
Echole calzas de tonto,
Aunque venga de la China.
Cuando quieren reñir dos,
Sobre quien priva ó no priva,
Pregunto dónde ha de ser,
Y qué ventanas se alquilan.
Cuando veo algunas damas
De las de coche y vajilla,
Riome de aquellos tontos
Pobres por hacerlas ricas.
El gusto traigo de mezcla,
Porque donde una vez pica,
No volviera si me diesen
El tesoro de las Indias.
Cuando encuentro por las calles
Los ministros de justicia,
Me acuerdo de los tejados
Por donde anduve en camisa.
Traigo con llave la espada,
Y con antojos la vista,
Y en la punta del puñal
He puesto una zapatilla.
Tararira,
No tiene el Rey tal vida.

28. *(Del Romancero general.)*

Oid, amantes noveles,
Los que en mitad del invierno
Entre las once y las diez
Andais hechos estrelleros;
Los que mirando á una reja
Se os pegan los pies al suelo,
Idolatrando en su gusto
Como en imagen del templo;
Los que mirando unos ojos
Zarcos, azules ó negros,
Destilan los vuestros agua
Del alquitara del pecho;
Los que mirando unos lazos
De negro ó de rubio pelo,
Dejais colgar vuestras almas
Del mas delgado cabello;
Los que adorais unas manos
Blancas, por virtud del sebo,
Que cuando el sebo les falta,
Serán azabache negro;

Oid, que os quiero contar
Del niño amor los enredos,
Y sirva mi voz de antorcha
Que alumbra cuidados ciegos.
No pongais jamas los ojos
En mugeres de este tiempo,
Que son caballos de Troya,
Sepultura de los Griegos.
La que mas dice que os quiere,
Esa os engaña mas presto;
Y la que mas os alaba
Santiguadla dende lejos,
Que si la ofreceis el alma
Cifrada en un camafeo,
Dice que le dais alquimia,
Y que no se acuerda de ello.
Ya pasó el tiempo dorado,
Y vino el de alquimia y hierro;
Ya se murió Cleopatra,
Tisbe, Dido, Elena y Ero;
Ya fenecieron aquellas
Que hicieron por ejemplo
Sacrificio de sus vidas,
Y tragedia de sus cuerpos;
Ya no hay damas que se maten:
Mas hay amadores tiernos
Que parecen trasnochados
Fantasmas de cuerpos muertos.
Ya no hay mugeres que lloren
Ni den lágrimas al viento;
Y son, si algunas derraman,
Pocas, fingidas y á censo.
La muger mas ignorante
Y la de mas torpe ingenio
Hace burla de Belardo,
De Quirando y de Riselo.
Ya son las damas de ahora
Medusas del tiempo viejo,
Y de catorce ó quince años
Son Celestinas del nuevo.
Ya saben hablar francés,
Italo, inglés y caldeo,
Vergamasco y valenciano,
Portugues, morisco y griego:
Ya saben pedir callando
La basquiña y el manteo;
Ya son escrituras mudas
Que hablan en su derecho.
Guárdense los que comienzan
A seguir al niño ciego,
Y tomen ejemplo en mí
Y en escarmentados necios.
Aquesto Erbano cantaba
En su templado instrumento,
Diciendo á las cuerdas locas
La pena del dueño cuerdo.

29. *(Del Romancero general.)*

Yo tuve con cierta Doña
Mas de cuatro veces flujo
De voluntad solapada,
Y de embelecos al uso.
Era la tal mi Señora
Amiga de cascos lucios,
Eminente caprichosa,
Tentada de amor y rumbo.
Enojábase de ver
Una brizna de descuido

En el alma ó en los ojos
De quien cursaba su estudio.
Cuando comencé á querella,
Como si fuera Licurgo,
Quebró mis holgados fueros,
Y estrechas leyes me puso.
Mis cerriles libertades,
Con silla y con freno duro,
Siguiendo sus ligerezas,
Corrió mas que el potro lucio.
Como si para beberme
Me quisiera, así me tuvo
Muchas noches al sereno,
Hecho fantasma de muchos.
Y con arrojarme un guante
Viejo y oliendo á mil untos,
A su parecer me enviaba
Mas consolado que sucio.
Ordenó que mis cuidados
Fuesen la muger de Bruto,
Que vivas llamas tragasen
Por cualque amoroso humo.
Y sabiendo que yo he sido
Un glotonazo Epicuro,
Con una mano pensaba
Hartar mi carnal ayuno.
Yo que (á Dios gracias por ello)
Soy un poco verde-oscuro,
Quinolero de repente,
Escribíle estos rasguños.
Muy elevada Señora:
Viendo del tiempo caduco
Las señales que nos muestran
Troya, Cartago y Sagunto,
Y que antes vivian los hombres
A cien años, y á lo sumo
Los Matusalenes nuestros
Si viven cincuenta es mucho,
Quiero que mire las cosas
Que establezco, ordeno y juro,
Porque mude de favores,
Pues yo de esperanzas mudo.
Si una mano mas ó menos
Mi verdor se viere mustio,
Y en flor sus melindres necios
Que me lleven loco al Nuncio.
Si cuatro veces pasáre
Por calle que no dé fruto,
Por las públicas me saquen
Dando que hacer al verdugo.
Si mas me billeteare
Con Señora de este mundo,
Que me llame bien, y entrañas,
Las mias las cene un buho.
Si de doncella voltaria,
Mas escribana que Julio,
Quisiere yo matrimonio,
Que Judas nos eche el yugo.
Si hiciere punto de honra
En ser primero ó segundo
En el amor y en la plaza,
Que sea mi borla un chuzo.
Y mi poder otorgando
A los cofrades del gusto,
Quiero que el mio reformen,
Atento que ya no sufro.
Si asi me quieren las graves
Ora mojado, ora enjuto,
A sus arrogantes aras
Ofrezco mi pobre culto.

O sino de arriba abajo
Mi persona restituyo
A las fáciles terneras
Que absuelven de mil descuidos.

A Dios, mi altiva Señora;
Porque há gran rato que ocupo
La pluma en sus necedades,
Y en pensarlo me atribulo.

30. *(Del Romancero general.)*

Pacíficos amadores,
Los que á las doce y la una
En las esquinas parados
Pareceis aves nocturnas;
Los que pareceis pintados,
Los que os adornais de plumas,
Los que os preciais de galanes
Y mártires de cintura;
Los que por una palabra
Os acostais á la una,
Pareciendo á la mañana
Que os han espantado brujas;
Los que os armais de paciencia
A resistir una pluvia,
Que capa y jubon os pasa
No dejando cosa enjuta;
Los que teneis el ingenio
Como conchas de tortuga,
Para forjar necedades
Agudos como una aguja;
A vosotros vos encargo
Un árbol que no da fruta,
Hasta que á fuerzas de brazos
Le despojais de la oruga.
Una tierna niña es
Que ayer salió de una cuna,
Y sabe ya mas maldades
Que la traidora Areusa:
Es botica de invenciones
Con que á vosotros os purga,
Archivo de falsedades,
Aduana de la luna.
Amarga su trato doble
Como la verde aceituna;
Y sus palabras taimadas
Son mas dulces que el azucar.
Vosotros la alcanzareis
Con una flema importuna,
Que á mí me ha dado dentera
Como no estaba madura.
Que yo, como me crié
Con el doctor Covarrubias,
De siete leguas columbro
Lo que ella no ve de una.
Este me dió una licion
Que entre las otras relumbra,
Digna de inmortal memoria,
Y diréla si me escuchan.
Que quiera mas que mis ojos
La que fuere blanca y rubia,
Y que no me aparte de ella
Hasta que pida plusultra.
Que nunca ponga los ojos
En cortesanas astutas,
Que con melosas palabras
El dinero nos usurpan.

Y si yo lo quebrantáre,
De viruelas yo me cubra,
Y que en verano me maten
Chinches, mosquitos y pulgas.
Y asi, señores, yo quiero
Pescar á bragas enjutas,
Y dejar costosos gustos,
Y andar á mis aventuras.

31. *(Del Romancero general.)*

El árbol que ahorcó á Judas
Invoco para mi canto;
No musas, selvas, ni valles,
Fuentes, montes ni Parnasos;
Que para mi intento basta,
Pues estoy desesperado,
Un árbol que fue bastante
A sufrir un ahorcado.
Yo soy aquel que otro tiempo
No dejé laurel ni ramo,
Arroyo, fuente ni ninfa,
A quien no diese mal rato.
Y sabido para qué,
Fue para que un estropajo
De una dama á quien servia,
Pasase de mano en mano,
Pensando que por mi pluma
Llegaria ya hasta Tajo,
A meterse en compañía
Con Filis y su Berlardo.
Pero cuanto mas yo andaba
Metiéndola por los arcos,
Tanto mas ella en los montes
Me metia hecho gamo.
Andaba yo sin color
Todo el dia imaginando
Como la haria sonetos,
Romances, comedias y autos.
Desentrañaba á Pedraza,
Desollaba á Garcilaso,
Para aplicar sus conceptos
A mis propósitos vanos,
Y entendíalo despues
Mi señora como un macho;
Que un dia me dijo esto
Al soneto de Leandro:
Señor, ¿qué fué de aquel mozo,
Que en verdad que me ha pesado
Que se ahogase tan presto,
Sin poder nadie sacarlo?
Miren qué gentil aliño
Para un buen desesperado
Que entendiese asi el concepto
Que yo apliqué á mi trabajo.
Pues no paró aquí mi mal,
Que esto fuera poco daño;
Sino que la muy traidora
Hizo lo que iré contando.
Andando yo, como digo,
Todo el dia embelesado
Suspirando á sus cantones,
Y mirando á sus tejados,
Cayó mala, ¡aquí fué Troya!
Sospecho que de los cascos,
Y para remedio de esto
Tomó no sé qué brebajo,
Y viniéndole á traer

Un traidor de un boticario,
Que boticario fué al fin
El que me trajo á este estrago,
Luego se rindió á sus botes,
Y se sujetó á su almario.
Nada sino las redomas
Le dan gusto ni descanso.
Todo el dia está en la tienda
Dando y tomando recaudo:
Juntos destilan las aguas,
Y hacen el ungüento blanco:
Miren si tengo razon
De echarme al pescuezo un lazo,
Pues veo mi fé en un bote,
Y afuera un rétulo blanco.

32. *(Del Romancero general.)*

Cantó aquel barbon famoso,
Que un cántaro en un balcon
Pensando que era su ninfa
Una noche enamoró.
Respondióle el vice-dama,
Y no cause admiracion,
Si hay fuentes murmuradoras
Que haya cántaro hablador.
En demandas y en respuestas
La plática se entabló,
Y estas formales palabras
Del cantarilóquio son.
Disfrazado vengo á veros
Por mas disimulacion.
«Bien estais desconocido
«Pero mal conocedor.»
¿Cómo os hallais? — Achacosa,
«Porque el beber me causó
«Una cierta hidropesía
«Envuelta en opilacion.»
Mucho lo siento. — Seguro
«Nadie de achaques se vió
«Que como somos de barro
«Vivimos en sujecion.» —
Tomad, señora, el acero.
«¿Cómo, si tengo temor
«Que los hierros de esta reja
«Me acallen de algun chichon?»
No temais, mi bien, que un angel
Debe tener mas valor.
«Aun no llego á ser quebrado
«Y ya requebrado soy.»
¿Qué dices, ojos serenos?
«Serenos, teneis razon,
«Que serenos os parezcan
«Pues serenándome estoy.»
Por vos muero, vida mia,
Y vivo solo por vos.
«No me digais por vos vivo,
«Por vos bebo que es mejor.»
A mi ruego os inclinad,
Que se abrasa el corazon.
«Pues á fé que si me inclino,
«Que yo os mitigue el ardor.»
Arde un volcan en mi pecho
Del fuego de mi pasion.
«Yo os apagaré el volcan
«Volcándome sobre vos.»
Vos sois mi cuarto elemento.

«Los cuatro estan en los dos:
«La tierra y el agua en mí,
«El fuego y el aire en vos.»
Quiero una música daros,
Si es de vuestra inclinacion.—
«¿No lo ha de ser si mi nombre
«De cantar se derivó?»
¿Haceis alguna persona
Partícipe en nuestro amor?
«Nunca para mis amores
«Cobertera me faltó.»
¿Podré una mano tomaros?
Dadme este gusto por Dios.
«¿Para qué quereis mis gustos
«Si todos aguados son?»
Sois cruel.—¿Qué mas piadosa
«Me quereis, si ejecutor
«Siempre de una de las obras
«De misericordia só?
No hallaré muger mas bella
En cuanto circunda el sol.
«Aunque la mandeis hacer
«En la villa de Alcorcon.»
Quiero haciendo mil estremos
Que conozcais mi aficion.
«No teneis para que hacellos
«Por quien nació en Estremoz.
¿Qué me mandais, alma mia,
En que muestre mi pasion?
«Alma vuestra me llamais,
«Alma de cántaro sois.»
Y cuando en términos tales
Iba la conversacion,
Llegó una moza por agua,
Y un tapa-boca le dió.

33. *(Es de Góngora.)*

Pensó rendir la mozuela
El Alferez de mentira,
Soldado por cien mil partes,
Y quebrado por las mismas.
Pensó que la sujetára
El gavion de la liga,
Y de la terciada pluma
La crespa volatería,
Y la capa verde oscura,
Y golpeada la capilla,
Con mas inciertos reveses
Que una mula, y sea la mia.
Y la saltaembarca azul
Con mas corchetes de alquimia
Que la noche de San Juan
Saca toda la justicia.
Y los greguescos de seda
Aforrados con telilla,
Mucho mas acuchillados
Que mulatos en esgrima.
Y la espada en tiros cortos
Mal pendiente de la cinta,
Por las obras temerosa,
Por las palabras temida.
Pensó con lo dicho el hombre
Sujetar la mugercilla,
Torciendo rubios bigotes
Ayudados de alquitira.
Hablándola con los ojos,
Pisando de gallardía,

Suspirando por la calle,
Y apuntándose á su esquina.
Camaféo de la moza
Ser el necio pretendia,
Y á la verdad era feo,
Aunque cama no tenia;
Pero tenia un rasguño
Del bigote para arriba,
Que le hizo de merced
El padre de las pupilas.
Y aun creo que al otro lado
Le hubieran hecho otra firma,
A no tenerlo ocupado
Con no sé qué niñería;
Con un cierto bofeton
Que en la casa de Sevilla
Llevó vencido en la entrada
Con las manos menos limpias.
Una pues alegre noche
Que la halló por su desdicha,
Alumbrando con la cara
Su calleja sin salida,
Llegándose poco á poco
Debajo la ventanilla,
Como estudiante francés
Este salmo le decia:
Yo soy de Santo Domingo,
Una ciudad de Castilla,
Donde, aunque es de la Calzada,
Hay descalzas hidalguías.
Bien nacido como el sol,
Gracias á las Gavarillas:
Inquieto fuí desde niño,
Inclinado á la milicia.
Apenas tuve quince años
Cuando un dia á medio dia
Dejé mi tierra por Flandes,
Sepulcro de nuestras crismas,
Donde padecí peligros
Tan grandes que juraría
Que no me halló la muerte
Porque triunfeis de mi vida.
Cuando en el sitio de Chipre
Estaba yo en grave liga
Con un bravo romadizo
Sonando la batería,
Nunca salí de mi tienda
Mientras hambre padecia,
Porque no me acabó un sastre
Unas calzas amarillas.
Y aun allí por gran ventura
No me halló una culebrina
Que me pasó por los ojos
Poco mas de media milla.
Otra vez que hubo en Bruselas
Una pendencia reñida,
Puse paz desde un sagrado,
Aunque casi no me oian.
Y aun me acuerdo por mas señas
Que todo el mundo decia,
Que á ser yo de la pendencia
Me prendiera la justicia.
Dejé al fin guerras de Flandes,
Porque era tierra tan fria,
Y yo triste andaba enfermo
De cámaras cada dia.
Como partí de allá pobre,
Y atravesé á Picardía,
En un bergantin el mar
De la Rochela á Galicia,
Del golfo de estas desgracias,

eñora, he llegado á vistas
De vuestra merced, Dios quiera
Que fuese en su enjuta orilla.
Bien le debo á la fortuna
El fin de tantas desdichas;
Mas otra fuerza mejor
De todas ellas me libra,
Porque al salir de mi tierra
Saqué entre muchas reliquias
Algunas plumas de gallo,
Pero mas de la gallina.
Asado vivo por vos;
Y quisiera, reina mia,
Que ya que habeis sido fuego,
Hubierais sido parrillas.
Atenta escucha la moza
Toda la oracion prolija,
Unas veces con enfado,
Pero mas veces con risa.
No quiso dalle respuesta,
Mas ella y otra su prima
Le esprimieron al asado
El zumo de una jeringa.

34. *(Del Romancero general.)*

Entre estas solas paredes,
En este desierto triste,
Te hallas, amor tirano,
Mejor que tu madre en Chipre.
Hecho memorable emprende
Ese tu brazo terrible,
Fatigador de aquel arco
Que al cielo y al mundo oprí-
me,
¿Qué trono sagrado ocupas?
¿Con qué palio te reciben?
¿De qué soberanos reyes
Las armas y cetro riges?
Aquí no hay selvas pobladas
De arboledas apacibles;
Los octubres no se lloran,
Ni se cantan los abriles:
No hay Alcides ni Dianas,
Cuya beldad solemnices,
Ni rayos de ilustres ojos
Que á tu ceguedad me guien.
Desnudo vienes, amor:
Vete, niño, donde visten
Mentiras y desnudeces
Con ornamentos gentiles.
Vete á inventar sobresaltos,
Cuyos temores te enfrien;
Busca pasados por llamas
Suspiros con que te abrigues.
Yo tengo compuesto el pecho
De sosiego, ¿á qué viniste?
Trayendo para tumbarme
Cendal roto y plumas libres.
A los amantes de leche
Será mejor que te apliques,
Que su cordero te llaman,
Y con ellos eres tigre.
En esos frescales años,
En esos fáciles mimbres
Te enreda, y deja este roble
Con aceradas raices.
Esos tahures noveles

Querrán tus falsos envites,
Con dos sotas descartadas
Que ya de malilla sirven.
Esos gusanos de seda
Que con tu calor reviven:
¡Ay de ellos, que los engañas
Porque tus vidas te hilen!
Avisóme un escarmiento,
Y en mi soledad metíme:
No me hallarás, tirano,
Aunque te acompañen linces.
Dieras tú diez flechas de oro
Por verme andar á las quince,
Esquinero trasnochado,
Oyente de tus maitines.
Ya te acuerdas cual andaba
(¿Es posible que tal hice?)
Bebiendo los aires vanos
Por una doncella Circe.
Al fuego de tus papeles
Blandamente derretime,
Que entonces por mis pecados
El alma tenia de pringue.
Ella cantaba mis versos,
Yo colgado de su tiple
Anduve mas de seis años;
Mas dió en falsete y caíme.
Por lo grave se gobierna,
Dejóme á mí por humilde,
Y porque me vió indigesto
De comer tanta miel virgen.
¿Por qué quieres que cometa
Otro semejante crímen
Con otra cruel, mas alta
Que una lanza con chapines?
Yo quiero que se me allane:
Ella quiere que me empine
A mirar los léjos varios
De sus arrogantes fines,
Que la tome y que la deje,
Que no la sirva y la obligue,
Que la deba y que la pague,
Que la quiera y que la olvide.
Publica, amor, por el mundo
Estas cosas que se siguen,
Mis secretos revelando,
Daréte para confites.
Yo soy un hombre que tengo
La condicion de matices,
Consolado el sufrimiento,
Los cuidados apacibles.
Mi memoria es rico cambio;
Tan bien da como recibe:
Nobles hay que me la vacian,
Pecheras que me la hinchen.
Habito en cabañas hiermas
Como en cuadras con tapices;
Tambien me huele el tomillo
Como los pomos de almizcle.
A falta de antorchas claras
Me alumbran turbios candiles,
Y con salpicon me paso,
Cuando no tengo perdices.
Vete, amor, de mi estrechura;
Mas mejor te las derriben
Que tú me dejes helar
Helando á quien me derrite.
¡O mal huésped de aposento!
Reposa entre estos tabiques;
Mis adobes sean tus aras,
Y mi heno tus cojines.
Y pues que conmigo posas,

Haz que aquella que me aflige
No dé repuesta de bronce
A mis quejas de alfeñique.

35. *(Del Romancero general.)*

No quiero amores tan libres,
Que me puedan sujetar,
Sí de muger lisonjera
Quiero esperanzas de hoy mas.
No quiero comprar favores
A peso de mi pesar,
Que quien no guarda fe á uno
A nadie la guardará.
Escúchame un rato atenta,
Enemiga desleal,
Que eres ángel en la vista,
Y en las obras Satanás.
Pues con desfogar mi pena
Mi pecho descansará,
Que al fin no lastíma tanto
Si se comunica el mal.
No te enoje lo que digo,
Que descanso con hablar,
Porque soy perro con rabia,
Que muerde á quien quiere mas.
Que si he mostrado quererte,
Es porque sepas que hay
Quien sabe tanto en fingir,
Como tú en disimular;
Y que sufro mil agravios,
Aunque los sé sufrir mal,
Por vengarme de mugeres,
Cuando se quieren burlar,
Que aunque me ha obligado mucho
Ese rostro angelical,
Las maldades de tu pecho
Desobligado me han.
Que si como me mostraste
Quererme, fuera verdad,
Sin duda que te adorara,
Como si fueras deidad.
Pero acogióme tu pecho
Con fingida voluntad,
Y viéndome aficionado
Se me quiso retirar.
Y porque me vió picado,
Como si entrara á jugar,
Pensó que por desquitarme
Me ganara lo demas.
Sepa pues, señora mia,
Que no me suelo picar,
Tanto que aunque soy tahur
Perdido lo sé dejar.
Y vuesa merced bien sabe,
Que no he sido tan azar,
Que no me han salido encuentros
Con que podelle topar.
Empero soy tan cortés,
Que en cosas de voluntad
Jamás las quiero por fuerza,
Aunque las pueda forzar.
Si es que me envidó de falso,
Tambien, señora, sabrá,
Que siempre juego á primero
En el querer, y dejar;

Y si va á quínola doble,
Tambien me sé descartar,
Que con puntos diferentes
Nunca echo el resto jamas.
Y aunque el contrario me envide,
Y tenga el siete, y el as,
Porque no me acuda el seis
No me tengo de ahorcar;
Y así porque me conozca,
La quiero desengañar,
Que si sabe en juntar mucho,
Yo sé mucho en barajar.
Y que por largo que juegue,
Y sepa mas en doblar,
Tambien sé jugar doblado,
Si me quiero aventurar.
Pues de cosario á cosario
No se me podrá llevar,
Sino solo los barriles,
Cuando negociase mal.
Pero fie de mi pecho,
Que tiene tanta bondad,
Que sabrá satisfacerse
De quien ofendido le ha.
Y aunque mi aficion sea mucha,
Es tan grande tu maldad,
Que lo que era antes perder,
Por ganancia tengo ya.
Ya sé que no te da pena,
Aunque algun tiempo podrá,
Que las burlas del amor
En veras suelen parar.
Del que me ha hecho tu retrato
Bien me pudiera pagar,
Pero á quien bien he querido
Jamás le puedo hacer mal.
Que hasta en esto mis entrañas
Muestran bien su natural,
Y la bondad que descubre
El toque de tu maldad.
Basta haberte conocido,
No quiero venganza mas,
Que cuando esto no bastáre,
El tiempo me vengará.
Y pues estoy sin pasion
Y tú sin pasion estás,
Retirémonos, señora,
Antes que perdamos mas.

36. *(Del Romancero general.)*

Si piensa el señor Cupido,
Que soy de cera suave,
Engáñale el pensamiento,
Porque soy de diamante:
Yo le digo desde aquí,
De mí quiera desviarse,
No parta peras conmigo,
Que tengo de acuchillarle.
En tirarme agudas flechas
Le ruego que no se canse,
Que cuantas flechas me tire
Se han de quebrar en el aire.
¿Y qué piensa hacer de mí,
Si un cuarto no puedo dalle?
¿Por ventura no ha sabido
Como yo soy estudiante?

Busque, que muchos habrá
Desde Poniente á Levante,
Que le den algun vestido
Con que se cubra las carnes.
Tenga vergüenza de andar
Tan desnudo por las calles,
Y destápese los ojos,
Porque vea lo que hace;
Que si bien me conociese,
No se atreviera á engañarme:
Mas desde agora le digo
No pase mas adelante,
Si engañó á la Reina Dido,
Y al amante de Anaxarte,
Que sin tener culpa alguna
Les hizo que se matasen.
Yo no quiero su amistad,
Si tan caro ha de costarme,
Porque mas precio mi vida
Que al puto de su linage:
Mas precio empeñar mis libros
Para jugar á los naipes,
Que á su amor, ni á sus amores,
Que á cuanto él puede darme.
Mi amor es la libertad,
Que me la dieron de valde
Un Alejandro en riqueza,
Y en hermosura una imagen.
Si estoy en conversacion,
Luego procura afrentarme
Delante de mucha gente,
Diciéndome que le pague.
¿Qué brocados me vendió
En la feria de Morales?
¿Y qué ganados en Ronda?
¿Y en Sevilla qué solares?
Váyase, déjeme en paz,
No haga algun disparate;
Que si disparo una vez,
Ha de desear que pare.

37. *(Del Romancero general.)*

Señora, ya estoy cansado
De ver cuan poca es la pena
Que tienes de mis pasiones,
Siendo tú la causa de ellas,
Ya me canso de sufrir
Y de tener tanto á cuestas
Una carga tan pesada,
Que es la carga que mas pesa;
Ya voy saliendo á lo claro,
Que hasta aqui he estado en tinieblas,
Ya salgo de la mazmorra,
Del cautiverio y cadenas.
Ya voy rescatando el alma
Que há tanto que estaba presa,
Ya empiezo á cobrar la vista
Que há tanto que andaba á ciegas.
Ya me parece otro mundo,
Otro ser y otra vivienda;
No traigo al reves la vida;
Ya empiezo á vivir de veras.
Llamaba pena á la gloria,
Llamaba gloria á la pena,

Y la muerte dulce vida,
Libertad á la cadena;
Y cuando con muchos versos
Celebraba tu belleza,
Llamaba sol á tu cara,
Y luna á lo que era tierra;
Y cuando á tu humilde choza,
Como si dentro estuviera
Todo el bien de los mortales,
Contemplaba desde afuera;
Y cuando por causa tuya
Mil noches, que no debiera,
Andaba siempre velando
Como si lechuza fuera;
Tres años anduve loco,
Cual ruego á Dios que te veas,
Dando tributo al amor,
Primicias á tu belleza.
Siempre anduve desdeñado
De tu libertad exenta,
Y cuanto mas te servia,
Eras mas ingrata y fiera:
Mas como la privacion
El apetito acrecienta,
Creciendo tu desamor
Se aumentaba mi firmeza.
De aquí adelante sabrás
Que á disgustos doy la rienda;
Que soy amador taimado,
Traidor á amor y sus tretas.
No me cautivan el alma
Las casadas ni solteras,
No por doncellas me muero,
Ni estimo se mueran ellas.
Ya cómo muy bien de todo,
Cuidados no me despiertan;
Rio, bailo, taño y canto,
A pesar de la tristeza.
Siempre anduve flaco y triste,
Y de tu amor la flaqueza
Me puso en tan grande estremo,
Que perdí de amor la fuerza.
Ya engordo y hago barriga,
Todo el vestido me aprieta;
¡Gracias á Dios que acabé
De vivir vida tan necia,
Como la que un tiempo truje
A mil peligros sujeta!
Esta es buena vida y ancha,
Vida alegre y pasadera,
Tan libre de propios daños,
Cuanto de agenos agena.
Juramento tengo hecho,
Que si mil años viviera,
De no morirme por nadie
Aunque mil por mí se mueran;
Que vale mucho una vida,
Y no es razon que se pierda,
Aunque rindais vos mas almas
Que hay en la mar arenas.

38. *(Del Romancero general.)*

¡Ventanazo para mí
Despues de un año de ausencia!
Mal año para mis ojos,
Si os vieren á vos ni á ella.
Quebraránseme las manos,

Hermosa niña de á treinta,
Primero que á la ventana
Subieran á ver las vuestras.
Por nuestro Señor, que estuve
Por daros con una teja,
A no saber que hay en casa
Un majadero de piedra,
Que necio y favorecido
Yo no dudo que saliera
A vengar el tuerto hecho
A la vuestra delantera.
Mas respetando los picos
De vuestra honrada chinela,
Acogíme á San Miguel
A rezar en vuestras cuentas.
Y de todo aquel recibo
De fe falsa y obras muertas
Hallo, que os tengo alcanzada,
Y que os alcanza cualquiera.
Y si de esto estais quejosa,
Y estuvistes satisfecha,
¿Por qué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?
Hame dicho cierto amigo
Que me hecistes harta afrenta,
Porque habeis dado en beata,
Y decis que sois doncella.
Beata con lechuguillas,
Y que á media noche reza
Amorosas devociones,
No quiera Dios que la crea;
Que de su vida y milagros
Los que la tratan se quejan,
De haber llevado hartas partes
Brazos y piernas de cera.
Respondeis que hecistes voto,
Estando ociosa una fiesta,
De castidad incurable,
De que siempre andais enferma.
¡O voto lleno de filos,
O por ventura de mellas!
Pues ya no hay sangre que corra,
Cortad deseo y vergüenza;
Que si dan tormento á indicios,
Yo sé muchos que confiesan
Que orillas de Guadiana
Apacentaron sus yeguas.
Y si entre tantos testigos
Se conociese mi letra,
¿Por qué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?
No importa, hermosa beata,
Huélguese su reverencia;
Que ya sé que dije Prima,
Cuando ella rezó Completas.
Que el zapato que desecho
Yo me huelgo que le venga;
Pues ya ni será tan justo,
Aunque piense que le aprieta.
Ya he sabido que es bonete:
Para bien, señora, sea,
Y tan lozano de cola
Que en vos deshace su rueda.
¡Qué contento quedaria,
Pues no ha sido cosa nueva
De verme cerrar el cielo
Donde ví vuestras estrellas!
Que como yo no soy niña,
Que de mañana soy vieja,
Al que espera vuestra gloria
No quisistes darle pena.

Colérico estoy por Dios;
El ponga tiento en mi lengua,
Que aunque allá distes el golpe,
Dentro del alma me suena.
No quiero ser vuestro Páris,
Ni que vos seais mi Elena,
Aunque tuviera mas fuego
Que Troya tuvo por esta.
Ya, enemiga, me declaro;
Que la sangre se me altera,
Y el son de aquellas ventanas
Me toca al arma en las venas.
Desengaños de palabras
O de papel buenos fueran;
Pero sabed que son malos
Desengaños de madera.
Y pues lo estábades vos
De que yo era mal poeta,
¿Por qué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?

39. *(Del Romancero general.)*

Cierta dama cortesana
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y pícara sobre todo;
Picóla con sus saetas
Amor, de amores de un mozo,
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan celoso.
Gozó della algunos dias,
Sin pechar, que no fue poco;
Porque es la primer franqueza
Que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo aficion,
Y puso su bolsa en cobro,
Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla celos un dia,
Y á vueltas del alboroto,
Algo enojado el galan,
La dió un puntapie en el rostro.
Ella, que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,
Tocó á nublo y conjurólos;
Y fue la conjuracion,
Que en yéndose de allí á un poco
Le escribió aqueste papel,
De que yo doy testimonio.
Deje celosas sospechas,
Que vive Dios que es un tonto,
Quien no dando todo el gasto
No piensa pasar por todo.
Huélguese pues que le dejan,
Y juegue, pues vamos horros,
Y aunque encuentre mil encuentros,
No me baraje uno solo.
Y sepa vuestra merced
Que calzo, que visto y cómo
A costa de mis costillas
Por ser tan flacos sus lomos.
Y entienda que es necedad
Pretender con sus adornos,
No siendo Marques del Gasto,
Ser Conde de Puñoenrostro.

Sepa que ya con las damas
Un metal que llaman oro
Es el discreto, el galan,
El gentilhombre, el gracioso.
Por este metal que digo
Habla el mudo y anda el cojo,
Alcanza el que está sin brazos,
Y es de pluma el que es de plomo.
Por aqueste, hábitos verdes,
Y descendientes de Godos,
Dan su lado á quien los tiene
En campo amarillo rojos.
Por este amable metal
En maridable consorcio
De bien diferentes sangres
He visto yo hacer mondongo.
Por este arbola bandera
Quien en su vida vió moro,
Ni sabe qué es centinela,
Rebellin, trinchera ó foso.
Da varas sin ser juez,
Y cátedras sin ser voto,
Y si quiere hará verdad
A Ovidio Metamorfosios.
Pues si este, por quien se alcanza
Cualquiera premio dichoso,
A vuesa merced le falta,
Y yo en el mundo no sobro,
¿Por qué se mete en honduras,
A donde el mar es tan hondo,
Que suele anegarse en él
Un hombre, aunque sea de corcho?
Con las damas de este tiempo
Es muy sabido negocio,
Que por un Magno Alejandro
Trocarán catorce Apolos.
Pasó ya el dorado siglo
Que Angélica con Medoro
Se gozaban en la selva,
Pagando un amor con otro.
Belerma muy afligida,
Hechos fuentes ambos ojos,
Lloraba cinco ó seis años
Sobre el corazon mohoso.
Gastaba la gran Cleopatra
Sus tesoros con Antonio,
Dábase Tisbe la muerte,
Y llevábala el demonio;
Catalina por Pascual
Andaba catorce agostos,
Y al fin dellos sus amores
Paraban en matrimonio.
Ya está tan mudado el tiempo,
Que aun negras de Monicongo
Se van tras el interes,
Y dan al amor del codo.
Yo por un poco fui necia,
Mas basta la burla un poco;
Busque si encuentra otra boba
Con quien él sea menos bobo;
Y con ella su merced
Sea mudo, ciego ó sordo,
Que á todo aquesto se obliga
Quien quiere mucho y da poco.
Leyó el galan el papel,
Y dijo entre risa y lloro:
Quien celos no tiene, es simple;
Y quien los pide, es un loco.

40. *(Del Romancero general.)*

Oid, señora muger,
Y mirad que no merezco,
Aunque soy hombre honrado,
Anillo de paz meteros.
Que sea yo vuestra carne,
Y vos la mia, es gran yerro;
Que yo en nieve, y vos en cisco
Mal convertirnos podremos.
Muy grande sois para mí;
Para vos soy tan pequeño,
Que un enano de rodillas
Alcanza mas que yo tengo.
Vendiérame por compraros;
Mas nadie dará dineros
Por un esclavo huron
Pringado de tantos dueños.
Yo me acuerdo que tuvistes
Para mí brazos abiertos;
Y de que me los cerrais
Tambien por mi mal me acuerdo.
El fuego aficion os puso,
Aunque le habeis ya muerto.
De pocos dias acá
Templada estais á los vientos,
Pasmada la voluntad,
La fe dura, el gusto vuelto.
Con temores me espantais,
Mesuraisme con respetos;
Soy facil y jugueton:
Ved qué contrarios estremos.
Estaba enseñado yo
A llevar á mi requiebro
A la aloja en los veranos,
Al turron en los inviernos.
Con mi cuarto de cabrito,
Con mi pollo ó mi conejo
Entraba asi por su casa
Como por la de mi abuelo.
Su moza lo desollaba,
Y la pelaba de presto;
Que tiene para pelar
Buena condicion y dedos.
Cenaba á mi diestro lado,
Y en estando el frasco fresco,
Saltando el vino en los vasos
Daba á su vaso mil besos.
Quedábamonos allá
Hasta el alba cuando menos:
Llena la boca de risa,
Me decia: no le quiero
Si no me saca otras coplas
Como la estrella de Venus.
Levánteme que soy ninfa;
Llame á mi frente su cielo,
Alabastro á mi garganta,
Hebras de oro á mis cabellos,
Que aunque falso testimonio
Del componer, ya sabemos
Que fue madre la mentira,
Padre el encarecimiento.
De esta ratera humildad
Di tan arrogante vuelo,
Que me puse á vuestros pies
Alterados mis deseos.
Y como la gota de agua
Hace en la piedra agujero,

Las de mi llanto ablandaron
La casa del rigor vuestro.
Tres meses estuve en gloria,
Y habrá seis que en el infierno:
No hay penante como yo,
Segun ardo, y segun tiemblo.
Llegáronse ya los dias
En que rompido el silencio,
A la clara podeis ver
La yema de mis secretos.
Pintan ciego al Dios bastardo,
Porque van sin miramiento
Los picados de sus viras
Como al agua heridos ciervos;
Que los que siguen sus alas
Torpes con pesados medios,
No les hace nido, linces
Del amoroso sustento.
Por vos, señora, lo digo,
Que de amor los nudos ciegos
En vos son flojas lazadas
Que os desatan por momentos.
Sois doncella, y sois casada;
Libre estais en cautiverio;
Manteneis á quien os mete
Las potencias en mil cepos.
Teneis un Custodio falso,
Un Argos astuto, artero,
Mas velador que velado,
Novio al quitar como censo.
A pausas sentís mis males,
Barcos son vuestros contentos,
Aguadas las esperanzas,
Vuestro merecer sin premio.
Yo quiero á todo llevar:
A sol y sombra me huelgo,
De que coja mi aficion
Flor y fruta en cualquier huerto.
Detenidas, temerosas
No son de mí, pese al cielo;
Furiosas, despepitadas
Son de mis pasiones centro.
Gravedades no las gasto,
No dan las sedas sosiego:
En un pajizo está el gusto,
Mejor que en dorados techos.
No duerme el indio Crates
Ni el magnate, y sobre el heno
Reposa el pastor vestido
De pieles de sus corderos.
Por esto, mi grave amada,
Os pienso ver desde lejos,
Que segun me habeis tratado,
Moriré, si á vos me acerco.

41. *(Es de Góngora.)*

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado,
Y con mil ansias abierto.
Y en fe de los treinta escudos
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia
Disimulados y envueltos,
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo,

Que es como sí os enviara
Las del Infante Don Pedro;
Porque en materia de escudos
Solo tengo un paves viejo,
Y en moneda de reales,
Yo soy de un lugar realengo.
Y cuanto á las alcabalas
Tengo un grande privilegio,
Que como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios,
Me viene la dulce nueva
Como llegaron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes,
Que no muele á todos tiempos.
De dehesas y cortijos,
Viñas, huertas y majuelos,
Me cupieron los caminos,
Y la ciudad por linderos.
No se me quejan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un Agnus Dei de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es, señora, de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata;
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena
Que heredé de mis abuelos.
No tengo paños de corte,
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte,
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
En cosas dulces, Canarias
No iguala la que poseo,
Pues gozo una linda sarna,
Rascada con cinco dedos.
Al fin que, señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo solo un cuarto,
Muera de cuatro contrecho.
Sin duda que se hallaron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hambre en mí influyeron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo.

42. *(Del Romancero general.)*

A vos os digo, señora,
Escuchad que con vos hablo;
Dejad un rato el espejo,
Que en este podeis miraros.
El os dirá la verdad
Con harto menos engaño
Que el que con lisonja muda
Os muestra vuestro retrato.
Dejad un rato la risa,
No penseis que estoy burlando,
Ni juzgueis que han de estar siempre
Las cosas en un estado.
¿Quién dirá que ese cabello
Que al sol oscurece ufano,
Ha de dar en algun tiempo
Venganza á quien ha enlazado?
¿Quién dirá que vuestros ojos
Tan graves como estimados,
Han de ser con la mudanza
Sujetos á mil agravios?
Dirálo quien conociere
Del tiempo el curso voltario,
Tan cierto como ligero,
Y mas ligero que osado.
Y aunque ayer os conocí,
Confieso que estoy dudando
Si sois vos la que soliades
En la condicion y trato.
Ved qué dirá el pobre ausente
Que viniere confiado
En hallar lo que dejó
Tan seguro como antaño.
Parecerále imposible
Que pudiendo el amor tanto,
Tenga en vos mayor poder
El interes su vasallo.
Mas ¿de qué me maravillo?
¿Sois vos la primera acaso
Que se ha dejado vencer,
Habiendo vencido á tantos?
¿Qué mucho que la nobleza
Corresponda á sus pasados,
Y que á falta de herederos
Le suceda el mas cercano?
Segun este presupuesto,
Mejor será disculparos,
Que el tiempo es sagaz y astuto,
Y vos muger, no me espanto.

43. *(Del Romancero general.)*

Señora Doña Fulana,
Para alivio de mis penas,
Y remate de mi amor,
Dos cosas quiero que entienda:
La primera que el ser bobo
No me viene por herencia;
Y la segunda que tengo
En el alma tres potencias.
Es mi vista la de un lince,
Que ve un mosquito á dos leguas:
Mire si tantos mosquitos

Divisará desde cerca.
No soy Duque ni Marques,
Y asi no quiero Marquesas;
Pero por Dios que á lo zonzo,
Que crujo damasco y seda.
Los ojales de mi loba,
Los bebederos y medias
En el capullo se vieron
Antes que á sello vinieran.
Dos años en Salamanca
Me amancebé con Minerva,
Que por eso no soy necio,
Sino es que el alma me mienta.
Un orinal de las Musas
Se derramó en mi cabeza,
Cogido por alambique
Una tarde en las kalendas.
Segun esto quiero agora
Que le sirvan de respuesta
A su Cupido vendado,
Estos renglones sin venda.
No me acompaña mas oro,
Que lo que su margen muestra,
Si aquesta es bastante paga
No hay sino venir por ella.
Pero estoy maravillado,
Que siendo como es discreta,
Para mi inutil sotana,
Le ponga á Cupido lengua.
Y mas que ya probé el potro,
Comí chufas en Valencia,
Y en el Corral de los Olmos
Aprendí chanzas y levas,
Dándome el grado á caballo
Con muchas borlas francesas.
Ha un año que soy Doctor,
Y cómo carne en Cuaresma,
Que por comer tanta viva,
Me la mandan comer muerta.
Esto cuanto á las costumbres:
Cuanto al estado y riqueza,
Es mi bolsa un Potosí,
Que tiene en versos su renta.
Es tanta mi devocion,
Que el papel de mi nobleza
Por imitar á su dueño
Duerme siempre en una Iglesia.
No compré jamas gallina,
Y con todo es tal mi estrella,
Que sin habellas comprado
Jamas faltan á mi mesa.
Pero no fáltame nada
En amores y en pendencias;
Riño como un Ciceron,
Y requiebro como un César.
Cuando voy algun camino
No me falta una encomienda,
O de que dé alguna carta,
O de que cobre respuesta.
Tambien pienso que me acuerdo
Cuando tuve una cadena,
Que por ser grande el delito
Me daba al cuerpo dos vueltas.
Son para cuando me mude
Mis vestidos muy sin cuenta,
Porque viven tan seguros,
Que nadie los apetezca.
Tras todo aquesto que digo,
Soy estudiante, mi reina,
Y manteles que á otro sirven
No se ponen á mi mesa.

Acerca de su trabajo,
Solo le doy por respuesta,
Que se pague de su mano
Con el oro que este lleva;
Porque si á dama de gusto
Le pagare con moneda,
Los cuatrocientos que tengo
Me los den con una penca.
No carezca de su gusto,
A la antigua amistad vuelva,
Daré á su tercera gracias,
Y á vuesa mercé encomiendas.

44. *(Del Romancero general.)*

Galanes los de la corte,
Que fuisteis á la jornada,
Las huérfanas de Madrid
Os envian esta carta;
Porque nos dicen que vais
Algunos de mala gana,
Vuélvase el que no la tiene,
Que le damos la palabra,
De que en guerra mas sabrosa
Podrá tener la batalla,
Que no es ocasion de limpios,
En la que al presente se hallan,
Do no se pueden mirar
La lindeza de la cara,
Que no es muda para ella,
Pólvora y guante de malla:
Los enrizados copetes
El morrion los abaja;
Las compuestas lechuguillas
Las galas las desbaratan,
Y para marchar aprisa
No son buenas calzas largas.
Mal sufrirá armas fuertes
Aquel á quien embaraza
El vello para dormir,
Y la siesta se acostaba
Los brazos arremangados,
Desnudos en blanda cama.
Muy diferente es la vida
De la que acá se pasaba:
Mal comer y mal beber,
Agua turbia encenagada,
Y aun de esta no os hartareis,
Porque os la darán por tasa,
Y en lugar de los guisados
Y las tortas ojaldradas,
Os darán habas, arroz,
Atun y vaca salada:
De un bizcocho carcomido
Una porcion moderada,
Que la vida de galeon
No puede ser regalada:
No hay en el galeon muger,
Ni la dama cortesana,
Con quien se pase la noche,
Bailando la zarabanda.
Mal cortarán en la guerra
Vuestras vírgenes espadas,
Pues nunca vieron el sol,
Ni salieron de las vainas.
¿Quién os mete en ser valientes,
Y cual demonio os engaña?
Volveros será mejor,

Antes que caer en falta:
Y no entendais que os rogamos,
Porque galanes nos faltan,
Sino porque vuestras vidas
Nos tienen muy lastimadas,
Y doleos dellas, amigos,
Que para allá no sois nada:
Persuadíos de esta verdad,
No pretendais ignorancia,
A quien guarde Dios, y saque
De una ceguedad tamaña.

45. *(Del Romancero general.)*

Huérfanas las de la corte,
Que no os quereis llamar damas,
Los galanes y soldados
Recibimos vuestra carta.
Dentro de nuestros navíos,
Y fuera de vuestras barcas,
Vamos buscando la guerra
Por huir de paz tan mala.
Esta guerra es tan sabrosa
Cuanto la vuestra es amarga,
Porque esta ejercita el cuerpo
Y la vuestra ofende el alma.
Ahora os podreis curar,
Mientras dura la batalla,
La tez á uso de corte,
Y el mal á uso de Francia,
Mientras nosotros gastamos
Pólvora y guante de malla,
Morrion, grevas y gola,
Arcabuz y pruebas largas.
Dejad holgar los copetes,
Arandelas y guirnaldas,
Alzacuellos y tablillas,
En que andais siempre ocupadas.
Los faldellines doblad,
Y guardad las verdugadas,
Que pues os faltan galanes,
Sobradas serán las galas.
Sereis como sois galeras,
Cargadas de lanzas, jarcias,
Que se estan mientras navegan
En el puerto despalmadas;
Y si no hay quien os sustente
Comed, señoras, por tasa,
Pues vinistes fuera della,
Que en fin los gastos se acaban.
Mejor es que carne enferma
La que aqui nos dan salada;
Mas sabroso es el atun
Que no mielga traspasada:
Al bizcocho carcomido
Mostramos buen rostro y cara,
Viviendo en los galeones
Por no morir en fragatas.
Al estragado apetito
Mostrastes la zarabanda,
Porque el manjar desabrido
Se comiese por la salsa;
Pero tendrán mejor corte,
Señoras, nuestras espadas
En defensa de la fe,
Y fuera de nuestras vainas.

Muestras damos de valientes
En huir vuestra batalla
Donde el que mejor pelea,
Ningun miembro sano saca:
Muy ciertos, damas, estamos,
Que allá galanes no os faltan,
Pues para vuestras lindezas
Cualesquiera cosa os basta;
Y doleos de sus dolores,
Pues dellos fuisteis la causa:
Señoras, Dios os convierta;
Y á Dios, que parte el armada.

46. *(Del Romancero general.)*

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi facienda,
Que ya debria ser tiempo
Que mi dolor os empezca.
No pongais en al las mientes,
Que non es de buenas dueñas
A quien tuerto non les face
Facer injurias derechas.
Miembreos, señora mia,
Que face esta primer fiesta
Seis años non dende ayuso
Que os fastidian mis recuestas.
Y en todos estos seis años
No firieron mis orejas
Razones de vuestra boca
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros
Me dístedes por respuesta
Que érades niña en cabello,
Para usar homes pequeña.
Los otros cuatro, señora,
Non remediastes mis penas,
Temiendo veros en cinta,
¡Ay Dios, quien en cinta os viera!
En los dos últimos meses
Partime á las lueñes tierras,
Volví y hallévos casada,
¡Triste de quien fia en fembras!
Dístedesme por escusa
(Triste de quien lo creyera)
Que el viejo de vuestro padre
Vos fizo casar por fuerza;
Que bien sabe el de lo alto
Cuantas lágrimas vos cuesta,
Porque vuestra voluntade
Non es conmigo mañera.
Si ello es vero ó non, yo fio,
Que esta vegada se vea;
Pues ya non podrá estorballo
Ser niña, ni estar doncella.
Faced como vais, señora,
Mañana á la Magdalena
A ganar las perdonanzas
Con quien puridad vos tenga.
Venid vos á mis palacios
Donde tendrémos la siesta,
Y folgaremos en uno
Sin que mis homes lo vean;
Que si asi satisfacedes
Mi aficion y vuestra deuda,
Veré que non es falsía
Ni malquerencia la vuestra.
Donde non, cuidad casada,

Que tarde ó temprano sea,
Que de estos desaguisados
Tengo de tomar enmienda.
Esto escribió Gerineldos,
Camarero de la Reina,
A la dueña Quintañona,
Estando en celada puesta.

47. *(Del Romancero general.)*

Señor infanzon sesudo,
Que mala pro vos dé Dios,
Si no sabedes mis partes,
Escuchedes que estas son.
No tengo tenencias muchas,
Porque á veces el honor
Tan lueñe finca del oro,
Como de la tierra el Sol.
La pobreza nón es mengua,
Porque el fidalgo de pró
A solo su Rey y al cielo
Reverencia por señor.
La mi nobleza heredada
Mi linage la alcanzó
Con la espada y con la lanza
En los montes de Leon.
No son mis armas cruzadas
Rojas fajas de Aragon,
Ni el santo de la cogulla
Puso nombre á mi blason;
Que sobre el campo de plata,
Con una y con otra flor,
Le dió tres bandas azules
Pelayo el conquistador.
Non por las vuestras tenencias,
Magüer aunque muchas son,
Se anublará dende ayuso
El cristal de mi opinion;
Que el diamante aunque sin oro
Enseña su resplandor,
Y la esmeralda y rubí
Por sí tienen su valor.
Si pensais que al vueso cuerpo
Se sujeta mi aficion,
Sabed que vos mengua el seso
Que non solo la razon:
¿Qué Narciso mira el mundo
En vuestro talle y color?
¿Qué Rodamonte en fazañas?
¿En ciencia qué Salomon?
Maldito el espejo sea
Que á tuerto vos engañó:
Miraos vos en este mio,
Y abajaréis el humor.
Y apartadvos entre tanto
De las fuentes, que á un garzon
Que como vos se enamora,
Aquesto le está mejor.
O si cedo el desengaño,
Pretendeis por el mi amor
Que os quiteis las vuestras galas,
Semejareis al pavon.
Con las fembras de mis partes
Non vos fagades señor,
Porque acato cual es real,
Y acato cual es doblon.
Miémbresevos cuando el lobo
Por salir de sujecion

Se cubrió de arriba abajo
Con una piel de Leon.
Conocióle al primer trance
La raposa que lo vió,
Y al cabo se quedó lobo,
Miredes en qué paró.
Dejad los altos blasones,
Las empresas y el honor,
Que de los moros decides
Que alcanzó el vuestro pendon.
Y atended una vegada
(Si vos basta el ser quien soy)
A respetar á las fembras
Que son corteses con vos.
Esto dijo Doña Elvira,
La faz blanca y su color,
A Don Pelayo Bermudez,
Subida en su mirador.

48. *(Del Romancero general.)*

Decidme, recien casada,
¿En qué vos ofendo yo
Que sin faltar justa causa
Ausentades vuestro sol?
Magüer non viene la noche,
Que en guisa de peleador
Erguida la mi cabeza
Contemplo vuestro balcon,
Bendigo vuestras andanzas,
Para que vos logre Dios;
Y por vervos dos vegadas
Hasta que el sol sale estoy.
Mirovos con tierno pecho,
Y miraisme con rigor;
De que se aumentan mis males
Y crece mas el mi amor.
Cuando subides acaso
En el vueso mirador,
Non tenedes membramiento
Como está el mi corazon.
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me preguntan si es amor,
O si en alguna batalla
Arrastraron mi pendon.
Y si vades á visita,
Porque yo presente estoy
Para ausentarvos de mí
Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causaislo vos,
Que ya non puedo llevallos,
Magüer porque muchos son.
Atended solo á decirme,
Para quitar mi aficion,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol;
Que vos faré juramento
Por señor San Salvador,
De non causarvos pesar
A costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan,
Quien es de mi mal autor;
Y porque non vos maldigan
La respuesta non les doy.

Mal pagades mis andanzas
Quizá que non son de pro;
Empero suple el deseo
Donde mengua la razon.
Pásase el tiempo ligero,
Cuando contemplo en los dos;
En mí la verde esperanza,
Y de ella la flor en vos.

Cerrádesme las ventanas;
Empero bien sabe Dios
Que vos me cerrais ventanas,
Yo vos abro el corazon.
Aquesto cantaba Celio,
De Marfisa cantador,
Mirando de sus mejillas
El transparente arrebol.

49. *(Del Romancero general.)*

Doliente estaba Don Bueso
De amores, que non de fiebres;
Doloridas penas pasa
Por mirar ojos crueles.
En el lecho no reposa;
Levantado no se mueve;
Con las paredes platíca;
Mudo estaba con la gente.
Un anciano de su casa,
Que parte en su deudo tiene,
Escudero bien sabido,
Le hablaba de esta suerte:
Non celeis las vuestras cuitas,
Don Bueso, sangre de reyes;
Que voluntarios achaques
Voluntaria cura quieren.
Si amores de gentil dama
Vos trasportan y adolecen,
A guisa de noble amante,
Recuestalda noblemente.
Mantened honrosas justas,
Y en ellas cumplid valiente
Lo que en pro del nombre suyo
Prometan vuestros carteles.
La vez que podais hablalla,
Decilda amores corteses,
Y con sus dueñas queridas
Repartí vuestros haberes.
Si alcanzar podeis olvido,
Lo mas sano me parece;
Mas si no, solicitalda
Que vos plaza, ó que vos pese.
Miren el vejazo,
Respondió Don Bueso,
Mal aconsejado,
Peor consejero.
El piensa que el mundo
No le ríge el tiempo
De fin y principio
Por durable medio.
Y de sus relojes
La arena que vemos
No llena vacíos,
Sin que vacie llenos.
Por la edad que cria
Los usos modernos,
Han de gobernarse
Los humanos cuerpos.
Era el almidon
Sustancia de enfermos;

Agora es tesura
De aflojados cuellos.
Tenian las manos
De Cupido el viejo
Las palmas de gracia,
De amores los dedos.
De fullero astuto
Las tiene el mancebo,
Criador de agravios,
Criado gallego.
Aquel Rey sin casa,
Aquel Dios sin cielo,
Pedernal en agua,
Que tocado es fuego,
Disoluto corre
El órden honesto,
Que antes caminaba
Con pasos á tiento.
La verdad ilustre,
Divino respeto,
Los mas la bendicen,
Dícenla los menos.
Mentimos los grandes,
Y si en esto miento,
Hablen las mercedes
De nuestros pequeños.
La edad es inútil,
El mundo tan viejo,
Que para morirse
No le falta un dedo.
Tan estrechamente
Se ha ceñido el tiempo,
Que si no se afloja
Le reventarémos.
Mas ¡ qué de verdades
Se me van saliendo!
Mas de cuatro amigos
Dirán que los quemo.
Volvamos la hoja,
Que estoy muy acedo;
Hablemos de burlas,
Y alegrarnos hemos.
Contra los carteles
Cartas de floreo
Nos dieron las plumas
De humanistas frescos;
Estos que presumen
Que mil caramelos
Dan á cualquier alma
Sus amargos versos.
Nuestras aventuras
En anocheciendo
Tias de portante
Nos las dan á censo.
Los breves enanos,
Los salvajes feos
A los Amadises
Brindan con sus cuernos.
Esto se platica,
Perdone el acero,
Y de orin se cubra
De la greva el yelmo.
Yo me siento malo:
Dolores confieso
De aquellos que matan
Por mal regimiento.
Por tercianas curo
El mal que un tercero
Me hace en aquella
De los ojos negros.
Regalo con tocas
Y mongiles luengos

A una dueña suya,
Que la da mil dueños.
Usanse unas damas
Compuestas de enredos,
Tempranas y locas
Como flor de almendro.
Suspiros quemados
No entibian sus pechos,
Que son avestruces
De ardientes deseos.
Por sus demasías
Deshago mi lecho,
Sin dormir un punto
Hasta que me acuesto.
Hablo á mis paredes,
Muros del silencio,
Contra necios vivos
Apacibles muertos;
Que de dar orejas
A dos majaderos
Me dijo un amigo
Estoy en los huesos.
Si vos sois el uno,
Señor Escudero,
A vuestra escarcela
Dad esos consejos;
Y sin replicarme,
Porque yo me duermo,
A Dios, el mi anciano,
Que vos dé buen sueño.

50. *(Es de Juan de la Cueva.)*

Huyendo va la Poesía
Despavorida y temblando
De una chusma de poetas
Que caza le iban dando,
Y cual jabalí seguido
De sabuesos y de alanos,
O cual temerosa liebre
De la multitud de galgos,
Está la febéa vírgen
Rodeada de cosarios,
Que por su desdicha un dia
La encontraron en el campo;
Porque siempre ama los bosques
Y le agrada el despoblado.
Aunque no la conocieron
Por ser poetas bastardos,
Viéndole las sacras sienes
Ceñidas de yedra y lauro,
Entendieron ser aquella
A quien profanan cantando,
Y así la acometen todos
Cargados de cartapacios.
Ella huye á toda prisa,
Ellos tras ella gritando;
Ya por el monte se encumbra,
Ya baja del monte al llano,
Ya tuerce la via seguida,
Ya la deja y va á otro cabo.
Al fin viéndose cansada
Y que la iban alcanzando,
Paró, y viendo aquella chusma
De poetas remendados,
Cual con sayo y cual sin capa,
Cual con capa y cual sin sayo,
Cual descalzo y cual con calzas,

Cual sin calzas y descalzo,
Cual trae el vestido negro
Cosido con hilo blanco,
Cual en ferreruelo verde
Un remiendo colorado,
Cual trae vuelta la camisa
Por echar fuera el ganado;
Cual sin ella y con jubon
Y el cuello muy botonado,
Cual cojo, cual patituerto,
Cual renco, cual corcobado,
Cual viene sobre un bordon
Con una pierna arrastrando;
Los unos tan llenos de asma
Tosiendo y gargajeando,
Otros mas secos que aristas
Que parecen cuartanarios,
Otros los ojos sumidos
Magantos y trasijados,
Como si á eterna dieta
Estuvieran condenados.
Admiróse la Poesía
Su miseria contemplando,
Y como por ser poeta
Estaban en tal estado,
En algo mostró holgarse
Con verlos en tanto daño,
Por ser muerte que ellos mismos
La tomaban con sus manos,
Y que era castigo digno
En paga de su pecado.
Muy llena de alteracion,
El bello color robado,
Está en medio de ellos puesta
Cual hidalgo entre villanos,
Temiendo alguna violencia
Como de hombres libertados.
Cual le asía de la ropa,
Cual le tocaba la mano,
Cual le besaba la suya
Y el suelo que habia pisado,
Creyendo que solo aquello
Lo hiciera un mantuano;
Cual se postraba á sus pies
Demandándole su amparo
Para poder hacer versos
De repente y de pensado.
Esto lo pedian á gritos
Todos juntos voceando
Sin entenderse razon,
Porque parecian hablando
Chacota de caldereros
O grajos en campanario.
La vírgen febéa no sabe
Qué hacerse en tal estado,
Y asi aguarda temerosa,
Cuando uno de ellos anciano
De mucha barba en redondo
Cortada y crespo el mostacho,
De unas pantorrillas gordas
Y el rostro muy ampollado,
Con un gran libro en el hombro,
Como costal ú otro cargo,
Que era poco un facistol
Para poder sustentallo,
Poniéndose de rodillas,
Las dos manos levantando,
Le dice: no te fatiguen
Estos gritos levantados,
Que cochinos y poetas,
Gramáticos, cirujanos,

A donde quieran que estan
No pueden estar callados.
Esto entendido, oye atenta
Nuestro miserable daño,
Y dinos ¿por qué razon
(Si razon vale aquí algo)
Hemos de andar como ves
Sin pan y hechos pedazos?
Consumida la virtud
De andar siempre imaginando,
Corridos de unos y otros
Y con el dedo apuntados,
Y no hay quien lea obra nuestra
Que no la dé á los diablos.
Veo mil otros poetas
Tan tenidos y estimados,
Pues todos hacemos versos
Y á todos cuesta trabajo;
Todos tenemos ingenio
Y todos nos desvelamos;
Lo cual te obligue, señora,
Que de tí nos sea otorgado
Gran número de conceptos,
Muchos términos galanos,
Descripciones y epitetos,
Consonantes nunca usados,
Que con esta influencia
Subirémos al Parnaso,
Y en medio de sus dos puntas
Nos verémos asentados,
Y en la fuente Cabalina
Mojar podremos los labios,
Aunque no sabemos lenguas
Mas de nuestro castellano.
Y en particular te pido
Por mí que me des tu amparo,
Que en verdad que soy poeta
Natural, cual lo he mostrado
En un romance que hice
A la muerte de Don Sancho,
Cuando lo mató Vellido
Con el agudo venablo,
Que guarda los consonantes
Desde el principio hasta el cabo,
Cosa que nadie lo ha hecho
Sino yo con gran trabajo.
Mi familia te encomiendo
Que sigue mis propios pasos;
Pues en ella son poetas
Muger, hijos, perros, gatos,
Que se pega esta poesía
Como si fuera contagio.
Queriendo pasar delante
Hizo un gesto sollozando,
Y cortada su razon
Se quedó de ella colgado,
Boqui-abierto, enmudecido,
Sin mover ojo ni labio.
Sonrióse la Poesía,
Y dejando el sobresalto,
Movió la divina lengua
Respondiendo á lo hablado:
¡O poetas majaderos!
Y como andais engañados
En seguir tan loco vicio,
Y tan sin fruto cansaros.
¿Quién os fuerza á ser poetas
Habiendo almadrava y rastro?
Y pretender lo que á pocos
Dejó de costar muy caro.
Decid, ¡malditos seais
De Apolo y descomulgados!

¿ Qué entendeis de la poesía?
¿ Qué os puede dar ni quitaros?
Si está la falta en vosotros,
Aunque mas quiera ayudaros.
¿Dónde vais, poetas mendigos?
¿Para qué me andais buscando?
Volved á vuestros oficios,
Volved á vuestros tratos,
Pues así morireis de hambre
Y jamás os vereis hartos.
Mirad la miseria vuestra,
No seais necios porfiados:
Mirad que en haciendo versos
No podeis tener un cuarto,
Que es maldicion y castigo
Sin remedio ejecutado;
Y si nada de esto os mueve
A salir de este pecado,
Yo de parte del Dios Febo
Os doy facultad y amparo
Para que hagais mil libros
Cada uno en cada año,
Y que cada libro sea
De cuatro dedos en alto,
Y que nadie se entremeta
Sino el vulgo á examinarlos;
Y asímismo os doy licencia
Para montar á Pegaso,
Y que os coroneis las sienes
De pámpanos y naranjo,
Y de cuanto mas quisierdes
Si esto no os deja pagados.
Cesó la elocuente diosa,
Y al Panarso guió el paso,
Quedándose los poetas
Como siempre voceando,
Sobre á cual dió mas gracia
O fué mas privilegiado,
Y por esta causa todos
Se andan siempre murmurando.

51. *(Es de Quevedo.)*

Padre Adan, no lloreis duelos;
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El mas dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrastes vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que trujo otra edad.
Para daros compañía
Quiso el Señor aguardar
Hasta que llegó la hora
Que sentistes soledad.
Costóos la muger que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen mas.
Dormistes, y una muger
Hallastes al despertar,
Y hoy en durmiendo un marido
Halla á su lado otro Adan.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais,
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.

Tuvistes muger sin madre,
¡Grande suerte y de envidiar!
Gozastes mundo sin viejas
Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
¡Cuánto es mejor la culebra
Que la suegra preguntad!
La culebra por lo menos
Os da á los dos que comais:
Si suegra fuera, os comiera
A los dos, y mas y mas.
Si Eva tuviera madre
Como tuvo á Satanás,
Comiérase el Paraiso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben,
Mas una suegra infernal
Mas sabe que las culebras:
Ansi lo dice el refran.
Llegaos á que aconsejara
Madre de este temporal
Comer un bocado solo,
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
Que anda en ayunas lo mas,
Que las madres de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.
¡Señor Adan! menos quejas
Y dejad el lamentar;
Sabé estimar la culebra,
Y no la trateis tan mal.
Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima
Que mil os la tomarán.
Esto dijo un ensuegrado,
Llevándole á conjurar
Para salir de la suegra
Un cura y un sacristan.

52. *(Es de id.)*

Don Repollo y Doña Berza
De una sangre y de una casta,
Si no caballeros pardos,
Verdes fidalgos de España,
Casaronse, y á la boda
De personas tan honradas,
Que sustentan ellos solos
A lo mejor de Vizcaya,
De los solares del campo
Vino la nobleza y gala,
Que no todos los solares
Han de ser de la Montaña.
Vana y hermosa á la fiesta
Vino Doña Calabaza,
Que su merced no pudiera
Ser hermosa sin ser vana.
La Lechuga que se viste
Sin aseo y con fanfarria,
Presumida sin ser fea
De frescona y de bizarra.
La Cebolla á lo viudo
Vino con sus tocas blancas
Y sus entresuelos verdes,
Que sin verduras no hay canas;

Para ser dama muy dulce
Vino la Lima gallarda
Al principio, que no es bueno
Ningun postre de las damas.
La Naranja á lo ministro
Llegó muy tiesa y cerrada,
Con su apariencia muy lisa
Y su condicion muy agra.
A lo rico y lo tramposo
En su erizo la Castaña,
Que le han de sacar la hacienda
Todos por punta de lanza.
La Granada deshonesta
A lo Moza cortesana
Desembozó en la hermosura
Descaramiento en la gracia.
Doña Mostaza menuda
Muy briosa y atufada,
Que toda chica persona
Es gente de gran mostaza.
A lo alindado la Guinda
Muy agra cuando muchacha,
Pero ya entrada en edad
Mas tratable, dulce y blanda.
La Cereza, á lo hermosura,
Recien venida muy cara,
Pero con el tiempo todos
Se le atreven por barata.
Doña Alcachofa compuesta
A imitacion de las flacas,
Basquiñas y mas basquiñas,
Carne poca, y muchas faldas.
Don Melon que es el retrato
De todos los que se casan;
Dios te la depare buena,
Que la vista al gusto engaña.
La Berengena mostrando
Su calavera morada,
Porque no llegó en el tiempo
Del socorro de las calvas;
Don Cohombro desvaido,
Largo de verde esperanza,
Muy puesto en ser gentil-hombre
Siendo cargado de espaldas.
Don Pepino muy picado
De amor de Doña Ensalada,
Gran compadre de dotores
Pensando en unas tercianas.
Don Durazno á lo envidioso,
Mostrando agradable cara,
Descubriendo con el trato
Malas y duras entrañas;
Persona de muy buen gusto
Don Limon, de quien espanta
Lo sazonado y panzudo,
Que no hay discreto con panza.
De blanco, morado y verde,
Corta crin y cola larga,
Don Rabano, pareciendo
Moro de juego de cañas.
Todo fanfarrones brios,
Todo picantes bravatas,
Llegó el Señor Don Pimiento,
Vestidito de botarga.
Don Nabo que viento en popa
Navega con tal bonanza,
Que viene á mandar el mundo
De gorron de Salamanca.
Mas baste por si el lector
Objeciones desenvaina,

Que no hay boda sin malicias, Ni desposados sin tachas.

53. *(Es de id.)*

Riéndose está el raton
En el umbral de su cueva
Del caracol ganapan
Que va con su casa á cuestas;
Y viendo como arrastrando
Por su corcoba la lleva,
Muy camello de poquito,
Le dijo de esta manera:
¿Dime, cornudo, vecino
De un cuerno, en que te hospedas,
Qué callo de pie trazó
Una alcoba tan estrecha?
Tú vives emparedado
Sin castigo ó penitencia,
Y hecho chirrion de tu casa
La mudas y la trasiegas.
Vestirse de un edificio
Invencion de sastre es nueva.
Tú, albañil enjerto en sastre,
Te vistes y te aposentas.
El vivir un lobanillo
Es de podre y de materia,
Y nunca salir de casa
De persona muy enferma.
Berruga andante pareces
Que ha producido la tierra,
Muy preciado de que solo
Tú todo un palacio llenas,
Si te viniese algun huésped
¿Qué aposento le aparejas,
Tú que en la mano de un gato
Por no admitirle te encierras?
Yo te llevaré á la Corte
En donde no te defienda
De tercera parte, ó huésped,
Tu casilla tan estrecha.
¿No te fuera mas descanso
Andarte por estas selvas,
Y en estos agujerillos
Tener tu cama y tu mesa?
Riéndose estan de tí
Los lagartos en las peñas,
Los pájaros en los nidos,
Las ranas en las acequias.
Si esa casa es tu mortaja,
De buena cosa te precias,
Pues vives en atahud
Donde es forzoso que mueras.
De una fábrica presumes
Que Vitruvio no la entienda,
Y si vale un caracol,
En dos ninguno la precia:
Y citar puedo á Vitruvio
Porque soy raton de letras,
Que en casa de un Arquitecto
Comí á Vignola una nesga.
Sacar los cuernos al Sol
Ningun marido lo aprueba,
Aunque de ellos coma, y tú
Muy en ayunas los muestras.
Dirás que me caza el gato
Con todas estas arengas;
¿Y á tí no te echan la uña

Los viernes y las cuaresmas?
¿No te guisan y te comen
Entre abadejo y lentejas?
¿Y hay despues de estar guisado
Alfiler que no te prenda?
Pero de matraca baste,
Que yo espero gran respuesta,
Y aunque soy mas cortesano
Me he de correr mas apriesa.

54. *(Es de id.)*

¡Qué preciosos son los dientes
Y qué cuitadas las muelas,
Que nunca en ellas gastaron
Los amantes una perla!
No empobrecieran mas presto
Si labraran los poetas
De algun nácar las narices,
De algun marfil las orejas.
¿En qué pecaron los codos
Que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
Nadie que escribe se acuerda.
Las lágrimas son aljófar
Aunque una roma las vierta,
Y no hay un culto que saque
De gargajos á las flemas.
Para las lagañas solo
Hay en las coplas pobreza,
Pues siempre se son lagañas
Aunque Lucinda las tenga.
Todo cabello es de oro
En apodos y no en tiendas,
Y en descuidándose Judas
Se entran al sol las bermejas.
Eran las mugeres antes
De carne y de huesos hechas;
Ya son de rosas y flores
Jardines y primaveras.
Hortelanos de facciones,
¿Qué sabor quereis que tenga
Una muger ensalada
Toda de plantas y yerbas?
¡Cuánto mejor te sabrá
Sin corales una geta,
Que con claveles dos labios
Miéntras no fueres abeja!
¡O cultos de Satanás,
Que á las facciones blasfemas
Con que piden, con que toman,
Andais vistiendo de estrellas!
Un muslo que nunca araña,
Unas calladas caderas,
Que ni atisban aguinaldos,
Ni saben que cosa es feria;
Esto sí se ha de cantar
Por los prados y las selvas
En sonetos y canciones,
En romances y en endechas.
Y lloren de aquí adelante
(Si es que tuvieron vergüenza)
Todo rubí que demanda,
Todo marfil que desuella.
Las bocas descomulgadas,
Pues tanto dinero cuestan,
Sean ya bocas de costal

Porque las aten por ellas.
De cáncer se ha de llamar
Todo diente que merienda;
Soles con uñas los ojos
Que se van tras la moneda.
Aunque el cabello sea tinta,
Es oro si te le cuesta,
Y de vellon el dorado
Si con cuartos se contenta.
Quien boca y dientes cantare
A malos bocados muera:
Las malas gordas le ahiten,
Las malas flacas le hieran.

55. *(Es de id.)*

Lindo gusto tiene el tiempo,
Notable humorazo gasta;
El es socarron muchacho,
El es figuron de chapa:
Parece que no se mueve,
Y ni un momento se para;
Su oficio es maesecoral
Y juego de pasapasa.
¡Quien le vé calla callando
Andarse tras las quijadas,
Sacando muelas y dientes
Con tardes y con mañanas,
Y sin decir allá voy
Saltando de barba en barba,
Enharinando bigotes
Y ventiscando de canas!
¿Pues á quién no hará reir
Verle mondar una calva,
Para que puedan las moscas
Con mas descanso picarla,
Y muy falsito ponerse
Como que juega á las damas,
Unas sopla y otras come,
Negras unas, otras blancas?
A los mas hermosos ojos
Se las pega de lagañas;
La boca masculla que antes
De perlas mordió con sartas;
¡Que es el mirar escondida
Entre la nariz y barba
La que fué del alba risa,
Y está cocando de marta!
Pues ¿qué es verle fabricar
Del cuerpo de una muchacha,
Hija de padres honrados,
Una dueña? ¡arriedro vaya!
Descalzándose de risa
Trás los espejos se planta,
Viendo como el soliman
Muy de pinta-monas campa.
Con los picos de narices
Es con quien usa mas chanzas,
Pues unos llueven moquitas
Cuando otros se empapagayan.
Engúllese potentados
Como si engullera pasas;
Y como si fueran nabos
Planta en la tierra Monarcas.
Cansóse de ver en Roma
Su grandeza y su arrogancia,
Y cuantas provincias tuvo
Tantas le rapó á navaja.

El metió en España moros,
¡ Mirad, si tiene buen alma!
Y luego por no estar quedo
Tambien los sacó de España.
De pastillas le sirvieron
Ardiendo Troya y Numancia:
Sepan si es caro el perfume
Que con sus narices gasta.
No deja cosa con cosa,
Ni deja casa con casa,
Y como juega á los cientos
Idas y venidas gana;
Hoy y mañana y ayer
Son las redes con que caza,
Devanaderas de vivos,
De los difuntos tarascas,
Y tiene por pasatiempo
Al mas preciado de gambas
Calzarle sobre juanetes
La lapidosa podagra.
Va prestando navidades
Como quien no dice nada;
Y porque nunca se olviden
Con las arrugas las tarja.
Quien ayer fué Fulanillo
Hoy el don Fulano arrastra,
Y quien era don Fulano
A las voacés se arremanga.
Antes contaba sus penas
El que nació entre las malvas,
Y ya apenas tiene manos
Para contar lo que guarda.
A mí porque no le entienda
Me intenta mil garambainas:
Si digo que le he perdido,
Me responde que él me gana.

Miren cual me tiene el rostro
Con brújulas de fantasma,
La una pata ya en la huesa
Y la huesa en la otra pata.
Porque se está yendo siempre
No le digo que se vaya,
Y aunque tramposo de vidas
Nunca vuelve las que engaita.
El hace burla de todo,
Vive de tracamundanas,
Dando que hacer á relojes
Y á las fechas de las cartas.
Las galas de los antiguos
Ha convertido en botargas,
Y las marimantas viejas
Las ha introducido en galas;
Las fiestas y los saraos
No los trueca á mogigangas,
Y lo que entonces fué culpa
Hoy nos la vende por gracia.
Los maestros de danzar
Con sus calzas atacadas
Yacen por esos rincones
Dirigiendo telarañas.
Floretas y cabriolas
Bellacamente lo pasan,
Despues que las castañetas
Les armaron zangamangas.
Con un rabel un barbado
Como una dueña danzaba,
Y acoceando el canario
Hacía hablar una sala.
Mesuradas las doncellas
Danzaron con una harpa,
Que una cama de cordeles
Mucho menos embaraza.

Usábanse reverencias
Con una flema muy rancia,
Y de gementes et flentes
Las veras de la Pavana.
Salia el pie de Gibao
Tras mucha carantamaula,
Con mas cuenta y mas razon
Que tratante de la plaza;
Luego la danza del peso
Una alta y otra baja,
Y con resabios de entierro
La que dicen de la hacha.
El conde Claros, que fué
Título de las guitarras,
Se quedó en las barberías
Con chaconas del agalla.
El tiempecillo que vió
En gran crédito las danzas,
Viene pues, toma, ¿ y qué hace?
Para darles una carda,
Suéltales las seguidillas,
Y á ejecutor de la vara,
Y á la Capona que en llaves
Hecha castradores anda.
De la trena á Escarraman
Soltó, sin llegar la Pascua,
Y al Rastro donde la carne
Se hace bailando rajas.
Vanse pues tras los meneos
Los dos ojos de las caras,
Los dineros de las bolsas,
De las vajillas la plata.
Despues la reminiscencia
Son las pulgas de la cama;
Visajes y jerigonzas,
Azogue para las mantas;
Para la cordura mosca,
Para la conciencia escarba,
Para el caduco incentivo,
Para el avariento rabia.
Anéganse en perenales
Los corrales y las plazas,
Y el tiempecito de verlo
Se hunde á carcajadas.
Nadie pues firme le crea,
Sino es en tener mudanzas:
Tome pulsos y ande en mula,
Pues vive de lo que mata.

50. *(Es de id.)*

Una incrédula de años
De las que niegan el fue,
Y al Limbo dan tragantones
Callando el Matusalen;
De las que detras del moño
Han procurado esconder,
Sino el agua del Bautismo
Las edades de su fe,
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel:
No quise decir andrajos,
Porque no se afrente el leer.
Fue pues muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse ansi elevada
En un trapajo de bien.

Tarazon de cuello era,
De aquellos que solian ser
Mas azules que los cielos,
Mas entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
Volatin de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos
Y remedando el sorber:
Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres.
Está vestida de tinta,
Muy prepotente una ley,
Quitando haciendas y vidas,
Y arremetiéndose á Rey;
Con pujamiento de barbas
Está brotando poder
Desde una planta biznieta
De un cadáver de arambel.
Buen andrajo, cuando seas
(Pues que todo puede ser)
O provision, ó decreto,
O letra de Ginoves;
Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez
Te saqué de la basura
Para tornarte á nacer.
En esto haciendo cosquillas
Al muladar con el pie,
Llamada de la vislumbre
Y asustando el interes,
Si es diamante no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez.
Dos cabos de ojos gastados
Espirando por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de oscurecer.
Mas que cabellos arrugas
En su cáscara de nuez;
Pinzas por nariz y barba,
Con que el hablar es morder,
Y arrojándole en el suelo,
Dijo con rostro cruel:
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.
El pagó solo la pena
De las culpas de su piel,
Cuando el muladar de años
Como se vino se fue.

57. *(Es de Alberto Diez y Foncalda.)*

¡Oye amigo! ¡oye cochero!
¿Con quién hablo? ¿qué me mira?
Porque no obstante su azote
Ha de llevar disciplina.
Oigame, verá qué tal

Pongo su caballería,
Aunque tenga el pie en la lanza
Y esté montado en la silla.
¿Puédesme hacer en el mundo
Tan grande bellaquería?
Lleve un cochero rodando
Lo que un galan no consiga;
Pero como las mugeres
Son tan malas sabandijas,
Por quien se ven arrastradas
Suelen estar mas perdidas.
El agasajo es famoso:
Cuando mas quiere servillas
Hace dando un pesebron,
Las damas caballerizas.
¡Hombre! ¿no ve que es pobrete,
Pues á la fea y la linda
Piensa llevarla cerrada
Con un correr de cortina?
Ya sé que por mas que ofrezca
No cumple nada en su vida,
Que esto de volver atrás
Lo suele hacer cada dia.
Al médico se parece
En su flema y en su prisa,
Pues está cuando mas corre
Aguardando la visita.
Dicen que habla echando juncia,
Y cierto que acertaria,
Pues tiene el freno en la mano
Subirselo mas arriba.
No le temo aunque sea diestro,
Que toda su valentía
Viene á ser tomar la vuelta
Yendo de esquina en esquina.

58. *(Es de Góngora.)*

Atencion por vida mia,
¡Peligrosos noveleros!
Pagadme de estas verdades
Los portes con el silencio.
Del nuevo mundo os diré
Las nuevas que me escribieron
Con las zabras que llegaron
Cuatro amigos chichimecos.
Dicen que es allá la tierra
Lo que por acá es el suelo:
Muy abundante de minas,
Porque lo es de conejos.
Que andaban los naturales
Desnudos por los desiertos,
Pero que ya andan vestidos
Y solo el vino anda en cueros.
Que comian carne cruda,
Pero que ya en este tiempo,
La cuecen y la asan todos,
Sino solo el mugeriego.
Que no hay monas en ayunas,
Mas que hay monas en bebiendo,
Y que hay micos que dicen
Béseme aqui desde lejos.
Que hay unos fieros leones,
Digo fieros en sus fieros,
Que son leones de piedra
En palabras y en los hechos.
Que hay unos tigres que dan

Con garras de vara y menos
Un bofeton á una bolsa
Que escupe las muelas luego.
Que hay unos gamos livianos
Y unos bien casados ciervos,
Segun picos de bonete
Y garzotas de sombrero.
Que hay unas gatas que logran
Lo mejor de sus eneros
Con gatos de refitorio,
Y con gatos de dinero.
Que andan unas fieras onzas
De bellísimos pellejos,
Fieras en el pedir mucho,
Onzas en el poco seso.
Que se crian en las casas
Unos tan ingratos cuervos,
Que no está seguro el ojo
Del que mas mira por ellos.
Que hay unas dantas fingidas,
Aunque animales sin cuello,
De tan cortadoras garras
Que dividen un cabello.
Que andan unos avestruces
Que saben digerir yerros
De hijas y de mugeres,
¡O qué estómagos tan buenos!
Que hay unas hermosas grullas
Que darán por vos el sueño,
Si les ocupais la mano
Con un diamante de precio.
Que hay mas vides que abrazan
Unos ricos olmos gruesos,
Porque sustenten las ramas
Sus codiciosos sarmientos.
Que hay unas cigüeñas pardas
Que anidan entre sus cerros,
Largas por eso de pico,
Y de honra en torres de viento.
Que hay tambien unas picazas
Vestidas de blanco y negro,
Cuya moneda es palabra,
Y cuyo manjar es necios.
Que hay en aquellas dehesas
Un toro.... mas luego vuelvo,
Y quédese mi palabra
Hasta mañana en empeño.

56. *(Del Romancero general.)*

La ronda de este lugar
Aquesta noche pasada
Prendió un muchacho flamenco,
En casa de unas beatas.
Y aunque ciego de ambos ojos,
Unas cuentas ensartaba,
Para tomarlas en pago
A todas las de la casa.
Pensaron cuando le vieron,
Que era un angel en la cara,
Porque en los hombros tenia
Dos ricas pintadas alas.
Preguntóle el Juez quien era:
Respondió en voz levantada:
Soy un niño forastero,
Que todo el mundo es mi patria.
¿Quién es tu padre? le dice.

Mi madre dice, la fama,
Que mi padre es un herrero,
El Señor de las batallas.
Preguntóle, ¿ qué buscais
En casas tan retiradas?
Respondió, que corazones
De doncellas descuidadas.
Por sospecha de ladron,
Venida que es la mañana,
Le han hecho dos mil embargos
De cosas harto pesadas.
Un perulero le pide
Catorce barras de plata,
Que trujo del nuevo mundo
Por mil mares y borrascas;
Y por causa del mozuelo
Con una cortés no sana,
Gastara en solo tres meses
Lo que en tres años ganara.
Una mozuela risueña
Las sus palabras demanda,
Que al requiebro de un lacayo
Las dió por una ventana.
Pajes piden sus salarios,
Y fregonas sus soldadas,
Gastados en pasatiempos
En la vida enamorada.
El embargo de un letrado
Es lo que mas le espantaba,
Que le pide su juicio,
Y gastos de Salamanca.
Un escribano famoso,
Dice, que tambien le embarga
Que por amor de él ha hecho
Cuarenta escrituras falsas.
Un médico de gran ciencia,
Dice, que tambien le embarga,
De que le ha hecho poeta
Por contentar á su dama.
Olvídase de Galeno,
Y el Parnaso se le inflama,
Que en las recetas de enfermos
Pone versos del Petrarca.
Un sacristan se querella,
Diciendo: cosa es pesada
Que por este ceguezuelo
Pase yo vida tan mala,
Y que jamas de la mano
El badajo se me caiga,
Llamando á pique repique,
A mi bella y dulce dama.
Ella mas dura que mármol,
Y mas fria que una escarcha,
Está sorda á mis lamentos,
Cual un monte de Alemania.
Un sastre pide su sangre,
Porque al cortar de una saya,
Pensando en cosas de amor,
Medio dedo se llevara.
El muchacho se defiende,
Diciendo no deber nada,
Pues ociosidad ha sido
De todos sus males causa,
Admítesele el descargo,
La sentencia se dilata,
Unos dicen que le ahorquen,
Otros que á galeras vaya.
Otros dicen ni por pienso
Entre en la mar esta plaga,
Que si amor entra en la mar,
Den por abrasada el agua;
Y mas que su madre Venus

De la espuma fue criada.
Soltaron luego al muchacho,
Su abuela estando en la cama.
Otros dicen, y es lo cierto,
Y lo que á todos mas cuadra,
Que por ser niño y pequeño
Le absuelvan de la demanda.
Echele Dios á las partes,
Donde mas provecho haga,
Y pague si lo merece,
Y si no que libre salga.

60. *(Del Romancero general.)*

Cantemos, señora Musa,
Pues no tenemos guitarra,
Al son de vuestro pandero,
Y al ruido de mis sonajas.
Entre lo malo del cuerpo
Salga lo bueno del alma;
Que es justo que sepa el mundo
Lo que por el mundo pasa.
Anden públicas pasiones,
Y déjense las privadas,
Que aunque en general hablemos
Todos entramos en danza.
Entendámonos un poco
Sin Cupido y sin la Parca,
Y perdóneme mi gusto
Si me olvido de mi dama.
No faltará quien se acuerde
Con voluntad temeraria
De poner su pensamiento
Donde solo el mio alcanza.
Den todos en perseguirme,
Pues suficiente es la causa:
Pretendan unos por sobras,
Y otros pretendan por faltas.
Pobre del que estando ausente
Es terrero de pedradas,
Y sin poder defenderse
Todo llueve en sus espaldas.
Ruego al cielo que escapemos
Con salud de esta borrasca,
Que aunque salgamos á nado,
No habremos perdido nada.
Ya me olvidaba del mundo,
Si mi Musa no llamara.
¡O qué gentil coronista
De verdades apuradas!
En tiempo del Cid Rui Diaz
Era el mundo de otra traza,
Aunque viejo venerable,
Y mas llano que la palma.
Pero ya como caduca,
Ninguna regla se guarda,
Y cuando se quejan de él
Por decrépito se escapa.
Entonces el otro abuelo
Compraba con fuerza de armas
Lo que ya venden los nietos
A flaqueza de ganancias.
Entonces el Rey Don Sancho
Vestia un justo botarga,
Unas calzas de contrai,
Y unos zapatos de vaca.

Agora cualquier gabacho
Rompe seda y huella raja,
De un estremo en otro estremo
Botas justas, calzas anchas.
La conformidad entonces
Entre estraños era amada;
Mas ya entre padres é hijos
Hay Africa, Europa y Asia.
Los hermanos no lo son
En llegando á edad formada,
Ya los propíncuos parientes,
No como solian, empatan.
Todos lo malo conocen,
Y lo bueno no lo alcanzan;
Que el legítimo es mestizo,
Y el mestizo padres halla.
Ya las mentiras se usan
Como valonas y calzas,
Y porque pasan tormenta
Ya las verdades amainan.
Ya el trato llano se veda,
Y se establecen las trampas,
Como vínculo heredado
Y blason que está en sus armas.
Ya en los hombres la malicia
Es como sangre heredada,
Y en todos estados cunde
En fin como grande mancha.
Ya los muchachos de quince
Son los viejos de Susana,
Y el que ayer no supo hablar
Hoy canta la zarabanda.
Ya se compra á peso de oro
Lo que nunca valió nada,
Y son doseles de seda
Los que antes eran de lana.
Ya el que al parecer es palo
Sabe hacer á todos pala,
Y hay Dédalos en el mundo
Que vuelan sin tener alas.
Los reinos de nuestros tiempos
Son cícladas encantadas,
Pues hacen aqui los hombres
Lo que es imposible se haga.
¡Qué de torres locas vemos
Por esos vientos fundadas,
Qué de ciudadanos ricos,
Porque domaron las aguas!
En verano y en invierno
¡Qué vemos de calabazas,
Cuyo peso es infinito,
Por ser infinito vanas!
¡Qué correr de vientos ya
Que no vimos en el mapa,
Que en un único sugeto
Contrarios efectos causan!
¡Qué de damas que son gordas,
Saben quedarse en delgadas!
¡Qué de virtudes se humillan!
¡Qué de vicios que se ensalzan!
¡Qué de necios que se estiman!
¡Qué de discretos se ultrajan!
¡Qué de amigos que se pierden!
¡Qué de enemigos se ganan!
¡Cuántos corren sin poder,
Y cuántos pudiendo paran!
¡Qué de habladores son mudos!
¡Y qué de mudos que hablan!
¡Qué de locos que se sueltan,
Y qué de cuerdos se atan!
¡Qué de medios que se buscan,
Y qué de medios se hallan!

¡Qué de altos que se huellan!
¡Qué de bajos no se alzan!
¡Qué de cueros visten cueras!
¡Qué de sayos visten sayas!
¡Y qué de capas capotes!
¡Y qué de capotes capas!
En los géneros entrambos
¡Qué se levantan de faldas
En secreto las que acortan,
Y en público las que arrastran!
¡Qué de mezclas que se venden,
Unas buenas y otras malas,
Y por ser pocas las buenas
Se venden las malas caras!
¡Qué de moneda que corre,
Sin ser oro, cobre, ó plata!
¡Qué de calvos hay con pelo!
¡Qué de pelones con calvas!
Encomendémoslo á Dios:
Señora Musa, ya basta;
Que no faltará quien diga
Que estoy loco, y vos borracha.

61. *(Es de Góngora.)*

Murmuraban los rocines
A las puertas de palacio,
No en sonorosos relinchos,
Que eso es ya muy de caballos,
Sino en bestial idioma,
Ni gruñendo ni rifando,
Para mejor engañar
Las varas de los lacayos.
Cabezijuntos murmuran
Tres á tres, y cuatro á cuatro,
De sus amos lo primero
Por mas parecer criados.
Un castaño comenzó,
Rocin portugués hidalgo,
Cuyo pelo es un erizo
Por ser fruta de castaño,
Con mas paramentos negros
Que el rocin de Arias Gonzalo,
Que en la madera y el luto
Mas es tumba que caballo.
Sirvo á un ratiño les dice,
Macías de enamorado,
Tan flaco en la carne él,
Cuanto yo en los huesos flaco.
Como un esclavo le sirvo
Puesto que no me ha herrado
Ni en la cadera con S,
Ni en la herradura con clavos.
Dos cosas pretende en Córte
Que ambas me cuestan mis pasos:
La verde insignia de Avis,
Y un serafin castellano;
Porque en Africa su abuelo
Mató un leon cuartanario
Desde una palma subido
De cuarenta arcabuzazos.
Fatiga agora al Consejo
Y al amor fatiga tanto,
Que no irá cruzado el pecho,
Sin ir el rostro cruzado;
Porque el galan de la moza
Sé que está determinado
De darle la cruz en leño,

Que él pide al Consejo en paño.
Apenas el portugués
Espumó bravatas, cuando
Una remendada pia
De un comiscal cortesano,
Mordiendo el freno tres veces,
Y otras tres humo espirando,
Que es cólera á lo que dicen
Médicos arrocinados,
Sirvo, les dijo, á un pelon
Que no solo ha veinte años
Que come de aventurero,
Mas que duerme de prestado.
No hay halcon hoy en Noruega,
Donde el sol es tan escaso,
Tan solícito en cebarse
Como mi dueño en mi daño.
Con una gualdrapa corta,
Y tan corta que ha guardado
Mejor que si fuera cuello
La medida del dozavo,
La tercia parte me cubre
De este ñudoso espinazo,
Que puede ser mojonera
De un término pleiteado.
Y volando pico al viento
Sale muy bien santiguado
A escuchar los almireces
De las casas que hacen plato.
Entrase donde los oye,
Limpiándose los zapatos,
Y déjame á una pared
Pegado como gargajo.
No sé como lo reciben
Mas sí lo sé, que dias hartos
Mirándome á mí los pages
Esto bajan murmurando.
Juro á Dios que en el comer
Es el dueño de este asco
Sabañon en el invierno,
Sarpullido en el verano:
El se desciende tras ellos
A mi pesar, porque al cabo
Ya que no cebada, hay ocio,
Que no es mal pienso el descanso.
Cobíjame los cuadriles,
Y sale podenqueando
Nuevas que el dia siguiente
Valgan cocido y asado.
De un solicitador luego
Habló allí un rocin, mas largo
Que una noche de Diciembre
Para un hombre mal casado.
Escuchado he vuestras quejas
Con las orejas de un palmo,
Y á no sentir yo mis duelos,
Sintiera vuestros agravios.
Diez años tiramos juntos
Por una tierra de Campos
Yo y un tio de Babieca
El carreton de Lain Calvo.
Serví á condes, serví á reyes,
Hasta que por varios casos
Tendimus in Latium digo,
Me mirais tendido y lácio.
Trájome mi dueño aquí,
Donde apenas hay establo
Que no sobre mi largueza,
Si no duermo como galgo.
Como tan largo me ven,
Piensan luego los muchachos

Que soy algun pasadizo
De la posada á palacio.
La calle mayor abrevio,
Y la carrera del Prado
Desde el copete á la cola
La ocupo, si no la paso.
Por descendiente me juzgan
Los que me miran despacio
En la materia y la forma
De aquel caballo troyano.
Y si cómo tanto hierro
Como se queja mi amo,
Cuando no lo esté de griegos
Estaré lleno de armados.
De noche me quita el freno
Porque dice que lo gasto,
Y lo pongo en cuatro noches
Como soneto limado.
No le consintió acabar
Un estrangero cuartago,
Porque temió que tenia
Razones de su tamaño.
No sirvo, dijo, á pelones
Como vosotros cuitados,
Sino á un estrangero rico,
Miserable por el cabo.
Y notad que siendo aquestos
Miserísimos y avaros,
Vereis que se llaman todos
O Césares ó Alejandros.
Mucho tiempo le he servido,
Y aunque mal galardonado,
No tan mal como vosotros,
De que me consuelo algo.
La paja me da por libras,
La cebada por puñados,
Y para engañar mi hambre
Es artífice de engaños.
Ciertos antojos me pone
De unos vidrios tan doblados,
Que hacen de una paja ciento,
Y cuatrocientos de un grano.
Pero bien me satisfice
De esta burla y de este engaño
Un dia, cuya memoria
A la venganza consagro.
Solía traerme, diciendo,
Por las caderas la mano,
Como un banco estás, amigo,
Poco te luce el regalo.
Tantas veces me lo dijo,
Que una de ellas por un lado
Le dí muy bien á entender
Qne tenia pies el banco.
Dieron en esto las once,
Y al mismo punto dejaron
Su plática los rocines,
Sus quínolas los lacayos.
Cualquier docto en esta lengua
Podrá mañana temprano
Ir á escuchar otro poco
Las mulas de los letrados.

62. *(Del Romancero general.)*

Mal hubiese el caballero
Que de escuderos se fia;
Pobres son y enamorados,
Cobardes á maravilla.

Van y vienen á palacio,
De palacio á la cocina:
Hoy traen cadena de oro,
Mañana no traen camisa.
Quien con escudero casa,
Decia una abuela mia,
Mejor partido le fuera
Que nunca fuera nacida.
Abra la boca la triste
Detrás de la celosía,
Y manténgase del aire,
La que del aire se fia.
Entre los sabios doctores
Y moral filosofía
La muger del escudero
Camaleon se decia,
Que ya no son escuderos
Los que otro tiempo solian:
Escudo y bien de los reinos
Era su etimología,
Y escusados del de Dios
Es el que tienen hoy dia.
Que opinion es de escuderos
Allá en el Andalucía,
Que el escudero se hace
Del oficial de Castilla;
Que en faltándole el caudal
La necesidad le obliga
Al mas desvalido nombre
Que el de Mari-rabadilla,
A que salga los dias santos
Con mi madre y con mi tia
Por una libra de vaca,
Y una torta mal cocida.
Sus botas de siete suelas,
Y su gorra sin toquilla,
Y el sayo sin delanteras
De cada parte una chia;
Y un boton de ladrillejos,
Cuatro ó cinco de espiguilla,
Dos ó tres de hilo blanco
Dados hollin por encima.
Escarcela de badana,
Remendada la pretina;
De dos hebillas los tiros,
La espada no relucía.
Cuentas colgadas del cinto
Engastadas en alquimia;
Los guantes llenos de grasa,
Camisa rota y no limpia.
Su sortija de jaqueca
Que mas que á sí la queria;
Capa de raja arrugada
Con un jeme de capilla,
Raida en la quinta especie
Y sin color conocida,
Que la pasará un madroño
Si una dueña se lo tira.
Y si entrais en su casa
El arreo es maravilla:
Cama angosta de cordeles,
Manta colorada encima,
Largo calzador de cuerno,
Su bonete y esconfilla,
Y con su cola de buey
A do su peine ponia.
Arcas, cofres desollados,
Que de vellos es mancilla:
Un banco cojo de un pie,
Con tres sillas, ¡y qué sillas!
La una era de barbero,
Y la otra de costillas,

Y la otra de descanso
Que respaldar no tenia.
Mesa de pino encolada,
Mantel que no la cubria;
Por salero un pie de copa,
Y por copa una escudilla.
Humos de su chimenéa
Un lince no los vería,
No encarecen los manjares,
Ni mueren de apoplegía.
Siéntase el padre á la mesa
Con su hambrienta familia,
Y saca la ejecutoria
Tras brevísima comida.
Mirad, hijos, vuestras armas,
Oid vuestra hidalguía;
Porque al fin, aunque sois pobres,
Sois de alta genealogía,
Que sois Paredes de Huete,
De Cindad Rodrigo Silvas,
Y sois Medranos de Soria,
Y sois Malos de Molina.
Y sois Lumbreras de Atienza,
Y Campuzanos de Hita,
De Mendozas y Pachecos
Teneis una tiramira.
Estos lobos son Ayalas,
Estas cucharas Padillas,
Estas bandas son Cabreras,
Y este cuartel Bobadillas.
Si el Conde Fernan Gonzalez
A mi bisabuelo via,
Por pariente lo trataba,
Y á su mesa le ponia.
Mirad la virtud, mis hijos,
Que es la que mas convenía.
Cuéntase de un escudero
Que con sola una camisa
Cuando llegaba el dia santo
Por el revés la volvia,
Y á cada vuelta que daba
De esta manera decia:
Bendita sea la limpieza
De la Vírgen sin mancilla:
Un señor de aquestos reinos,
Que bien de aquesto sentia,
Dice que si un hombre á otro
Le desmintiere en porfia,
Que le responda escudero,
Y su honra con la mia.
Que este es el triste apellido
Lleno de melancolía,
Que no está la pena en él,
Sino en el que la sentia.
Escudero sea el diablo;
Que si supiese esta vida,
Huirá del nombre al abismo
Como del agua bendita.

63. *(Del Romancero general.)*

A reñir salen furiosos
Sin padrinos ni terceros
De la venerable Illescas
Dos cansados escuderos,
Haciéndose el uno al otro
Muchas bravatas y fieros

Por embustes de una gaifa,
Con quien andaban cuarteros:
Y á la salida toparon
Dos amigos taberneros,
En cuyas casas entraron
Para templar sus aceros;
Y con un par de solomos,
Y unos bien tostados cueros
De un gordo lechon se abrochan
Bien cuatro azumbres enteros.
Puestos á treinta con Rey,
Van hechos unos Rugeros,
Dejando á guardar las capas
A los vecinos postreros;
Porque ha de ser la batalla
De la cinta arriba en cueros,
Como lo estaban los dos
Que cargaron delanteros.
Y alzadas ya las espadas
Para hacerse harneros,
Vieron estarse topando
Cerca de allí unos carneros,
Que sobre una triste oveja
Se daban golpes tan fieros,
Que no pueden apartarlos
A palos los ganaderos,
Hasta que llenas las frentes
De sangre, y mil agujeros,
Cayeron muertos en tierra,
Y en la cuenta los guerreros.
Y como es de escuderazos
Ser de ordinario agoreros,
¿Qué os parece, dijo el uno,
Que causan de amor los fueros?
Dejemos ya, dijo el otro,
Nuestros intentos primeros,
Que lo que hacen los brutos
No lo han de hacer caballeros.

64. *(Del Romancero general.)*

Cuando los campos se visten
De rojo, blanco y azul,
Y salen de Argel en corso
Los bajeles de Dragut;
Cuando el otro conde Claros
Estando en esclavitud
Le cantaba una avecilla
Al despuntar de la luz;
Cuando trasciende la rosa,
Y crece el almoradux,
Tomando estaba la zarza
En la Corte un andaluz,
Por si á vueltas del francés,
Verdugo de su salud,
Sudase un negro martelo
Que le tiene puesto en cruz.
Y estando en el obrador
Nadando como un atun,
A donde el ingenio cobra
Sutileza y prontitud:
Lleguen, dice, mis querellas
Por su ordinario arcaduz,
A vos el ciego flechero,
Dulce enemigo comun,
Que poneis en acabarme
Tal fuerza y solicitud,

Como si mi tierno pecho
Fuese á prueba de arcabuz.
De solos hierros de flechas
Tengo en él mas de un almud,
Que no puedo digerirlos
Como no soy avestruz.
A Satanás los ofrezco,
Y la yerba á Bercebú,
Con que tanto buen cristiano
Muere sin decir Jesus.
Tambien me quejo á tí, falsa,
Fiscal de mi juventud,
Que los gustos me destierras
A las islas de Corfú,
Que me tienes la cabeza
Tan sin seso ni virtud,
Que pago ya de vacío
Las estancias del testuz.
Quinientos papeles tengo
En el suelo de un baul,
Borradores de mi Musa
Que dicen quien eres tú.
En unos me finjo Zaide,
Y en otros Celin Gazul;
Ya te llamo ingrata bella,
Ya perla del mar del Sur.
¡Cuántos de ellos te cantaba
Con su sol, fa, mi, re, ut;
Que de esto por mis pecados
He sido un poco tahur,
Rascando infinitas noches
La panza de mi laud
Por suspender el tormento
Como David á Saul!
Derretido como cera,
Y dulce como alajú,
Que para ser portugués
Solo faltaba el capuz.
Vertiendo lágrimas tristes
Por sola tu ingratitud,
Que pudiera henchir con ellas
La cuba de Sahagun.
Y con haberme ya visto
Mil veces con tres de flux,
Jamás saqué de la posta
Lo que vale un altramuz.
Mis amadas esperanzas,
No bien nacidas aun,
Ya por injustos dedenes
Las lloro en el ataud.
A Dios, que es gran molimiento
Vivir haciéndote el buz,
Inquieto y atado siempre
A fuer de gato Paus.
En esto entró con candela
Catalina de Arauz,
A sacalle del sudor,
Y el galan dijo: non plus.

65. *(Del Romancero general.)*

En aquel siglo dorado
Cuando floreció Amadis,
Y el mes de Mayo vivia
Pared en medio de Abril,
En unas vistas secretas
Detrás de un zaquizamí
De la sabijonda Urganda
Tuvo un hijo Gandalin,

Mas valiente que Macías,
Mas derretido que el Cid,
Mas sabido que Roldan,
Mas membrudo que Merlin.
Este andaba á caza y pesca
Por la orilla de Genil,
En la mano esparavel
Y en los hombros un neblí.
Al filo de medio dia,
No mas que por su nariz
Señalaba las doce horas
En el tronco de un brasil:
A la sombra que hacían
Cuatro flores de alelí,
Aquejado de la hambre
(Que era comedor gentil)
Sacó poquito á poquito
De las bolsas de un cojin
Dos varitas de virtudes
De traza y valor sutil:
Y vuelta la cara al cielo,
Porque habia de estar asi,
Tomando la mayor de ellas
Le comenzó de decir:
«Varica, la mia varica,
«Por la virtud que hay en tí,
«Pues que gerigonza entiendes,
«Que me traigas que muguir.»
Apenas cerró los labios,
Cuando al son de un añafil
Vió ponerse unos manteles
De delgado caniquí:
Un barril de vino blanco
Y de tinto otro barril,
Del metal de las entrañas
Del cerro de Potosí:
Dos cuchillos de Malinas
Y un salero de marfil,
Y un platillo de ensalada
De yerbas trescientas mil.
Entre dos roscas de Utrera
Que por estos ojos ví,
Unas lonjas de tocino
Como corchos de Chapin.
Desde aquí á las aceitunas
No les dió merienda ansí,
El bruto Sardanapalo
Al gran Turco y al Sofí.
Estando la mesa puesta
Poblada de lo que oís,
Debiera comerlo solo,
Mas no lo puedo sufrir;
Y volviendo á ver al cielo,
Porque habia de estar así,
A la segunda varica
Le dice el mozo senil:
«Asi te otorguen los cielos
«De venturas un cahíz,
«Que me traigas una dueña
«Con quien mis dichas partir.»
Fué á revolver la cabeza,
Y vido cerca de sí
La doncella Dinamarca
Atándose un cenogil,
Y aunque se habian visto
En las salas de París,
Mirábanse el uno al otro
Y hartábanse de reir.

66. *(Del Romancero general.)*

Si yo gobernára el mundo
(No le dé Dios tal desdicha)
Que presto le vieran todos
Vuelto lo de abajo arriba.
Solo anduvieran hermosas
Y ninguna pediría,
Ni con ellas anduvieran
Cuñada, suegra, ni tia:
Mandara soltar las feas
Los miércoles de ceniza,
Y aun pienso que fuera justo
El hacerla de ellas mismas.
A barbado ceceoso
Le hiciera poner basquiñas,
Que si un lanudo cecea,
¿Qué hará Doña Catalina?
A los que pretenden gordas
Con flacas castigaría,
Que no es bien se pretenda
Espíritu ni botija.
A todo hombre pequeñito
Pusiera tasa en la vida,
Por dar descanso á su alma
De haber estado en cuclillas.
A los que son langarutos
Pusiera en lugar de vigas
Todos los dias del Corpus
Con los toldos de la Villa.
Desterrára á los doctores
Que cuando recetan libran,
Pues le dan al Purgatorio
Las almas á purga vista.
Libres con los miserables
A los ladrones haría,
Para dar dias de trabajo
A quien guardó tantos dias.
Impusiera los millones
En gentes que años se quita,
A maravedí por año
Que no fuera poca sisa.
Mandára enterrar en coches
Mugeres aborrecidas,
Que hay mugeres que por ir
En coche se morirían.
Castigára el mentiroso
Si en verdades lo cogia,
Que en los que mentir profesan
Las verdades son mentiras.
Con los pésames á viudos
Diera yo patas arriba,
Que pésames vienen mal
En ocasiones de dicha.
Aquí dió fin mi gobierno
A menos que otro me pidan.

67. *(Del Romancero general.)*

Ahora que la guitarra
Me sirve de voz sonora,
Y de lengua con que pueda
Cantaros aquesta historia;
Antes que os dé cuenta larga
Sumada en palabras pocas

De la tierra, que pisais,
De la gente y de sus cosas,
Sabed que los de esta Isla
No podemos decir cosa
Sin la guitarra cantando;
A este son y de esta forma
Esta tierra, amigos mios,
Es la Isla de Chacona,
Por otro nombre Cucaña,
Que de ambos modos se nombra.
Los aires de este pais
Son vientecillos que soplan,
Por regalar el olfato,
La fragancia de las rosas;
Cristales frescos las aguas
Con muchas fuentes de aloja,
Y á cada paso entre nieve
De vino mil cantimploras.
De la otra parte del rio
Hay árboles que sus hojas
Dan panecillos de leche,
Y por frutas llevan roscas.
Los huesos de aquestas frutas
Son mantequillas y lonjas,
Que dentro en los panes nacen
Con que se pringuen y coman.
Hay un árbol que es tan grande
Que debajo de su sombra
Caben cuarenta mil mesas,
Y en cada veinte personas.
La fruta de éste son pavos,
Perdices, liebres, palomas,
Carneros y francolines,
Gallinas, capones, pollas;
Todos se nacen asados
Y guisados de tal forma,
Que parece que da el árbol
Tambien cazuelas y ollas.
Y en sentándose en la mesa
Solo con que un hombre ponga
La vista en lo que desea,
Se cae á pedir de boca.
Cada Chacon de nosotros
Tiene á su mando seis mozas,
Una aguileña de rostro,
Y otra de rostro redonda,
Otra blanca, cabos negros,
Y de ojos azules otra,
Otra morena con gracia,
Y con donaire una gorda,
Y cada semana quitan
Estas seis y nos dan otras;
Y esta sí que era vita bona,
Vámonos todos á Chacona.

68. *(Es de Salvador Jacinto Polo.)*

Con suspiros de cristal,
Y de plata mil sollozos,
De poetas dasalmados
Se está quejando un arroyo.
Uno me llama serpiente,
Con cuyo título asombro,
Que hay hombre que me ha temido
Viéndome en el campo solo.
Otro por peñas y riscos

Me va despeñando, y otro
Me sacude las espaldas
Con las ramas de los olmos.
¿Qué delito he cometido
Decid, versistas demonios,
Que me dais á cada paso
Castigos tan afrentosos?
Siendo el mayor entregarme
A cuatro músicos locos,
Pregoneros que me infaman
Con mil falsos testimonios.
Otro por hacerme humilde
Dice soberbio en mi oprobio,
Que con labios de cristal
Beso los pies á los chopos;
Y por esta Cruz bendita
Que es un grande mentiroso,
Porque yo no tengo labios
Ni de cristal ni aun de corcho.
Otro, siendo mi caudal
No mas que guijarros toscos,
Dice que son mis arenas
No menos que granos de oro.
Otro del escaso y turbio
Humor que sudan mis poros
Hace espejo, y al momento
Se mira Narciso el rostro.
Civil concepto caduco,
Que solo han visto mis ojos,
Un ganapan puesto á bruces,
Tentacion de San Antonio.
Otro dice que me hacen
Los álamos con sus troncos
Paso y calle, y la que tengo
Sin que me la den la tomo,
Que á pesar de sus raices
Si en invierno me alboroto,
Sin que me rueguen me ensancho,
Y me llevo cuanto topo.
Otro dice que soy manso:
¡Miente el traidor! que me corro
De que traslade á mi frente
La sobra de sus pimpollos;
Porque yo no soy casado,
Ni me han nacido floroncos
En la cabeza, ni en ella
Tengo las leyes de Toro.
Otro, que me desvanezco
Por prestarme sus asomos
Sin haber humos de Baco
Escalado mi cimborrio.
Otro dice que murmuro,
¡Quién no ha de volverse un momo
Contra cuantos critiquizan
Filomenas siendo tordos!
Con cabriolas de plata
Que bailo, me dijo otro,
Un saltaren de cristal
Cuando sobre piedras corro.
Trobadores, ¿qué os he hecho,
Que por burro en versos broncos
Me sacais á la vergüenza,
Ya por valles, ya por sotos?
¡Poetas sin Rey ni Roque!
Por vengarme de vosotros
He de escribir un libro
De Flagello poetorum.
Valgate un millon de Musas-

Casquivano y casquiroto,
¿Qué te importa que yo sea
Calvo, tuerto, manco ó cojo?
Y si canta vuestra Musa
En lengua española, ¿cómo
Si el poeta es castellano
El lenguage es en moscovio?
¿No es mejor llamar al vino
Vino, solomo al solomo,
Que no á los labios claveles,
Y á las mejillas madroños?
Yo me voy corriendo al mar,
Y entre sus ondas me escondo,
Por no escuchar barbarismos
Con falso disfraz de apodos.

69. *(Del Romancero general.)*

Endeble estaba Simocho
En la mitad de setiembre,
Cuando el saltador otoño
Le quita la capa verde:
El color de cuartanario
Sangrado de cuatro veces,
De medio cuarto la cara,
Caricuártago doliente:
La barba llena de paja,
Arrebatado el copete,
Los ojos espantadizos,
Y las quijadas de arenque.
El alma tiene mohosa
De descuido, que la tiene
Como espada de cobarde,
Vestida y colgada siempre.
El corazon ratonado
De cuidadoso y ausente,
Que se ha vuelto queso añejo
Del tiempo que fue de leche;
Guardando un poco ganado,
Sin otro mucho de liendres,
Al recienacido sol
Estaba mirando un viernes.
Pues alumbras, le decia,
Tú que á todos amaneces
En los valles de Jarama,
Aunque para mí anocheces;
De las lágrimas que lloro
Levanta un vapor ardiente,
Porque en la region del aire
Un rayo de ellas se engendre,
Que venga á dar el agosto
Sobre aquella ingrata sierpe,
Que me quiso por matarme,
Y me mató por quererme.
Lo que por ella perdí
Yo lo lloro, y tú lo sientes;
Pues ando por reino estraño
Peregrino veinte meses.
Fuime á la guerra suizo
Sin espada y zaragüelles,
Donde por poco me echaran
A dar ponzoña á los peces.
Y aunque fui tan entonado,
Tal volví como parece
El domingo de mañana
La carne que sobró el jueves.
Estoy en esta ribera
Tan baldío é inocente,

Que de los gustos pasados
Tengo memorias presentes.
Van, y viénense las noches,
Que llueva, granice ó hiele,
A donde cantan sirenas,
Y á donde griegos se duermen.
A Riselo y á Lisardo
No hay hora que no contemple
Comiendo fresco pescado,
Que aqui tomara escabeche.
Ya se sientan á parlar
Los sábados donde suelen,
Y mas si por el camino
Verdean los alcaceres.
Siéntanse, y juéganlo todo:
No hay sangre que no caliente,
Enamorado de mezcla
Entre lanas diferentes.
Si es bella naturaleza
Por la variedad que tiene,
Bien lo saben y se gozan;
Por muchos años se huelguen,
Que pues que me falta poco,
Volveré si Dios quisiere,
Donde me huelgue de lado,
Si no pudiere de frente;
Que aunque agora vivo flaco,
Presto la bellota viene.
Un amigo me lo dijo,
Que goce la suya siempre.
Esto decia Simocho,
Flaco, amarillo y endeble,
Soñando, como los ciegos,
Lo que ven y lo que quieren.
Pero cuando despertó,
Que un triste despierto duerme,
Lloró las burlas del alma
Que hacer á la vida suelen.

70. *(De Lope de Vega.)*

Mil años há que no canto,
Porque há mil años que lloro
Trabajos de mi destierro
Que fueran de muerte en otros.
Sin cuerdas el instrumento,
Desacordado de loco,
Con cuatro clavijas menos,
Cubierto y lleno de polvo.
Ratones han hecho nido
En medio del lazo de oro
Por donde el aire salia
Blando, agudo, grave y ronco.
Muchos piensan, y se engañan,
Que pues callo, piedras cojo;
Y mala landre me dé,
Si no es de pereza todo.
Fuera de que há pocos dias
Que ciertos poetas mozos
Dan en llamarse Belardos,
Hurtándome el nombre solo.
Sustitutos de mis bienes,
Y libres de mis enojos,
Revocan mis testamentos,
De mi desdicha envidiosos.
Un codicilo se canta,
En que dicen que revoco
Todas las mandas pasadas,
Dios sabe lo que me corro.

Los estrelleros de Venus
Le dan mas priesa que al Moro
Que de Sidonia partia
A impedir el desposorio.
En fe de mi nombre antiguo
Cantan pensamientos de otros,
Quizá porque siendo males,
Yo triste los pague todos.
Por algun pequeño hurto
Echan de la casa á un mozo,
Y si algo falta despues
Aquel se lo llevó todo.
¡O Filis, cuán engañada
Te han tenido maliciosos,
Pues há tres años y mas
Que aun á solas no te nombro!
Si escribo de agenos gustos
Algunos versos quejosos,
Gentilhombre de tu boca
Te los pintan como propios.
Y con estar por tu causa,
Que aun apenas me conozco,
Y con tres años de ausencia
Quieren decir que te adoro.
Y plegue á Dios que si hoy dia
A su brazo poderoso
Para tí no pido un rayo,
Que á mí me mate con otro.
¿Soy por dicha Durandarte?
¿Soy Leandro, soy Andronio,
O soy discípulo suyo,
O tú del viento furioso?
Mal hayan las tortolillas,
Mal haya el tronco y el olmo
De do salieron las varas
Que el vulgo ha tirado al toro.
Lisardo, aquel ahogado
Como Narciso en el pozo,
Antes que á la guerra fuese
Dijo bien esto del olmo.
¡O, guarde Dios á Riselo,
Guarda mayor de mi soto,
Que mi vega maldecia
Por barbechar sus rastrojos!
Todo el mundo dice y hace;
Yo lo pago y no lo cómo,
Y hecho atlante de malicias
Sustento un infierno en hombros.

71. *(Es de Lope de Vega.)* (*)

De ver una escura cueva
Que un moro Zegrí ha cavado,
Do desterrado ha vivido
Con esta tarde seis años;
Martir de sus pensamientos
Con el buchorno encalmado
Está turbado Riselo,
Haciendo junto á un ribazo
Memoria del acebuche,
De los mirtos y lampazos.

(*) Burlándose de toda clase de Romances, y parodiando los asuntos de ellos.

Mira su vaca cerril
Su pendenciero Ribaldo;
Acuérdase del novillo,
Con la honda chasqueando,
Diciéndole: No hagas fuerza
Al amor y á sus cuidados,
Como si pudiera ser,
Ser amor y ser forzado.
Yendo corriendo tras él,
Volvió á mirar hácia el Tajo,
Y vió arrimado un pastor
A un álamo verde y blanco.
Mirando que entre sus ramas,
Dos tórtolas se han sentado,
Y en verle vestido de ovas,
Conoció que era Belardo,
Un hombre que ser solia
Libre, exento y sin cuidado;
Pero por Filis perdido
Desde aquel concierto blando.
Háblanse, y no ha sido poco,
Por andar siempre encontrados,
Y es porque ya de concierto
Han dejado ambos el campo,
Las tórtolas y el novillo,
La vaca y todo el ganado.
Rogándole está que vaya
A ver la zambra á palacio,
Do verá muertes partidas,
Por juntarse procurando
Copos de nieve en agosto,
Y un potro de atormentados,
Que los saca Bravonel
Para callar sus cuidados.
Y para otra que el Rey
Y Muza estan concertando,
Quiere acabar de acabar
Unas mordazas Belardo.
Espéranse, y vanse juntos,
Por junto á un mirto sagrado,
Donde oyen una pastora
Descompuesta y sollozando,
Advirtiendo unos cabellos
Pintados con un retrato,
Que dicen á su pastor
Tuya soy, corta otros tantos.
Las cortinas de los ojos
Tiran Riselo y Belardo,
Y conocen que Clarinda
Era la del triste llanto.
Llegó Riselo el primero,
Primero en ser olvidado,
Diciendo: Deja, Clarinda,
El vivir entre peñascos:
Da ya tu ganado á medias,
Y cóme lo que has ganado,
Que ya dejamos las selvas
De hoy mas Riselo y Belardo.

72. *(Del Romancero general.)*

Una cortesana vieja
A una muchacha de Burgos,
Mal industriada en el arte,
La riñe ciertos descuidos.
Paréceme, Aldonza mia,
Que es el blanco de tus gustos
A do tiran tus deseos
Comer y vestir al uso,

Sabe, niña, aprovecharte,
Porque como dice el vulgo,
Buena cara y pocos años
Es un riquísimo juro;
Que un censo que está fundado
En esta corte del mundo
Sobre la edad y belleza,
Ya sabes que no es seguro.
Redimille el mundo puede,
Y ansi que se guarde es justo,
Porque tras carnestolendas
Se siguen los dias de ayuno.
Muchos galanes te siguen:
No digo que tengas uno,
Mas que escojas los que fueren
Mas de provecho que rumbo.
A soldados y estudiantes
Con sus ventajas y cursos,
Por Flandes y Salamanca,
Nunca admitas en tu estudio;
Que si quieres letras y armas
Hallarlo has todo junto
Todas las veces que vieres
En tus manos un escudo.
Buen metal de voz y vena
En un hombre valen mucho,
Si la vena es del Perú,
Y el metal es oro puro.
Procura pedir á todos,
En su lengua á cada uno;
Con señas al liberal,
Y con palabras al duro.
Y si enfermare por dar,
Déjale en tiempo oportuno,
Que el médico nunca aguarda
A que se muera el difunto.
Es la bolsa en el amante
Lo que en el enfermo el pulso,
Que en habiendo intercadencias
Le pueden cortar los lutos.
Da si fuere menester
Donde puedas sacar zumo,
Que el labrador nunca siembra
En tierra que no da fruto.
El poner cebo á los peces
A gran cordura lo juzgo,
Porque dar lombriz por barbo
Es logro el mayor del mundo.
Cuando vieres que se va,
Aunque de ello gustes mucho,
La risa del corazon
Dé lagrimas por tributo,
Que tambien el cielo á veces
Hace dos efectos juntos;
Que llover y hacer sol
Es propio del cielo tuyo.
Si te llegáre á besar,
Dale celos con alguno,
Que son los celos, amiga,
Pimienta de estos besugos.
Bien sé que pica y abrasa
Mayormente cuando es mucho;
Pero poco y sobre fresco,
Antes acrecienta el gusto.
En esto llamó á la puerta
Don Bernardo y Don Bermudo,
Aldonza se fue al estrado,
La vieja á acechar se puso.

73. *(Del Romancero general.)*

Hermosas depositarias
De mil almas noveleras,
Las que seguis de Cupido
Los pífanos y banderas,
Un consejo os quiero dar;
Y atended que no os lo diera,
Si de puro acuchillado
Los sesos no se me vieran.
Y no colijais tampoco
Que alguna pasion me ciega,
Que yo como libre hablo
Del tiempo que no lo era.
No pongais vuestra aficion
En mocitos de esta era,
Que son como basiliscos
Que matan y luego vuelan.
Huid como del demonio
De estos de calzas tudescas,
Que es de Alejandro su vista,
Y de duendes su moneda.
No os fieis de sus palabras,
Ni os engañen con endechas,
Que tienen las bolsas duras
Y las palabras muy tiernas.
Tienen de bronce las manos,
Las faltriqueras de piedra,
Y la moneda de plomo,
Mas falsa que sus promesas.
No os engañen los que agora
Se ciñen como maletas,
Que de apretar las barrigas
No tienen sustancia en ellas.
Finalmente os aconsejo,
Parroquianas de esta feria,
Que de estos almidonados
No se ocupe el alma vuestra;
Porque hay mocito espigado
Que con cuatro plumas negras
Piensa escalar vuestra casa,
Y torcer vuestras madejas.
Al que es hijo de vecino
Tapialde ventana y puerta,
Que piensa que le debeis
De alcabala cama y mesa.
Y si entrare en vuestra casa
No dando provecho en ella,
Abrilde con una mano,
Y con otra echalde afuera.
Y el orden de vuestra vida
De hoy mas mirad que sea
Ver *ante omnia el plus ultra*,
Que ya quien fia no medra.
El que quisiere hablaros
Traiga de azul la librea,
O vístase de oro fino,
Color contra la tristeza.
Traiga las armas del Rey
En el escudo por muestra:
Philippus, *Rex Hispaniarum*
Diga el mote de la letra.
Al que estas letras arroja,
Hermanas, para leerlas,
Si de esta suerte viniere
Bien podeis abrir la puerta.
Fideno, aquel que decia
Que erades circes y peñas,
Agóra os da por consejo
Que os convirtais en Medeas;

Porque si blandas os hallan,
Como blandas os refriegan,
Y venis á quedar todas
Como granadas abiertas.

74. *(Del Romancero general.)*

Dándose estaba Lucrecia
De las hastas con Tarquino,
Potente Rey de romanos,
Mal vencedor de sí mismo.
Decíale la matrona:
Pasito, señor Tarquino,
Que de mi honor la cerraja
Tiene muy recio el pestillo.
No me sobaje su Alteza,
Conquiste con amor liso,
Y no con fuerza brutesca
Los muros de mi castillo.
Por eso al hijo de Venus
Le pintan desnudo y niño,
Porque los niños no saben
Pedir sino con gemido.
¡Quién fuera el castor agora,
Aquel animal bendito
Que perseguido se corta
La causa de su peligro!
¿Cómo miran las deidades
Desde su teatro altivo
Este tuerto enderezado
A profanar mi albedrio?
¿Para tal fuego no hay agua?
¿No hay rayos para tal brio?
¿Tal pujamiento de sangre
No degüellan sus cuchillos?
El Rey mas duro que mármol
Apenas oyó su grito,
Que la razon alterada
Obedece al apetito.
El suyo ha cumplido el Rey:
La matrona no ha cumplido
Con el himeneo santo,
Porque manchó sus armiños;
Que la voluntad forzada
Es voluntad en juicio,
Y en Lucrecia aun vive y reina
La de mas cortantes filos.
Y dando satisfaccion
De su honor, gentil castigo,
A su violado pecho
Aplicó un puñal buido.
Al fin murió, dando ejemplo
A los venideros siglos,
Pues la ofensa ha de lavarse
Con sangre del que la hizo.

75. *(Del Romancero general.)*

Martes de carnestolendas,
Que le llaman los vulgares
Por otro moderno nombre
San traganton de gaznates,
De mi posada á la plaza
Pasé en un breve instante,
Y hallé la gente revuelta
Como baraja de naipes.

Venia un perro corriendo
Con un estruendo notable,
Un gato traia por maza
Mas negro que un azabache.
Daba recios ahullidos
Y se agarró de un fraile,
El fraile de una doncella
De setenta navidades:
Viérades rodar por tierra
Perro, gato, niña y fraile,
Y enseñó un sol al sol
La niña entre sus briales.
Era el mastinazo torpe,
Y tiró con tal corage
Que arrastrando los llevaba
Por inmundicia y zaguanes.
Sacó el gato entre las uñas
Capa y capilla del fraile,
Y parecian sus caras
Ambas de mal talante.
En esto venia una escuadra
Por la plaza con donaire,
Ofreciéndose á la vista
Ridícula y agradable:
Vestidos de colorado
Treinta y siete arrogantes,
Con asadores al hombro
Llenos de salchicha y carne,
Y de panzas de carnero
Monteras con sus plumages,
Y en las piernas llevan ligas
De morcillas y cuajares.
Cuatro maceros delante
Disfrazados de salvajes
Iban haciendo camino
Para que esta gente pase.
Encima unas angarillas
Llevan los mas principales
Al hombro á carnestolendas,
Galan dispuesto, arrogante:
Iba vestido de turco,
Con un hermoso turbante
Y seis plumas de pavones
Guarnecidas de diamantes.
Traia cinco instrumentos,
Un rabel con un discante,
Una harpa y un laud
Y un atambor retumbante:
Por tiros una gallina,
Y en lugar de torpe alfange
Un asador que atraviesa
Los tiros de parte á parte:
Pendiente de la pretina
Una calabaza grande,
Con un letrero que dice,
Brindis quoquis madrigalis.
Iban danzando y bailando
Todos con lindo donaire,
Haciendo lazos curiosos
Y con la cara visages.
Duró una hora esta fiesta
Y pareciéndome tarde,
Me retiré á mi posada,
Y allí desterré mi hambre.
Esta es fiesta de Madrid
Ridícula y agradable:
Perdonen vuestras mercedes
Que aqui da fin el romance.

76. *(Es de Quevedo.)*

Ya que á las cristianas nuevas
Espelen sus Magestades,
A la espulsion de las viejas
Todo el cristiano se halle.
Fantasmas acecinadas,
Siglos que andais por las calles,
Muchachas de los finados,
Y calaveras fiambres:
Doñas siglos de los siglos,
Doñas vidas perdurables;
Viejas (el diablo sea sordo),
Salud y gracia: sepades
Que la Muerte mi Señora
Hoy envia á disculparse
Con los que se quejan de ella,
Porque no os lleva la landre.
Dicen, y tienen razon
De gruñir y de quejarse,
Que vivís adredemente
Engullendo Navidades:
Que chupais sangre de niños
Como brujas infernales:
Que ha venido sobre España
Plaga de abuelas y madres.
Dicen que habiendo de ser
Los que os rondan sacritanes,
La capacha y la doctrina
Andais sonsacando amantes.
Diz que sois como pasteles,
Sucio suelo, hueca ojaldre,
Y aunque pasteles hechizos
Teneis mas hueso que carne:
Que servís de enseñar solo
A las pollitas que naeen
Enredos y pediduras,
Habas, puchero y refranes.
Y porque no enficioneis
A las chicotas que salen,
Que sois neguijon de niñas
Que obligais á que las saquen.
Y atento á que se han quejado
Una resma de galanes
Que pedís (y no la uncion)
Y no hay bolsa que os aguarde,
Ha mandado á los serenos
Que os han de dar estas tardes,
Al afeite y al carton
Que os enfermen y que os maten.
Y sí (lo que Dios no quiera)
Estas cosas no bastaren,
Que con desengaños vivos
Los espejos os acaben.
Y porque dicen que hay
Vieja frisona y gigante,
Que ella y la puerta de Moros
Nacieron en una tarde,
Declara que aquesta vieja
Murió en las comunidades,
Y que un diablo en su pellejo
Anda hoy haciendo viages.
Vieja barbuda y de ojeras
Manda que niños espante,
Y que al alma condenada
En todo lugar retrate.
Toda vieja que se enrubia
Pasa de lejía se llame,
Y toda vieja opilada

En la Cuaresma se gaste.
Vieja de boca de concha
Con arrugas y canales,
Pase por mono profeso,
Y coque, pero no hable.
Vieja de diente ermitaño,
Que la triste vida hace
En el desierto de muelas;
Tenga su risa por cárcel.
Vieja vísperas solemnes
Con perfumes y estoraques;
Si huele cuando se acuesta
Hieda cuando se levante.
Vieja amolada y huida,
Cecina con aladares,
Pellejo que anda en chapines,
Por carne momia se pague.
Vieja píldora con oro
Y cargada de diamantes,
Quien la tratáre la robe,
Quien la heredáre la mate.
Vieja blanca á puros moros,
Solimanes y albayaldes,
Vestida, sea el zancarron,
Y el puro Mahoma en carnes.
Los cementerios pretenden
Que un juez alma se despache,
Que os castigue por huidas
De los responsos y el *Parce*.
Por esto la dicha muerte
Que en las universidades
De médicos se está armando
Que le sirvan de montantes,
Esto me ha mandado, ó viejas,
Que en su nombre y de su parte
Os notifique: atencion
Y ninguna se me tape.
Dentro de cuarenta dias
Manda que á todas os gasten
En hacer tabas y chitas
Y otros diges semejantes.
Y como á franjas traidas
Ha ordenado que os abrasen
Para sacaros el oro
Que no hay demonio que os saque:
Que ella se tendrá cuidado
Desde hoy en adelante
En llegando á los cincuenta
De enviar quien os despache.
Yo, que lo pregono, soy
Un Lázaro miserable,
Que del sepulcro de viejas
Quiso Dios resucitarme.

77. *(Es de Alberto Diez y Foncalda.)*

Una casera de clérigo,
Segun el trage y lo crítico,
Viéndola junto á San Lázaro
Enamoré muy solícito.
Como tuvo la carátula
Cubierta, yo gustosísimo,
Que era mas moza creyéndome,
Dije aquesto nada tímido:
Mi Señora Doña Ursula,
Sepa me llamo Don Iñigo,

Y no á mis partes incrédula
Me tenga por algun mísero.
Todo lo que en festejándola
Hubiere de estarme lícito,
Como pagare mis méritos,
Ofrezco de hacer finísimo.
Si gustase de una música,
Aunque no es don salutífero;
Haré suspender al cántico
Los superiores y mínimos.
No tema tratos mecánicos,
Que no estan en lo político,
Y así puede con el ánima
Pagar de este amor lo intrínsico.
Quiérame pues, no sea bárbara,
Que mi amor es sutilísimo,
Y ya que no las de Tántalo
Pasa las penas de Sísifo.
Respondió: mozo venático,
Yo sirvo á hombre muy rígido,
Y si lo sabe en esdrújulos
Ha de vengarse satírico.
No piense que concluyéndome
Con argumentos sofísticos,
He de olvidar mi eclesiástico
Por dueño menos legítimo.
Al responder conociéndola,
Huyendo de amor tan ínfimo,
Le dije: como un carámbano
Me he vuelto agora de frígido.
Del principio destapándose
Pudiera (portuguesísimo
Por ser mejor presumiéndome)
Descubrir luego lo íntimo.
A ese su dueño escolástico
Podrá decir, que un gradísimo
De picarones platónico
Se le encomienda muchísimo.
Que traga muy linda píldora
Segun lo que agora vídimus,
Y si hace versos diabólicos
Yo me vengaré con dísticos;
Que deje pues lo poético,
En que soy hombre científico,
O he de apuralle impávido
Pues hay asunto bonísimo.

78. *(Del Romancero general.)*

El Rey Perico enfermó,
Y los mozos se mesaron,
Y las viejas se arañaron,
Y todo el mundo lloró.
Dióle un dolor de riñones
En la frente y cerviguillo,
Y resultóle al tobillo
Una hinchazon de pulmones,
Garrotillo y lamparones
En ambas las pantorrillas,
Y una landre en la rodilla
Que en dos dias lo acabó,
Y todo el mundo lloró.
Llamaron para curallo
A Urgunda y al gran Freston
Vinieron en un cabron
Enfrenado con un rallo,
Y trujeron á caballo

Un sábalo que encontraron:
Pero asi como llegaron
El pobre enfermo espiró,
Y todo el mundo lloró.
Para llevarlo á enterrar
Se convocaron al punto
Las reliquias de Sagunto
Colgadas de un palomar:
Una viña y un pajar,
Y preñada de cien meses
La furia de los franceses,
Que en llegando malparió,
Y todo el mundo lloró.
Vinieron veinte ballenas
Con mongiles arrastrando,
Y mil atunes llorando
Agua para mil aceñas:
Vino el Preste Juan con greñas
Mascujando hierro viejo,
Y por coger un conejo,
Un monte abajo rodó,
Y todo el mundo lloró.
Hiciéronle sepoltura
De pleita y esparto crudo,
Por cabecera un embudo
Y á los pies una fritura;
En la boca una pintura,
Hecha de mano de Apeles,
Quien con cuatro cascabeles
Sobre un mico la pintó,
Y todo el mundo lloró.
En ella puso un salvage
A hombros con un martinete,
Y echóle encima un tapete
Con sus randas de potage,
Y al que rindió vasallage
El grande con el pequeño,
Un rostrituerto barreño
Las entrañas le pisó,
Y todo el mundo lloró.

79. *(Es de Baltasar de Alcazar.)*

Esclavo soy, pero cuyo,
Eso no lo diré yo,
Que cuyo soy me mandó
Que no diga que soy suyo.
Cuyo soy, jurado tiene
De ahorcarme si lo digo:
Líbreme Dios de un castigo
Que á tales términos viene.
¿Yo horro, siendo de un cuyo
Tal cual quien me cautivó?
Bien librado estaba yo
Si dijera que soy suyo.
Ando á ganar para mí,
Mas no quiero libertad,
Que esto de mi voluntad
Por ser esclavo la dí.
Harto he dicho, pero cuyo
Puedo yo ser, eso no:
Dígalo quien me mandó
Que no diga que soy suyo.
Púsome en el alma el clavo
Su dulce nombre y la S,
Porque ninguna pudiese
Saber de quien soy esclavo.
Quien quisiere saber cuyo,
Lea donde se escribió,

Y verá quien me mandó
Que no diga que soy suyo.
Quiero al fin decir quien es,
Si no me lo estorba el miedo.
Soy de Inés.... perdido quedo:
Señores, no soy de Inés.
Burlando estaba en el cuyo,
¡Mal haya quien me engañó!
No estaba en mi seso, no,
Si he dicho que soy suyo.

80. *(Es de Baltasar de Alcazar.)*

Quisiera la pena mia
Contártela, Juana, en verso;
Pero temo el fin diverso
De como yo lo querria;
Porque si en versos refiero
Mis cosas mas importantes,
Me fuerzan los consonantes
A decir lo que no quiero.
Ejemplo: Inés me provoca
A decir mil bienes de ella:
Si quiero llamarla bella
Dice el consonante loca;
Y asi vengo á descubrir
Con término descompuesto,
Que es una loca, y no es esto
Lo que yo quiero decir.
Y si la alabo de aguda
Y mas ardiente que fuego,
A la aguda dice luego
Su consonante picuda.
Y asi la llamo en sustancia
Picuda quizá sin sello,
A lo menos sin querello,
Por sola la consonancia.
El verso en todo me impide,
Y podrán hacerme cargo
Que en la relacion me alargo
Mas de lo que el cuento pide.
Aunque puede haber descuento
Si el mentir no es escesivo,
Pues si miento en lo que escribo,
Por los consonantes miento.
Demas de esto tengo duda
Que mi verso te contente,
Mirado menudamente
Porque despuntas de aguda.
Y no siendo cual deseas
Te fastidian versos malos,
Y será darte de palos
Obligarte á que los leas.
Pues, Juana, si hago fiucia
De tratar contigo en prosa,
Tú eres limpia y melindrosa
Y es mi prosa un poca sucia.
Porque por ser tan añejo
Ya en los años, suelo usar
En escribir y en hablar
Palabras del tiempo viejo.
Y la esperiencia me avisa
Que no será maravilla,
Que la esperada mancilla
La conviertas toda en risa.
Y asi si yo me engaño
Parecerá menos feo

Desamparar mi deseo
Que seguille con mi daño.
Y de estas dificultades
Resulta, si bien lo miras,
Que en el verso irán mentiras
Y en la prosa necedades.

81. *(Es de id.)*

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon,
La bella Inés, el jamon
Y berengenas con queso.
Esta Inés (amantes) es
Quien tuvo en mí tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Inés.
Trájome un año sin seso,
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar jamon
Y berengenas con queso.
Fué de Inés la primer palma;
Pero ya júzgase mal
Entre todos ellos cual
Tiene mas parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
No le hallo distincion,
Ya quiero Inés, ya jamon,
Ya berengenas con queso.
Alega Inés su beldad,
El jamon que es de Aracena,
El queso y la berengena
La española antigüedad.
Y está tan en fiel el peso,
Que juzgado sin pasion
Todo es uno, Inés, jamon,
Y berengenas con queso.
A lo menos este trato
De estos mis nuevos amores
Hará que Inés sus favores
Me los venda mas barato;
Pues tendrá por contrapeso,
Si no hiciere razon,
Una lonja de jamon
Y berengenas con queso.

82. *(Es de id.)*

Tengo la cabeza rota
En esta cama tendido,
Del cruel dolor herido,
Que el médico llama gota.
Las horas que el sufrimiento
Con el alivio cobraba,
Eran que se preparaba
Para el futuro tormento.
Considerando mi mal
Y el que padece un amante,
Hállole tan semejante
Y el martirio tan igual,
Que vengo á dar por sentencia,
Compadre mio y Señor,
Que entre la gota y amor
No hay ninguna diferencia.
La gota generalmente

De un humor caliente empieza,
Que corre de la cabeza
Como de su propia fuente.
Asi amor de fuego viene;
Que en la cabeza se cria
Cuando la encuentra vacía
Del seso que le conviene.
Si la gota quita el sueño,
La paciencia y el comer,
No es amor (ni suele ser)
Mas hidalgo con su dueño;
Y si el cuitado paciente
Ayes entona diversos,
El amador hace versos
Que descubren lo que siente.
En las coyunturas duele
La gota con mas vigor,
Y en coyunturas amor
Hacer maravillas suele.
Y si suele dar en cama
La gota con el mas fuerte,
Amor de la misma suerte
Con el amante y su dama.
Cuando el mal al pie desciende
Y el dolor hiere sin tasa,
La sombra y aire que pasa
Todo le agravia y ofende.
Así quien de veras ama
Tales celos forma y cria,
Que aun el aire no querria
Que le tocase á su dama.
Cuando la gota convida
A que echen la sangre fuera,
Al amante una tercera
Le chupa la sangre y vida.
Al gotoso en su dolor
Suelen por todas las vias
Aplicarle cosas frias
Que resistan el dolor.
Y aplicada de este modo
La nieve de larga ausencia
En la amorosa dolencia,
Suele curarla del todo.
Al gotoso comunmente
Cuando mas salud alcanza,
Si el tiempo hace mudanza
Luego la salud lo siente;
Y al galan, que sin razon
Su dama se le retira,
Luego vereis que suspira
Y enferma del corazon.
Cuando la gota se ensaña
Lo que mas es menester
Es la templanza en comer,
Porque todo esceso daña.
Y el galan no vale un cuarto
Si lo da de comedor,
Porque en el juego de amor
Se suele morir de harto.
La gota curada en vano,
Viene el negocio á parar
Por un tiempo encojear
Con un bordon en la mano:
Asi amor por galardon
Regala con mal francés,
Y no se tiene en los pies
El galan sin su bordon.
Esto es en resolucion
Lo que me movió á tener
Un tan nuevo parecer:
Juzgad si tengo razon.

83. *(Es de id.)*

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años
Sujetos á tantos daños
Como me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se debe
Con toda puntualidad.
Salido el Sol por Oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso,
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar Hesperio,
Desamparando el imperio
Que en nuestro horizonte tiene,
Me suele dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta
Y me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.
Hasta que habiendo Sol nuevo
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Vóile puntales poniendo
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

84. *(Es de id.)*

En Jaen donde resido
Vive Don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado portugués....
Pero cenemos, Inés,
Si te parece primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendicion:
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrojame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya.... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voime contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Solo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin: ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran Señora,
Digna de veneracion.
¡Qué horonda viene y qué bella!
¡Qué traves y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino....
No eches agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.
Hecha de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que asi tomas
Como sabia el buen consejo.
Mas dí, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer: no sé de tí.
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.

¡ Qué suavidad! ¡ qué clareza!
¡ Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡ qué color!
Todo con tanta fineza;
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso que es estremo,
El de Pinto no le iguala,
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

85. *(Es de id.)*

No es el sueño cierto lance,
Sus caprichos tiene el sueño,
Ya lo alcanza presto el dueño,
Ya no puede dalle alcance.
Este tan vario accidente
Suele á veces dar disgusto;
Yo le corrijo y ajusto
Con el aviso siguiente.
Cuando el sueño se detiene
Rezo para reposar,
Y en comenzando á rezar
En el mismo punto viene.
Si carga mas que debia
Pienso en las sumas que debo,
Y el sueño huye de nuevo
Como la sombra del dia.
Ved el áspero y cruel
Cuan manso sigue mi indicio,
Y con cuan poco artificio
Hago lo que quiero de él.
Con tanta puntualidad
Que como galan y dama
Tenemos á mesa y cama
Perpétua conformidad.
Revelóme este secreto
Una vieja de Antequera,
Y desde la vez primera
Hizo verdadero efeto.
Y así por larga esperiencia
He venido á conocer,
Que con rezar y deber
Se repara esta dolencia.

86. *(Es de Juan Rufo.)*

Tú, que los héroes famosos,
Lira, un tiempo celebraste

Y del olvido libraste
Sus ánimos valerosos,
Lamenta con triste son
No de amor casos fundados,
Mas los dias mal logrados
De un sin ventura raton.
No murió en la ratonera
Que mas era su recato,
Ni entre los dientes del gato,
Que de mil gatos huyera.
Matóle el ser curioso,
Y entrar á ver un baul
Forrado de lienzo azul:
Debiera de andar celoso.
¡O caso nuevo y estraño!
Al fin no hay hora segura,
Que entró á probar su ventura
Y probó el último daño.
Seis vueltas le dió, y no habia
Solo un pelo que comer,
Y entonces echó de ver
Que era archivo de poesía.
Halló latinos autores,
Al Petrarca, al Dante y Taso,
Juan de Mena y Garcilaso,
Y otros poetas menores.
Sintiendo pues de repente
El pobre animal ruido,
Dejóse estar escondido
Entre aquella buena gente.
Su dueño el baul cerró,
Y el paso de su esperanza:
Viendo el raton tal mudanza
¿Quién dirá lo que sintió?
Con boca y uñas intenta
Hacer el camino llano:
El trabajo sale vano
Y el peligro se acrecienta.
La falta de libertad,
La pena de verse preso,
Sus amigos, pan y queso,
Que le hacen soledad;
La hambre, que no perdona
Al hombre mas esforzado,
Tambien obligó al cuitado
A temer de su persona.
Ya no desea la luz,
Porque algun descendimiento
No le cause fin violento,
Como tiro de arcabuz.
Estuvo en esta agonía
Cercado de ansias mortales
Veinte y cuatro horas cabales,
Que fue traspaso de un dia.
Mas cuando sufrir no pudo
El hambre dura y cruel,
Del sequeroso papel
Apeló para el engrudo.
Con la lengua lo humedece,
Con el aliento lo ablanda:
Van cuadernos á la banda
Como el raton apetece.
Y tanto tanto comió,
Que embutido en pergamino
Por desusado camino
De ahito y hambre enfermó.
¿Qué debe el triste hacer
Viéndose en tamaño aprieto,
Y que muere de repleto
A donde no hay que comer?
Gime y lamenta su ultrage,

Publica sus aflicciones,
Que tambien hablan ratones
Y aun bestias en su lenguage.
Oyó las quejas su madre
Y acudió toda turbada:
Llegaron de camarada
Sus hermanos y su padre.
Tamaño como un conejo
Era el terrestre animal,
La barriga y lomo igual,
Blanco ya de puro viejo.
Con ronca voz lastimera
Comenzó sin perder punto,
Y al hijo casi difunto
Exhortó de esta manera:
«O tú mi hijo, que estás
«Como en vientre de ballena,
«Condenado á eterna pena,
«Pues que de él nunca saldrás:
«Duéleme tu juventud,
«Duéleme haberte engendrado,
«Porque veo en tal estado
«Mi descanso y tu salud.
«Socorro no puede entrarte,
«Ni hay disposicion de mina,
«La muerte se te avecina,
«La desdicha vence el arte.
«Mas téngote en parte envidia,
«Aunque mueras mal logrado,
«Pues quedas hoy libertado
«De la gatesca perfidia.
«Y débete consolar
«En trance tan doloroso,
«Con que tu nombre famoso
«Para siempre ha de durar.
«Porque con eso que roes
«(Aunque no es sustento pingue)
«Irás poeta trilingue
«Y cuatri con el Camoes.
«Testa si acaso pudieres,
«O haz algun codicilo,
«Que aqui está llorando un Nilo
«Tu madre, y los que mas quieres.
«Si estamos todos, dijeron
«Con voz penosa y doliente:
«Memorias para el paciente
«Que el corazon le partieron.
Y con quebrados acentos
Del dolor interrumpidos
Dijo: «pues ya son cumplidos
«Mis dias, estadme atentos.
«Yo muero de mala gana,
«Que asi en el mundo se usa;
«Pero pues que no se escusa,
«¿Qué mas hace hoy que mañana?
«Este mi cuerpo os encargo
«Por parte que en él habeis,
«Que á la mira de él esteis:
«No será término largo.
«Que por fuerza ha de arrojallo
«Quien su reposo interrompa,
«Luego, ó como se corrompa
«De rastro habrá de sacallo.
«De cualquiera suerte digo,
«Que de mis carnes donceles
«No se ceben las crueles
«De aquel comun enemigo.
«Ni triunfe muerto de mí
«El ladron fiero y esquivo,

«Que con tal odio yo vivo
«Mortalmente aborrecí.
«Y esconded mi cuerpo bien,
«Porque no sepa Musgosa
«Mi tragedia dolorosa,
«Que se morirá tambien.
«Musgosa, casi aguileña,
«Mi rata, flor de las flores,
«A quien yo preso de amores
«En un pajar hice dueña.
«Y porque está embarazada
«Y parirá esta menguante,
«Decidle que fue importante
«Y segura mi jornada.
«Tendreis gran cuenta con ella
«Y los hijos que pariere,
«Que ya mi vida se muere
«Sin esperanza de vella.
Esto dijo, y mas se esfuerza
A hablar, pero no puede,
Que lugar no le concede
Lo que se hospeda por fuerza.
El padre en los circunstantes
Reprehendió el alboroto,
Y enmendó el silencio roto
Con palabras semejantes:
«Para la muerte nacemos,
«Para la muerte vivimos,
«En los medios diferimos,
«Mas unos son los estremos.
«Ello es deuda general
«Que el tiempo á pagar obliga
«Al leon y á la hormiga,
«Como al hombre racional.
«Y asi por el hijo muerto
«No quiero ese inútil llanto,
«Aunque yo le quise tanto,
«Como lo sabeis de cierto.
«Mayor mal hay que llorar
«Terrible y sin esperanza,
«Que á nuestro género alcanza
«Y al mundo debe espantar.
«¿Dí, cruel naturaleza,
«Madrastra de los ratones,
«Si nos diste disensiones,
«Para qué tanta flaqueza?
«¿Fuimos acaso engendrados
«De materia discordante?
«¿No es la carne semejante?
«¿Por qué somos tan odiados?
«¿Los gates hechos guzmanes,
«Nosotros salamanquesas?
«¿Los gatos entre las mesas,
«Nosotros por los desvanes?
«Ellos son del hombre amigos
«Con la mayor golosina
«Que cupo en hambre ferina,
«Porque nos son enemigos.
«¡Cuántos se acuestan sin cena,
«Porque el gato se la traga!
«¡Cuánto buen bocado estraga!
«¡Cuánta pitanza cercena!
«¡Cuántos se van á dormir
«Entre sábanas de Holanda,
«Donde el gato dió á la banda
«Lo que no es para decir!
«¡Qué diré de su maullar,
«Sus celos, sus aspavientos,
«Rebujos y atrevimientos

«En materia de robar!
«Y con esto y mas que callo,
«Doncellas lo traen en brazos,
«Y viudas en los regazos
«Que escandaliza mirallo.
«Nosotros (mísera gente)
«Que por no ser mendigantes
«Sustentamos vergonzantes
«El vivir tasadamente,
«Somos por contraria seta
«Aborrecibles á todos,
«Y nadie hay tan de los Godos
«Que á matarnos no acometa.
«Sin razon se infama aquella,
«Que siendo gata y muger
«Tras un raton dió á correr,
«Pues todas son como ella.
«La discreta y la que es boba,
«La dama y la descompuesta,
«Arremeten sobre apuesta
«Con el chapin ó la escoba.
«Arman lazos inhumanos,
«Con ardides nos fatigan,
«Y el cebo nos atosigan
«Como á crueles tiranos.
«Y para mas confusion
«Ninguna la cerviz quiebra
«De la engañosa culebra:
«¡Ved qué gran supersticion!
«Traten del remedio luego,
«Tanto mal no se perdone,
«Y la guerra se pregone
«Contra el hombre á sangre y fuego.
«Mueran los gatos con él,
«O perezcamos con honra;
«Cese ya nuestra deshonra,
«Suene la guerra cruel.
«Júntense nuestras legiones
«Y las que le son anejas,
«Y vengan las comadrejas,
«Los erizos y hurones,
«Las nutrias, ardas y micos
«Y martas, porque se vea
«Que hay entre nuestra ralea
«Gente de honrados pellicos.
«Suene el bando furibundo,
«Toque al arma el metal fuerte
«Tanto que el liron dispierte
«Del sueño grave y profundo.»
Tales quimeras al viento
El vejete fabricaba,
Y su familia prestaba
Expreso consentimiento:
Con tanta credulidad,
Como si de aquel proceso
Les permitiera el suceso
Ninguna dificultad;
Cuando un gatazo romano
Mostró la redonda faz,
Y con la boca mordaz
Embistió como un alano.
Huye la baja canalla
Por donde el miedo la guia,
Maldiciendo la osadia
De el que incitara á batalla.
Asi que el raton medroso
Tenga por armas los pies,
Y el hombre que pobre es
No contraste al poderoso.
Esto con lúgubre son
Cumpliendo un alto dictado,

Cantó Juan Rufo el jurado En la muerte de un raton.

87. *(Es de Lopez de Ubeda.)*

Don Máximo de Umenos
Por ir de menos á mas,
Quiso ni poco ni menos
Poseer en mí lo mas.
Fingióse ser, cuando menos,
Mendoza, Guzman y aun mas,
Mas todo fue por demas
Porque era un pelon y aun menos.
Yo le dije: no haya mas,
Seor Don Máximo de Umenos,
Que ni tengo amor demas,
Ni tengo seso de menos.
Dijo Umenos: á lo menos
No me quitarás jamas,
Que te quiera tanto mas
Cuanto me quisieres menos.
Si cruel procedes de hoy mas
Tal es lo mas cual lo menos,
Porque está cerca de menos
Lo que va de mas á mas.
Y si es estremo tu mas,
Y es otro estremo mi menos,
Estima menos tu mas
Porque valga mas mi menos.
Que aunque yo te viera en menos
Y me viera á mí en lo mas,
Tomara para mí el menos
Porque entraras tú en lo mas.
Sube un poco mas mi menos,
Baja un poco mas tu mas,
Y con eso desde hoy mas
Umenos no será menos.
Porque siendo tú algo menos
Y yo valiendo algo mas,
Te igualaré tanto mas
Cuanto tú fueres de menos.
Aquesto me dijo Umenos
Y trescientas cosas mas,
Y aunque nunca me amó mas
Nunca yo le quise menos.

88. *(Es de Diego de la Chica.)*

Como el que de las estrellas
Trata y revuelve su esfera,
Cual si tan cerca estuviera
Cuanto está distante de ellas,
Yo que llego solo á verte,
Dinero, y á desearte,
Y del deseo á tocarte
Jamas me tocó la suerte;
Trataré en muy breve suma
De tu valor sobre humano,
Porque donde no la mano
Siquiera alcance la pluma.
Aunque es opinion antigua
Entre personas discretas,

Que huyes de los poetas
Cual de la Cruz estantigua,
Y hallo por mi lenguage
En mí esta regla imperfeta,
Soy pobre como poeta,
Poeta como un bagage.
Y sobre ser tan pesada
Mi vena cuanto escabrosa,
Mándasme tratar de cosa
De mí la mas-apartada.
Y habré de llevarlo al cabo,
Que podrá ser por ventura
De cuantas do en la herradura
Que acierte alguna en el clavo.
Y pues he de proceder
Con pluma tan baja y ruda,
Dame, dinero, tu ayuda
Para decir y hacer;
Porque es tanta tu grandeza,
Que á quien te tiene le das
A las veces mucho mas
Que le dió naturaleza.
Que si del hombre primero
Son los demas descendientes,
¿Quién los hizo diferentes
Sino tu poder, dinero?
Que no es de otra esencia
El Rey que el pobre gañan,
El Papa que el sacristan,
Que por tí es la diferencia.
De los linages mas buenos
Hasta el que es mas abatido,
No hay mas que haberte tenido
Poco tiempo mas ó menos.
Tú abates y tú engrandeces,
Ya al abismo, ya á la luna,
Y la sangre que es toda una
Ya la aclaras, ya escureces.
Los de memorias tan raras
Doña Isabel y Fernando,
Bien te conocieron cuando
Te acuñaron con dos caras.
Mostrando en esta señal,
Dinero, que en tí se encierra
El mayor bien de la tierra,
De la tierra el mayor mal:
Que tú haces que semeje
Angel el hombre en beldad,
Y por tu necesidad
Que tenga cara de herege.
Cual muestra á su amigo que es
Un Pitias leal y grato,
Y por tí le hace el trato
Del Apóstol calabrés.
Cual muy de casta se precia
Y por tí se pone en precio,
Y al pobre marido necio
Le da á entender que es Lucrecia.
Pues cuando á un amante ayudas
En sus amorosos juegos,
¡Qué de linces haces ciegos,
Y que de picazas mudas!
Los mas ocultos rincones
Tú los descubres y sabes,
Dinero, que abren tus llaves
Mil cerrados corazones.
Das al hombre entrada franca
Do no se la dió su pena,

Das al blanco la morena,
Y aun al moreno la blanca.
La que mas se remontare
Tú la traerás á la mano,
Cual dice el de Mariñano:
Con dinare et piu dinare.
Eres de este mundo ciego
La agradable sinfonía,
Que en oyendo tu armonía
Hasta el perro baila luego.
Y aun yo de esperiencia sé
Que en la casa do no asistes,
Todos riñen y andan tristes
Y naide sabe por qué.
Mostró que eres sin igual
El napolitano uso,
Cuando por blason te puso
Alegría universal.
Porque tus heróicas obras
Son en el mundo tan altas,
Que todo falta si faltas,
Y todo sobra si sobras.
No hallo figura alguna
Que mejor cuadrarte pueda,
Sino que pues eres rueda
Debes de ser la fortuna.

89. *(De Quevedo.)*

Al infierno el Tracio Orfeo
Su muger bajó á buscar,
Que no pudo á peor lugar
Llevarle tan mal deseo.
Cantó, y al mayor tormento
Puso suspension y espanto
Mas que lo dulce del canto
La novedad del intento.
El dios adusto ofendido,
Con un estraño rigor
La pena que halló mayor
Fue volverle á hacer marido.
Y aunque su muger le dió
Por pena de su pecado,
En premio de lo cantado
Perderla facilitó.

90. *(Es de Don Francisco de la Torre.)*

Job en sufrir sin igual
Todo lo vino á perder:
Quedó con lepra y muger,
No sé cual fue mayor mal.
Padeció todos los modos
De penas su virtud rara:
Si la muger le faltara
No los padeciera todos.
Con la muger conveniencia
Mucha el demonio tenia:
Pensó que ella le podria
Hacer perder la paciencia.
Limpia la lepra tirana
Con vil teja; mas notad,
Si hay de muger tempestad
Cualquier teja es teja vana.
Y aunque mas quiera raer
Job su lepra, ha de juzgar

Que su lepra ha de durar
Lo que dure la muger.

91. *(Es de Don Francisco de la Torre.)*

Las mugeres y los niños
Tienen una condicion,
Pues se acallan con un don
Mas que con treinta cariños.
Niño y muger varios modos
Hallan en su suerte estraña:
Aquella á todos engaña,
Y al niño le engañan todos.
Los niños y las mugeres
Iguales vienen á ser
En mudar de parecer
Y mudar de pareceres.
Niño y muger con fatiga
Lloran, mas discordes tanto,
Que en aquel ofende el llanto
Y en esta el llanto obliga.
De angel es el parecer
De ambos en varios concetos,
El niño con los discretos,
Con los necios la muger.
Distincion y grande toco
Que entre niño y muger nace,
Pues ella cocos nos hace
Y al niño le hacen el coco.

CUENTOS.

1. *(Del Romancero general.)*

Tenia una viuda triste
Dentro de su casa un huerto,
Que le heredó de su madre,
Cercado y con pozo en medio.
En los cuadros de él habia
Una yerba de discretos,
Que para memorias tristes
Valia cualquier dinero.
De cerezas garrafales
Un muy hermoso cerezo,
Golosina de las mozas,
Que cogen en mayo el trébol.
Un cardillo de beatas
Para revelar secretos,
Cuyo azucarado troncho
Agua se hace de tierno.
Las cabezas de los ajos
Parecen de monasterio;
Cebollas y rabanicos,
Y los nabos del adviento;
Calabazas de las Indias
Que no tienen agugero,
Cohombros de regadío,
Retorcidos y derechos.
Lo que mas gusto le daba
De la hortaliza del huerto
Era, segun imagino,
Un colorado pimiento;
Planta que su malogrado
Tuvo en el mayor aprecio.
¡Ay pimiento quemador,
Le decia por requiebro,
Colorado estais agora
Y nacisteis verdinegro!
Natura os vistió de grana,
Color grave, alegre y bueno:
A los ojos os venís,
Y entrais por ellos al cuerpo.
Si la olla pongo tarde
Vos coceis la carne luego;
Y si no puedo comer,
Me abris la gana de presto.
Si descolorida estoy
Me prestais el color vuestro:
Alegráisme el corazon,
Que sin vos nunca me alegro.
Si fuera poeta yo
Mas que os hiciera de versos:
Si caballera me armare,
Sereis penacho del yelmo.
Lo que pudiere haré
Que es daros á tiempo riego,
Porque no se me marchite
La cosa que tanto quiero.

2. *(Del Romancero general.)*

Un mercader Ginovés
Ingrato á su madre y tierra,
Pues la dejó por casarse
Por solo su gusto en esta,
Con una hermosa muger
Que en un tiempo fue doncella,
Con quien le dieron mas dote
De crédito que de hacienda,
Pues lo que le prometieron
Hubo de cobrar por fuerza,
Una casa y una viña
Que de sus abuelos era:
La casa se llueve toda
Del tejado á la bodega,
Porque de vieja no puede
Tenerse teja con teja,
Puesto que parece bien
Mirándola por defuera.
Al fin pudiera habitarse
A no haber un duende en ella,
Que las mas veces venia
Estando el Ginovés fuera,
En figura de estudiante,
Que es la que mas amedrenta.
La casa era cual la pinto,
Y la viña no muy buena;
Pues que estaba vendimiada
Y ningun provecho espera,
Sino tener buenas noches
El invierno con las cepas,
Con cuya ceniza quiere
Hacerle su muger guerra.
Y va por tomar el sol
Algunas veces á verlas,
Y todas topó el cuitado
Con una ave fea y negra,
Con cuyo canto le daba
De su casa malas nuevas.
Vivia de esto tan triste,
Y dábanle tanta pena
Los celos de su muger,
Que no osaba ir á la feria;
Y holgára para guardalla,
O castigarla siquiera,
Que tuviera la cuitada
Como muchas otras suegra;
Y al fin se determinó
De partir de esta manera:
Que á un vecino amigo suyo
Se la encomienda, y le ruega
Que mire por su muger,
Y por su casa y hacienda.
El vecino se encargó
De tener cuenta con ella,
Aunque le fuera mejor
Tener con la suya cuenta;
Porque su muger é hijas
Se dejan llevar sin rienda
De peores que de estudiantes,
Porque no gustan de letras.
La muger del Ginovés,
Enojada y muy soberbia,
A su estudiante avisó
De que cierto ayo le queda,
Que sin mirar por su casa
Se entremete en el agena,
Sin echar de ver primero
Como la suya se quema.

El estudiante sentido
Una música le ordena,
Comenzando muy temprano
A tañer una corneta;
Cantando por despedida
Con su guitarra esta letra:
Justamente se condena
El que descuidado pasa,
Abrasándose su casa,
A echar agua en el agena.
Yo no sé qué tal pretende,
Si apenas la chimenea
Del triste vecino humea,
Cuando grita que se enciende;
Y descuidado y sin pena,
De lo que le importa, pasa,
Abrasándose su casa,
A echar agua en el agena.
Es muy grande desatino
Del que en su casa es tan ciego,
Que no viendo en ella fuego,
Vea humo en la del vecino.
Justamente se condena;
Pues que descuidado pasa,
Abrasándose su casa,
A echar agua en el agena.

3. *(Del Romancero general.)*

En una aldea de Corte
Que hace á la Corte aldea,
Alojóse un capitan
Mas de paz que no de guerra;
Y si de alguna podia,
La guerra de amores era,
Que era el estremo de gala
Que tuvo la soldadesca.
No hizo oficio de huesped,
Ni salió como debiera,
Pues de la casa del suyo
Se llevó la mejor prenda.
No semejante al Troyano
Que robó por fuerza á Elena;
Que ella se fué de su gusto,
Si sabello dar no es fuerza.
Una villana graciosa,
Del huesped hija doncella,
Enamorada de verle
Las borlas de la gineta,
Y las plumas de un sombrero
Pajizas, blancas y negras,
Con una cifra de plata
Medalla de la roseta.
Como es propio de mugeres
Dejarse llevar sin rienda
Enamoradas de plumas,
Que es aire de su veleta,
Concertaron una noche
Que por una falsa puerta
Saliese al cuerpo de guardia
A dar el suyo sin ella.
Vestida en hábito de hombre,
Bizarro calzon y media,
Que por lo que de él sabia
No lo tuvo á cosa nueva.
Caminó toda la noche
Y gran parte de la siesta,

Que como sale briosa,
No la cansan muchas leguas.
Contenta de verse libre,
Siempre tomando boleta,
Mientras duerme el capitan
Cantaba de esta manera.
«Seguir al amor me place,
Aunque rabie mi madre.»
Amor dulce y regalado,
Galan como enamorado,
Valiente como soldado,
Vuestras guerras son mis paces,
Aunque rabie mi madre.
Dejaré por él mi tierra,
Pues el amor me destierra?
Que mas quiero aquesta guerra,
Que paz con tantos azares,
Aunque rabie mi madre.
De verme mas se despida,
Que no quiero estar metida
Donde allí acabe mi vida
Labrando sus ajuares,
Aunque rabie mi madre.
Sus pensamientos son vanos
Que quiero mucho mis manos;
Y si allá me honran villanos,
Acá me estiman Gozmanes,
Aunque rabie mi madre.

4. *(Continuacion del anterior.)*

La villana de las borlas
Con la medalla de plata,
Que se fué con el soldado
Enamorada de lanzas,
Ha vuelto ya de la guerra
Con las armas destrozadas,
Y de las muchas heridas
Viene rota y maltratada:
El sombrero trae francés,
Vuelta la copa á la falda,
Con una pluma de gallo
A la valona terciada.
Por roseta un mondadientes
Y por toquilla una banda:
Una saltambarca rota,
De puro saltar en barca,
Y de la brea y resina
No poco sucia la saya,
Que quien anda por galera
Ha de limpiar muchas tablas.
Una camisa de angeo,
Y un alzacuello de palma,
Una gorguera de puntas
Almidonada con grasa.
Gran copia de tembladeras,
Que las mas de ellas se rasgan
Despojos de la victoria,
Cautivos de las hilachas.
Un zapato alpargatado
Sin cairel, labor ni gala,
Porque era fino alpargate
Teñido en sangre de vaca.
Solia traer botines;
Mas ya de puro cansada
Juró de no los traer
Hasta la vuelta de Francia.
Pudiera ponerse ligas,
Pero faltaban las calzas,

Y por ahorrar de sobras,
Empeñólas por las faltas.
Las faldas de la camisa
Bien se pueden llamar faldas,
Que son de una sarga vieja
Toda pintada de urracas.
Y puesta á la delantera
Una cabeza de fama,
Que acaso puso el pintor
De Don Amadis de Gáula,
Mas poderosa defensa
Que todo el cuerpo de guardia;
Pues unas haldas curiosas
Estan muy cerca de malas.
Al fin la villana vino;
Su buena madre la abraza,
Puesto que nadie no entienda
Que viene al uso de Italia.
Fratelos llama á los mozos:
Sorelas á las criadas:
A la ternera vitela,
Y á los pucheros piñatas.
Contó de las hosterías,
Alojamientos y casas,
Del hurtar de las gallinas,
Y esconder la ropa blanca.
Dijo nombres de galera,
Y qué eran mástil y gavias,
Y del cañon de crujía
Contó millones de gracias.
Con esto el padre y el pueblo
La llaman la Italiana;
El sacristan la visita,
Por saber cosas de Italia:
Mas ella, que verse espera
Segunda vez en la armada,
Esperando gente nueva,
Ejercitaba las armas.

5. *(Del Romancero general.)*

Un lencero portugués
Recien venido á Castilla,
Mas valiente que Roldan,
Y mas galan que Macías,
En un lugar de la Mancha,
Que no le saldrá en su vida,
Se enamoró muy despacio
De una bella casadilla,
Que vendiéndole ruan
Para faldas de camisa,
Una tarde le contó
Sus amorosas fatigas.
Escuchábaselas ella,
Ni muy falsa ni muy fina,
Que es gran alcahuete un fardo
De holanda é hilo de pita.
Derretido el portugués
Al sol de su hermosa vista,
A cada vara que mide
Un palmo le daba encima.
Alabábale su tierra,
Su nacion, su fidalguía,
Su música, sus regalos,
Su espada en Africa limpia,
Prometiéndole en efecto
Las especies de las Indias,
Los olores de Lisboa,
Y los barros de la China.

Hicieron los dos concierto
Que en aquella noche misma,
Si el marido fuese al campo,
Campo franco le daria.
Quedóse en casa una pieza
De Ruan, y Holanda rica
En rehenes de la junta
De Portugal y Castilla.
Era la villana astuta,
Y el Manchego de la vida,
Y en saliendo el Portugués,
Hablaron de su desdicha.
Y visto bien el proceso,
Condenáronle en revista
En perdimiento de bienes
Para gastos de justicia;
Y á dos docenas de palos
Con la tranca de una encina,
Guardándole la cabeza
A honor de su fantasía.
A dos horas de la noche
Se escondió la bella Cintia,
Cuando el portugués y el cielo
De bayeta se cubrian.
Tomó su espada y guitarra,
Y entre una y otra requinta
A suspiros fué templando
Desde el bordon á la prima.
Puesto en la calle, mirando
A la ventana de arriba,
A su dama reconoce,
Que le cecea y le silva.
Y entonando la garganta,
Suspiros y voz caminan
Al aire, y á quien tambien
Le escucha muerta de risa.
Afora, afora Rodrigo
El soberbo Castejano,
Acordársete debeira
De aquei tempo ja pasado,
Cuando te armé cabaleiro,
No el altar de Santiago,
Miña mai te deu las armas,
Miño pai te deu el cabalo,
Castejano malo,
El soberbo Castejano.
Apenas esto acabó
Cuando á su mismo requiebro
Por la calle abajo acuden
Otros galanes del pueblo.
El uno era el sacristan,
Que en otros pasados tiempos
De todo su pie de altar
Le daba contino el medio.
Renunciada la sotana
Y echado al mundo el gregues-
co,
Viene por la calle abajo
Echando votos y retos.
Sus mismas pisadas siguen
El boticario y barbero,
Que entrambos cantan romances
De Belardo y de Riselo.
Juntada pues la capilla,
Quiso el bonete primero
En una ronca bandurria
Cantar los presentes versos.
Si siempre crecen así
Tu desden y mi pasion,
Bien pueden cantar por mí
Kirieleison.
Si de esta manera crece,

Señora, tu disfavor,
Y al mismo punto mi honor
Se levanta y desvanece:
Y si por amar así
No merezco galardon,
Bien pueden cantar por mí
Kirieleison.
El Barbero y Boticario,
Que al Sacristan conocieron,
En dos guitarras templadas
Esparcen la voz al viento.
Zagaleja del ojo rasgado,
Vente á mí, que no soy toro bravo.
Vente á mí, zagaleja, vente,
Que adoro las damas y no mato la gente.
Zagaleja del ojo negro,
Vente á mí que te adoro y quiero.
Dejaré que me tomes el cuerno,
Y me lleves si quieres al prado:
Vente á mí, que no soy toro bravo.
Determinada la dama
Al concierto del marido,
Entre los cuatro llamados
Fué el Portugués admitido.
Bajó á la puerta y llamóle
Por un pequeño resquicio,
Y entonces él victorioso
Cantando á los otros, dijo:
Pois que Madalena
Remedió meu mal,
Viva Portugal
E morra Castela.
Seja amor testigo
De tamanho ben,
Nao chegue ninguen
A zombar conmigo.
Que á espada é rodela
Aforneira sal;
Viva Portugal,
E morra Castela.
Entróse dentro con esto,
Y los tres que le miraban
A tres juntaron así
Quejas, voces y guitarras.
Si para sufrir agravios
Al amor le pintan ciego,
Fuego.
Si para ver y callar
Le ponen aquella venda,
El mismo fuego le encienda
Con que nos suele quemar,
Que sufrir ardor y amar,
Y viendo fingirse ciego,
Fuego.
Dasampararon la calle
Cuando ya el lencero estaba
Desnudo de sus vestidos,
Aunque armado de esperanza;
Pero apenas puso el pie
En el lazo de la cama,
Cuando salió el cazador
Detras de la puerta falsa.
Y á dos manos esgrimiendo
La verde y nudosa tranca,
Al que vive de medir
Midió muy bien las espaldas.
El Portugués daba voces,
Aquí de Rey que me matan:

Pero el Rey que no lo oia,
Tampoco le remediaba.
Echóse por la escalera,
Y quiso por la ventana;
Y hallando apenas la puerta,
Se fué en camisa á su casa.

6. *(Es de Cristóval del Castillejo.)*

Hubo un hombre vizcaino
Por nombre llamado Juan,
Peor comedor de pan
Que bebedor de buen vino:
Humilde de condicion
Y de bajos pensamientos,
De corta disposicion
Y de flaca complision,
Pero de grandes alientos.
Fué devoto en demasia
Especial de San Martin,
Y de los montes del Rin
Y valles de Malvasía:
Y con esta inclinacion,
Aunque delicado y flaco,
Prometió con devocion
Obediencia y religion
Al poderoso Dios Baco;
En la cual fué tan constante,
Que el fervor de la niñez
Creciendo con la vejez
Iba contino adelante:
Y con el fuego de amor
Su rostro todo inflamado
De aquel devino licor,
Mudó su propia color
De moreno á colorado.
Tuvo con esto á la par
Una manita donosa
De Marta la piadosa
Dispuesta para colar:
Y de la continuacion
Del estrecho coladero,
Hizósele en conclusion
Sed perpétua en el pulmon
Y callos en el garguero;
Por lo cual fué menester
Sin que escusarse pudiese,
Que siempre siempre tuviese
Por no morir que beber:
Pero junto al paladar
Tuvo una esponja por vena,
Que acabada de mojar
Se le tornaba á secar,
Como el agua en el arena;
De suerte que todavia
La sed se le acrecentaba
Porque lo que la mataba
Eso mismo la encendia;
Y las ganas le crecian
Como llamas en la fragua,
Que se avivan y se crian
Cuanto mas mas la rocian
Los herreros con el agua.
Y con esta fé devota
Hecha natural costumbre,
No le era mas una azumbre
Que si bebiera una gota;
Y de estar asi embebido,
En el beber de contino

Andaba como aturdido,
Encorvado y sometido
Al espíritu del vino.
En fin su beber fué tal
Que mil veces pereciera,
Si Baco con él no hiciera
Como un amo liberal:
Mas no bastando á la larga
Renta, viña ni majuelo
A matar la sed amarga
Hubo de dar con la carga
(Como dicen) en el suelo.
Mientras monedas habia
La bolsa sola bastaba;
Con ella se remediaba
Lo que la gana perdia:
Pero no pudiendo dar
Para tan larga demanda,
A luego luego pagar
Fué menester enviar
Sus prendas á Peñaranda.
La mas parte de las cuales
Por su cuenta rematadas
En un jarro sepultadas
Quedaron por sus cabales:
Es lástima de decir,
Y mayor era de ver,
Que al tiempo del despedir
Ojos que las vieron ir
Nunca las vieron volver.
Bebió calzas y jubones,
Los tahalies, las espadas,
Camisas de oro labradas,
Bolsas, cintas y cordones:
Bebió gorras y puñal,
Y papahigo y sombrero:
Bebióse el sayo y sayal
Y el ajuar principal,
Que fué las botas y el cuero.
En fin bebió sus alhajas
Hasta no dejar ninguna,
Consumidas una á una
Al olor de las tenajas;
Y demas de eso bebió
Todo cuanto pudo haber
Hasta el cuero en que pasó,
Que cosa no le faltó
Sino el alma que beber.
Yéndose pues á morir
Porque el beber fallecia,
Y si siempre no bebia
Era imposible vivir,
Arrimado á la pared
Hincó en tierra los hinojos
Para conseguir merced,
Y dijo muerto de sed,
Llorándole entrambos ojos:
«¡O Dios Baco poderoso!
«Mira cuan bien te he servido
«Y no me eches en olvido
«En trance tan peligroso.
«Mira que muero por tí
«Y por seguir tu bandera;
«Y haz siquiera por mí,
«Si es fuerza morir aquí,
«Que al menos de sed no mue-
«ra.»
Acabada esta oracion
Sin del lugar menearse,
Súbito sintió mudarse
En otra composicion:
El corpezuelo se trueca,

Aunque antes era bien chico,
En otra cosa mas poca,
Y la cara con la boca
Se hicieron un hocico.
Las piernas se le mudaron,
En unas zanquitas chicas,
Los brazos en dos alicas
Que en su lugar asomaron.
Cobró mas el dolorido
Dos cornecicos por cejas:
Por voz un cierto sonido
A manera de ruido
Enojoso á las orejas.
En fin fué todo mudado,
Y en otro ser convertido,
Pero no mudó el sentido,
Solicitud y cuidado:
Quedándole entera y sana
La inclinacion y apetito;
Sin mudársele la gana
Mudó la figura humana
Y quedó hecho mosquito.

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: July 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

217
725

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 821 220 0